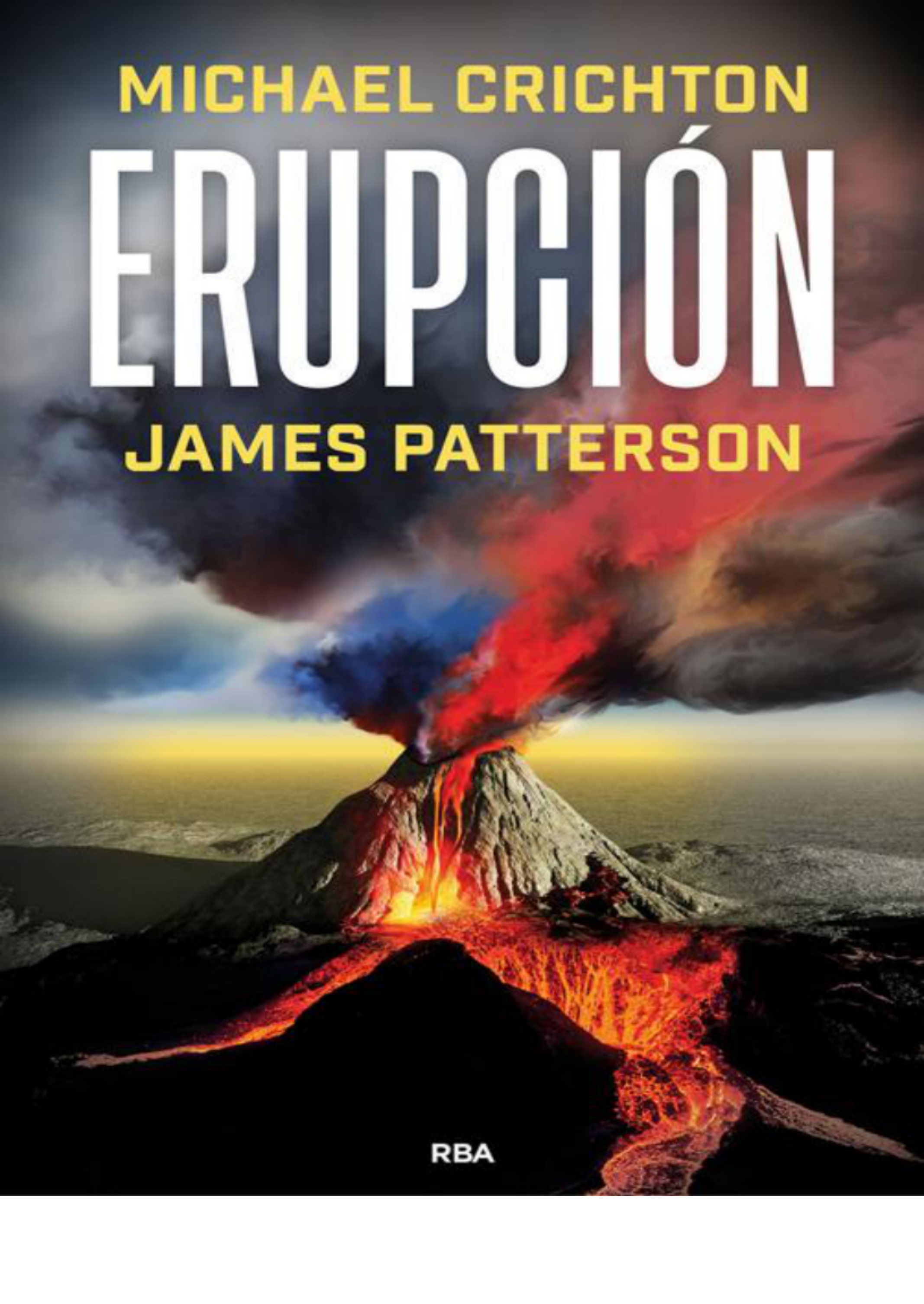

MICHAEL CRICHTON
ERUPCIÓN
JAMES PATTERSON
RBA

MICHAEL CRICHTON
JAMES PATTERSON

ERUPCIÓN

Traducción de
Jorge Rizzo

RBA

Título original inglés: Eruption.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: junio de 2024.

Edición pirata (c) junio de 2024 NGP

REF.: OBDO353
ISBN: 978-84-1132-802-9

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

E KO HAWAI ʻI PONOʻĪ:
NO ʻOUKOU I HOʻOLAʻA ʻIA AʻE AI KĒIA MOʻOLELO,
NO KA LĀHUIKANAKA O KA PAE ʻĀINA E KAULANA NEI.

A los hawaianos:
Esta historia está dedicada a vosotros,
la gente de la famosa cadena de islas.

PRÓLOGO

ESTA PRIMERA PARTE DE LA HISTORIA SOBRE LA ERUPCIÓN VOLCÁNICA DEL MAUNA LOA, AQUÍ RECOGIDA, FUE DECLARADA INFORMACIÓN CLASIFICADA SOLO UNOS DÍAS DESPUÉS DE QUE SE PRODUJERA, EN 2016, EN EL JARDÍN BOTÁNICO DE HILO. Y PERMANECIÓ COMO ALTAMENTE CLASIFICADA HASTA HACE POCO.

I

HILO, HAWÁI
28 DE MARZO DE 2016

Rachel Sherrill, que cumpliría treinta años en unos días, máster por Stanford en Biología de la Conservación y estrella emergente en su campo, aún se consideraba la más lista de la clase. Casi de cualquier clase.

Pero ese día, en el Jardín Botánico de Hilo, intentaba mostrarse como la profesora suplente guay ante un grupo de inquietos chavales de quinto de primaria procedentes del otro lado del océano que la miraban con los ojos muy abiertos.

—Afrontémoslo, Rachel —le había dicho el director general del jardín botánico, Theo Nakamura, aquella misma mañana—. Hacer de guía de estos pequeños turistas es un modo de aprovechar tu inmadurez.

—¿Está diciendo que me comporto como una niña de diez años?

—Cuando tienes un buen día, sí.

Theo era el intrépido académico que la había contratado el año anterior, cuando inauguraron el parque. Sí, Rachel era joven —y lo parecía—, pero también era muy buena en su puesto, el de bióloga jefe del parque. Era un chollo de trabajo y le encantaba.

Y, a decir verdad, una de las cosas que más le gustaba del trabajo era organizar visitas guiadas para chavales.

El paseo de aquella mañana por el parque era con unos niños muy afortunados y bien educados que habían hecho el viaje desde Covent y Stuart Hall, en San Francisco. Rachel estaba intentando mantenerlos entretenidos al tiempo que les enseñaba cosas sobre el mundo natural que había a su alrededor.

Pero, por mucho que intentaba que estuvieran atentos a lo que observaban —jardines de orquídeas, enormes bambúes, cocoteros, árboles del pan, plantas comestibles como el kukui o la piña roja, cascadas de treinta metros de altura, hibiscos por todas partes—, Rachel tenía que disputarse la atención de los niños con los dos volcanes más cercanos de los cinco que hay en la Isla Grande: el Mauna Loa, el volcán activo más grande del mundo, y el Mauna Kea, que no había entrado en erupción desde hacía más de cuatro mil años.

Estaba claro que aquellos niños de ciudad consideraban los picos

gemelos un elemento destacado de la visita, la imagen más llamativa que habían visto en aquel paraíso de postal llamado Hawái. ¿Qué niño no daría cualquier cosa por ver el Mauna Loa en erupción, escupiendo un río de lava a mil grados de temperatura?

Rachel les estaba explicando que el terreno volcánico de Hawái era uno de los motivos de la abundancia de bellezas naturales de la isla, un claro ejemplo de las cosas buenas que habían producido las erupciones del pasado, que contribuyeron a que en Hawái se cultivara un café delicioso, a la altura de los mejores del mundo.

—Pero los volcanes no estallarán hoy, ¿no? —preguntó una niña, con sus grandes ojos marrones clavados en los picos gemelos.

—Si se les pasa por la cabeza siquiera —dijo Rachel—, les construiremos una cúpula encima, como las que ponen ahora en los estadios de fútbol. Y a ver qué hacen la próxima vez que quieran expulsar, aunque solo sea unos vapores.

No hubo respuesta. Grillos. Grillos campestres del Pacífico, para ser exactos. Rachel sonrió. A veces no podía evitarlo.

—¿Qué tipo de café se cultiva aquí? —preguntó otro estudiante de sobresalientes.

—El de Starbucks —dijo Rachel. Y esta vez se rieron.

«En fila de uno —pensó Rachel—. No olviden dar propina a la camarera».

Pero no todos los niños se reían.

—¿Por qué se está poniendo negro este árbol, señorita Sherrill? —preguntó un chico curioso con unas gafas de montura metálica que se le resbalaban por la nariz.

Christopher se había alejado un poco de los demás y estaba frente a un grupo de higueras de Bengala, a unos treinta metros de distancia.

En ese mismo momento, todos oyeron el estruendo de lo que parecía un trueno lejano. Rachel se preguntó, como hacen siempre los recién llegados a Hawái: ¿Se acercaba una gran tormenta o era el inicio de una erupción?

Mientras la mayoría de los niños levantaban la vista al cielo, Rachel se acercó a toda prisa al de las gafas, que contemplaba las higueras de Bengala con un gesto de preocupación en el rostro.

—Bueno, Christopher —dijo Rachel, cuando llegó a su lado—, ya sabes que os he prometido que respondería a todas vuestras preguntas…

Pero el resto de lo que iba a decir se le quedó atascado en la garganta. Vio lo que estaba viendo Christopher… y no podía creérselo.

No era solo que las tres higueras de Bengala más próximas se hubieran vuelto negras. El color negro se extendía como una terrible mancha de aceite, y lo hacía hacia arriba. Era como una especie de río de lava al revés, y la lava desafiaba la gravedad, por no mencionar el

resto de cosas que sabía Rachel Sherrill sobre las enfermedades de plantas y árboles.

Quizá, a fin de cuentas, no era la más lista de la clase.

II

—¿Qué demonios...? —dijo Rachel, pero se interrumpió al darse cuenta de que tenía al lado un frágil niño de diez años.

Se agachó para examinar el suelo y vio unas manchas oscuras sospechosas que subían por el árbol, como las huellas de algún animal mítico de patas redondas. Rachel se arrodilló y tocó las manchas. La hierba no estaba húmeda. De hecho, las hojas estaban secas como las cerdas de un cepillo.

Esas manchas negras no estaban ahí el día anterior.

Tocó la corteza de otro árbol infectado. Se desmenuzó, convirtiéndose en polvo. Apartó la mano de golpe y vio que tenía una especie de mancha de tinta negra en los dedos.

—Estos árboles deben de haber enfermado —dijo. Era todo lo que podía decirle al joven Cristopher. Probó con otra broma—: Quizá tenga que enviarlos a todos a casa hasta que se curen.

El niño no se rio.

Aunque en realidad aún no era mediodía, Rachel anunció que pararían para almorzar.

—Pero es demasiado pronto para almorzar —dijo la niña de los ojos marrones.

—No en San Francisco —dijo Rachel. Y mientras acompañaba a los niños al edificio principal, la mente se le disparó buscando explicaciones posibles para lo que acababa de presenciar. Pero no encontraba nada que tuviera sentido. Rachel no había visto ni leído nunca nada parecido. No era obra de ningún parásito que pudiera acabar con las higueras de Bengala. Ni del herbicida que los jardineros distribuían con tanta ligereza por las doce hectáreas del parque, que se extendían hasta la bahía. Rachel siempre había considerado que los herbicidas eran un mal necesario... como las primeras citas.

Eso era otra cosa. Algo oscuro, quizá hasta peligroso, un misterio que tenía que resolver.

Dejó a los niños en la cafetería y se fue corriendo a su oficina. Habló con su jefe y luego hizo una llamada a Ted Murray, un exnovio de Stanford que la había recomendado para aquel trabajo y la había convencido para que lo aceptara. Ahora trabajaba con el Cuerpo de Ingenieros del Ejército en la Reserva Militar.

—Puede que esté pasando algo raro —le dijo Rachel.

—¿Algo raro? —respondió Murray—. Cómo sois los científicos,

siempre con ese vocabulario rebuscado…

Le explicó lo que había visto, y se dio cuenta de que estaba hablando demasiado rápido, de que las palabras se le amontonaban en la boca.

—Vale, ya me encargo —dijo Murray—. Enviaré a alguien en cuanto pueda. Pero no entres en pánico. Estoy seguro de que habrá un buen motivo para esa cosa… rara.

—Ted, ya sabes que no me asusto fácilmente.

—Dímelo a mí —respondió él—. Sé por experiencia propia que sueles ser tú la que asusta a los demás.

Rachel colgó, consciente de que estaba asustada y de que su miedo era el peor de todos: el de no saber. Mientras los niños seguían almorzando y haciendo jaleo, se puso las zapatillas deportivas que tenía bajo la mesa y se fue corriendo hasta el bosquecillo de higueras de Bengala.

Cuando llegó, había más árboles negros, y estaba claro que la mancha iba ascendiendo por las raíces aéreas que se extendían como unos dedos grises y nudosos.

Rachel Sherrill tocó con cuidado uno de los árboles. Estaba ardiendo, como una estufa. Se miró las puntas de los dedos para asegurarse de que no se había quemado.

Ted Murray había dicho que enviaría a alguien a investigar en cuanto pudiera reunir un equipo. Rachel volvió corriendo al comedor y recogió a su grupo de escolares de San Francisco. No había motivo para alarmarlos. Al menos, no de momento. Su última parada fue una pluviselva en miniatura alejada del bosquecillo de higueras de Bengala. La visita se le hizo interminable, pero, cuando acabó por fin, Rachel dijo:

—Espero que todos volváis algún día.

Una niña flacucha le respondió:

—¿Va a buscar a un médico para los árboles enfermos?

—Es lo que voy a hacer ahora mismo —anunció ella.

Se dio media vuelta y se fue a paso ligero hacia las higueras de Bengala. Era como si el día le hubiera explotado encima, como uno de aquellos volcanes a lo lejos.

III

Por los altavoces se oyó un ruido de conexión y luego una voz: era el jefe de Rachel Sherrill, ordenando a los visitantes que evacuaran el jardín botánico inmediatamente.

—No es un simulacro —dijo Theo—. Es por la seguridad de todos los presentes. Y eso incluye al personal del parque. Que todo el mundo salga del parque, por favor.

A los pocos segundos, Rachel se encontró con una riada de visitantes que le venían de frente. El recinto estaba más lleno de gente de lo que pensaba. Madres empujando cochecitos a toda prisa. Niños corriendo delante de sus padres. Un adolescente en bicicleta hizo un quiebro para esquivar a un niño, bajó de la bici, soltó un improperio, volvió a subirse y siguió adelante. De pronto había humo por todas partes.

—¡Podría ser un volcán! —gritó una joven.

Rachel vio dos jeeps del ejército aparcados al otro lado del bosquecillo de higueras de Bengala, a lo lejos. Otro jeep le pasó al lado a toda velocidad; Ted Murray estaba al volante. Ella levantó la voz para llamarle, pero Murray, que probablemente no la oía con todo aquel jaleo, no se giró.

El jeep de Murray se detuvo y bajaron unos soldados de un salto. Murray les mandó formar un perímetro y que se aseguraran de que los visitantes del parque iban saliendo.

Rachel se acercó a los árboles. Otro jeep se le cruzó, paró delante y salió un soldado:

—Va en dirección contraria —dijo el soldado.

—Usted... no lo entiende —respondió ella, balbuciendo—. Esos... son mis árboles.

—No quiero tener que decírselo otra vez, señora.

Rachel Sherrill oyó el motor de un helicóptero, levantó la vista y lo vio saliendo de entre las nubes, desde detrás de las cumbres gemelas. Lo vio aterrizar y cómo se abrían sus puertas, por las que salieron unos hombres con trajes protectores, bombonas a la espalda y en la mano extintores con la etiqueta FUEGO FRÍO. Apuntaban con las boquillas como si fueran pistolas, y echaron a correr hacia los árboles.

Sus árboles.

Rachel fue corriendo hacia ellos y el fuego.

En ese mismo momento, oyó otro estruendo procedente del cielo, y

esta vez tuvo claro que no era una tormenta.

«Por favor, hoy no», pensó.

IV

Al día siguiente, el periódico de Hilo, el *Hawaii Tribune-Herald*, no mencionó la evacuación del jardín botánico. Ni tampoco lo hizo el *Honolulu Star-Advertiser*. Ni ninguno de los otros periódicos de las islas.

Tampoco hubo ninguna mención en el *New York Times*.

Ninguno de los canales de noticias locales contó lo que había ocurrido en el parque el día anterior. No se habló de ello en los programas de la radio, donde todos estaban obsesionados con el descenso del turismo de Hawái durante el primer trimestre del año.

Hubo algunas menciones en las redes sociales, pero no demasiadas, nada viral; quizá porque aquel lunes, en particular, no había habido grandes aglomeraciones en el botánico. Algunos tuits hablaban de un pequeño incendio causado por los herbicidas y contenido con éxito gracias a la rápida respuesta, aunque otros usuarios sí mencionaron que habían visto el aterrizaje de un helicóptero en el momento en que se marchaban.

Nada de eso resultaba sorprendente. Así era Hilo. Así era vivir a la sombra de los volcanes, una amenaza constante, donde nadie pasaba mucho tiempo sin levantar la vista hacia el Mauna Loa y el Mauna Kea.

El parque permaneció cerrado dos días.

Cuando volvió a abrir, fue como si no hubiera sucedido nada.

ERUPCIÓN

1

HONOLI‘I BEACH PARK, HILO, HAWÁI

JUEVES, 24 DE ABRIL DE 2025

TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 116 HORAS, 12 MINUTOS, 13 SEGUNDOS

—¡Dennis!

Desde la playa, John MacGregor tuvo que gritar para que el surfista le oyera entre el fragor de las olas.

—¿Qué tal si dejas de hacer el *kūkae*, si no te importa?

Los chicos que entrenaba John MacGregor le habían oído usar esa palabra y sabían perfectamente que no era un cumplido. *Kūkae* es una palabra nativa hawaiana que significa «chiflado», y, cuando la usaba John MacGregor, quería decir que alguien que estaba en el agua se comportaba como si fuera la primera vez que se subía a una tabla. O que estaba a punto de acabar debajo de la misma.

Mac tenía treinta y seis años y era un buen surfista o, al menos, lo había sido cuando era más joven, antes de que las rodillas hubieran empezado a hacer más ruido que una banda militar cada vez que se agachaba sobre la tabla. Ahora canalizaba su pasión por el deporte enseñando a esos chicos de catorce a dieciséis años, todos de Hilo, la mitad de los cuales ya habían abandonado la escuela.

Iban a aquella playa a apenas tres kilómetros del centro de Hilo cuatro tardes por semana y, durante unas horas, formaban parte de lo que los isleños llaman el Hawái de postal, el que sale en los programas de televisión, en las películas y en los folletos de la Cámara de Comercio.

—¿Qué he hecho mal, Mac Man? —le preguntó Dennis, de catorce años, en cuanto salió del agua.

—Bueno, para empezar, ni siquiera era tu ola; esa era la de Mele —dijo Mac.

Los dos estaban de pie al final de la playa, frente al arrecife. Honoli‘i era popular entre los surfistas del lugar, sobre todo porque las fuertes corrientes mantenían alejados a los bañistas, así que los chicos podían disfrutar de la playa para ellos solos.

El último que quedaba en el agua era Lono.

Lono Akani, que se había criado sin padre y cuya madre era camarera en el hotel Hilo Hawaiian, tenía dieciséis años y era el

preferido de Mac. Tenía un talento natural para aquel deporte que ya habría querido tener Mac a su edad.

Observó a Lono agachado sobre una de las tablas Thurso Surf que había comprado Mac, una para cada uno. Aun desde aquella distancia, le veía sonreír. Por supuesto, algún día aquel chico encontraría el miedo en el océano. O el miedo saldría a su encuentro. Pero no sería ahora, que se deslizaba suavemente por el interior de la ola.

Lono llegó a la orilla, cogió la tabla bajo el brazo y se acercó al lugar donde le esperaba Mac.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por recordarme que contara las series de olas —dijo el chico—. Por eso he tenido paciencia, como me dijiste, y he podido esperar la ola que quería.

Mac le dio una palmada en el hombro.

—*Keiki maikaʻi.*

Buen chico.

Entonces oyeron el temblor procedente del cielo. Lo oyeron y sintieron que la playa temblaba bajo sus pies, haciendo que se tambalearan. El chico no sabía si mirar arriba o abajo. Pero John MacGregor entendió lo que estaba ocurriendo: sabía reconocer un temblor volcánico, a menudo asociado a la liberación de gases, cuando lo percibía.

Levantó la vista al cielo. Lo mismo hicieron todos los chicos. Eso le hizo recordar algo que le habían dicho sus profesores de la universidad sobre los volcanes y «la belleza del peligro».

Cuando la Tierra se calmó, sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo. Respondió y Jenny Kimura dijo:

—Mac, gracias a Dios que has respondido.

Jenny sabía que, cuando él estaba entrenando a sus surfistas, no le gustaba que le molestaran con cosas del trabajo sin importancia. La rueda de prensa no iba a empezar hasta una hora más tarde, así que si Jenny le llamaba, no sería por algo insignificante.

—Jenny, ¿qué pasa?

—Tenemos una desgasificación.

No, no era algo sin importancia, desde luego.

—*Hōʻoʻopaʻoʻopa* —dijo él, soltando un taco de los que usaban sus chicos.

2

Mac no podía dejar de mirar las cumbres gemelas, una y otra vez. Eran como un imán para la gente del lugar.

—¿Dónde? —le preguntó a Jenny, sintiendo que se le tensaba el pecho.

—En la cumbre.

—Voy para allá —dijo. Colgó y se dirigió a los surfistas—. Lo siento, chicos, tengo que pirarme.

Dennis se rio.

—¿Pirarte? —dijo—. No vuelvas a decir eso, Mac Man.

—Bueno —dijo Mac—, tengo que mover el culo y volver al trabajo... ¿Mejor?

—Eres un antiguo, colega —le respondió Dennis, con una gran sonrisa en el rostro—. Te vuelves al curro y basta, *bro*.

De vez en cuando, los chicos volvían a la jerga de la calle; formaba parte de la pose del adolescente.

Mac se dirigió a su camioneta verde, y Lono fue tras él, con la tabla bajo el brazo y el cabello aún mojado. Lo miró muy serio, preocupado.

—No ha sido el Kīlauea, ¿verdad? —dijo Lono en voz baja, en referencia al volcán más pequeño de la isla.

—No —dijo MacGregor—. ¿Cómo lo sabes, Lono?

—Los temblores del Kīlauea... son rápidos y leves, ¿no? Como una serie de olas, una tras otra, que van perdiendo fuerza. Ha sido el Grande, ¿verdad?

MacGregor asintió.

—Sí, chaval. Lo que acabamos de oír viene del Grande.

Lono se acercó un poco más y le habló en voz baja, aunque nadie estaba lo suficientemente cerca como para oírle: —¿Va a haber una erupción, Mac?

MacGregor alargó la mano hacia la puerta de su camioneta, en la que había un círculo blanco con las letras OVH en el centro y las palabras OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI en el exterior. Pero se detuvo un momento. Lono le miraba fijamente, con un gesto de preocupación aún mayor que el de antes; el chaval hacía un gran esfuerzo para no parecer asustado, pero no lo conseguía. Luego le dijo:

—Si va a haber una, me lo puedes decir.

Mac no quería decirle nada que le asustara aún más, pero tampoco quería mentirle.

—Ven conmigo a la rueda de prensa —dijo, forzando una sonrisa —. Quizá aprendas algo.

—Contigo siempre se aprende, Mac Man —dijo el chico.

De todos los chavales, era a Lono a quien más había animado para que trabajara como becario en el observatorio, porque desde el inicio se había dado cuenta de lo brillante que era el muchacho, a pesar de las notas mediocres que sacaba en el colegio. Siempre buscaba en Mac la aprobación que nunca había obtenido de su padre, el cual los había abandonado a él y a su madre. Por eso había leído tanto sobre volcanes como él y sabía casi lo mismo.

Pero Lono se giró para mirar a los otros chicos y negó con la cabeza.

—Nah. Pero puedes llamarme luego y me lo cuentas. ¿Vas a estar aquí mañana?

—Ahora mismo no lo sé.

—No es grave, ¿no? —preguntó Lono—. Veo que estás preocupado, aunque no lo digas.

—Si vives aquí, siempre te preocupa el Grande —dijo Mac—, sea o no tu trabajo.

MacGregor subió a la camioneta, arrancó y se puso en marcha hacia la montaña, pensando en todas las cosas que no le había contado a Lono Akani, empezando por lo preocupado que estaba realmente, y con motivo. En pocos días, el Mauna Loa podía registrar la erupción más violenta del siglo, y John MacGregor, el geólogo que dirigía el Observatorio Vulcanológico de Hawái, lo sabía y estaba a punto de comunicárselo a la prensa. Siempre había sabido que llegaría ese día y que probablemente sería más temprano que tarde. Ahí estaba por fin.

Mac condujo rápido.

3

FESTIVAL MERRIE MONARCH, HILO, HAWÁI

Bajo el techo del Edith Kanaka'ole Stadium de Hilo, los tambores tahitianos resonaban con tanta fuerza que las tres mil personas del público notaban la vibración en sus asientos. El presentador pronunció el saludo tradicional:

—*Hookipa i nā malihini, hanohano wāhine e kāne*, distinguidas damas y caballeros, por favor den la bienvenida a nuestros primeros *hālaus*. ¡Desde Wailuku...Tawaaa Nuuuuui!

Se celebraba el Hula Kahiko, parte de las celebraciones del festival Merrie Monarch, la competición de *hula* más importante de todo Hawái y una significativa contribución a la economía local de Hilo.

Tal como era costumbre en él, Henry «Tako» Takayama, el robusto jefe de Protección Civil de Hilo, permanecía en la parte de atrás durante las ceremonias, vestido con su característica camisa hawaiana y una sonrisa en el rostro, estrechando manos y dando la bienvenida a gente de toda la isla a la representación anual de danzas hawaianas antiguas por parte de las escuelas de *hula*. Aunque su puesto no se conseguía como resultado de una votación, siempre tenía el aspecto de estar haciendo campaña, como si se presentara a algún cargo.

Su talante desenfadado le había ayudado mucho durante sus treinta años como jefe de Protección Civil. En ese tiempo, guio a la comunidad en varias crisis, entre ellas un tsunami que se llevó por delante a un grupo de *boy scouts* acampados en la playa, los destructivos huracanes de 2014 y 2018, los ríos de lava del Mauna Loa y del Kīlauea, que arrasaron carreteras y destruyeron casas, y la erupción del Kīlauea de 2021, que creó un lago de lava en un cráter de la cima.

Pero eran pocos los que veían su personalidad, dura y combativa, que ocultaba tras la sonrisa. Tako era un funcionario público ambicioso e incluso implacable, con un buen juego de codos para proteger su cargo. Si alguien quería hacer algo en el este de Hawái, fuera político o no, tenía que pasar por él. Era imposible esquivarlo.

En el estadio, Tako, que estaba charlando con la senadora del estado Ellen Kulani, enseguida sintió el temblor. Y también Ellen. La senadora lo miró y quiso decir algo, pero él la cortó con una sonrisa y

un movimiento de la mano.

—No es gran cosa —dijo.

Pero el temblor continuó y, entre el público, se extendió un murmullo. Muchas de las personas congregadas venían de otras islas y no estaban acostumbradas a los temblores de Hilo; desde luego, no a percibir tres seguidos. Los tambores enmudecieron. Los bailarines bajaron los brazos.

Tako Takayama ya se esperaba temblores durante el festival. Una semana antes, había almorzado con MacGregor, el jefe *haole* del centro vulcanológico. MacGregor le había llevado al Ohana Grill, un bonito local, y le había contado que se avecinaba una gran erupción del Mauna Loa, la primera desde 2022.

—Mayor que la de 1984 —le había dicho MacGregor—. Quizá la mayor en un siglo.

—Te escucho —dijo Tako.

—El HVO está monitorizando constantemente las imágenes sísmicas —dijo MacGregor—. Las últimas muestran un aumento de la actividad y el movimiento de un gran volumen de magma en el interior del volcán.

Llegados a ese punto, Tako tuvo que encargarse de convocar una rueda de prensa, que había programado para ese día, más tarde. Pero lo hizo a regañadientes. Tako pensaba que una erupción en el lado norte del volcán no le importaría un comino a nadie de la ciudad. Tendrían mejores puestas de sol durante un tiempo, la buena vida seguiría y todo volvería a la normalidad en el mundo de Tako.

Pero era un hombre prudente, que consideraba todas las posibilidades, empezando por las que le afectaban. No quería que esa erupción pillara por sorpresa a nadie, ni que la gente pensara que le había cogido a contrapié.

Al final, Tako Takayama, que era un hombre práctico, encontró el modo de aprovechar la situación a su favor. Había hecho unas llamadas. Pero ahora estaba en aquel momento incómodo en el auditorio: con los tambores mudos, la danza interrumpida y el público inquieto. Tako le hizo un gesto con la cabeza a Billy Malaki, el maestro de ceremonias, que estaba al borde del escenario; Tako ya le había dicho qué debía hacer.

Billy cogió el micrófono y dijo, con una gran carcajada:

—¡*Heya*, hasta Madame Pele nos manda su bendición para el festival! ¡Su propio *hula*! ¡Tiene ritmo, sí!

El público se rio y estalló en un gran aplauso. Mencionar a la diosa hawaiana de los volcanes era el recurso perfecto. Los temblores cesaron y Tako se relajó. Se volvió de nuevo hacia Ellen Kulani.

—Bueno —dijo—. ¿Dónde estábamos?

Actuaba como si hubiera sido él mismo quien hubiera dado la

orden de detener los temblores, como si hasta la naturaleza obedeciera a Henry Takayama.

4

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 114 HORAS

En los baños de hombres, John MacGregor se situó frente a un lavabo, se abrochó el cuello de su camisa azul de trabajo, se ajustó la corbata negra de punto y se pasó los dedos por el cabello. Luego dio un par de pasos atrás y se miró al espejo. Un rostro desanimado le devolvió la mirada. John MacGregor suspiró. Odiaba dar ruedas de prensa aún más de lo que odiaba celebrar reuniones de presupuestos.

Cuando salió, se encontró a Jenny Kimura esperándolo.

—Estamos listos, Mac.

—¿Están todos?

—El equipo de Honolulu acaba de llegar.

Jenny tenía treinta y dos años y era la científica que dirigía el laboratorio. Había nacido en Honolulu, y tenía un doctorado en Ciencias de la Tierra y del Planeta por Yale. Era educada y muy atractiva. «Extremadamente atractiva», pensó MacGregor. Normalmente era ella quien daba las ruedas de prensa, pero, en esta ocasión, se había negado rotundamente.

—Me da la impresión de que es más bien un tema Mac —había dicho.

—Te pagaré para convertirlo en un tema Jenny.

—No tienes suficiente dinero —le había dicho ella.

Ahora MacGregor se toqueteaba nerviosamente el nudo de la corbata.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó.

—Parece que vas de camino a la silla eléctrica —dijo ella.

—¿Tan mal?

—Peor.

—¿La corbata me da aspecto de pringado? Quizá debería quitármela.

—Está bien —dijo Jenny—. Solo tienes que sonreír.

—Para eso tendrás que pagarme tú.

Ella se rio, lo agarró con suavidad del codo y se lo llevó al vestuario. Dejaron atrás una fila de taquillas y pasaron junto a una serie de monos verdes de protección térmica colgados de unos

ganchos de la pared, cada uno con su nombre.

—Estos zapatos me hacen daño —dijo Mac. Llevaba unos zapatos de cordones marrones que había metido en la camioneta esa mañana. Crujían al caminar, como si estuvieran recién salidos de la tienda.

—Se te ve muy *akamai* para ser *kamaʻāina* —dijo ella. Muy agudo y despierto, para no ser nativo—. He puesto el mapa grande sobre un caballete para que te sirva de referencia —añadió, volviendo al tema —. Las zonas de falla están marcadas. Está simplificado, para que se vea mejor en la tele.

—Vale.

—¿Quieres usar datos sísmicos?

—¿Los tenemos listos?

—No, pero puedo conseguirlos en un momento. ¿Los últimos tres meses o todo el año anterior?

—Con los de todo el año quedará más claro.

—Vale. ¿E imágenes de satélite?

—Solo las del MODIS.

—Están en una pizarra.

Salieron del vestuario, cruzaron una sala y recorrieron un pasillo. A través de las ventanas, Mac vio los otros edificios del Observatorio Vulcanológico de Hawái, todos ellos conectados por pasarelas de metal. El OVH estaba construido al borde de la caldera del Kīlauea y, aunque últimamente no había lava en el cráter, siempre había muchos turistas recorriendo el lugar, señalando a las fumarolas.

En el aparcamiento había toda una flota de furgonetas de televisión, la mayoría blancas y con antenas parabólicas en lo alto. MacGregor suspiró. Y no era un suspiro feliz.

—Saldrá bien —dijo Jenny—. Tú recuerda sonreír. Tienes una sonrisa muy bonita.

—¿Y eso quién lo dice?

—Lo digo yo, guapetón.

—¿Estás flirteando conmigo?

Ella sonrió.

—Claro. Quédate con eso.

Atravesaron la sala de datos, llena de técnicos informáticos inclinados sobre sus teclados. Mac echó un vistazo a los monitores colgados del techo, que mostraban imágenes de diferentes puntos del volcán. Ya no había duda de que salía vapor del cráter de la cumbre del Mauna Loa, lo que demostraba que tenía razón, que no había sido alarmista: la erupción se produciría en solo unos días. Sentía como si un reloj hubiera iniciado la cuenta atrás.

Mientras atravesaban la sala, un coro de voces le deseó suerte. La voz de Rick Ozaki se elevó por encima de las demás: —¡Bonitos zapatos, tío!

Esta vez sí sonrió de verdad; se echó la mano a la espalda y le hizo una peineta a su amigo.

Atravesaron otra puerta y siguieron por el pasillo principal. Al otro extremo vio la sala con la tarima y el mapa montado sobre el caballete. Oyó el murmullo de los periodistas que esperaban.

—¿Cuántos hay? —preguntó Mac, justo antes de entrar.

—Están todos los que esperábamos —dijo Jenny—. Ahora ve y muéstrales tu mejor versión.

—No tengo una mejor versión.

Jenny se hizo a un lado, Mac pasó y sintió los ojos de todos los presentes fijos en él.

Tako Takayama le había contado que, durante la erupción del Mauna Loa en diciembre de 1935, George Patton, entonces teniente coronel del Ejército del Aire de Estados Unidos, participó en las maniobras para desviar el flujo de lava. En aquel momento, Mac se sentía como si la lava fuera a por él a toda velocidad.

«Sí, soy yo —se dijo—. El viejo Sangre y Agallas, MacGregor».

5

John MacGregor sabía quién era y conocía sus puntos fuertes. Y hablar en público no era uno de ellos. Se aclaró la garganta y dio unos golpecitos nerviosos al micrófono.

—Buenas tardes. Soy John MacGregor, científico a cargo del Observatorio Vulcanológico de Hawái. Gracias a todos por venir.

Se volvió hacia el mapa.

—Tal como saben, este observatorio se ocupa del seguimiento de seis volcanes: el volcán submarino Kamaʻehuakanaloa, antes Lōʻihi; el Haleakalā, en Maui, y cuatro en la Isla Grande, entre ellos los dos volcanes activos: el Kīlauea, relativamente pequeño, que lleva activo cuarenta años ininterrumpidamente, y el Mauna Loa, el mayor del mundo, que se activó en 2022 pero que no ha registrado una gran erupción desde 1984.

En el mapa, el Kīlauea era un pequeño cráter junto al edificio del observatorio. El Mauna Loa parecía una enorme cúpula; sus laderas ocupaban la mitad de la isla.

Mac cogió aire y lo soltó con fuerza. El micrófono registró el sonido.

—Hoy —dijo MacGregor— tengo que anunciarles una erupción inminente del Mauna Loa.

Los flashes estroboscópicos de los fotógrafos fueron como relámpagos. MacGregor parpadeó para quitarse las manchas blancas que le invadían el campo visual, se aclaró la garganta otra vez y siguió adelante. Probablemente sería imaginación suya, pero de pronto los focos de la televisión se habían vuelto más luminosos.

—Calculamos que será una erupción bastante grande —dijo— y que se producirá en un plazo de dos semanas, quizá incluso mucho antes.

Levantó una mano para acallar las voces que de pronto se elevaban entre el público y se volvió hacia Jenny, que le había puesto los datos sísmicos en un caballete a su izquierda. La imagen, que señalaba los epicentros de todos los terremotos de la isla durante el año anterior, mostraba una concentración de puntos oscuros en torno a la cumbre.

—Según los datos que hemos recogido y analizado, probablemente la erupción se produzca en la caldera de la cumbre —prosiguió

MacGregor—, lo que significaría que la ciudad de Hilo no resultaría afectada. Ahora responderé con mucho gusto a cualquier pregunta.

Las manos se elevaron. Mac no solía dar muchas ruedas de prensa, pero conocía las normas, y una de ellas era que los medios locales siempre hacían la primera pregunta.

Señaló a Marsha Keilani, la reportera de la cadena KHON, de Hilo.

—Mac, ha dicho «una erupción bastante grande». ¿Cómo de grande exactamente? —Sonrió—. ¿Así, a ojo…?

—Esperamos que sea al menos tan grande como la de 1984, que produjo quinientos millones de metros cúbicos de lava y cubrió más de cuarenta kilómetros cuadrados en tres semanas —dijo—. De hecho, esta erupción podría ser mucho mayor, quizá tanto como la de 1950. De momento, no lo sabemos.

—Pero es evidente que tienen alguna idea sobre el momento de la erupción o no estaríamos aquí —dijo—. ¿Estamos hablando realmente de dos semanas? ¿O antes?

—Podría ser antes, sí. Hemos estado repasando todos los datos, pero no hay modo de predecir el momento exacto de una erupción. —Se encogió de hombros—. No podemos estar seguros.

El siguiente fue Keo Hokulani, del *Honolulu Star-Advertiser*.

—Doctor MacGregor, ¿no podría concretar un poco más? Aquí tienen un equipo muy sofisticado. Estarán bastante seguros de la magnitud y del momento de la erupción, ¿no?

Keo lo sabía porque había hecho una visita guiada al OVH unos meses antes. Había visto todos los modelos computerizados y las proyecciones, y sabía de lo que hablaba.

—Tal como sabes, Keo, el Mauna Loa es uno de los volcanes más estudiados del mundo. Tenemos inclinómetros y sismómetros repartidos por su superficie, drones que lo sobrevuelan con cámaras térmicas, datos de satélite en treinta y seis frecuencias, radares y sensores de luz visible e infrarroja. —Se encogió de hombros y sonrió —. Dicho eso… no, no puedo ser más concreto. —Todos se rieron—. Los volcanes son un poco… o mucho… como animales salvajes. Es difícil y peligroso predecir su comportamiento.

Wendy Watanabe, de uno de los canales de televisión de Honolulu, levantó una mano.

—En la erupción de 1984, la lava llegó bastante cerca de Hilo —recordó— y la gente se sintió amenazada. ¿Está diciendo que, en esta ocasión, Hilo no corre peligro?

—Así es —dijo MacGregor—. En 1984 la lava llegó a siete kilómetros de Hilo, pero los principales flujos de lava fueron hacia el este. Tal como he dicho, esta vez esperamos que la mayor parte de la lava avance alejándose de Hilo. —Se giró y señaló el mapa, sintiéndose como un hombre del tiempo de la tele—. Eso significa que

fluirá por la ladera norte, hacia el centro de la isla, en dirección al collado entre el Mauna Loa y el Mauna Kea. Esa es una zona muy amplia y, afortunadamente, poco poblada. La Reserva Científica del Mauna Kea cuenta con varios observatorios a cuatro mil metros, y el ejército tiene una gran zona de maniobras aquí, a dos mil metros, pero eso es todo. Así que quiero insistir: esta erupción no supone una amenaza para los vecinos de Hilo.

Wendy Watanabe volvió a levantar la mano.

—¿En qué momento elevará el OVH el nivel de alerta vulcanológica?

—Mientras el Mauna Loa mantenga esta actividad elevada, el nivel se mantiene en amarillo —dijo MacGregor—. Seguiremos controlando la zona de fractura al noreste.

Un periodista que no reconoció preguntó:

—¿El Mauna Kea también entrará en erupción?

—No. El Mauna Kea está inactivo. No ha registrado erupciones en cuatro mil años. Tal como saben, en la Isla Grande, hay cinco volcanes, pero solo dos están activos actualmente.

Jenny Kimura, que estaba a su lado, soltó un suspiro de alivio silencioso y sonrió. Estaba yendo todo lo bien que podía esperar. Los reporteros no estaban buscando el sensacionalismo, y Mac parecía cómodo, seguro de sí mismo y de sus datos. Hablaba sin esfuerzo, pasando por alto los asuntos que no quería tratar. Le pareció que estaba gestionando especialmente bien las preguntas sobre la magnitud de la erupción.

Mac había conseguido centrarse en lo importante y no meterse en lodazales, como había pasado alguna otra vez. Jenny conocía las tendencias de su jefe. Antes de llegar a Hawái, John MacGregor había formado parte del equipo de asesores del Servicio Geológico de Estados Unidos, que viajaba por todo el mundo cada vez que había una erupción inminente. Desde sus días de estudiante, había estado presente en todas las importantes. MacGregor había estado en el Eyjafjallajökull y el monte Merapi en 2010, en el Puyehue-Cordón Caulle en 2011, en el Anak Krakatau en 2018, y en el Hunga Tonga-Hunga Ha‘apai en 2022. Y había visto escenas terribles. Todo porque, tal como solía decir, «la gente espera demasiado, lo que significa que espera hasta que es demasiado tarde».

La experiencia de MacGregor le había hecho desarrollar una actitud dura, desafiante, imperiosa, y la capacidad para prepararse para el peor escenario posible. Era un científico prudente, pero un gestor rápido y decidido que solía actuar primero y preocuparse por las consecuencias más tarde. Así de seguro de sí mismo estaba.

Mac era muy respetado en el OVH, pero a veces Jenny tenía que ocuparse de reparar los daños tras alguna de sus decisiones inmediatas. No podía recordar cuántas veces había dicho «eh, bueno...» después de oír alguna de sus ideas tan espontáneas. Pero nadie podía decir que no fuera generoso o que no le preocupara la gente. Había tenido una infancia difícil, y ese era el motivo por el que se había hecho monitor de surf para los niños desfavorecidos de la zona. Mientras los entrenaba, intentaba motivar a algunos para que se esforzaran más en los estudios, y a otros para que no abandonaran el colegio; incluso había conseguido que algunos de ellos entraran en el programa de becas del OVH. Y siempre seguía su evolución cuando salían del OVH para ir a la universidad.

Y eso sin hablar de una experiencia incomparable. Todos sus colegas del OVH habían visto aquellas famosas erupciones en vídeo. MacGregor había estado allí. Si estaba actuando con tanta premura en este caso, era porque tenía sus motivos. Había estado ahí. Sabía lo que era. Y también sabía lo suficiente como para no explicar en detalle que el OVH estaba siguiendo la mayor erupción del siglo: eso solo habría provocado pánico, cualquiera que fuera la vertiente por la que estallara el volcán.

Había una cosa más que Mac sabía y Jenny también, pero los medios no:

Que John MacGregor les estaba mintiendo como un bellaco.

Sabía exactamente cuándo se iba a producir la erupción, y no quedaban dos semanas; ni siquiera una.

Cinco días. Nada más.

6

La rueda de prensa ya estaba más calmada.

MacGregor se sentía más relajado a medida que avanzaba, consciente de que les estaba dando más información de la que necesitaban. Ahora les explicaba que el archipiélago de Hawái estaba en un punto caliente creado por una pluma mantélica —un orificio en el lecho oceánico—, por donde salía el magma de forma intermitente. El magma se enfriaba al salir, creando una cúpula de lava que iba creciendo hasta aparecer en la superficie del océano, formando una isla. A medida que se formaban las islas, el movimiento de la placa del Pacífico las iba llevando hacia el norte y hacia el oeste, alejándolas del punto caliente, donde empezaba a formarse una nueva isla.

Ese punto caliente había producido una cadena de islas que se extendían por el centro del océano Pacífico. El archipiélago de Hawái no era más que el extremo de esa cadena. Una vez finalizada la actividad volcánica, las islas iban erosionándose lentamente y disminuyendo de tamaño. De las islas de Hawái, Ni‘ihau y Kaua‘i eran las más antiguas y más pequeñas, y luego iban O‘ahu, Maui, y Hawái.

Ahora John MacGregor se encontraba en su zona de confort. Las personas que tenía delante no se sentirían cómodas con todos aquellos conceptos sismológicos, pero él sí.

—En términos geológicos —dijo MacGregor—, la isla de Hawái es muy reciente. Es una de las pocas masas de tierra de nuestro planeta que es más joven que la propia humanidad. Hace tres millones de años, cuando unos pequeños primates empezaron a caminar erguidos en las llanuras africanas, la isla de Hawái no existía. No fue hasta hace un millón de años, cuando los *Homo habilis*, descendientes de los primeros homínidos, ya vivían en toscos refugios y empezaban a usar herramientas de piedra, cuando los mares de Hawái empezaron a bullir, revelando la presencia de volcanes submarinos. Desde entonces, cinco volcanes diferentes han vertido suficiente lava como para crear islas sobre la superficie del océano.

Hizo una pausa y miró a su audiencia. Mucho de lo que estaba diciendo era denso, lo sabía, pero seguían prestándole atención, al menos de momento. Prosiguió:

—El patrón eruptivo de los cinco volcanes de la isla de Hawái es el

mismo que el del resto de la cadena de islas.

De los cinco volcanes, el situado más al norte, el Kohala, estaba extinguido y muy erosionado. Hacía cuatrocientos sesenta mil años de su última erupción. El siguiente, también al norte, era el Mauna Kea, que no había escupido lava desde hacía cuatro mil quinientos años. El tercero era el Hualālai, cuya última erupción había tenido lugar hacía más de doscientos años, cuando Jefferson era presidente (Mac no se molestó en decirles que el Hualālai era el cuarto volcán más peligroso de América. Los turistas de Kona no necesitaban oír eso). Y luego estaban los dos volcanes activos, el Mauna Loa y el Kīlauea.

Y por último, explicó, en el océano, cincuenta kilómetros al sur, estaba el Kama‘ehuakanaloa, antes llamado Lō‘ihi, que iba construyendo una nueva isla a kilómetro y medio por debajo del agua. Sonrió.

—El examen parcial será a finales de esta semana —dijo. Miró el reloj—. ¿Algo más?

Quería salir de allí, pero había aprendido que no podía irse mientras hubiera manos levantadas.

—¿Qué probabilidades hay de que esta erupción sea violenta? —preguntó otro periodista que no reconoció, un hombre mayor.

—Muy pocas. La última erupción explosiva se produjo en la prehistoria.

—¿Qué riesgo hay de que la lava llegue a Hilo?

—Ninguno.

—¿Alguna vez ha llegado a Hilo, anteriormente?

—Sí, pero hace miles de años. La ciudad de Hilo de hoy en día está construida sobre depósitos de lava.

—Si la lava avanza hacia Hilo, ¿qué se puede hacer para detenerla? —insistió el periodista mayor.

—No creemos que vaya a avanzar en esa dirección. Creemos que fluirá hacia el norte, en dirección al Mauna Kea.

—Sí, lo entiendo. Pero ¿se puede detener el avance de la lava?

MacGregor vaciló. Quería salir de esa tarima sin alarmarlos, pero era una pregunta justa y merecía una respuesta honesta.

—Nadie ha conseguido detener la lava hasta ahora —dijo—. En el pasado, en Hawái se ha intentado bombardear el flujo para desviarlo, abrir zanjas para reconducirlo y rociar agua de mar sobre la lava para enfriarla, pero ninguna de esas tácticas ha funcionado.

Echó una mirada a Jenny, que se acercó, casi a la carrera, y dijo:

—¿Hay alguna pregunta específica sobre la próxima erupción? —Escrutó al público—. ¿No? Entonces damos las gracias al doctor MacGregor, y a ustedes por haber venido. Si tienen alguna pregunta más, no duden en llamar. Encontrarán nuestros números en el comunicado de prensa.

En el momento en que los periodistas empezaron a moverse, levantó una mano:

—Tengo un par de anuncios que hacer a los equipos de televisión. En cuanto empiece la erupción, querrán material gráfico de apoyo e imágenes aéreas. Déjenme que les explique cómo va a ir: si la erupción es potente, los vuelos estarán prohibidos porque la ceniza volcánica bloquea los motores de los aviones. No obstante, haremos tres vuelos en helicóptero diarios y las grabaciones que hagan se las ofreceremos. Está permitido grabar desde tierra durante la erupción siempre que lo hagan desde los puntos seguros indicados. Si quieren filmar desde algún otro sitio, les asignaremos a un geólogo para que les acompañe. No vayan solos. Y no supongan que pueden ir al mismo sitio donde estuvieron el día anterior, porque las condiciones pueden cambiar a cada hora. Por favor, tómense estas normas en serio, porque en cada erupción se registran muertes de periodistas, y nos gustaría evitar que eso sucediera otra vez.

MacGregor se quedó mirando el movimiento de los periodistas y cámaras, que se acercaban al estrado para situarse delante de Jenny.

Consiguió escabullirse discretamente.

Y, mientras caminaba, se quitó la corbata.

7

De vuelta a la sala de datos, MacGregor se encontró con un silencio completo; era como si casi todo el mundo hiciera un esfuerzo por ignorarlo.

Kenny Wong, el jefe de programadores, estaba muy ocupado tecleando y no levantó la vista. Rick Ozaki, el sismólogo, ampliaba abstraído los datos de su pantalla. Pia Wilson, a cargo de los niveles de alerta vulcanológica, estaba enfrascada en algo tras su pantalla. MacGregor se quedó allí de pie un momento, esperando. No esperaba una ovación, pero tampoco no oír nada más que el repiqueteo de los teclados.

Se acercó a Kenny Wong, se sentó, apartó la bolsa de patatas fritas y la Coca-Cola light a un lado, apoyó los brazos en la mesa y dijo:

—¿Y bien?

—Nada —dijo Kenny, meneando la cabeza, sin dejar de teclear.

—Tiene que haber algo.

—No lo hay.

—Kenny...

Kenny levantó la vista y lo miró con dureza.

—Vale, hay algo. Mac, ¿por qué no se lo has dicho?

—¿Decirles el qué?

—Que va a ser la erupción más grande del siglo.

—Venga, tío, ya hemos hablado de esto —dijo MacGregor—. Son periodistas, y los dos sabemos que lo hincharían desproporcionadamente; serían ellos los que entrarían en erupción. Y no quiero hacer una predicción así y que luego sea errónea.

—Pero tú sabes que no será errónea —replicó Kenny. Estaba molesto y enfadado, y no hizo ningún esfuerzo por moderar sus palabras—. Es imposible que sea errónea. Venga, tío, tú, Mac. Lo confirman los datos de los modelos computerizados de las últimas treinta y siete semanas. Treinta y siete semanas, joder. Eso es más que la temporada de béisbol.

—Kenny —dijo MacGregor—. En 2004, el jefe del OVH predijo una erupción del Mauna Loa que no se llegó a producir. ¿No crees que sus programadores le dijeron que era segura?

—No lo sé —respondió Kenny—. Yo ni había nacido.

—Sí, sí que habías nacido —le corrigió Mac—. Y, por favor, deja de ponerte tan dramático.

Su jefe de programadores tenía veintitrés años. Brillante, a menudo infantil, con cierta tendencia a cabrearse, especialmente cuando se había pasado una noche en blanco. Que era la mayor parte del tiempo.

Rick le llamó desde el otro lado de la sala:

—Mac, quizá quieras ver esto.

El sismólogo —de treinta años, con barba, corpulento, vestido con vaqueros y una camiseta negra de la Hirano Store— se movía despacio, pensativo, todo lo contrario que Kenny Wong, que era de sangre caliente. Rick se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz con un dedo mientras Mac se acercaba.

—¿Qué es lo que tienes?

—Esto es un resumen de la actividad sísmica del último mes, filtrada según los tipos de ruido.

La pantalla mostraba un denso patrón de garabatos correspondientes a los datos transmitidos por los sismómetros repartidos por la isla.

—¿Y qué? —dijo MacGregor, encogiéndose de hombros—. Estos son los típicos enjambres de temblores, Rick. Alta frecuencia, baja amplitud, larga duración. Se producen constantemente. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Bueno, he estado investigando —dijo Rick, tecleando mientras hablaba—. Los hipocentros se concentran en torno a la caldera y a la vertiente norte. Los datos encajan perfectamente. O sea... perfectamente. De modo que creo que quizá debiéramos empezar a hablar de...

Les interrumpió un repiqueteo sordo que fue aumentando de intensidad, hasta hacer vibrar el suelo del laboratorio y los cristales. Por la ventana vieron la amenazante imagen de un helicóptero flotando peligrosamente cerca y bajo; pasó a su lado y se sumergió en la caldera.

—¡Dios Santo! —gritó Kenny Wong, corriendo hacia la ventana para verlo mejor—. ¿Quién es ese capullo?

—Apunta el número de la cola —ordenó MacGregor—. Y llama a Hilo enseguida. Sea quien sea ese idiota, va a hacerle un corte de pelo a algún turista. ¡Maldito sea!

Se fue hacia la ventana y se quedó mirando mientras el helicóptero bajaba de cota y recorría la humeante llanura de la caldera. No podía estar a más de tres o cuatro metros del suelo.

Kenny Wong, a su lado, observaba a través de unos binoculares.

—Es de Paradise Helicopters —dijo, asombrado. Paradise Helicopters era una agencia de buena reputación con base en Hilo. Sus pilotos llevaban a los turistas por los campos volcánicos y por la costa

hasta Kohala, para ver las cascadas.

—Estos saben que hay un límite de cuatrocientos cincuenta metros en torno al parque al que no pueden acceder —dijo MacGregor, meneando la cabeza—. ¿Qué demonios están haciendo?

El helicóptero retrocedió y recorrió lentamente el extremo más alejado de la caldera, casi rozando las humeantes paredes verticales. Pia tapó el auricular del teléfono con una mano.

—Tengo a Paradise Helicopters. Dicen que ellos no están volando. Le han alquilado ese helicóptero a Jake.

—¿No tenéis ninguna noticia que me pueda gustar? —dijo Mac.

—Con Jake a los mandos, no hay buenas noticias —respondió Kenny.

Jake Rogers era un expiloto de la armada conocido por saltarse las normas. Tras haber recibido dos advertencias de Aviación Civil en un año, la agencia de viajes para la que trabajaba lo despidió y ahora pasaba la mayor parte de su tiempo en un bar de mala muerte en Hilo.

—Según parece, Jack lleva a un cámara de la CBS, un corresponsal en Hilo —dijo Pia—. El tipo está intentando conseguir imágenes en exclusiva de la nueva erupción.

—Bueno, pues ahí no hay ninguna erupción —dijo MacGregor, con la vista puesta en la caldera.

La caldera del Kīlauea —lo que la mayoría llama cráter— era una atracción turística en Hawái desde el siglo XIX. Mark Twain, entre otros personajes famosos, había estado ahí de pie, observando el enorme foso humeante. Actualmente seguía habiendo vapor, azufre y otras evidencias de actividad volcánica, pero hacía veinte años que no se registraban erupciones. Todos los flujos recientes de lava del Kīlauea habían salido de las laderas del volcán, unos kilómetros al sur.

El helicóptero emergió desde el interior de la caldera, haciendo que los turistas que estaban junto a la barandilla se apartaran, pasó sobre el observatorio rugiendo y trazó una amplia curva. Luego se fue con su taca-taca-taca hacia el este.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rick.

—Parece que se va hacia la zona de la falla —dijo Kenny—. De ahí no puede salir nada bueno.

—Nada —confirmó MacGregor, aún de pie junto a la ventana. En ese momento, llegó Jenny Kimura.

—¿Quién es ese tío? —dijo—. ¿Alguien ha llamado a Hilo?

MacGregor se volvió hacia ella.

—¿Los periodistas siguen aquí?

—No, se han ido hace unos minutos.

—¿No he dejado claro que la erupción aún no ha empezado?

—Yo diría que lo has dejado suficientemente claro, sí.

—Mac, ese tipo es un corresponsal —dijo Rick—. No estaba en la

rueda de prensa. Está intentando sacar ventaja. Ya sabes lo que dicen: «No te preocupe tener razón; preocúpate de llegar el primero».

—Oye, Mac, esto no te lo vas a creer. —Pia Wilson, que estaba frente al panel de vídeo central, activó todos los monitores remotos para que se viera la vertiente oriental del Kīlauea—. El piloto está sobrevolando el lago del este, en la cumbre del Kīlauea.

—¿Que está haciendo qué?

Pia se encogió de hombros.

—Míralo tú mismo.

MacGregor se sentó frente a los monitores. Siete kilómetros más allá, el negro cono de residuos del Pu‘u‘ō‘ō —el nombre hawaiano significa «Colina del Palo de Cavar»— se elevaba hasta los cien metros por su lado este. Ese cono no había registrado actividad volcánica desde su erupción en 1983, cuando escupió un chorro de lava que se elevó más de seiscientos metros. La erupción se prolongó durante todo el año, produciendo enormes cantidades de lava que penetraron quince kilómetros en el océano. Y a su paso había enterrado todo el pueblo de Kalapana, destruido doscientas casas y llenado una gran bahía en Kaimūī, donde la lava caía al mar entre nubes de humo. La actividad del Pu‘u‘ō‘ō se mantuvo durante treinta y cinco años —una de las erupciones volcánicas continuadas más largas registradas nunca — y no cesó hasta el hundimiento del cráter, en 2018.

Los helicópteros turísticos habían recorrido la zona buscando un nuevo lugar desde donde tomar fotos, y los pilotos descubrieron un lago que había aparecido al este del cráter hundido, donde la lava burbujeaba y formaba olas incandescentes que chocaban contra los lados del cono. En ocasiones salían chorros de lava que se elevaban más de quince metros por encima de la incandescente superficie del lago. Pero el cráter que contenía el lago del este no tenía más que unos cien metros de diámetro, demasiado poco como para permitir el descenso.

Los helicópteros nunca se metían dentro.

Hasta aquel momento.

—¿Está loco…? —dijo Jenny.

Mac respondió:

—Sí, hay que estar muy loco para adentrarse en ese infierno.

8

MacGregor no apartaba la vista de la pantalla de vídeo.

—¿De dónde viene la señal?

—La cámara está en el borde de la caldera, apuntando hacia abajo.

El helicóptero flotaba sobre el lago de lava. Mac veía perfectamente al operador, filmando a través de una puerta abierta en el lado de babor, con la cámara al hombro. El idiota estaba asomado, grabando la lava.

Era como una imagen de una película de acción, con efectos especiales y todo. Pero lo que estaban viendo era real.

—Están locos los dos —dijo—. Con las corrientes térmicas que hay por ahí...

—Si el volcán suelta un chorro de lava, los fríe.

—Conseguid que salgan de ahí pitando —dijo MacGregor—. ¿Quién está en la radio?

Al otro lado de la sala, Jenny tapó el auricular del teléfono con una mano: —Les están hablando desde Hilo. Dicen que ya se van.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no se mueven?

—Dicen que se van, Mac. Es todo lo que sé.

—¿Sabemos qué niveles de gas hay ahí abajo? —preguntó MacGregor. Cerca del lago de lava, había altas concentraciones de dióxido de azufre y monóxido de carbono. MacGregor miró el monitor e hizo una mueca—. ¿Sabemos si el piloto lleva oxígeno? Porque está claro que el cámara no. Esos dos idiotas podrían perder la conciencia si se quedan mucho rato.

—O podría fallar el motor —apuntó Kenny, meneando la cabeza—. Los motores de helicóptero necesitan aire. Y ahí abajo no hay mucho.

—Ya se van, Mac —anunció Jenny.

El helicóptero empezó a elevarse. Vieron que el operador se giraba y levantaba un puño, cabreado, mirando a Jake Rogers. Estaba claro que no quería marcharse.

Eso significaba que el pasajero de Rogers era aún más temerario que él.

—Vete, venga —le dijo MacGregor a la pantalla, como si Jake Rogers pudiera oírle—. Has tenido suerte, Jake. Vete.

El helicóptero se elevó más rápido. El cámara cerró la puerta de

golpe. Y cuando llegaron al borde del cráter, el helicóptero empezó a girar.

—Ahora veremos si pueden atravesar las corrientes térmicas —dijo MacGregor.

De pronto se vio un gran destello y el helicóptero se ladeó. Giró sobre sí mismo y fue a impactar contra la pared interior del cráter, levantando una tremenda nube de cenizas que oscureció la imagen.

Observaron en silencio, esperando a que el polvo se disipara. Vieron al helicóptero de costado, unos sesenta metros por debajo del borde, en precario equilibrio en el borde de un saliente de la pared interior, una pendiente pedregosa que acababa en el lago de lava.

—Que alguien llame por radio —ordenó Mac— y vea si esos imbéciles siguen vivos.

En la sala todos seguían pegados a los monitores. De momento no pasó nada; era como si el tiempo se hubiera detenido junto al helicóptero. Luego, mientras miraban, unas cuantas piedras empezaron a rodar bajo el helicóptero hasta caer en el lago de lava y desaparecer bajo la superficie.

—Esto no hace más que empeorar —dijo MacGregor, con una voz que apenas era un murmullo.

Fueron cayendo cada vez más piedras, y cada vez más grandes, hasta que aquello se convirtió en un desprendimiento. El helicóptero se movió y empezó a deslizarse con las rocas en dirección a la lava ardiente.

Todos observaron horrorizados la caída progresiva del helicóptero. El polvo y el vapor les ocultó la imagen por un momento, pero, cuando desaparecieron, vieron al helicóptero apoyado sobre un costado, con las palas del rotor dobladas contra las rocas y los patines levantados, a poco más de quince metros por encima de la lava.

—Las rocas están sueltas. No sé cuánto aguantarán.

MacGregor asintió. La mayor parte del cráter estaba compuesto de material escupido por el volcán, rocas como de piedra pómez y guijarros frágiles e inestables que podían caer en cualquier momento. Antes o después, el helicóptero seguiría cayendo al lago de lava. Probablemente en minutos; como mucho, en unas horas.

Del otro lado de la sala, llegó la voz de Jenny:

—¿Mac? Hilo aún tiene contacto. Ambos están vivos. El cámara está herido, pero están vivos.

MacGregor meneó la cabeza.

—¿Y qué se supone exactamente que vamos a hacer?

Nadie dijo nada, pero todos lo miraban a él. Se sintió como si estuviera otra vez en la rueda de prensa, a punto de situarse frente al micrófono.

—Es todo culpa de esos idiotas.

—Eso no es exactamente una novedad —dijo MacGregor, agachándose para desatarse los zapatos.

—No, no lo es —dijo Jenny.

—¿Cuántas horas de luz nos quedan? —le preguntó MacGregor.

—Una hora y media como mucho.

—No basta.

—Mac, podemos llamar a otro helicóptero, les pueden lanzar un cabo y sacarlos de ahí.

—No puede ir nadie más hasta ahí, Mac. Sería un suicidio —señaló Pia.

—Llama a Bill; dile que arranque el motor —ordenó Mac—. Llama a Hilo, diles que cierren el espacio aéreo de la zona. Llama a Kona, diles lo mismo. Mientras tanto necesito una mochila y un arnés y alguien de apoyo. Decidid vosotros quién. Me voy de aquí en cinco minutos, en cuanto me ponga las botas.

—Un momento —exclamó Pia, que no podía creérselo—. ¿Sales de aquí en cinco minutos para qué, exactamente?

—Para sacar a esos cabrones ignorantes de ahí.

9

CUMBRE DEL KĪLAUEA, HAWÁI

El helicóptero rojo despegó del helipuerto del OVH y se dirigió hacia el sur. Justo delante, a siete kilómetros de distancia, vieron el cono negro del Puʻuʻōʻō, con su gruesa columna de humo elevándose hacia el cielo.

Volvió a comprobar su equipo en el asiento delantero, asegurándose de que lo tenía todo. Jenny Kimura y Tim Kapaana estaban detrás. Tim era el más grandullón de los técnicos de campo, un exjugador de fútbol americano semiprofesional.

Jenny le habló por los auriculares:

—¿Mac? En Hilo dicen que pueden enviar un helicóptero de rescate Dolphin de la estación del guardacostas de Maui en treinta minutos, y que ellos pueden encargarse del rescate. No tienes por qué hacer esto.

MacGregor se giró hacia Bill Kamoku, su piloto, un hombre prudente y cuidadoso.

—¿Bill?

El piloto meneó la cabeza.

—Al menos tardarán una hora en llegar aquí.

—Para entonces estará casi oscuro —dijo Mac.

—Exacto.

—Y no pueden rescatar a nadie a oscuras.

—Si es por eso, no creo siquiera que puedan rescatarlos en pleno día, Mac —dijo Bill—. Si pones a esa bestia del Dolphin encima de un cráter tan estrecho, vas a provocar desprendimientos, y fin de la historia.

—Pero Mac... —dijo Jenny.

Él se giró.

—No nos engañemos. Si esperamos, morirán.

Miró al exterior. Ahora estaban sobre la zona de la falla, siguiendo una línea de grietas humeantes y pequeños conos de residuos sobre los campos de lava. El cráter hundido del Puʻuʻōʻō estaba un kilómetro y medio más allá y, justo detrás, el lago del este.

—¿Dónde quieres parar? —preguntó Bill.

—Lo mejor es la vertiente sur.

No podían aterrizar demasiado cerca del borde del cráter porque estaba lleno de grietas y no ofrecía ninguna estabilidad. Tanto Mac como Bill lo sabían.

—¿Por qué crees que se ha metido ahí Jake? —le preguntó Mac.

Bill se giró, con los ojos ocultos tras la visera del casco negro.

—Dinero. Creo que necesitaba dinero, Mac. Y hay otra razón.

—¿Cuál?

—Es Jake.

El helicóptero aterrizó a unos veinte metros del borde del cráter. Inmediatamente, el plexiglás de la cabina del helicóptero se cubrió de vapor de las fumarolas cercanas. MacGregor abrió su puerta y sintió el aire en el rostro, húmedo y ardiente.

—No me puedo quedar aquí, Mac —dijo Bill—. Tengo que bajar de cota.

—Muy bien —respondió Mac. Luego se quitó los auriculares y bajó de un salto a la lava, de color gris negruzco, agachando la cabeza bajo las aspas del rotor.

Jenny Kimura oía crujir la lava mientras se solidificaba la superficie y el murmullo de la lava nueva al abrirse paso por entre las rocas recién formadas. Vio dos fisuras de un rojo encendido en el exterior de la pared del cráter, una al oeste y otra al norte. El helicóptero caído estaba en el extremo contrario, en un saliente sobre el lago. Pero se encontraba en una posición aún más precaria que antes. La roca podía ceder en cualquier momento, lo que significaba que el aparato podía estar a apenas segundos de ser engullido por la lava.

Mac ya se había cerrado la cremallera del mono verde. Se ajustó el arnés en torno a la cintura y a las piernas. Ya se lo soltaría al llegar abajo, para colocárselo a otro.

MacGregor le entregó los extremos de la cuerda a Tim.

—Deja que lo haga yo, por favor —dijo Tim.

—No —MacGregor se colgó una máscara de gas al cuello y metió otras dos en la mochila—. Tú puedes sostenerme desde aquí arriba. Yo no puedo contigo.

Se ajustó los auriculares en los oídos y tiró del micrófono que tenía en la mejilla. Jenny ya se había puesto los suyos y se había colgado el transmisor del cinturón, y oyó que MacGregor decía: «Vamos».

Tim se apartó unos pasos del borde y adoptó la posición necesaria. La cuerda que llevaba en las manos se tensó inmediatamente en el momento en que MacGregor superó el borde.

Jenny estaba de los nervios, aunque intentaba que no se le notara. En el cráter del Puʻuʻōʻō se habían producido dos muertes, que ella supiera. La primera fue en 2012, cuando un temerario escalador

estadounidense penetró sin autorización, se vio arrollado por las nubes de vapor y cayó rodando al lago de lava. La segunda, en 2018, cuando un tozudo vulcanólogo alemán insistió en hacer rápel para bajar y recoger muestras de gases, aunque el cráter se estaba hundiendo; le pilló un chorro de lava. Y adiós.

Desde entonces, nadie más había sido tan inconsciente como para penetrar en el cráter del lago este.

Jenny se ajustó los auriculares, por los que oyó las voces del centro de control de Hilo, y luego el repiqueteo de las aspas del helicóptero a lo lejos.

Y se quedó mirando cómo descendía Mac, lenta y cuidadosamente, al interior del cráter.

10

El lago de lava era casi circular y estaba cubierto de una corteza negra con grietas de un rojo intenso, incandescente. De una docena de fisuras, salían chorros de vapor. Las paredes eran escarpadas y el terreno traicionero; Mac bajó tropezando y deslizándose.

De pronto la pierna que tenía extendida impactó contra una superficie sólida, como si fuera un jugador de béisbol lanzándose contra una base.

Aunque solo estaba a un par de metros bajo el borde del cráter, ya sentía el calor abrasador del lago. El aire transportaba el calor de las corrientes ascendentes. Entre eso y los olores a azufre procedentes del cráter, empezaba a sentir náuseas.

El mono termoaislante le estaba haciendo sudar. Las finas capas de espuma aislante Mylar cosidas al revestimiento de Gore-Tex evitaban que el sudor se le quedara pegado a la piel. Si la temperatura aumentaba repentinamente, el sudor podía convertirse en vapor y escaldarle la piel, lo que supondría una muerte casi segura. Varios científicos habían muerto así; el último, su amigo Jim Robbins, en el volcán Anak Krakatau, en Indonesia.

Mac volvió a perder el equilibrio y cayó varios metros por el polvo caliente, pero enseguida volvió a ponerse en pie.

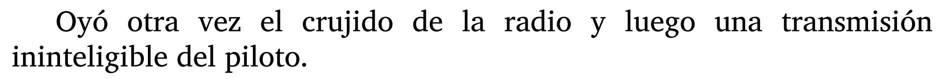
Por la radio, Jenny dijo:

—¿Estás bien?

—Esto está chupado.

Él sabía perfectamente —porque era su trabajo saber esas cosas— que sesenta y siete científicos de todo el mundo habían muerto trabajando a menos de mil metros del cráter de un volcán. Tres de ellos, junto a otras cuarenta personas, murieron abrasados en un instante en el volcán Unzen, en Japón, en 1991. Fue el peor percance de la historia reciente. Y hubo otros. Seis científicos murieron en Cotopaxi, en Ecuador, cuando el volcán en el que estaban haciendo mediciones explotó de pronto.

Evitó pensar en esas cosas y siguió adelante, bajando por la escarpada pendiente. Tenía el helicóptero a la derecha, a unos cien metros. MacGregor iba acercándose por un lado para no provocar otro desprendimiento con su descenso.


Oyó otra vez el crujido de la radio y luego una transmisión ininteligible del piloto.

—Mac —volvía a ser Jenny.

—Estoy aquí.

—¿Has oído eso?

—No.

—Es el piloto. —Hizo una pausa—. Le preocupa la posibilidad de que estén empezando a perder combustible.

—Entonces tendré que acelerar el paso.

—¡Sabes que no es seguro!

—Ya me temía que dirías algo así.

El helicóptero estaba apenas unos cincuenta metros por encima del lago de lava. Bajo la costra de la superficie, la lava incandescente estaba a unos mil grados centígrados, y esa era la parte menos caliente. La única buena noticia era que, si el helicóptero hubiera empezado a perder combustible, ya habría estallado.

—Mac —dijo Jenny—, el Dolphin ya viene hacia aquí desde Wailuku. ¿Estás seguro de que no quieres reconsiderar esto?

—Estoy seguro.

«A veces errado, pero nunca vacilante», solían decir de Mac en el OVH.

A través de las columnas de vapor, Mac pudo ver los arañazos y las abolladuras del helicóptero. El rotor de la cola se había desprendido.

—Mac, voy a conectarte con el piloto.

—Vale.

Se oyó otro chisporroteo. A través del auricular, Mac oyó unos gemidos.

—Eh, Jake —dijo—. ¿Qué tal lo llevas?

Jake tosió.

—¿La verdad, hermano? He estado mejor.

—Sí, estarías mejor de crucero. Tómatelo con calma.

Mac oyó algo entre una risa y un acceso de tos.

—No es que pueda escoger ahora mismo —dijo Jake Rogers—. Lo ves, ¿no?

11

Jake Rogers, tendido de costado y tremendamente dolorido, miraba fijamente el lago de lava, escuchando los silbidos del gas que se escapaba por las fisuras incandescentes. Por los lados del cráter, vio que saltaban salpicaduras de lava, como masa de tortitas al rojo vivo.

No le parecía que tuviera la pierna rota. Pero el cámara —Glenn nosequé— estaba peor que él, gimoteando en el asiento de atrás, diciendo que tenía el hombro dislocado.

Jake lo maldijo una vez más y le dijo que parara antes de que los matara a los dos, pero el tipo no dejaba de gemir y de agitarse como un bebé.

Por la radio, MacGregor dijo:

—¿Cómo está el cámara?

—Hecho una mierda, Mac. Tiene el hombro reventado. Está descontrolado.

En el asiento de atrás, el cámara preguntó: —¿Con quién está hablando?

—Con un tipo que ha bajado a por nosotros.

—¡Genial! —gritó el cámara, echándose al otro lado del asiento trasero, en dirección a la ventanilla, y el desplazamiento repentino del peso provocó que el helicóptero volviera a resbalar hacia abajo, haciendo que Jake se golpeara la cabeza contra el plexiglás de la cabina.

El cámara se puso a gritar.

Cuando solo le faltaban veinte metros, MacGregor oyó el estruendo y observó, impotente, cómo caía de nuevo el helicóptero por la ladera. Oyó un grito en el interior, pero debía de ser el cámara, porque Jake Rogers le estaba maldiciendo, diciéndole que cerrara el pico.

El helicóptero se deslizó otros seis o siete metros hacia la lava, pero luego, milagrosamente, se detuvo otra vez. Los patines seguían orientados hacia el exterior; las aspas, retorcidas, estaban enterradas entre los derrumbes. La puerta del pasajero seguía mirando hacia arriba.

—¿Mac? —dijo Jake—. ¿Sigues ahí?

MacGregor avanzó con precaución por la pendiente.

—Sí, estoy aquí. Tienes suerte de que no tuviera nada más que hacer.

—Este tío es todo un cuadro, Mac.

—Mira quién fue a hablar —dijo él, mientras oía al cámara gimiendo de dolor—. ¿Puedes moverte, Jake?

Estaba ya lo suficientemente cerca como para ver a Rogers.

—Sí, creo que sí.

MacGregor agitó una máscara de gas Spark al aire y se la mostró a Jake. Rogers negó con la cabeza.

—Tienes que desbloquear la puerta del pasajero —dijo MacGregor —. No la abras, solo desbloquéala.

Jake estiró el cuerpo y buscó con la mano el cierre del cinturón. Mac oyó un clic metálico. Luego otro. Jake fruncía el ceño del esfuerzo.

—¡Hija de puta! Está atascada.

—Pues supongo que ya sabemos lo que viene ahora —dijo Mac.

12

Desde el borde del cráter, Jenny Kimura miró por los binoculares y vio que Mac de pronto daba un paso atrás y se ponía a rodear el morro del helicóptero.

—Mac, ¿qué estás haciendo?

—Voy a buscar la caja de herramientas.

—¡Es una locura!

—La necesito.

Jenny se volvió hacia Tim.

—¿Dónde está la caja de herramientas en esos cacharros?

—En el lado de babor —dijo él, y meneó la cabeza—. En este caso, en el lado de la lava.

—¡Lo sabía! —exclamó Jenny—. ¡Mac se va a meter debajo del maldito helicóptero!

Mac se situó bajo el helicóptero, apenas cuarenta metros por encima del lago de lava. Veía el resplandor rojo reflejado en el metal sobre su cabeza. Con cuidado, tiró de la anilla del panel y se abrió.

La caja de herramientas estaba atada al interior.

Soltó las correas de lona y tiró de la caja, pero se había desplazado ligeramente con el impacto y estaba atascada. La intentó desatascar sin mover el helicóptero.

—¡Venga... ya! —dijo, tirando más fuerte.

El tiempo se le acababa, pero necesitaba esa caja.

—¡Venga, pedazo de...!

La caja se soltó.

Jenny se volvió hacia Tim, tapó el micrófono y dijo: —¿Cuánto tiempo lleva ahí abajo?

—Dieciocho minutos.

—No lleva la máscara. Así le será más fácil comunicarse, pero muy pronto lo notará. Ambos lo sabemos.

Se refería al dióxido de azufre, presente en altas concentraciones

cerca del lago. El dióxido de azufre, al mezclarse con el agua de los pulmones, forma ácido sulfúrico. Era un peligro para cualquiera que trabajara cerca de un volcán.

—¿Mac? —dijo—. ¿Te has puesto la máscara?

No hubo respuesta.

—Mac. Háblame.

—Ahora mismo estoy algo ocupado —respondió él por fin.

Ella miró por los binoculares y vio que Mac estaba moviéndose otra vez. Ahora se encontraba por encima del helicóptero, inclinándose sobre la cabina de plexiglás. No le veía la cara pero vio las correas en la parte de atrás de la cabeza, así que al menos llevaba la máscara puesta.

Lo vio ponerse de rodillas y arrastrarse con cuidado sobre la cabina.

Agazapado, abrió la caja, sacó lo que parecía una palanca y se puso a forzar la puerta. Consiguió abrir la plancha de metal quince centímetros a cada lado del cierre.

Desde abajo, al otro lado del plástico, Jake le miraba, un tipo muy duro incapaz de ocultar el miedo y el dolor que sentía. La cabina empezaba a empañarse por la acción del ácido sulfúrico del aire sobre el plexiglás.

Mac clavó la palanca e hizo presión para abrir la puerta. Vio que Jake empujaba el plexiglás desde dentro. Oyó el gimoteo del cámara. MacGregor apretó con fuerza, usando el peso de su cuerpo, hasta que la puerta se abrió de golpe con un sonoro clanc, al chocar con fuerza contra el panel lateral. MacGregor aguantó la respiración, rezando para que el helicóptero no volviera a deslizarse hacia abajo.

No lo hizo.

Jake Rogers asomó la cabeza por la puerta abierta.

—Estoy en deuda contigo, tío.

—Sí, tío. Estás en deuda.

MacGregor le tendió una mano, el piloto la agarró y trepó hasta la cabina. Una vez fuera, MacGregor vio que tenía la pernera izquierda empapada de sangre. Todo el plexiglás de la cabina estaba manchado de rojo.

—¿Puedes caminar? —le preguntó.

—¿Hasta ahí arriba? —dijo Jack, señalando hacia el borde del cráter—. Ya te digo.

Mac soltó uno de los cabos y se lo entregó. Jake se lo enganchó a la cintura. Mac inclinó el cuerpo sobre la puerta y miró dentro.

En la parte trasera, en el lado contrario, estaba el cámara hecho un ovillo. Aún gimoteaba. Tenía menos de treinta años, era flaco y

blanquito, con el rostro del color del papel.

—¿Tiene nombre? —le preguntó Mac a Jake.

—Glenn —dijo Jake, emprendiendo la ascensión por la pendiente.

—Glenn —dijo MacGregor—. Mírame.

El cámara lo miró sin expresión en los ojos.

—Quiero que te pongas de pie —dijo MacGregor— y que me cojas la mano.

El cámara se dispuso a levantarse, pero, en ese momento, el lago de lava empezó a burbujear y soltó un chorro que se elevó en el aire con un silbido. El cámara se dejó caer otra vez y se puso a llorar.

Por el auricular, Mac oyó a Jenny: —¿Mac? Llevas ahí abajo veintiséis minutos. Sabes mejor que nadie lo que significa eso. A Glenn y a Jake ya les falta oxígeno. Tienes que salir de ahí antes de que te pase a ti.

—Está controlado —dijo MacGregor, mirando al lago a través del plexiglás. Todo lo que había aprendido en todos los lugares del mundo donde había estado le indicaba que no había nada controlado.

—¡Vamos a morir aquí! —gritó Glenn, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Tú aguanta —le gritó Mac, tajante.

Y entró en el helicóptero.

13

Jenny Kimura se estremeció mientras observaba a Mac a través de los binoculares, deseando poder sacarlo del helicóptero y ponerlo a salvo. La conexión que había siempre entre ellos —aunque era algo de lo que nunca hablaban— era más potente que nunca.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Tim, sin soltar las cuerdas.

—Se ha metido dentro.

—¿Qué ha hecho qué?

—Se ha metido dentro del maldito helicóptero —dijo ella, meneando la cabeza.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —dijo Jenny—. Porque no podía no hacerlo.

—Un vaquero hasta el final —dijo Tim.

—Si no te importa, preferiría no hablar del final.

El helicóptero giró lentamente sobre su eje. Mac se agarró al asiento, intentando mantener el equilibrio, observando impotente cómo giraba el mundo exterior, mientras la cabina de plexiglás se acercaba cada vez más a la superficie incandescente.

Entonces se paró, y el plexiglás empezó a agrietarse y a fundirse. El helicóptero se llenó de humo.

MacGregor echó mano de la máscara de gas Spark.

—Ponte esto —le dijo.

—¡No puedo! —respondió el cámara—. ¡Tengo miedo de vomitar!

No valía la pena discutir; MacGregor tenía que sacarlo de ahí, con o sin máscara. En pocos minutos, el helicóptero explotaría.

—Dame la mano, por Dios —le dijo al cámara—. ¡Ya!

En la sala principal del OVH, Rick Ozaki observó el monitor y dijo: —Se arriesga más desde que Linda lo dejó y se llevó a los niños.

—Bueno —dijo Pia—, siempre se ha arriesgado. Eso lo lleva en los genes.

—He oído que es por eso por lo que acabó dejándolo Linda.

—No, tío. Lo dejó por su trabajo en el bufete de abogados.

—¿En serio? —dijo Rick—. ¿Queréis hablar del matrimonio de Mac ahora?

—Perdón.

—Es como un grano en el culo —concedió Rick—. Pero es nuestro grano en el culo.

De pronto saltaron las alarmas. Una luz roja parpadeó repetidamente al pie de la pantalla de Pia: CONTAMINACIÓN DE DATOS. Rick apartó la mirada del monitor y dijo: —¿Qué cojones está pasando ahora?

Al otro lado de la sala, Kenny Wong observaba su pantalla.

—Creo que son los detectores de gases del cráter —dijo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Pia.

—Están registrando algo nuevo en el interior del cráter. Monóxido, dióxido, sulfuros, lo de siempre, y…

—¿Qué más?

—Parece que hay un nuevo complejo… mucho carbono, etileno, grupos metílicos por todas partes.

Pia Wilson cruzó la sala y miró por encima de su hombro.

—Mierda —dijo.

—¿Sabes lo que es?

—Sí —dijo Pia—. Combustible de aviación.

En el interior del helicóptero, Glenn consiguió por fin extender la mano sana. MacGregor se la agarró y tiró de él lentamente.

—Intenta mantener el equilibrio para que esta cosa no dé una sacudida —dijo Mac.

El cámara pasó por entre los asientos, tosiendo por el humo, avanzando como un sonámbulo.

Estaban a solo un par de metros del lago, que escupía goterones de lava. MacGregor salió del helicóptero tirando de Glenn.

Intentó no pensar en el olor a combustible.

«Casi se nos acaba el tiempo».

Glenn le siguió al exterior.

—Bueno, ya lo tienes —dijo Mac, ayudándole a recobrar el equilibrio en la resbaladiza pendiente.

—Tengo miedo a las alturas —dijo Glenn, con la vista puesta en el borde del cráter, lejos de la lava.

«Pues tendrías que habértelo pensado antes, machote», pensó MacGregor.

Mac levantó la vista y vio a Jake unos diez metros por encima, tendiéndole la mano a Tim. Allí abajo, el olor penetrante a combustible era más intenso que nunca.

Mac intentó distraer a Glenn:

—Ya casi estamos.

—Tenemos que parar —dijo el cámara.

—No.

Siguieron adelante. El tipo se giró y dijo: —Eh, ¿qué es ese olor?

Ya no podía mentirle. Estaban muy cerca del borde.

—Combustible —dijo John MacGregor.

La radio hizo un ruido y oyó que Jenny le decía: —Mac, los del laboratorio dicen que la concentración de vapores del combustible está aumentando.

Mac miró abajo y vio que el plexiglás de la cabina del helicóptero había empezado a arder; las llamas se extendían por el fuselaje. Los auriculares soltaron otro chisporroteo.

—Mac, se te acaba el tiempo...

Pero, un instante después, Tim estaba agarrando a Glenn con sus enormes brazos, tirando de él y llevándolo al otro lado. Enseguida repitió la operación con Mac, que se giró para mirar y vio el helicóptero envuelto en llamas. Glenn intentó asomarse al cráter, pero Tim tiró de él con fuerza hacia su helicóptero.

—Ya estamos a salvo —dijo el cámara—. ¿Por qué tanta prisa?

El helicóptero explotó.

El estruendo fue tremendo, y la fuerza de la explosión casi los tiró al suelo. Una bola de fuego anaranjada se elevó sobre el borde del cráter. Un momento más tarde, les cayó encima una lluvia de afilados fragmentos de metal incandescente, mientras corrían en dirección al helicóptero rojo del OVH.

—Por eso tanta prisa, capullo —le dijo Mac a Glenn, el cámara.

14

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI

Las puertas de la ambulancia se cerraron con un golpetazo. MacGregor se quedó mirando mientras salía del aparcamiento y rodeaba la caldera, con sus luces intermitentes bien visibles en la creciente oscuridad. Se volvió hacia Jenny.

—¿Esto saldrá en los medios informativos?

Ella negó con la cabeza.

—Lo dudo. No creo que ni Jake ni ese cámara tengan especial interés en hacerlo público. —Levantó la mano y le tocó la mejilla—. Pensaba que te iba a perder.

—Sabes que no es tan fácil.

—No, hoy no lo sabía —dijo ella.

Por un momento, Mac pensó que Jenny se pondría a llorar. Habría querido abrazarla, pero se contuvo. No sabía quién podría estar observando.

Echaron a andar hacia el edificio principal del laboratorio. La noche estaba clara y la oscura silueta del Mauna Loa se alzaba sobre ellos, apenas visible contra el azul profundo del cielo.

—Rick y Kenny quieren hablar contigo de algo —dijo Jenny.

MacGregor miró su reloj.

—¿No pueden esperar a mañana?

—Dicen que no.

Cuando Jenny entró con Mac en la sala de datos, Rick Ozaki no tuvo ningún reparo en abrazarlo. Cuando se separó, Mac tenía una sonrisa en el rostro.

—Si alargas el abrazo un poco más, mañana podemos empezar a escoger muebles juntos.

Rick también sonrió.

—Bésame el culo.

—Vaya. Y yo que pensaba que estaba surgiendo algo entre nosotros.

—Escucha —dijo Rick—. Seré breve.

MacGregor se sentó a su lado y miró la pantalla. En el monitor había una vista de sección del Kīlauea y el Mauna Loa que iba rotando lentamente en tres dimensiones. Bajo los dos volcanes se veían las

chimeneas y los depósitos magmáticos en gris pálido, gracias a los cientos de sensores perfectamente distribuidos en ambos.

—Bueno —dijo Rick—, los datos sísmicos y de deformación del terreno nos permiten crear una representación de la estructura interna del Mauna Loa, hasta unos cuarenta kilómetros de profundidad. Tal como sabes, llevamos perfeccionando este modelo unos diez años.

Rick amplió la imagen. Las estructuras magmáticas bajo el Mauna Loa, en color gris, le recordaron a MacGregor a un árbol: un tronco central del que salían gruesas ramas que, al llegar cerca del extremo superior, se abrían en una serie de depósitos magmáticos horizontales como hojas.

—Esta es la distribución del sistema de transporte magmático en el interior del volcán —dijo Rick—. Hace diez años, ya lo teníamos. La diferencia es que ahora es más preciso. Aquí tenemos las series de datos de seis meses, y puedes ver cómo se alinean los epicentros de los temblores con las chimeneas. —Sobre las columnas verticales del magma, había unos cuadrados negros representando los epicentros de los terremotos—. ¿Hasta aquí bien?

—Bien —dijo MacGregor—. Pero yo creo...

—Deja que acabe de decirte lo que creo yo —dijo Rick—. Estos son los datos de inflación de la red de GPS.

—Sí, sí.

MacGregor suspiró. Sin darse cuenta, se encontró mirando la creciente barriga de Rick. MacGregor tenía edad suficiente para recordar cuando ser vulcanólogo suponía mantenerse en forma. Para los miembros del equipo de campo, como Tim Kapaana, recorrer las laderas de las montañas para hacer observaciones, revisar las estaciones de monitorización, sacar a los colegas de lugares peligrosos... todo eso era un subidón. MacGregor no oía más que quejas cuando enviaba a los analistas de sistemas y de datos al exterior. Que si hacía calor, que si caminar por los campos de lava era difícil, que si los salientes afilados de la lava les hacían cortes en las botas y les fundían las suelas de goma... Para bien o para mal, esa nueva generación de científicos estaba fascinada por los ordenadores. Eran adictos a ellos igual que los niños a los teléfonos móviles. Se sentían satisfechos sentados en el laboratorio y manipulando datos en sus monitores. MacGregor creía que eso llevaba a cierta arrogancia informática.

Y era lo que veía ahora en Rick Ozaki.

—Mac, Kenny, yo y algunos de los otros hemos estado hablando.

—Qué sorpresa.

Rick esperó un momento y prosiguió:

—Mira, ahora todo es mucho más claro. Cuando el viejo Thomas Jaggar fundó este observatorio, en 1912, predecían las erupciones con

un margen de error de unos meses. Más adelante pudieron predecirlas con días de margen. Ahora podemos predecirlas con una precisión de horas.

—Soy consciente de ello.

—Y yo sé que lo eres —dijo Rick—. Tenemos una idea más clara del tiempo, pero también del lugar donde se va a producir una erupción. Antes de la erupción de 1984, sabían dónde se iba a producir con una precisión de dos kilómetros y medio, y todo el mundo salió a buscar la lava. La erupción de 2022 fue pequeña, pero aprendimos de ella. Kenny y yo creemos que podemos predecir los puntos por los que surgirá la lava con una precisión de diez metros.

MacGregor asintió.

—Sigue.

—Así que hemos estado pensando, Mac. Hemos hecho la predicción… Sabemos cuándo y dónde va a aparecer la lava… Así que quizá sea el momento de que el laboratorio dé el siguiente paso lógico.

—¿Que sería…?

Rick hizo una pausa antes de responder:

—Intervenir.

—¿Intervenir?

—Sí. Intervenir en la erupción. Controlarla.

MacGregor frunció el ceño.

—Rick, mira, ya sabes que respeto tu opinión…

—Y tú sabes cuánto respetamos todos la tuya, pese a todo el cachondeo —dijo Kenny—. Pero creemos que podemos poner cargas explosivas en lugares específicos de la zona de la falla para abrir fisuras que den salida a la presión del volcán.

—¿De verdad?

—Sí.

MacGregor soltó una carcajada.

—Lo decimos en serio, Mac.

—¿Abrir fisuras?

—¿Por qué no?

MacGregor no respondió. Se giró y subió las escaleras en dirección al mirador, situado justo por encima del laboratorio. Rick y Kenny le siguieron.

—En serio, Mac —dijo Rick—. ¿Por qué narices no?

MacGregor se quedó mirando la enorme silueta del Mauna Loa, una forma oscura contra el cielo ya en penumbra. El volcán llenaba todo el horizonte.

—Por eso —dijo, señalando.

—Sí, ya lo sé, es grande —replicó Kenny—, pero…

—¿Grande? —dijo MacGregor—. Lo que ves de esa bestia a lo lejos es grande. Si lo mides desde el lecho del océano, ese volcán tiene casi

diez kilómetros de altura… más de cinco kilómetros bajo el agua y más de cuatro por encima. Es, con mucho, la estructura geográfica más grande de este planeta. Y produce una cantidad de lava impresionante: casi mil millones de metros cúbicos en los últimos treinta años.

La erupción de 1984 no había sido especialmente potente, pero produjo suficiente lava como para enterrar Manhattan a diez metros de profundidad. Para el Mauna Loa, eso no era más que un eructo. Y luego había que tener en cuenta la velocidad.

En 2022, la producción de lava fue de entre cincuenta y cien metros cúbicos por segundo. Eso era suficiente como para llenar un apartamento de Manhattan por completo cada segundo.

—¿Y vosotros me habláis de quitarle presión a ese cabrón? Desde luego os habéis pasado demasiado tiempo frente a la pantalla. Esa montaña no es una imagen por satélite coloreada que podáis manipular con un par de clics. Es una fuerza de la naturaleza colosal.

En la oscuridad, Kenny y Rick intentaron mantener la paciencia mientras Mac les corregía como si fueran escolares.

—Eso lo entendemos, Mac —dijo Kenny—. Ya somos niños grandes.

—¿Lo entendéis? ¿Cuándo fue la última vez que subisteis ahí arriba? —dijo MacGregor—. Se tardan cuatro o cinco horas solo en rodear la caldera a pie. Es una bestia de montaña, tíos.

—En realidad, últimamente hemos pasado bastante tiempo ahí arriba —dijo Rick—. Y creemos…

—En realidad, en lo que estamos pensando —dijo Kenny, interrumpiéndole— no es en el Mauna Loa, Mac. Es en eso. —Y apuntó a cierta distancia del volcán, hacia el océano y las luces de Hilo—. La lava ya ha amenazado a Hilo cuatro veces en el último siglo. El propio Jaggar intentó desviarla, construir diques y bombardearla para frenar su paso. Nada de todo aquello funcionó.

—No —dijo MacGregor—. Pero la lava no llegó a Hilo igualmente.

—Las lenguas de lava del 84 se quedaron a siete kilómetros —dijo Kenny—. Sabemos que, antes o después, llegarán a la ciudad. Actualmente viven en Hilo cincuenta mil personas. Y son más cada año. Así que la pregunta es, Mac: la próxima vez que una erupción amenace Hilo, ¿cómo vamos a pararla? ¿De qué sirve todo nuestro conocimiento si no podemos proteger siquiera la ciudad más cercana?

—Es verdad —dijo Rick—. Quiero decir… Tenemos que afrontarlo. Llegará el día en que nos pidan que controlemos el volcán. Dirigiendo el flujo de magma desde sus depósitos en las profundidades a la superficie… —Hizo una pausa para aumentar el efecto dramático—… en dirección al lugar que escojamos nosotros.

MacGregor suspiró y meneó la cabeza.

—Chicos...

—Creemos que al menos habría que planteárselo —dijo Rick—. Y el lugar perfecto para probarlo es el collado, donde no importa si tenemos éxito o no. En el collado no hay nada más que esa base militar, y a ellos no les importará. Ahí no dejan de provocar explosiones ellos mismos.

—¿Y qué explosivo pensáis usar para ventilar el volcán? —preguntó MacGregor.

—No hace falta mucho. Creemos que una secuencia de explosiones relativamente pequeñas puede movilizar las zonas de fallas preexistentes y abrir un respiradero que...

—¿Zonas de fallas preexistentes? No, lo siento. Ya veo que os lo habéis pensado mucho, pero eso es una absoluta tontería.

—Quizá no, Mac. De hecho, el Departamento de Defensa hizo un estudio de viabilidad en los años setenta y llegó a la conclusión de que en el futuro sería posible —dijo Kenny—. Fue un proyecto de la DARPA, con la colaboración del Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Encontramos una copia del informe en los archivos. Quizá quieras verlo...

MacGregor meneó la cabeza.

—No mucho, la verdad.

—Bueno, aquí lo tienes, Mac —dijo Kenny, poniéndole un viejo dosier azul en las manos. Llevaba la palabra VULCANO impresa en letras grandes; debajo, en letras más pequeñas, decía AGENCIA DE PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN AVANZADA PARA LA DEFENSA. MacGregor lo hojeó. El papel estaba ya amarillento. Vio unas gráficas de líneas en blanco y negro y párrafos escritos a máquina. Muy años setenta.

Mac seguía negando con la cabeza.

—Chicos, no me estáis escuchando.

—Y tú no nos estás escuchando a nosotros —respondió Kenny—. Al menos tómate el tiempo de leerlo.

—Muy bien. Cuando tenga tiempo para respirar —dijo, cerrando el dosier azul.

Los dos le miraban como si le acabaran de ofrecer una oportunidad única. Se sentía como un padre con niños pequeños, algo que le ocurría a menudo con los científicos más jóvenes.

—Vale, mirad —decidió—. Os diré lo que haremos. Tomaos las próximas veinticuatro horas para hacer vuestro propio estudio de viabilidad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Rick.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—¡Genial!

—Os vais al volcán los dos, recorréis las zonas de fallas y trazáis el recorrido de esas grietas gigantes que se extienden bajo el lecho

marino y envían el magma a la superficie. Luego decidís dónde creéis que tendríamos que poner los explosivos exactamente. Dibujadme un mapa detallado, trazad un plan y luego hablamos.

—¡Lo tendremos para mañana! —dijo Rick.

—Muy bien —respondió MacGregor. Sabía exactamente cómo acabaría ese ejercicio. En cuanto empezaran a caminar por la lava, se darían cuenta de la magnitud del proyecto que estaban proponiendo. ¡Solo recorrer la zona de la falla noreste les llevaría todo un día!—. Y ahora, si os parece bien, me voy a casa a tomarme un copazo.

Se miró las palmas de las manos. Aún las tenía rojas, aún le ardían, como si el fuego le hubiera seguido hasta allí.

—¿Estás seguro de que estás bien, Mac? —le preguntó Kenny, mientras Mac se dirigía a la sala de datos.

—Estoy bien —respondió John MacGregor—. Pero no os puedo mentir, chicos. Ya he tenido suficiente diversión por hoy.

15

CRÁTER DEL KĪLAUEA, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 110 HORAS

MacGregor aparcó en el garaje de su casa en Crater Rim Drive, tras la Volcano House, una atracción turística. En Crater Rim Drive había seis casas del Servicio de Parques Nacionales, todas alquiladas a personal del OVH. Cuando salió del coche, oyó los gritos de los hijos de Rick Ozaki jugando en el jardín frente a la casa, que tenía todas las luces encendidas.

Su casa, en cambio, estaba a oscuras y en silencio. Entró, encendió las luces y fue a la cocina. Brenda, la limpiadora, le había dejado un cuenco de *saimin* —sopa de fideos hawaianos— para cenar. Encendió la tele. Hacía casi un año desde la marcha de Linda al continente, y él no dejaba de prometerse a sí mismo que abandonaría la casa en la que habían vivido juntos. No era muy grande, pero le traía demasiados recuerdos. Echó una mirada al dormitorio de los gemelos, que no había cambiado desde su marcha. Durante un tiempo, albergó la esperanza de que volvieran, pero nunca lo hicieron. Ya tenían ocho años. Iban a segundo curso. Charlie y Max. Deberían estar ahí fuera, haciendo tanto ruido como los hijos de Rick.

Un día llegó antes de lo previsto y se encontró a los gemelos sentados en el salón, vestidos con ropa elegante, mientras Linda hacía las maletas en el dormitorio. Ella le dijo que lo sentía, pero que no podía más: la lluvia constante, estar aislados en lo alto de la montaña, lejos de sus amigos y su familia... Le dijo que él tenía su trabajo y que a él le parecía bien ir viajando por el mundo a sitios raros en busca de volcanes, pero que ella era abogada y no podía ejercer en Hawái, que allí no podía hacer nada; se estaba volviendo loca haciendo solo de madre, y había comprado billetes para el avión de las cinco a Honolulu.

Le dijo que los niños aún no lo sabían; pensaban que iban a hacer una visita a la abuela.

—¿Ibas a marcharte sin decírmelo? —dijo él, incrédulo.

—Iba a llamarte al despacho.

—¿Y luego qué? ¿Pensabas mandarme una postal?

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

—No, por supuesto que no —dijo él—. No querría que lo pasaras mal.

Estaban a apenas dos metros, pero la distancia que iba a poner ella entre los dos ya existía.

—¿Así que ni siquiera ibas a dejarme decir adiós a los niños?

—No quería que se entristecieran.

De algún modo, consiguió no perder los nervios. No tenía sentido discutir con ella ni intentar hacerle cambiar de opinión. Ambos sabían que aquello se estaba fraguando desde hacía tiempo, pero no tenían modo de evitarlo. Aunque después de casarse había dejado su puesto en el equipo de asesores del Servicio Geológico de Estados Unidos, siguió mudándose cada pocos años. Lo enviaron a Vancouver dos años, luego cinco años en Hawái y, al año siguiente, se iría a otro sitio. Pero Linda quería practicar la abogacía, y para eso necesitaba instalarse en una ciudad donde tener su bufete.

Cuando decidieron casarse, nada de todo aquello les parecía importante. Ella habló de trabajar en servicios de defensa gratuita; le dijo que los viajes no eran un problema. Pero sí que lo eran. Por su parte, MacGregor le dijo que estaba dispuesto a aceptar un puesto en una universidad y echar raíces. Pero, por supuesto, no era cierto. Era un investigador, un vulcanólogo, y lo llevaba dentro. Y eso significaba trabajar sobre el terreno. Solo se sentía a gusto cuando trabajaba sobre el terreno. Se ponía nervioso cuando tenía que pasar demasiado tiempo bajo techo. Ese era uno de los motivos por el que los chicos de la sala de datos le llamaban «vaquero».

Hubo un tiempo, después del nacimiento de los gemelos, en que parecía que habían encontrado un punto de encuentro, que iban a hacer las renuncias necesarias. Pero esperaron demasiado; se fueron distanciando cada vez más.

Ese día se quedó mirando un rato mientras ella hacía las maletas; luego fue a dar un abrazo a los niños y…

La puerta mosquitera se cerró de golpe tras él, devolviéndolo a la realidad.

—¿Es que quieres seguir torturándote? ¿Qué es lo siguiente? ¿Vas a sacar los vídeos familiares?

Era Jenny. Le había pillado de pie en el umbral de la habitación de los niños, y le vio parpadeando para contener las lágrimas al darse la vuelta.

—Pensaba que ibas a mudarte —le dijo.

—Y voy a hacerlo.

—¿Cuándo? ¿El treinta de febrero del año nunca? —Se dirigió a la cocina—. Te he traído la lista de control de todo el personal suplementario que vamos a necesitar, por si quieres repasarla esta noche. En la última gran erupción, tuvimos cuarenta guardas de

parque más. Necesitaremos al menos esos, y más vale que los pidamos ya. Y agentes de policía, de Hilo y de Kona, para aumentar el control en las carreteras. Y tenemos que montar una enfermería con un médico a tiempo completo, paramédicos y una ambulancia de guardia… Hay mucho que organizar.

A pesar de todo, sonrió. Esa era Jenny, comportándose como Jenny. La siguió a la cocina.

—¿Quieres un poco de *saimin*? —le preguntó, metiéndolo en el microondas.

Ella arrugó la nariz. A pesar de haber nacido en Honolulu, a Jenny no le gustaba la cocina local.

—¿Tienes un yogur?

—Creo que sí —dijo él, abriendo la nevera—. ¿Fresa?

Ella lo miró con desconfianza.

—No te lo tomes a mal, pero ¿cuánto tiempo lleva ahí?

—No demasiado —respondió él, con una sonrisa—. ¿Y hay algún otro modo de tomarse una pregunta así?

Sacó el yogur de la nevera y buscó una cucharilla en un cajón.

—¿Esto qué es? —dijo Jenny, señalando al dosier azul que estaba sobre la mesa de la cocina.

—Un viejo estudio del Departamento de Defensa que Rick y Kenny han sacado de algún cajón y quieren que lea.

—Vulcano —leyó ella, al tiempo que se sentaba—. El dios romano del fuego.

El microondas soltó un pitido y él sacó el humeante cuenco de fideos. Se sentó a la mesa y, con unos palillos chinos, sacó los trocitos de carne en conserva que flotaban en el caldo y los dejó en un plato. El pequeño secreto inconfesable del *saimin* de la isla era que se hacía con carne en lata y, aunque MacGregor le había dicho repetidamente a su limpiadora que no le gustaba, ella seguía usándola.

Jenny enseguida se puso a hojear el dosier. Hizo una pausa y frunció el ceño, y luego empezó a pasar las páginas más lentamente.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Mac, ¿has leído esto?

—No.

—¿Qué son fisuras de descarga?

Él meneó la cabeza.

—No he oído hablar nunca de ello.

—Bueno, pues todo este informe va de la apertura de fisuras. —Volvió a la primera página—. Aquí lo tienes… el Proyecto Vulcano y los mecanismos de desvío de fumarolas.

MacGregor se puso en pie y leyó por encima del hombro de ella.

PROYECTO VULCANO (FISURAS DE DESCARGA)

> Tras la erupción de julio de 1975 del Mauna Loa, y en respuesta a la amenaza de una erupción potencialmente devastadora, las autoridades locales solicitaron a las agencias militares federales que prepararan planes de contingencia para el desvío de los flujos de lava. Se investigaron cuatro métodos para el desvío de la lava: diques, bombeo de agua marina, explosivos y la apertura de fisuras de descarga.
>
> En ocasiones anteriores, los diques siempre han fallado. Aunque sean notablemente fuertes y altos (incluso de ocho a doce metros), la lava los rebasa.
>
> El enfriamiento con agua marina solo tuvo éxito en Islandia, donde la lava fluía cerca del mar y el bombeo era factible. En Hawái, bombear agua de mar hasta una montaña de cuatro mil metros de altura no resulta práctico.
>
> El uso de explosivos se probó en 1935 y en 1942, con resultados cuestionables. En 1935 la lava ya se estaba frenando sola, y la mayoría de observadores tuvieron la impresión de que el bombardeo no tuvo ningún efecto. En 1942 resultó evidente que los explosivos no conseguían frenar la lava.

—Todo esto ya lo sabemos —dijo MacGregor.

—Sí. Pero ¿tú sabías que el ejército había hecho pruebas con explosivos en los años setenta? —Pasó la página y siguió leyendo—:

> Para adquirir información detallada sobre los efectos directos del bombardeo, en 1976 el Ejército de Estados Unidos realizó pruebas en la vertiente norte con bombas MK-84 de novecientos kilos. Esos explosivos produjeron cráteres de diez metros de anchura y 1,8 metros de profundidad, que se consideraron demasiado pequeños como para desviar un flujo de lava. Los intentos de abrir los conductos de lava fallaron. Las pruebas de 1976 sugieren que un bombardeo aéreo no podría tener éxito, y que esta vía debería abandonarse.
>
> La apertura de fisuras de descarga es el único método posible restante para el control de los flujos de lava. Los procedimientos disponibles para llevar a cabo esta iniciativa son limitados debido a la falta de conocimiento de la geografía del subsuelo y de los flujos de magma antes de la erupción. No obstante, es posible que en el futuro se disponga de estos datos. Este informe considera tres métodos potenciales que podrían usarse para la apertura de fisuras de descarga en el futuro.

—Parece que hablan de colocar explosivos en torno a una fisura potencial para controlar su comportamiento.

De hecho, la idea no era nueva del todo. Antes de la erupción del Mauna Loa de 1984, ya se había trazado un plan de contingencia con bombas, pero no se llegó a usar. Dado que la lava, una vez en marcha, parecía imposible de detener, se discutió mucho sobre la posibilidad de modificar las fisuras eruptivas, las aberturas de las laderas a través de las cuales salía la lava. Algunos científicos opinaban que se podían bombardear las fisuras y así desviar la lava.

Pero esto era diferente. Recordaba más a la técnica usada en 1992 durante la erupción del Etna, en Italia, cuando los ingenieros hicieron estallar ocho toneladas de explosivos para extender un canal por el

que fluyera la lava, salvando así a un pueblo que se habría encontrado por el camino. Este informe sugería que se podía abrir una nueva fisura a voluntad, controlando y orientando la erupción.

MacGregor hojeó el informe y vio páginas y más páginas de extensos cálculos: efectos en la zona de explosión, propagación de las ondas sísmicas en el basalto, índices de expansión de los conductos-objetivos… Asintió, realmente admirado.

—Desde luego, lo consideraron a fondo.

—Eso parece —dijo Jenny, fijándose en una serie de mapas detallados de la caldera y de los lugares de la falla en los que se había marcado la ubicación de los explosivos. También había fotografías de tierra de la supuesta zona de la falla.

Un párrafo atrajo el interés de MacGregor:

> La tecnología de perforación actual (TK-17, TK-19, etc.) permite crear orificios estrechos (de menos de un metro de diámetro) hasta una profundidad de cuatro kilómetros por debajo de la superficie, o más en ausencia de efectos térmicos significativos. En situación de emergencia, la perforación de esos orificios se puede realizar en treinta o cincuenta horas. El efecto del explosivo adecuado en un orificio estrecho ya ha sido estudiado previamente (cf. Proyecto Deep Star, Proyecto Andiron). Por otra parte, el reciente éxito de la detonación con temporizador de precisión (DTP) sugiere que el fenómeno de resonancia de ondas (FRO) amplificará el efecto de cualquier explosivo en el interior de un orificio.

—Así que de esto es de lo que hablaban los chicos —dijo MacGregor, frunciendo el ceño—. Pero no lo pillo. O sea, entiendo que alguien se gastó una gran cantidad de dinero para hacer este estudio. Lo que no tengo claro es por qué.

Jenny se encogió de hombros.

—La DARPA desarrolla proyectos de vanguardia. Empezó a desarrollar internet ya en los años sesenta, ¿recuerdas?

—Me encanta ver adónde van nuestros impuestos.

—Las autoridades locales debieron de pedir esto —dijo Jenny.

—Cierto —dijo MacGregor—. Pero, en ese momento, Hilo era una ciudad de… ¿cuánto? ¿Treinta y cinco mil habitantes? Eso no justifica un estudio de un par de millones de dólares. Sigo sin encontrarle el sentido.

—Pudo ser algo estrictamente político —sugirió Jenny—. Tantos estudios para Hawái, tantos para California, tantos para Oregón… Algo así.

—Quizá.

—¿El OVH no recibió financiación de todo esto?

—No estoy seguro. Tendría que comprobarlo —dijo, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Hay algo que no sabemos —añadió y, aún

con el ceño fruncido, pasó páginas hasta llegar a la última, el resumen.

PROBABILIDADES DE ÉXITO

> Es difícil calcular las probabilidades de éxito del Proyecto Vulcano debido al grado de incertidumbre que rodea a las principales variables del proyecto, que no se pueden determinar en ausencia de una erupción real. Una serie de simulaciones realizadas con el programa STATSYL de análisis estadístico sugiere una probabilidad de éxito de entre el 7 y el 11 por ciento.
>
> No obstante, los últimos doscientos años de erupciones demuestran que las probabilidades de que la lava alcance cualquier población se calculan en función de la distancia de la región eruptiva y son, de media, del 9,3 por ciento. Eso mostraría que la probabilidad de éxito del programa Vulcano no es mayor que esa otra, es decir, que su efectividad sería nula. En ausencia de nuevos avances tecnológicos, recomendamos que se abandone cualquier intento de apertura de fisuras de descarga.
>
> Nuestra conclusión, pues, es que el único método práctico de proteger a la población de los flujos de lava es evacuarla antes de su llegada.

MacGregor se rio.

—¿Qué pasa? —dijo Jenny.

—Que nuestros chicos no me han contado el final.

—¿De qué estás hablando?

—No me han dicho que el informe concluía que no funcionaría.

—¿Y ellos piensan que sí?

—Es como si quisieran convencerse a sí mismos —dijo—. Y convencerme a mí también.

—¿Y te han convencido?

Él sonrió.

—¿Alguna vez has visto que me convencieran de algo?

—Siempre hay una primera vez —dijo Jenny. Luego le dio un beso rápido en la mejilla y se fue.

Mac se pasó una hora más o menos investigando sobre diques y enfriamiento con agua de mar, intentando llegar al punto al que le querían llevar Rick y Kenny. Sorprendentemente, el argumento más convincente procedía de J. P. Brett, un multimillonario amante de la tecnología que había escrito un artículo de opinión en *Los Angeles Times*. Mac sabía que Brett estaba obsesionado con los volcanes, igual que otros millonarios lo estaban con los viajes espaciales. Para los ricos, los cohetes eran símbolos fálicos.

Pero Brett sabía de lo que hablaba. Uno de los eventos a los que hacía referencia era la erupción del Eldfell en 1973, en el archipiélago islandés de Vestmannaeyjar. Brett hablaba del bombeo de agua de mar para enfriar el flujo y de la construcción de un dique artificial de

veinticinco metros de altura al final de la lengua de lava. Un grupo de científicos creía que bombear agua de mar reduciría significativamente el flujo de lava y evitaría que llegara al pueblo, pero solo si se usaban unas bombas extremadamente potentes y el equipo llegaba en menos de una semana. El equipo de bombeo llegó, pero a las dos semanas. En cuanto al dique, aunque al principio la lava avanzaba lentamente, cuando llegó al dique, lo duplicaba en altura y lo rebasó con facilidad. Después de aquello, los científicos llegaron a la conclusión de que, aunque el equipo de bombeo de agua de mar hubiera llegado mucho antes, tampoco habría podido detener el potente flujo de lava ni habría servido para salvar el pueblo.

Brett estaba en desacuerdo. Por completo. Observó que ahora, medio siglo más tarde, tenía amigos capaces de construir sus propios cohetes, así que estaba seguro de que alguna de sus empresas podría producir equipos de bombeo sofisticados y potentes y construir un dique capaz de sobrevivir a un ataque nuclear.

Mac se quedó sentado en la comodidad de su refugio y volvió a leer el artículo; luego lo imprimió. Ahora sí que se tomaría esa copa.

«Bueno, al final quizá sí consigan convencerme».

Pero lo que tenía claro era que no iba a ponérselo fácil.

16

Más tarde, aquella misma noche, MacGregor se puso a zapear frente a la tele, en busca de noticias locales. Cuando dio con la KHON, oyó que la periodista decía: «Recibiremos actualizaciones de la próxima erupción del Mauna Loa, así que no se retiren. En cuanto a las noticias de deportes...».

Sonó el teléfono. O, más bien, los teléfonos —el fijo y el móvil a la vez—. Echó un vistazo al reloj y respondió. El OVH tenía un sistema de alertas telefónicas automatizadas que se disparaba cada vez que había cambios significativos en los dispositivos de monitorización. Ya casi esperaba oír la voz generada por ordenador llamándole al laboratorio de nuevo, pero, en lugar de eso, oyó una voz de hombre.

—¿El doctor John MacGregor?

—Sí. Al habla.

—Aquí el teniente Leonard Craig. Soy médico en el Hospital de Veteranos Kalani de Honolulu.

—¿Sí? —Lo primero que le vino a la cabeza fue que debía de tratarse de Jake Rogers o del cámara que había sacado del cráter. O de ambos. ¿Tan malheridos estaban que se los habían llevado a Honolulu?—. ¿Es por el accidente de helicóptero?

—No, señor. Le llamo por el general Bennett.

—¿Quién?

—El general Arthur Bennett. ¿Lo conoce?

MacGregor frunció el ceño.

—No, no lo creo.

Ahora está retirado. Quizá lo conociera en el pasado. El General Bennett estuvo a cargo de todas las instalaciones de entrenamiento del ejército en el Pacífico entre 1981 y 2012.

—Entonces no ha habido ocasión de que lo conozca. Yo no llegué aquí hasta 2018 —dijo MacGregor.

—Eso es muy raro, porque parece ser qué él sí lo conoce a usted.

—¿Le ha dicho que me conoce?

—Desgraciadamente el general sufrió una apoplejía que le dejó debilidad en la mitad del cuerpo y le impide hablar. Pero tiene sus funciones cognitivas intactas. Pensamos que quizá usted lo conocería. O que sabría quién es.

Mac se apartó el teléfono del oído y se lo quedó mirando un momento. Se preguntó si el teniente Craig le habría llamado por error.

—Lo siento —dijo MacGregor—. ¿No se han equivocado de persona? Yo soy geólogo. Trabajo en el…

—El Observatorio Vulcanológico de Hawái. Sí, señor. Sabemos quién es. Señor, ¿conoce al coronel Briggs?

—No, tampoco lo conozco —dijo MacGregor—. ¿De qué va esto? —Echó una mirada al televisor; mostraban imágenes del concurso de *hula* del Festival Merrie Monarch de Hilo.

Alguien llamó a la puerta. MacGregor consultó la hora y dijo: —¿Puede esperar un momento? Tengo a alguien en la puerta.

—Será el coche que le hemos enviado, señor.

—¿El coche que me han enviado? ¿Qué demonios…?

—El coronel Briggs ha solicitado su traslado a Lyman. El coche le llevará allí. El coronel pasará a verle en una hora.

—¿Verme? ¿Dónde?

—En Honolulu. Y gracias por adelantado por su cooperación.

En la casa vacía, su voz sonó más potente de lo que le habría gustado cuando respondió: —Sí, señor.

17

HOSPITAL DE VETERANOS KALANI, HONOLULU, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 108 HORAS

La lluvia repiqueteaba en el techo del sedán azul mientras pasaba por la puerta entre muros de piedra y embocaba la larga vía de acceso. Por el cristal, cubierto de agua que los limpiaparabrisas se afanaban en apartar, MacGregor vio las luces del edificio principal que tenía delante. Cuando el coche paró, bajo la marquesina, se encontró a tres hombres de uniforme esperando. Le abrieron la puerta para que entrara y el mayor de los tres le tendió la mano.

Por segunda vez en ese día, John MacGregor se sintió como si estuviera viajando hacia lo desconocido. A pesar de su trabajo, odiaba las sorpresas. Y ahora se asomaba a un cráter muy diferente de los que él conocía.

—¿El doctor MacGregor? Soy el mayor Jepson. Por aquí, por favor.

Jepson era un hombre bajo, de aspecto impecable, con un bigote igual de impecable, aunque algo excesivo para un militar. Echó a andar a paso ligero por el pasillo, consultando el reloj.

Cuando llegaron a la estancia al final del pasillo, Jepson le abrió la puerta.

—¿General Bennett? —dijo, con un tono que bien podría sugerir que estaba dando la mejor noticia del día—. Le he traído una visita especial, señor —añadió, entrando e indicando a MacGregor que le siguiera.

El general Arthur Bennet era un hombre fino y delicado como una hoja; tenía la palidez de la muerte, y estaba acostado, rodeado de enormes almohadones. En el brazo, tenía una vía. La cabeza le colgaba hacia adelante, y tenía la vista puesta en el suelo; tenía inerte un lado del rostro y no podía cerrar la boca.

La habitación olía a desinfectante. El televisor estaba encendido, pero sin volumen.

—General, le he traído al doctor MacGregor.

«Lo dice como si le estuviera contando a un niño de cinco años que le ha traído a Santa Claus», pensó Mac.

El anciano alzó la vista lentamente, como si le costara todas las fuerzas que le quedaban.

—¿Cómo está, señor? —preguntó Mac.

Casi imperceptiblemente, Bennett meneó la cabeza. La vista se le fue de nuevo al suelo.

—¿Lo reconoce? —preguntó Jepson.

—No —dijo Mac, cortante. Estaba mojado por la lluvia y cansado del vuelo y de tener que contener su malhumor por haberse visto arrastrado hasta una habitación para ver a alguien que apenas era una sombra de sí mismo.

Quizá Jepson detectara su hastío, porque dio un paso atrás.

—Bueno, el coronel Briggs viene de camino. Veamos cómo reacciona el general Bennet a eso.

—¿A qué?

—A las noticias de las once. —Jepson cruzó la habitación hasta el televisor y subió el volumen—. Veamos si vuelve a suceder.

Se oyó una sintonía musical y luego una voz alegre presentando al equipo de *Eyewitness News*, «todas las noticias, todo el tiempo». MacGregor vio a tres presentadores junto a una mesa curvada, con la imagen de Honolulu de fondo.

El general Bennet permaneció inmóvil, con la cabeza caída. Mac pensó que a lo mejor estaba dormido. Quizá permanentemente.

«Los titulares de esta noche: el gobernador dice no a la bajada de impuestos este año. Otra mujer ha aparecido asesinada en Waikiki. Los trabajadores de restaurantes desconvocan la huelga. Y, en la Isla Grande, se habla de una erupción inminente del volcán Mauna Loa».

El general Bennett reaccionó por fin. Movió la mano derecha repetidamente en dirección a la vía que llevaba en el brazo.

—Ahí está —dijo el mayor Jepson.

«¿Ahí está el qué? —pensó Mac—. ¿Que está vivo?»

Mac vio aparecer su propia imagen detrás de la de los presentadores. Uno de ellos decía que el doctor John MacGregor, vulcanólogo jefe de Kīlauea, había celebrado una rueda de prensa en la que confirmó la inminente erupción del volcán. A medida que hablaba, el general se mostró más agitado, sacudiendo el brazo de forma errática sobre la almidonada sábana.

—Quizá lo reconozca —dijo Jepson.

—O quizá está procesando la noticia, sin más —sugirió Mac.

Era vagamente consciente de que el presentador decía que los científicos predecían la llegada de una nueva erupción en los días siguientes, pero que se esperaba que tuviera lugar en la vertiente norte, deshabitada, y que no había riesgo para los habitantes de la Isla Grande.

El general Bennett emitió un gemido grave y volvió a mover la mano, como si quisiera llamar la atención del presentador del noticiario.

—Lo raro es que siempre gime en el mismo momento —dijo Jepson—, cuando uno de los presentadores dice que la erupción no supone ningún riesgo para los habitantes —Se volvió hacia el general Bennett—. ¿Quiere escribir, general?

Una enfermera que acababa de entrar le levantó la mano izquierda de la mesita auxiliar y le colocó una hoja de papel debajo. Volvió a ponerle la mano sobre el papel, un lápiz en la mano y le cerró los dedos en torno a este.

—Ahí va —dijo Jepson, asintiendo—. La primera letra siempre es una T…

La enfermera sostenía el papel. Lentamente, el frágil anciano se puso a garabatear.

—Luego una U… una B…

MacGregor se acercó más a la cama, pero le costaba distinguir las letras.

Jepson frunció el ceño.

—Esta vez es un poco diferente… T-U-B-O-H-H.

MacGregor, que también fruncía el ceño, dijo:

—¿Eso es una O? ¿O una U?

—No sabría decir.

El general parecía estar escuchándolos. Dibujó un gran semicírculo, pasando el lápiz por encima una y otra vez.

—Parece que dice que es una U.

—¿Tubohh? —dijo MacGregor.

—¿Eso le dice algo? —preguntó Jepson.

—No.

Con la base de la mano, el general apartó el papel. Parecía irritado. La enfermera le quitó el papel y le puso una hoja nueva sobre la mesa.

—Ahora veamos si dibuja el símbolo —dijo Jepson.

El general volvió a dibujar: un círculo torcido rodeado de líneas en forma de arco. «Como una especie de halo», pensó Mac.

—Eso tampoco lo entendemos —dijo Jepson.

Una vez más, el general apartó el papel. Soltó un gran suspiro y se dejó caer, sin fuerzas. El lápiz se le cayó de entre los dedos y repiqueteó contra el suelo.

—Si esto es frustrante para nosotros —dijo Jepson—, imagínese lo frustrante que es para él.

La enfermera recogió el lápiz. Con la cabeza hacia un lado, como si fuera a caérsele rodando de entre los hombros, el general Bennett se la quedó mirando, sin expresión en los ojos. Pero entonces empezó a mover la mano nerviosamente, como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible.

—Ah, esto es nuevo. Normalmente eso es todo —le dijo Jepson a Mac. Luego se dirigió a Bennett—. ¿General? ¿Quiere escribir más?

La enfermera le dio al anciano otra hoja de papel y volvió a ponerle el lápiz en la mano.

—Estamos intentando entenderlo, señor —dijo Jepson, acercándose a él.

El general Bennett meneó ligeramente la cabeza y volvió a dibujar. El lápiz empezó a moverse y todos se quedaron mirándolo.

Un círculo.

Y luego líneas rectas que salían del círculo, trazaban una curva y volvían atrás.

Tres líneas en total.

—¿Pétalos de una flor? ¿Palas de una hélice? ¿Un ventilador? —dijo Jepson, como si aquello fuera un concurso de la tele.

Desde luego, parecía un ventilador. Las palas de un ventilador en torno a un rotor central. Pero el anciano hacía que no con la cabeza. Y John MacGregor tenía una sensación extraña. Esas tres palas…

Estaba seguro de que sabía qué representaba esa imagen.

El general Bennett volvió a dibujar otra vez. Esta vez, su mano trazó tres grandes bucles.

—Esto es nuevo —afirmó Jepson—. ¿Qué es? Eso es una a minúscula… y eso es una B mayúscula… ¿Y qué es eso? Un lazo, sin más… ¿Es una d?

De pronto Mac lo vio claro.

—No —dijo—. Es griego. Es una gamma.

El general suspiró, asintió y se dejó caer de nuevo sobre la almohada, exhausto.

—Ha dibujado las tres primeras letras del alfabeto griego: alfa, beta, gamma. Pero…

—Es correcto —dijo una voz tras ellos. MacGregor se giró y vio a un hombre de más de sesenta años, con el cabello blanco, delgado y en forma. Se presentó como James Briggs—. Yo fui el asistente del general Bennett los últimos nueve años de mando, antes de que se retirara. ¿Doctor MacGregor?

—Llámeme Mac.

Se estrecharon la mano.

Briggs se acercó a Bennett y le puso una mano sobre el hombro.

—Sé lo que intenta decirnos —dijo Briggs—. Y no sufra, nos ocuparemos de ello. Usted descanse, señor.

Luego recogió con cuidado las hojas de papel en las que había dibujado el general, las dobló y se las metió en el bolsillo.

Les indicó con un gesto a Jepson y a MacGregor que salieran al exterior. Una vez en el pasillo, dijo:

—Mayor, quiero que esa enfermera y que todo el que haya tenido algún contacto con el general Bennett quede confinado en el recinto del hospital las dos próximas semanas. Llámelo cuarentena, llámelo

como demonios le parezca mejor, pero que no salgan de aquí. ¿Está claro?

—Sí, señor, pero…

—Ni teléfonos, ni portátiles, ni mensajes de correo, nada. Si tienen que avisar a sus familias, usted lo hará en su nombre.

—Sí, señor.

—La policía militar cerrará el hospital a todas las visitas a partir de mañana a las ocho y también cortará todas las comunicaciones. Y déjenme recordarles que todo lo que han visto en esa habitación es estrictamente confidencial. ¿Queda claro?

El mayor Jepson parpadeó.

—Señor, ¿qué es exactamente lo que hemos visto?

—Nada en absoluto —dijo Briggs, que se volvió hacia Mac—. Doctor MacGregor, por favor, venga conmigo.

Y se puso en marcha. Mac lo siguió y observó que Jepson parecía algo perplejo.

Cuando se alejaron, Briggs le dijo a Mac:

—Obviamente ya ha oído alguna vez el término «secretos militares».

—Como todo el mundo.

—Bueno, doctor MacGregor, cuando uno está en el ejército, guardar esos secretos es fundamental. Revelarlos podría provocar la pérdida de vidas. Así que son más que secretos. Son parte de nuestro código.

Mac se quedó a la espera.

—Ahora está en el ejército —dijo Briggs—. No se ha alistado; ha sido reclutado. En cualquier caso, a partir de ahora, ese código de silencio también es su código. ¿Entendido?

—Sí —dijo Mac.

—¿Ha dormido algo esta noche? —preguntó Briggs, cuando llegaron de nuevo al final del pasillo.

—Aún no —dijo Mac.

—Me encargaré de que le busquen una cama. Puede dormir unas horas antes de que nos marchemos.

—¿Marcharnos a dónde? —dijo MacGregor.

18

AGENTE NEGRO

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI
VIERNES, 25 DE ABRIL DE 2025
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 100 HORAS

El Black Hawk descendió por entre las densas nubes a tres mil metros de altitud y de pronto la panorámica que se abrió ante ellos les mostró una extensión de lava negra a la luz del alba. A la derecha, la ancha vertiente norte del Mauna Loa, y muy por encima los edificios plateados del observatorio de la NOAA, la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica; a la izquierda, la oscura cumbre del volcán Hualālai. Y, justo delante del helicóptero, se extendía el amplio collado plano, la región deshabitada del interior de la Isla Grande; la zona de entrenamiento estaba situada en la base del Mauna Kea. El coronel Briggs señaló desde la ventanilla.

—¿Así que esperan que la lava fluya por esa zona?

—Sí —dijo Mac—. Pero las erupciones del Mauna Loa se originan más arriba, cerca de la cumbre y en la zona de la falla.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

—Cuatro días, más o menos uno.

—¡Por Dios! —exclamó Briggs, meneando la cabeza—. ¿Y será una gran erupción?

—Muy grande —dijo MacGregor—. Los volcanes se hinchan antes de entrar en erupción, y eso es lo que medimos. La inflación registrada en los últimos meses es mayor que la registrada antes de la erupción de 1950. Y esa produjo trescientos setenta y seis millones de metros cúbicos de lava.

—¿Y toda esa lava llegará muy lejos?

—Sí. Yo calculo que bajará por la montaña y cruzará el collado hasta la base del Mauna Kea. Eso es algo más de treinta kilómetros.

Briggs frunció el ceño.

—¿En cuánto tiempo?

MacGregor meneó la cabeza.

—No hay manera de predecirlo. Podría tardar días. Pero es más probable que sean unas horas.

—Unas horas —dijo Briggs.

Se hizo un breve silencio entre ellos.

—¿Va a decirme de qué va todo esto? —preguntó MacGregor por fin.

—Será mejor que se lo enseñe.

La Reserva Militar estaba construida en la base del Mauna Kea, la montaña más alta de Hawái, al norte de la isla. Las estructuras permanentes eran pocas: una pequeña pista de aterrizaje, una vieja torre de madera con la pintura descascarillada; unas cuantas barracas Quonset cubiertas de polvo rojo; y un aparcamiento con el asfalto agrietado. La impresión general que daba el lugar era de desolación y abandono.

Un jeep de camuflaje paró junto al helipuerto en cuanto el helicóptero tocó el suelo. MacGregor y Briggs se subieron a él y atravesaron el complejo en dirección a la montaña.

Conducía el jeep el sargento Matthew Iona. Un tipo joven, alto, flaco, nativo y vestido con traje de faena.

—Doctor MacGregor —dijo—, necesito saber sus tallas de guantes y de calzado.

MacGregor se las dio. Llegaron a un pequeño recinto rodeado de una cerca de malla. El conductor salió, abrió el cerrojo, corrió la valla, metió el jeep y volvió a cerrar.

Ante ellos, en la pared de la montaña, MacGregor vio una gran puerta de acero de más de tres metros de altura. El acero estaba pintado de madera para camuflarse con el color de la montaña.

—Esa es la entrada antigua —dijo Briggs—. No entraremos por ahí. Ya no es segura.

—¿Por qué no?

Briggs no respondió. El jeep trazó un giro cerrado y bajó por una rampa de cemento que los llevó a más de tres metros bajo tierra.

Pararon bajo una trampilla de chapa junto a un pequeño búnker de hormigón. El conductor abrió la puerta del búnker y entraron los tres. De la pared colgaban unos trajes de color amarillo vivo y unos cascos dorados con viseras transparentes. Briggs señaló hacia uno de ellos.

—Ese es el suyo.

Briggs se quedó en ropa interior, se puso su traje y cerró las cremalleras. Mac hizo lo propio. Le sorprendió que el traje pesara tanto.

—Sí, es de metal —dijo Briggs, pero no le dio más explicaciones.

Las botas, doradas, también eran muy pesadas. Se fijaban con velcro a los pantalones, que las cubrían. Briggs le dijo que ajustara bien el cierre, porque tenía que ser impermeable. Luego le ayudó a ponerse el casco. La visera de cristal tenía al menos dos centímetros de grosor.

El conductor se acercó y colocó una etiqueta roja de plástico en una ranura de la pechera del traje de Mac. MacGregor vio que la etiqueta decía RADOSE, junto a un dibujo de tres palas amarillas en torno a un círculo central: el símbolo internacional de la radiación.

—Así que esto es lo que dibujaba el general —dijo Mac—. El símbolo de la radiación. Y lo de alfa, beta y gamma era por las partículas alfa y beta y los rayos gamma. Tipos de radiación.

—Eso es en parte lo que intentaba decirnos —confirmó Briggs, colocándose su propia etiqueta—. Bueno, en marcha. Con estos trajes hace un calor del demonio. —Se acercó a una puerta metálica al final del hangar, introdujo un código en un teclado y giró la manilla. La puerta se abrió con un silbido.

—Por aquí —dijo Briggs, y Mac se sumergió en la oscuridad.

19

EN EL TUBO DE HIELO, MAUNA KEA, HAWÁI

Estaban en una caverna de unos cuatro metros de diámetro, con las paredes lisas.

—Esto es un tubo de lava —dijo MacGregor.

—Nosotros siempre lo hemos llamado el Tubo de Hielo —dijo Briggs—. Hubo una época en que hacía tanto frío que las paredes se cubrían de hielo. Penetra en la montaña unos ochocientos metros.

Durante las erupciones, la lava había fluido hacia abajo por canales a los lados del volcán. La superficie del flujo de lava se enfriaba y formaba una costra, mientras que la que quedaba por debajo de la superficie endurecida seguía fluyendo. Al final de la erupción, la lava se iba colando, dejando tras de sí unos túneles vacíos. La mayoría de tubos solo tenían unos metros de anchura; otros, en cambio, eran grandes cavernas. El OVH había mapeado más de ochenta tubos, y muchos de ellos eran muy profundos. Mac no sabía de la existencia de ese, en la base del Mauna Kea.

Atravesaron unos enormes refrigeradores con ventiladores de dos metros de diámetro. Pero John MacGregor aún sentía el calor irradiado desde las profundidades.

A continuación caminaron por una plataforma de metal cubierta por una gruesa capa de espuma. A ambos lados había armarios de metal amontonados. Cada uno medía más de un metro de ancho, y todos estaban cerrados con candados. Más allá se veía el reflejo de una luz azul pálida procedente del techo.

—¿Qué es este sitio? —dijo MacGregor.

—Un almacén.

—¿Y qué es lo que almacenan?

Briggs abrió una pesada puerta de reja que chirrió al moverse.

—Mire.

A ambos lados del pasaje, había filas y filas de contenedores de cristal cilíndricos que brillaban con una intensa luz azul que parecía irreal. Los contenedores eran idénticos: de metro y medio de altura y con un grueso bloque de espuma en los tapones de los extremos.

—Técnicamente, este material es el compuesto HL-512 en forma de gel —dijo Briggs—. Es un residuo de alta radiación, almacenado en

botes de cristal de plomo.

—¿Me está diciendo que esto son residuos radiactivos?

—Más o menos.

MacGregor vio los frascos luminosos alineados por la galería, hasta donde se perdía la vista. Sintió que se le encogía el pecho, como si se lo apretaran.

—¿Y cuántos hay aquí?

—Seiscientos cuarenta y tres frascos —dijo Briggs—. En total, unos catorce mil kilos de material. Y no podemos arriesgarnos a que la lava llegue mínimamente cerca de ellos.

Aquello no era una broma. MacGregor frunció el ceño.

—¿De dónde proceden estos frascos?

—Posiblemente de Hanford, en el estado de Washington, donde estaba el primer centro de producción de plutonio para el programa nacional de armas nucleares. Antes de eso, probablemente procedían de Fort Detrick, la Central de Mando de Medio Ambiente del Ejército, en Maryland.

—¿Me está diciendo que no tiene claro quién envió esto aquí?

Briggs asintió.

—Y no sabemos dónde ha estado anteriormente.

Mac se sintió tan mareado como cuando estaba dentro del cráter.

—¿Así que tiene seiscientos cuarenta y tres frascos de residuos radiactivos y no sabe de dónde han salido?

—Correcto.

Mac se agachó para echar un vistazo al frasco más cercano. El cristal tenía un grosor de más de dos centímetros. Tras el cristal, parecía que había un líquido con partículas en suspensión. Al mirar de cerca, vio que el cristal no era transparente del todo, sino que estaba cubierto por una malla de finas líneas blancas. Las bases de espuma estaban cubiertas de polvo. Había una gruesa capa de polvo en el suelo.

—¿Cuánto tiempo lleva esto aquí?

—Desde 1978.

Siguieron caminando por la caverna, junto a las filas de frascos.

—En los años cincuenta, el procedimiento estándar era tirar los residuos radiactivos al océano. Nosotros lo hicimos hasta 1976; los rusos lo hicieron hasta 1991. Todo el mundo lo hacía. En 1977, el material se empezó a enviar a Hanford, en el estado de Washington. Cuando ya no cupo en las instalaciones de Washington, lo enviaron a Hawái para envolverlo en bloques de hormigón y enterrarlo en el océano. No sabemos quién detuvo aquello, pero alguien lo hizo. Los frascos se guardaban en un almacén de Honolulu, pero nadie quería que estuvieran tan cerca de un centro habitado tan grande. Al final —prosiguió Briggs— nos dijeron que guardáramos los residuos en

alguna de las otras islas hasta que se aprobara un nuevo plan de eliminación.

Briggs subió y bajó los hombros en lo que parecía un gesto de resignación.

—Así que en 1978, más o menos, llegaron a la Isla Grande. En 1982 se aprobó la Ley de Residuos Nucleares y, en 1987, el Departamento de Energía eligió Yucca Mountain, en Nevada, como lugar para el almacenaje de residuos de todo el país. Pero en Washington decidieron que este material, en particular, no soportaría un viaje al otro lado del océano, y ese es el motivo de que los frascos sigan aquí.

—Un momento... ¿Y no hubo protestas? —preguntó MacGregor.

Briggs sonrió tras su visera de cristal.

—No hubo protestas porque nadie sabía que estaban aquí.

—¿Y nadie lo descubrió?

—Eran los años setenta —dijo Briggs, como si eso lo explicara todo —. Era otro mundo. Hasta 1959, Hawái no era ni siquiera un Estado. Era un territorio en fideicomiso. Seguía habiendo una fuerte presencia militar en todas las islas, y este rincón de Hawái era básicamente una gran base militar, así que ponerlo aquí no era un problema. Y aquí se quedó.

—¿Y el ejército nunca intentó llevárselo?

—Claro que lo intentamos —replicó Briggs, a la defensiva—. El ejército quería librarse de todo esto. Pero el subcomité de Apropiaciones del Senado no iba a autorizar la financiación necesaria, y no podíamos hacer mucho jaleo, porque el Estado de Hawái quería mantenerlo en secreto. En algún momento de los años ochenta, las autoridades estatales se enteraron de que esto estaba aquí y quisieron que nos lo lleváramos, pero no les interesaba que saliera en las noticias. Ya se imagina el titular: «Residuos radiactivos retirados de un depósito en Hawái». Sería malo para el turismo.

—Caray —dijo Mac—. ¿Usted cree?

—Desgraciadamente, el coste del traslado iba en aumento cada año —dijo Briggs, que señaló hacia los frascos—. Esos tubos de cristal deberían haber sido recubiertos de hormigón. No tendrían que haber permanecido así durante décadas. Con el paso de los años, el calor por desintegración nuclear ha ido afectando a la estructura del cristal. ¿Ha observado las finas líneas blancas que cubren los frascos?

—Es difícil no verlas.

—Bueno, pues son grietas.

—Caray —dijo MacGregor otra vez.

—Sí. Ahora el cristal es extremadamente frágil. No es imposible llevarse los frascos pero, llegados a este punto, sería muy difícil y muy peligroso.

—¿Y qué es lo que hay dentro, exactamente? —preguntó Mac.

—Hay alguna disputa al respecto.

—¿Disputa?

—Sabemos que el material contiene grandes cantidades de isótopos raros, en particular yodo-143, y eso confundía a los expertos que consultábamos. Y, con los escáneres portátiles de protones, obtuvimos resultados poco claros.

—No se moleste, señor —dijo MacGregor—, pero ¿cómo puede ser eso?

—No me molesto —respondió Briggs—. Échele la culpa a la tecnología moderna. Desgraciadamente para nosotros, los datos relevantes se almacenaban en ordenadores.

—¿Y eso es un problema en el mundo moderno?

—En este caso, sí.

Mientras salían de la caverna, se lo explicó: en los años ochenta, el ejército, como la mayoría de organizaciones modernas del país, usaba ordenadores centrales para guardar sus datos.

—Todo, desde las nóminas del personal y los pedidos del economato militar hasta la ubicación de las cabezas nucleares —dijo Briggs—. Estaba todo en grandes servidores. Los programas con que se manejaban los datos se escribían en Ada, el lenguaje elegido por el Departamento de Defensa para los sistemas usados en los proyectos militares. En aquella época, no existían los discos duros. Los datos se almacenaban en discos de ocho pulgadas que se guardaban en sus fundas, en salas con aire acondicionado.

—Qué tiempos aquellos —dijo Mac. Briggs no le hizo caso y prosiguió.

—Pero cada año había más datos almacenados. Y con cada actualización, salía cada vez más caro transferir los datos antiguos. Por si eso fuera poco, muchos de los datos antiguos ya no eran relevantes. ¿A quién le importaba cuántas latas de atún habíamos cargado en el Missouri en mayo de 1986? Los tanques y los aviones de aquella época ya habían sido retirados del servicio. Con el tiempo, el ejército decidió no transferir los datos antiguos que no fueran necesarios. De modo que los discos se quedaron en los almacenes durante décadas.

—¿Y?

—Una noche, en el Mauna Kea, cayó un rayo que generó un campo electromagnético muy potente. Tanto que desmagnetizó los discos y borró toda la información que almacenaban.

—¿No había copias de seguridad?

—Las copias de seguridad también quedaron ilegibles.

—¿Y por eso no saben qué es este material?

—Bueno, no lo sabíamos —dijo Briggs—. Durante veinte años, no

tuvimos ni idea.

Hizo una pausa y miró directamente a Mac.

—Pero lo descubrimos cuando tuvimos un accidente.

20

—¿Qué tipo de accidente? —preguntó Mac.

—Hace unos nueve años, uno de esos frascos se agrietó y se abrió. Durante una semana, fue un caos, pero así fue como descubrimos lo que era realmente esa cosa.

—¿Y qué es?

—Herbicida.

—¿Herbicida radiactivo?

—Bueno, originalmente no era radiactivo. Eso lo hicieron más tarde.

—¿Quién hizo qué?

—Los científicos de Fort Detrick, en Maryland —respondió Briggs, con un suspiro—. ¿Ha oído hablar del Proyecto Hades? ¿Del Agente Negro?

En los años cuarenta, el ejército hizo pruebas con sustancias químicas defoliantes. En los cincuenta, los programas se volvieron mucho más sofisticados y las sustancias químicas mucho más potentes. Esa misma investigación fue la que llevó al desarrollo de la dioxina, del Agente Naranja, del Agente Blanco y de otros defoliantes usados en Vietnam.

—El programa se llamó Proyecto Hades —dijo Briggs—. El trabajo se realizó en una serie de laboratorios del Edificio A-14 de Detrick. En un laboratorio encontraron una sustancia química inusitadamente potente que podía matar una amplia gama de plantas y árboles muy rápidamente. Como la sustancia dejaba las plantas de un color humo, gris negruzco, se la llamó Agente Negro y se decidió que se harían pruebas de campo.

En el Detrick A-14, todos los laboratorios tenían plantas de interior. Eran el equivalente a los canarios de las minas de carbón. Aunque las pruebas del Agente Negro se hicieron en contenedores cerrados, empezaron a morirse plantas por todo el laboratorio.

—Vaya, me pregunto por qué —dijo Mac.

—El jefe del laboratorio era un tipo llamado Handler —dijo Briggs—, y él tenía unas orquídeas muy raras en su despacho, que estaba al otro lado del pasillo con respecto al laboratorio principal. Las

orquídeas también murieron.

Al principio todo el mundo supuso que se debía a la contaminación, que de algún modo los trabajadores del laboratorio habían trasladado el herbicida a las otras plantas. Pero, cuando analizaron las plantas muertas, no encontraron ni rastro del herbicida. El motivo de su muerte era un misterio.

Entonces, en otros laboratorios, otras plantas empezaron a ponerse negras y a morirse. Y de nuevo ni rastro del herbicida.

—Todo eso se produjo en el curso de una semana —prosiguió Briggs—. Nadie en ese edificio entendía qué demonios estaba ocurriendo. Ni siquiera sabían si era seguro volver con sus familias por la noche, ya que las plantas se morían a su alrededor sin motivo aparente. Lo que sí sabían era que esa cosa era peligrosísima, pero temían quemarla, porque en aquella época no había incineradores estancos capaces de gestionar grandes cantidades de materiales peligrosos. Sabían que no podían enterrar ese producto. Y tampoco podían dejarlo ahí. Así que decidieron mezclarlo con isótopos radiactivos.

Briggs le explicó que esa decisión tenía varias ventajas. En primer lugar, los científicos de Detrick empezaban a sospechar que el Agente Negro no era un simple herbicida químico, sino que contenía algún tipo de material vivo, probablemente bacterias, y, si era así, la radiación las mataría. Por otra parte, la radiactividad marcaría el material como peligroso. Y, por último, si se producía algún escape, podrían seguirle el rastro a través de la radiación.

Hacia 1989, se hizo posible trasladar un incinerador portátil a la Isla Grande para quemar los frascos. O habría sido posible, de no ser porque eran radiactivos. Para quemarlos habría que llevarlos de nuevo a Hanford, pero, ese mismo día, el centro fue desmantelado.

Para entonces ya era evidente que los frascos de cristal estaban empezando a degradarse a causa del calor generado por la radiación. Dado que seguía sin financiación para la retirada de los frascos, el ejército decidió, como medida temporal, colocarlos en balsas de agua refrigerantes, procedimiento estándar para material radiactivo de alto nivel. Si no se había hecho aún en el Tubo de Hielo, era porque nadie esperaba que el material permaneciera allí tanto tiempo.

Se convocó un concurso público para la construcción de cinco balsas con cobertura de hormigón, tal como marcaba la ley. Al proyecto se le definió, ambiguamente, como «centro de residuos peligrosos». La oficina de Greenpeace en Tahití se enteró y puso una demanda para frenar la construcción. Empezaron a aparecer panfletos y titulares sobre el «Paraíso tóxico de Estados Unidos». Así que Hawái dio el tijeretazo y se desconvocó el concurso.

Pero los frascos seguían degradándose.

Y entonces, en 2016, se produjo el accidente.

La creciente fragilidad del cristal resultaba preocupante, así que el ejército decidió cubrir los extremos de los frascos con bloques de espuma amortiguadores y colocaron los frascos sobre un suelo acolchado. La idea era que la espuma y el acolchado absorbieran los pequeños impactos. Era evidente que no se trataba de una solución definitiva, pero no había financiación para nada mejor. Se crearon equipos de eliminación de explosivos, con experiencia en la manipulación de material peligroso, para montar los frascos en los bloques de espuma. El trabajo duró doce semanas.

Mientras le colocaban los bloques de espuma a uno de los frascos, empezó a gotear. Solo se filtró una cantidad mínima de material antes de que pudieran sellar el cilindro y empaquetarlo para su eliminación definitiva. No obstante, uno de los trabajadores implicados en el incidente debió de hacer mal la limpieza al acabar su turno y salir de la caverna. Una pequeña cantidad del material acabó en el vestuario y se pegó a las suelas de los zapatos del mismo trabajador. Unos días más tarde, ese trabajador visitó el Jardín Botánico de Hilo con esos zapatos y llevó el material hasta una arboleda de higueras de Bengala.

—¿Qué le pasó?

El rostro de Briggs no cambió de expresión.

—Murió —dijo—. Como las higueras de Bengala.

—¿Y cómo se explicó?

—No se explicó. El tipo no tenía familia. Vivía solo. Fue como si no hubiera existido nunca.

Le describió la escena del jardín botánico; Mac recordaba vagamente haber oído hablar de aquello cuando llegó al OVH. Algo sobre un derrame de herbicida. No podía imaginarse algo así.

—En pocas palabras —prosiguió Briggs—, enviamos un equipo y limpiamos el derrame con esos modernos extintores antiincendios de Fuego Frío.

—¿Y ahí acabó todo?

—Sí. Lo frenamos. Pero se llevaron muestras de la hierba y la corteza de los árboles muertos a Detrick. Y por fin descubrieron cuál era el mecanismo de acción.

—¿Me va a dejar con la intriga, coronel?

Briggs consultó el reloj.

—Creo que tendremos lista una demostración en unos diez minutos.

21

LA DEMOSTRACIÓN

Había policía militar montando guardia en el exterior del edificio y en todas las puertas interiores, aunque la sala en sí misma le recordaba a MacGregor una vieja aula de escuela, con sus paredes grises y verde pálido.

Había varias ventanas con vistas a la ladera del Mauna Loa. Los únicos muebles eran una vieja mesa de madera larga y unas sillas. Alrededor de la mesa, había seis hombres en mangas de camisa, muy erguidos, con los ojos puestos en la demostración. Se los habían presentado, pero MacGregor no recordaba ni un nombre. Lo único que sabía era que eran jóvenes científicos del ejército.

En el otro extremo de la sala, frente a una vieja pizarra, un joven en uniforme que se presentó como Adam Lim, genetista, empezó a hablar.

Mac no tenía muy claro qué hacía ahí un genetista.

Se abrió una puerta lateral y entraron dos hombres con un bonsái en una urna de cristal. Lo llevaban como si fuera una joya preciosa y lo dejaron sobre la mesa con precaución. Al principio Mac pensó que era una urna decorativa, pero luego vio la válvula de gas montada cerca de la base. Colocaron un retroproyector sobre la planta y se encendió una luz. En la pantalla apareció una gran imagen en vídeo del árbol.

—Esta planta ha sido rociada con el Agente Negro hace cinco horas —dijo Lim—. Tal como ven, tiene un aspecto bastante normal. —Hizo una pausa—. De momento.

Lim abrió una trampilla en la base y apareció una ventanita. Una mosca negra entró volando en la urna.

Lim explicó que el Agente Negro era un herbicida compuesto de 2,4-ácido diclorofenoxiacético y 4-amino-ácido tetraclorocolínico. Esas sustancias se hacían pasar por hormonas de la planta y alteraban su metabolismo hasta matarla.

Mac bajó la vista y se dio cuenta de que se estaba apretando las manos; tenía los nudillos blancos. Respiró hondo por la nariz y exhaló por la boca, intentando relajarse pese a lo que estaba oyendo.

—El Agente Negro —prosiguió Lim— es por tanto un herbicida bastante ordinario… salvo por una interacción. Cuando la simple *Musca domestica* aterrice en una hoja rociada, lamerá el producto

pegado a sus patas porque, como seguramente saben, las patas de la mosca son importantes órganos sensoriales. Es lo que está haciendo ahora mismo.

Alguien le dio a MacGregor una lupa. Él se acercó a la urna y comprobó que, efectivamente, la mosca se estaba lamiendo las patas.

—Ahora el herbicida penetra en el tubo digestivo de la mosca —explicó Lim—, donde es descompuesto por las enzimas. El herbicida original queda reducido a fragmentos. Igual que los seres humanos, la *Musca domestica* tiene un ecosistema particular en el interior de su intestino, una combinación de bacterias y virus.

Mac había conocido a muchos científicos como Lim a lo largo de los años. En ocasiones él también se había comportado como un científico listillo en público: «Sé cosas que todos vosotros no sabéis».

Lim prosiguió:

—Si la mosca se ha visto expuesta a la acción de los pesticidas, su ecosistema intestinal ha cambiado. Ahora llevará dentro un número mayor de virus del mosaico del tabaco, virus de las plantas común en el medioambiente. Un fragmento en particular del 2,4-D descompuesto se adhiere a la capa externa de ese virus. El virus afectado irrita el intestino casi de inmediato, así que la mosca excreta el contenido del mismo sobre una hoja. Este proceso lleva solo unos segundos; pueden ver a la mosca lamiéndose las patas y luego excretando.

MacGregor lo vio. Vaya si lo vio. Había un puntito blanco sobre la hoja, del tamaño de una punta de lápiz, cerca de la parte trasera de la mosca, que después se puso a zumbar por la urna.

—El virus excretado entra en una célula de la hoja —dijo Lim—, donde hace lo que hacen todos los virus: se adueña de la maquinaria celular y la obliga a producir nuevos virus hasta que revienta. En el interior de la célula de la planta, los fragmentos de 2,4-D se incorporan al genoma de algunos virus. Cuando la célula se rompe, libera al exterior esos virus portadores de fragmentos. Los virus son extremadamente agresivos y se reproducen rápidamente en cualquier planta con la que entren en contacto. El proceso es tan rápido que se puede ver la mancha negra avanzando por la planta. En cuarenta y ocho horas, puede provocar la muerte de un árbol grande.

«Incluso de una higuera de Bengala», pensó Mac.

Aguzó la vista, observando la hoja a través de la lupa. En su superficie apareció un minúsculo puntito negro. Luego otro, y otro. Era como si estuviera cayendo una lluvia negra sobre las hojas. Algunos de los puntos empezaron a aumentar de tamaño y a crecer, fundiéndose con otros.

—Joder, es rápido —exclamó Mac.

—Muy rápido —dijo Lim, encogiéndose de hombros—.

¿Preguntas?

Daba la impresión de que iba a decir: «Se acabó la clase».

—Gracias, Adam —dijo Briggs, desde el fondo de la sala—. Ahora creo que es hora de explicarle al doctor MacGregor qué ocurrirá con el material de los frascos durante la erupción.

«La cosa se pone aún mejor», pensó Mac.

Lim se sentó y otro hombre ocupó su lugar en el estrado. Robert Daws era robusto, musculoso, y llevaba un corte de pelo militar.

Aunque tenía aspecto de gorila de discoteca, hablaba con una precisión casi irritante. Dijo que era científico atmosférico.

—Hemos supuesto que la lava fluirá a mil doscientos grados Celsius y que el enfriamiento durará, como mínimo, setenta y dos horas. La temperatura del exterior de la costra puede bajar hasta los quinientos cuarenta grados, pero la temperatura del interior básicamente permanecerá invariable. ¿Es así? —le preguntó a Mac.

—Eso diría yo, sí.

—Eso significa que el calor de la lava en movimiento es más que suficiente para hacer que los frascos estallen y liberen su contenido. Suponemos que el contenido seguirá siendo químicamente activo y que se oxidará a una velocidad extremadamente alta. Peligrosamente alta.

—¿Nos está diciendo que esa cosa explotará si la lava llega lo suficientemente cerca?

—Sí, señor, lo hará.

—¿Cómo de cerca?

—Basta con que llegue a la vertiente del Mauna Loa donde se encuentra la base militar —dijo Daws.

MacGregor suspiró.

—Menudo desastre.

—Sí, señor, lo es —dijo Daws—. El contacto con la lava generará una nube explosiva compuesta de vapor y material orgánico que alcanzará entre tres y cinco mil pies de altura. Eso, por supuesto, es un nivel estratosférico, lo que significa que circularía por todo el mundo. Calculamos que la mayor parte del material particulado volvería a caer sobre la isla de Hawái en unas horas, pero el cuarenta y tres por ciento sería arrastrado por la corriente en chorro, donde podría viajar hasta doce meses.

Ahora fue Daws quien suspiró.

—No obstante, la mayor parte irá descendiendo lentamente a cotas inferiores a lo largo de varias semanas y acabará cayendo al suelo en forma de lluvia.

—A mí me parece más bien lluvia ácida —dijo Mac.

—Supongo que puede planteárselo así. —Daws tragó saliva—. La *Musca domestica* está extendida por todo el mundo. El virus del

mosaico del tabaco tiene un ámbito de acción muy amplio. No sabemos hasta qué punto. No afecta a todas las plantas, pero creemos que este proceso de incorporación fragmentada se producirá en otros virus de plantas. En consecuencia, todas o casi todas las plantas de la biosfera morirán.

El silencio que se hizo en la sala tenía casi su propia energía. Mac sintió la necesidad de levantarse y abrir una ventana, aunque sospechaba que si lo hacía uno de los soldados del exterior le detendría. O quizá hasta le disparara.

—Si tuviéramos años para investigar, sería posible desarrollar plantas resistentes —prosiguió Daws—. Pero no tenemos años. Los virus matarán todas las plantas del planeta en menos de dos meses. Poco después, toda la vida animal, incluida la humana, morirá de inanición. Una previsión conservadora es que se produzcan mil cuatrocientos millones de muertes en las primeras cinco semanas y tres mil cien millones en las primeras ocho. En cuatro meses, habrá muerto casi todo el mundo. Algunos individuos aislados podrían tener reservas suficientes para resistir un tiempo, pero no mucho.

—Entiendo lo que ocurrirá si el herbicida se sale de esos frascos y lo que ocasionará en la biosfera. Pero ¿qué ocurre si de algún modo los humanos se contaminan antes? ¿Se puede transmitir de una persona a otra?

—¿Quiere decir si hay un derrame antes de que la lava llegue cerca de los frascos?

—Sí.

—Vamos a asegurarnos de que eso no ocurra.

—Pero ¿y si ocurre?

—Creemos que el resultado sería una variación del típico envenenamiento por radiación, que afecta a algunas personas más rápido que a otras. Algunas podrían morir inmediatamente, como si su biosfera personal hubiera quedado envenenada. Quizá sea necesario un contacto estrecho; quizá no. En otros casos, podría llevar más tiempo. Pero todas morirían de la misma muerte negra.

Mac se quedó mirando a Robert Daws, intentando asimilar la magnitud de lo que estaba oyendo. Daws le había transmitido aquella información con la misma frialdad con que un hombre del tiempo habría podido anunciar la llegada de un frente frío. Mac paseó la mirada por el resto de científicos sentados alrededor de la mesa. No habían reaccionado siquiera. Porque ya lo sabían.

«De modo que así es como va a acabar el mundo», pensó.

—Pero si se libera en la atmósfera, en cinco meses más o menos no quedará ninguna forma de vida en el planeta, salvo algún insecto y alguna bacteria —dijo Daws—. Básicamente, la Tierra habrá muerto.

Ahora sí que lo había dicho todo. Pasó más de un minuto sin que

nadie dijera nada. Por fin Mac decidió poner en palabras lo evidente, aunque solo fuera por quitárselo de encima:

—Tenemos que encontrar un modo de frenar o desviar el flujo de lava.

Daws asintió.

—Antes de que acabe la semana —dijo. Ahora miraba fijamente a Mac, como si estuvieran solos en la sala—. ¿Tiene alguna otra pregunta?

—Solo la que no dejo de hacerme —respondió Mac, girándose hacia los hombres de la mesa—. ¿Cómo demonios han permitido que pudiera ocurrir algo así?

22

Los hombres sentados en torno a la mesa se lo quedaron mirando.

—¿Qué quiere decir? —preguntó uno de ellos por fin.

—Ya me ha oído.

Briggs se aclaró la garganta.

—Mire... —dijo—. Se pueden repartir muchas culpas. Culpe al ejército. Culpe a la guerra fría. Culpe a su congresista por no conseguir la financiación necesaria. Culpe a Hawái por proteger el sector turístico. Culpe a los que abrazan árboles para impedirnos la construcción de almacenes de residuos hace cuarenta años, cuando aún habríamos podido trasladar todo esto. Culpe a todas las personas que fijaron la vista en una pieza del rompecabezas y no en el problema en su conjunto. Hemos heredado este lío de los años cincuenta, con inestimables colaboraciones durante los años setenta y ochenta. Todo esto ha sido como un descarrilamiento en cámara lenta.

Todos se giraron para mirar por la ventana y vieron seis CH-47 Chinooks del ejército —helicópteros de carga con dos rotores— que descendían lentamente, con miniexcavadoras colgando y retroexcavadoras en la bodega de carga.

—Vamos a construir un dique —anunció Briggs. Era como si Noé anunciara que iba a construir un arca.

—¿De qué tamaño?

—De seis metros de altura y quizá cuatrocientos metros de largo.

Mac meneó la cabeza.

—No bastará —dijo—. Tiene que ser de quince metros de altura y ochocientos metros de largo. Por lo menos.

—¿Quince metros? —dijo Briggs—. Esa es la altura de un edificio de cuatro plantas. Está de broma, ¿verdad?

—Con el debido respeto, coronel, ¿cree que tengo pinta de estar de broma?

Mac señaló en dirección a la oscura ladera del Mauna Loa.

—Desde aquí no se ve la pendiente, pero hay mucha —dijo—. La lava, cuando sale, es muy líquida, especialmente si está tan caliente. Fluye como un río durante una crecida. Se van a encontrar un curso de lava de tres o cinco metros de altura. Como un tsunami. Rebasará un muro de seis metros como si nada.

—¿Y un muro de quince metros funcionaría?

—Probablemente no —dijo MacGregor—. Pero deberían construirlo igualmente.

—Y supongo que usar bombas…

Mac no le dejó acabar la frase: —No funcionarán.

Hubo un momento de silencio y el ambiente se hizo aún más denso que antes.

—Quizá sepa que la DARPA hizo un estudio sobre la apertura de fisuras en el volcán…

—Un estudio en el que concluyó que no funcionaría.

Briggs suavizó el tono:

—Debe de haber algo que podamos intentar.

MacGregor observó las maniobras de los helicópteros que iban trayendo maquinaria. Frunció el ceño y se mordió el labio superior.

—Deme una hora —dijo.

—¿Para qué?

—Para idear un plan con el que evitar que nos vayamos todos a la mierda.

23

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI

Mac entró en la sala de datos a las ocho en punto. El equipo ya se encontraba allí. Rick Ozaki y Kenny Wong estaban agazapados frente a un monitor. Pia trabajaba en la configuración de las cámaras de control remoto con Tim Kapaana, que estaba en el exterior. Desde allí lanzaría drones con cámaras térmicas para detectar las zonas en las que la lava iba acercándose a la superficie.

Jenny se puso a caminar junto a Mac.

—Quizá quieras hablar con Tako Takayama —dijo—. Ya sabes cómo se cabrea cuando no está al corriente de las cosas.

—Más tarde —dijo Mac. Luego bajó la voz y le preguntó—: ¿Cómo puedo obtener las últimas imágenes por satélite?

—¿Qué es lo que quieres?

—Con el espectro visible y el infrarrojo me vale.

Ella fue hasta un monitor y se puso a teclear, haciendo volar los dedos sobre el teclado mientras buscaba los horarios de la órbita del satélite Terra.

Mac observaba por encima de su hombro. El satélite Terra pasaba sobre la Isla Grande una vez cada cuarenta y ocho horas y el OVH tenía acceso a los datos de su espectrómetro MODIS.

—El satélite ha pasado a las 2:43 de la mañana —dijo Jenny—. Probablemente aún no se hayan descargado las imágenes.

Siguió tecleando.

—¿Cuánto tiempo te va a llevar? —dijo Mac, impaciente. Ella le echó una mirada.

—¿Le iría bien hace cinco minutos, Excelencia?

—Supongo que no he usado el tono ideal. ¿Es eso?

—¿Ideal? Ni de lejos.

Pero entonces se inclinó sobre la pantalla, se giró para mirarlo otra vez y sonrió.

—En realidad, hemos tenido suerte —dijo—. Los datos ya se han descargado. Probablemente los pueda tener listos en diez minutos.

—Avísame cuando estén. Y gracias, colega.

—¿Colega?

Mac sonrió.

—¿Amiga del alma?

—Déjalo, zalamero, y déjame trabajar.

Mac se acercó a Rick y a Kenny.

—Vale, chicos —dijo, sentándose a su lado—. Enseñadme lo que tengáis.

El que más habló fue Kenny. Le explicó que había procesado todos los datos de las últimas cinco erupciones del Mauna Loa desde 1949. Le mostró la correspondencia de las series de datos con una presentación en tres dimensiones de las estructuras magmáticas por debajo del volcán. Además, contaban con series sobre mediciones de gases y sobre datos de inflación a lo largo de los tres ejes obtenidas con GPS, imágenes térmicas y por satélite. Se lo dijeron a toda prisa, como si no necesitaran siquiera la información que tenían en las pantallas, como si lo hubieran memorizado todo. Con la soltura de jugadores de béisbol profesionales en plena acción, solo que en su mundo.

Un mundo que quizá estuviera a punto de saltar por los aires.

Ese mundo.

—Y luego hemos obtenido la previsión de emisión —dijo Rick, y en la pantalla aparecieron datos sobre la probabilidad de erupción, el volumen de erupción, las diversas ubicaciones, refrigerantes y diques.

Por fin apareció esto:

TIEMPO ESTIMADO HASTA LA ERUPCIÓN: 4 DÍAS +/– 11 HORAS

Cuando acabaron, miraron a Mac.

—¿Qué te parece? —dijo Rick.

—Creo que eso no vale para nada —respondió Mac.

—Estás de broma, ¿no?

Aquello mismo era lo que le había preguntado el coronel Briggs.

—Miradme los dos —dijo Mac— y luego decidid si queréis preguntarme eso de verdad.

—Pero hemos procesado los números una y otra vez —dijo Kenny, algo a la defensiva—. Los resultados son sólidos.

—Si retorcéis los datos lo suficiente, podéis hacer que os digan lo que queráis que os digan. Lo que me estáis dando es un falso positivo.

En realidad no tenía claro que fuera eso lo que estaban haciendo, pero siempre insistía en que defendieran sus hallazgos con todo lo que tuvieran. Y eso es lo que quería que hicieran ahora; no le preocupaba herir los sentimientos de nadie. En el pasado tenían margen de error, tiempo para largos debates, e incluso para charlas didácticas.

Pero ahora no.

—¿Qué ha pasado cuando habéis usado el modelo con datos pasados? —dijo Mac. Y antes de que pudieran responder, añadió—:

¿Vuestro programa predijo la erupción de 2022, por ejemplo?

—Sí, Mac. De hecho, la predijo.

—¿Con qué precisión?

—Dos horas de margen.

—¿Y la de 1984?

—Nueve horas.

—Te digo que el programa funciona, Mac —dijo Rick.

—¿Podéis predecir la temperatura del suelo en torno a la cima?

Rick y Kenny se miraron el uno al otro.

—No lo hemos hecho nunca —dijo Rick—. Tendríamos que hacer unos cálculos.

—Tengo las últimas imágenes por infrarrojos, tomadas esta mañana a las 2:43. Necesito saber hasta qué punto se ajustan los resultados de vuestro modelo.

—Dame diez minutos —pidió Kenny.

—¿Y los dos pensáis que los diques pueden funcionar?

—Yo me atengo a mis datos —respondió Kenny.

—Yo también —dijo Rick.

—Genial. ¿También ponéis la mano en el fuego con los datos sobre refrigerantes?

—Con todos.

—Entonces más vale que tengáis razón —dijo Mac.

Se alejó, y cuando Kenny pensó que ya no le oiría, dijo: —¿Quién le ha metido ese palo de escoba por el culo?

—Sigo aquí —dijo Mac, sin girarse.

Afortunadamente para él, no podían verle sonreír.

Al final Rick y Kenny tardaron quince minutos.

Pero ahora tenían en la pantalla una imagen que representaba la vista aérea de Hawái en colores falsos, con el Mauna Loa en azules y marrones que iban convirtiéndose en naranjas y amarillos más cerca de la cumbre. En la fisura noreste, había una línea de puntos de color naranja brillante, como una cuenta de perlas. Y también había manchas negras en la cima.

Mac no se fiaba un pelo de esos puntos negros. Llamó a Jenny, que estaba al otro lado de la sala.

—Pásanos la imagen de infrarrojos cercanos, por favor.

—Enseguida.

Un momento más tarde, en una esquina de la pantalla, apareció la imagen por satélite tomada a primera hora de la mañana. A primera vista, era bastante similar a la imagen de Rick y Kenny.

—¡Ya lo decía yo! —exclamó Kenny, cerrando el puño.

—No tan rápido. Superponlas.

Kenny amplió la imagen por satélite, le dio transparencia y la colocó sobre su imagen.

—Ahora opaca esta —dijo Mac—. Y dales la vuelta a las dos.

Kenny pasó de una a otra imagen repetidamente, de la generada por ordenador a la del satélite y al revés. Rick y él miraban a MacGregor, expectantes, como niños a la espera de una palmadita en la cabeza.

—Debo admitir que no está nada mal —dijo Mac, asintiendo.

—Vaya —dijo Rick—. Gracias, papi.

Mac sonrió.

—La única diferencia que veo es que el satélite muestra un punto caliente en el océano, frente a la costa oeste de la isla, y vosotros no.

—No es territorio nuestro —alegó Kenny.

—Hoy sí, listillo.

—Ya sabes que no tenemos sensores en la costa oeste, Mac —dijo.

Mac no hizo caso al comentario.

—Vale —dijo, poniéndose en pie—. Metedlo todo en un portátil y estad listos en veinte minutos. Hay unos tipos que tienen que ver esto.

24

CENTRAL DE PROTECCIÓN CIVIL DE HAWÁI, HILO, HAWÁI

Henry Takayama entró en su despacho hecho una furia y cerró dando un portazo, consciente de que el ruido provocaría temblores que se extenderían por las mesas de fuera, porque todo el mundo daría por sentado que estaba cabreado por algo. Y lo estaba. No eran más que las ocho treinta de la mañana y el día ya se presentaba muy mal.

Para empezar, le habían llamado de Paradise Helicopters y de Mauna Loa Helicopter Tours, preguntando por qué no podían llevar a sus turistas a sobrevolar los volcanes. El espacio aéreo sobre el Mauna Loa y el Kīlauea se había cerrado la noche anterior —Henry sabía lo de ese piloto *'kole*, Rogers, y su estúpida incursión— y seguía cerrado por la mañana, y las empresas turísticas querían saber qué iba a hacer al respecto Takayama. Henry les había dicho que era un error y les prometió solucionarlo, entre otras cosas porque Henry Takayama se veía a sí mismo sobre todo como un solucionador.

Así que llamó a la torre del Aeropuerto Internacional de Hilo/General Lyman. Bobby Gomera estaba a cargo de Control de Accesos, lo cual le pareció un golpe de buena suerte. Henry conocía a Bobby desde que su familia lo llevó a su casa para una *luau*, cuando Bobby tenía un año de edad.

Pero esta vez eso no le sirvió de nada. Bobby le informó que no podía hacer nada para abrir el espacio aéreo, porque había quedado cerrado por orden del alto mando del ejército.

—Yo haría casi cualquier cosa por ti, *'anakala* Tako —dijo Bobby, usando la palabra hawaiana para «tío»—. Pero no puedo declarar la guerra al ejército de Estados Unidos.

En ocasiones el ejército cerraba el espacio aéreo en torno al volcán, pero nunca sin dar previo aviso a Protección Civil, y Henry no había recibido ningún aviso. No era solo una violación de lo que él consideraba el protocolo de la isla, sino además algo muy extraño.

Y lo peor era que ahora tendría que llamar a los tipos de los helicópteros y tendría que decirles que él, Henry Takayama, no podía abrir el espacio aéreo, aunque les había prometido que lo haría. Culparía al ejército, por supuesto, y eso era una excusa perfecta para cualquier cosa que tuviera que ver con ellos. Pero a Henry no le

gustaba fallar en algo que había prometido. No porque considerara las promesas como algún tipo de imperativo moral. No. Era porque incumplir las promesas le creaba mala imagen. Y eso, para Henry Takayama, iba en contra de todo lo que consideraba sagrado.

Le preguntó a Bobby si el ejército estaba haciendo maniobras en la base militar.

—Creo que no —dijo Bobby—. Pero está pasando algo.

—¿Qué te hace pensar eso?

Bobby le dijo que la noche anterior MacGregor, el tipo del OVH, había ido volando a toda prisa a Honolulu en un transporte militar. Nadie sabía por qué. Y MacGregor todavía no había regresado.

O quizá sí, porque un helicóptero del ejército había penetrado en el espacio aéreo de la Isla Grande a primera hora de la mañana y había aterrizado en la base militar. Le habían dado a Gomera un código Romeo-Vector-Tres-Nueve. Eso significaba que a bordo iba algún pez gordo.

Una hora más tarde, un helicóptero del ejército aterrizó en Lyman y salieron seis tíos, no de uniforme, sino en manga corta. Se los llevaron en coche al campus de la UH en Hilo. Bobby le dijo a Takayama que había oído algo de sus transmisiones en radio. Iban al departamento de informática de la universidad. Habían llamado para que les abrieran temprano. «Estaba claro que eran técnicos de algún tipo —dijo Gomera—. Quizá ingenieros».

Además, le dijo a Takayama que otros seis helicópteros habían penetrado recientemente en el espacio aéreo desde el oeste, del lado del Kona. Gomera siguió sus transmisiones de radio y descubrió que eran Globemaster C-17 de carga que llevaban excavadoras a la base militar.

—A mí me suena a maniobras —comentó Henry.

—No lo creo —dijo Bobby—. Los tipos del ejército salieron del departamento de informática de Hilo y se fueron a lo alto de la montaña en helicóptero. Al observatorio de la NOAA que hay cerca de la cumbre. —Hizo una pausa—. Y hay más.

—¿Me va a gustar? —preguntó Takayama.

—Lo dudo —dijo Gomera.

Le habló a su tío Tako sobre el helicóptero que había ido al OVH desde la base militar.

—Después de eso, he oído otra transmisión —informó Gomera—. El pez gordo va a venir para una reunión de algún tipo. Algo que tiene que ver con un programador llamado Wong y otro tipo, Ozaki. Según parece, han trabajado toda la noche en algo importante.

«Gomera tenía razón», pensó Takayama después de colgar. No le gustaba nada de todo aquello. Fuera lo que fuera eso en lo que habían estado trabajando aquellos dos toda la noche, habían convocado una

reunión para hablar de ello con mucha prisa. En la cumbre del Mauna Loa.

Henry Takayama echó el cuerpo adelante, apoyó los codos en la mesa y entrecruzó los dedos con fuerza. «Anoche MacGregor anuncia una erupción. Hoy se reúne con el ejército en la cumbre. Está claro que tiene que ver con la erupción», pensó Henry, aunque no podía imaginar de qué se trataría. Sin embargo, fuera lo que fuera, estaban pasando cosas importantes, y a gran velocidad.

Y a él no le habían informado.

—Esos cabrones... —dijo Takayama.

Nunca le había gustado MacGregor. Un tipo del continente que actuaba como si le hiciera un favor cada vez que se reunían, como si siempre tuviera algo más importante que hacer, alguien más importante con quien quedar. Los tipos como MacGregor le daban *hoʻopailua*.

Le daban náuseas.

Apretó el botón de su intercomunicador. Aún lo usaba; consideraba una estupidez mandarle un mensaje de texto a una asistente sentada justo al otro lado de la puerta.

—¿El OVH me ha llamado?

—No, Henry, aún no —dijo Mikala Lee.

—¿Alguna llamada del ejército?

—No. Aún no.

Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos para decidir el siguiente paso. Lo más fácil sería alertar a un periodista; Kim Kobayashi, de la KHON, le debía muchos favores. Pero en pleno Merrie Monarch podría no ser lo más indicado. Takayama no sabía qué estaba pasando y no quería que se extendiera la alarma. De momento, lo mejor sería recabar toda la información posible.

—Llama a MacGregor —dijo—. Y al coronel Briggs.

—Enseguida.

Se reclinó en su silla y casi inmediatamente echó de nuevo el cuerpo adelante y apretó el botón del intercomunicador.

—Olvídalo. Cancela las llamadas.

Había otra cosa que tomar en consideración. Si empezaba a hacer preguntas, probablemente hoy obtendría respuestas. Pero ¿y mañana? ¿Y al día siguiente? Aquellos hombres ya habían demostrado su indiferencia para con Protección Civil manteniéndolo al margen de lo que fuera que estuvieran haciendo. Henry no podía hacerles la pelota cada día, con el sombrero entre las manos, rogándoles que le pusieran al día. Lo que necesitaba era un flujo constante de información. Desde dentro. Necesitaba un contacto en el interior del OVH.

El problema era que ahí dentro todo el mundo le era fiel a MacGregor. Todos ellos eran *haole* recién llegados o *kamaʻāina*. Como

esa tal Kimura de Oah'u, que iba de esnob porque había estudiado en el continente. No había ninguna posibilidad de que le informara de nada a Tako. Y los otros técnicos no eran más que soldados de a pie.

Necesitaba tener una fuente directa. Una fuente fiable. Solo había dos personas en el mundo que pudieran ayudarle. Una vez más, apretó el botón del intercomunicador.

—¿Sabemos dónde están los Cutler? —le preguntó a su asistente.

—No, pero probablemente pueda encontrarles siguiendo su rastro en las redes sociales.

—Pues encuéntralos —dijo Takayama.

25

OBSERVATORIO DE LA NOAA EN EL MAUNA LOA, HAWÁI

Media hora antes de la reunión de la mañana, todos los miembros del OVH se habían subido en un helicóptero Chinook. Ahora estaban todos reunidos en torno al portátil de Kenny Wong. A su lado estaba el portátil de uno de los seis tipos de la base militar. Al momento, los seis empezaron a cuestionar los cálculos de Kenny y de Rick.

Lo hacían educadamente, pero eso no importaba. Él tuvo la impresión de que iban despedazando implacablemente su trabajo en bocaditos. Kenny habría querido esconderse bajo la mesa. Rick Ozaki estaba a su lado, respirando pesadamente, como un oso herido. Kenny no se atrevía a girarse para buscar a Mac con la mirada.

Resultó que aquellos tipos formaban parte de un equipo de estudio de modelos geofísicos del Cuerpo de Artillería.

Y tenía que reconocer que esos tíos sabían de lo que hablaban.

Habían estado en la universidad y habían repasado los datos de Kenny. Habían hecho sus propios cálculos a partir de esos datos. Y daba la impresión de que tenían decenas de programas que estaban usando para cotejar los datos una y otra vez.

Por fin, el jefe del equipo, un tipo con el aspecto de George Clooney llamado Morton, dijo:

—Creo que ahora tenemos que salir. Todos.

Kenny, Rick, Mac, Jenny, Briggs y los tipos del ejército salieron al exterior. La lava crujía bajo sus pies. Estaban a tres mil trescientos metros de altura y hacía calor, y había una suave capa de nubes unos mil quinientos metros por debajo de su posición.

—Lo siento, chicos —dijo Morton—, pero los cálculos de carga de tensión son muy claros. Incluso si tenéis el magma a menos de un kilómetro de la superficie, y la mayoría de las veces está muy por debajo de eso, no hay modo de abrir una fisura de mil metros en una montaña con explosivos convencionales. Esta montaña es demasiado grande; las fuerzas son demasiado grandes. Sería como intentar mover un avión Jumbo con un agitador de cócteles.

—¿Ni siquiera con explosivos resonantes?

Los explosivos resonantes eran una innovación reciente. La idea era usar cargas pequeñas perfectamente sincronizadas para crear un

movimiento de resonancia en grandes objetos, igual que con pequeños empujones a un columpio se consigue que suba cada vez más.

—No bastarán ni los explosivos resonantes —dijo Morton—. La sincronización controlada por ordenador puede producir efectos muy potentes. Pero aún estamos hablando de magnitudes muy pequeñas. Aunque quisiéramos usar bombas nucleares, y voy a suponer que no queremos, probablemente no bastaría.

Nadie dijo nada. Lo único que se oía era el viento.

Durante la discusión, había habido algo que a Mac no le cuadraba. Levantó la vista y miró hacia la cumbre, protegiéndose los ojos del sol con la mano, más allá de los ingenieros, del coronel Briggs y de Jenny, y de los chicos de la sala de datos, hacia donde silbaban las fumarolas.

Llevaba todo el día pensando en el vapor.

Cada vez que el volcán empezaba a liberar gas, tenían siempre la duda de si sería gas liberado por el magma o aguas subterráneas calentadas hasta convertirse en vapor. En el pasado se habían producido numerosas erupciones de gas, y Mac conocía los peligros que suponían, y no solo para el medioambiente.

—Un minuto —dijo.

Todos se volvieron hacia él.

—Estamos enfocándolo mal.

Morton, que estaba de pie junto a Briggs, respondió:

—¿Y eso?

—Estamos pensando en métodos para controlar el volcán —dijo Mac—. Pero no podemos.

—Exacto —intervino Morton—. No disponemos de potencia explosiva para abrir una fisura y no podemos generar suficiente energía como para hacerlo.

—Pero el volcán ya tiene suficiente energía —dijo Mac, sintiendo todas las miradas puestas en él—. ¿Y si podemos conseguir que el volcán haga el trabajo por nosotros?

—Un momento… —dijo Briggs—. ¿Qué?

—¿Hasta qué profundidad pueden colocar los explosivos?

—Eso depende del grosor del basalto y de los posibles efectos termales —respondió Morton—. Pero no cambia el hecho…

Mac no le hizo caso; en lugar de eso, se dirigió a Briggs:

—Esos helicópteros con los que cargan las excavadoras…

—Chinooks —dijo Briggs.

—¿También pueden llevar agua?

Rick Ozaki dejó caer la cabeza. Estaba seguro de lo que iba a decir su jefe a continuación.

—Por favor, Dios, no —murmuró, para sus adentros.

Jenny Kimura negaba con la cabeza.

—John MacGregor… —dijo.

Cuando usaba su nombre completo, nunca era por nada bueno. Pero ella también sabía adónde quería llegar con todo aquello.

—Sí, pueden llevar agua —dijo Briggs—. En ocasiones se han usado para combatir incendios.

—¿Cuánta agua? —preguntó Mac.

—Tendría que comprobarlo. El agua pesa mucho. Pero supongo que unos once mil litros cada uno.

—¿Cuántos helicópteros puede conseguir?

—Eso también tendría que comprobarlo. Creo que tenemos cinco en Barking Sands, en Kaua‘i. Probablemente haya quince o veinte entre todas las islas. ¿Por qué?

—Esta cima, toda esta montaña, está surcada de tubos de lava y cámaras de aire —dijo Mac—. La mayoría de las cámaras quedaron selladas por la misma erupción que las creó, y algunas son muy grandes. Sabíamos que estaban ahí, pero no exactamente dónde hasta que empezamos a mapearlas usando la magnetometría de alta resolución. El caso es que podrían penetrar en las bolsas subterráneas y colocar allí sus explosivos; luego podrían rellenarlas de agua y sellarlas.

—¿Y qué conseguiríamos exactamente? —preguntó por fin uno de los ingenieros del ejército.

—Mantener la onda de choque a gran presión. Devolverle la capacidad explosiva. En lugar de hacer que el magma salga, solo tendrían que meter agua hasta que entre en contacto con el magma.

—Donde crearía vapor y chisporrotearía unas cuantas horas —dijo el ingeniero.

—Solo si el contacto es lento. Pero si crean un contacto brusco... —dijo Mac.

—¡Ya lo veo! —dijo otro de los hombres de Briggs, que se volvió hacia el resto de su equipo—. Podríamos usar matrices de explosivos dispuestas en series.

—Tendríamos que hacer muchos cálculos *in situ*...

—Lo sé —dijo el artillero—, pero yo creo que es posible.

—¿Y cómo conseguiríamos que se comunicaran esas matrices? —le preguntó otro hombre a Mac.

—No hará falta —dijo Mac—. Las haremos autónomas.

El equipo de artilleros hizo un corro. Mac los oía hablar emocionados, aunque manteniendo la voz baja. Uno de ellos recogió un trozo de lava del suelo. Alguien dijo algo sobre la porosidad y el efecto sellador de la presión.

Rick y Kenny se acercaron a Mac, que vio el gesto de preocupación en el rostro de Rick.

—Mac —dijo Rick—, sabes lo que estás diciendo, ¿verdad? Estás hablando de provocar la explosión del volcán.

—Sí, pero ¿sabes una cosa? Podría funcionar —dijo Kenny.

—Y eso es exactamente lo que me da miedo —replicó Rick—. Estamos hablando de crear un flujo piroclástico. Una avalancha de fuego. El fenómeno volcánico más peligroso que existe.

—Más o menos —dijo Mac.

26

Las avalanchas de fuego volcánico destruyeron Pompeya en el año 79 d. C. y arrasaron islas enteras cerca del Krakatoa en 1883, pero continuaron siendo un fenómeno desconocido para la ciencia hasta el año 1902, cuando el volcán Mount Pelée entró en erupción en la isla caribeña de Martinica.

El Pelée llevaba meses agitado, pero nadie estaba preparado para lo que pasó el 8 de mayo de 1902 a las 7:52 de la mañana, cuando una avalancha de gas incandescente y cenizas bajó rugiendo por la ladera de la montaña a quinientos kilómetros por hora, destruyendo la ciudad de Saint-Pierre y la mayoría de barcos anclados en el puerto.

Murieron veintinueve mil personas, muchas de ellas casi de forma instantánea. Los pocos testigos oculares que sobrevivieron —los afortunados que estaban en el mar, lo suficientemente lejos como para evitar la nube de gas— describieron una escena de destrucción infernal, y las fotografías de la ciudad reducida a humeantes escombros aparecieron en portadas de periódicos de todo el mundo.

La avalancha que causó aquella destrucción instantánea fue denominada *nuée ardente*, o «nube ardiente». Arrasó paredes de hormigón de un metro de grosor, aplastó edificios enteros, arrancó pesados cañones de sus soportes y partió un faro por la mitad como si fuera una pajita.

Ahora a esas avalanchas se las llamaba flujos piroclásticos y eran objeto de un intenso estudio por parte de los vulcanólogos. Se había intentado repetidamente replicar su comportamiento con modelos de laboratorio. La propia Jenny Kimura trabajó un verano en el Osservatorio Vesuviano, cerca de Nápoles, con un equipo que creaba modelos de ardientes flujos de lava en una cisterna de laboratorio, y ella también hizo modelos computerizados de estos flujos. Sabía más de flujos piroclásticos que nadie en el OVH, incluido Mac, pero al principio no dijo nada. Era una de las cosas que más le gustaban de ella. Jenny sabía esperar su momento.

—Vale, pensémoslo bien —dijo Rick—. Pongamos que tienes éxito. ¿Entonces qué?

—Entonces habremos abierto esa fisura y liberado la lava —respondió Mac.

—Y habremos lanzado un flujo piroclástico en dirección a Hilo —dijo Rick, señalando a la montaña.

—No llegará hasta Hilo.

—Eso esperas.

—Rick, te digo que no llegará. La ladera tiene poca pendiente; la avalancha no durará. Se agotará en tres o cuatro kilómetros.

—¿Pero la distancia que alcanza no depende de la explosión inicial, Jen?

Mac sintió la tentación de sonreír. Rick los estaba desafiando del mismo modo que siempre lo desafiaba él.

Jenny negó con la cabeza. Ya estaba lista para intervenir.

—Mac tiene razón. No llegará a Hilo.

—El doctor MacGregor ya nos ha dicho cómo podría funcionar su plan —dijo Briggs—. Pero ahora queremos que nos lo demuestre. Con los datos que barajamos en el ejército, aún no hemos descartado la construcción de diques.

—Muy bien. Síganme —dijo Mac. Ahora era él quien daba las órdenes.

Mac echó a caminar por los campos de lava y le siguieron, hasta que se agachó y se puso a cuatro patas frente a un orificio por el que apenas cabía una persona.

—Esta es la típica abertura de un tubo de lava —dijo al grupo—. Tengan cuidado al pasar. Y no sigan adelante. Vayan hacia la derecha.

Se coló por el agujero y los demás lo siguieron, uno tras otro.

Una vez dentro, Mac accionó la linterna de su teléfono móvil, porque en el tubo la oscuridad era total. A medida que llegaban los demás, fueron encendiendo sus linternas. Unos rayos de luz amarillos se entrecruzaron, como focos reflectores.

Se encontraron en una caverna del tamaño de un gimnasio de colegio. El techo era liso, casi brillante, pero el suelo era de áspera lava negra.

—Esta es una típica cámara de aire —dijo Mac, y su voz resonó en las paredes—. Es como estar en una burbuja. El magma libera gases al subir y, si estos se concentran, crean la superficie lisa que ven sobre nosotros. La lava sigue fluyendo bajo esa bolsa de aire y, en muchos casos, forma una segunda y hasta una tercera cámara. Los techos de esas cámaras se pueden resquebrajar, abriéndose y creando una gran fosa. Si avanzan con cuidado, podrán ver la fosa ahí. Pero no se acerquen demasiado al borde: el suelo es una capa fina. Y hay una buena caída.

—Por decirlo suavemente —dijo alguien tras él, enfocando hacia abajo con su linterna.

La fosa tenía unos cien metros de profundidad, quizá más. No quedaba muy claro; el rayo de luz se perdía en la oscuridad del tubo

de lava.

Uno de los militares dijo:

—¿Cuántas cámaras como esta hay exactamente, doctor MacGregor?

—Decenas —dijo Mac—. Quizá más aún. Solo tenemos que escoger las ideales.

Lo más importante, les dijo Mac, era que el OVH fuera capaz de localizar la ubicación exacta del magma bajo la superficie. Si conseguían determinar la posición de los tubos de magma a unos cientos de metros como mucho, podrían escoger tres o cuatro cámaras de aire que quedaran justo por encima del magma, colocar explosivos y luego llenarlas de agua.

—Todo ello en cuatro días —dijo—, o no servirá de nada.

Se quedó mirando todos aquellos rostros iluminados por las linternas de los móviles.

Unos segundos antes, mientras hablaba, el equipo del ejército había sacado una cuerda de nailon y ya estaba bajando a uno de sus hombres por la fosa.

—No pierden el tiempo, ¿eh? —comentó Rick.

—No tenemos tiempo que perder —respondió Briggs, que se volvió hacia Mac.

—Podríamos hacerlo en cuatro días —dijo Mac—. Será un poco justo, pero creo que podremos.

Briggs asintió.

—Pero no hay modo de que podamos mantener esto en secreto. Estamos hablando de mucho personal, de mucho equipo en la montaña. No podremos ocultarlo.

—¿No pueden decir que el ejército está haciendo algo aquí arriba, algo positivo? —sugirió Jenny Kimura.

—¿Como qué?

—No lo sé. Reparando nuestras carreteras de acceso. Hemos perdido algunas carreteras de acceso cruciales y el ejército está colaborando en la reparación.

—¿De verdad cree que podemos vender algo así? —preguntó Briggs.

—Se puede vender con imágenes —dijo Jenny—. Estamos en la era de las redes sociales. Hoy en día, a la gente solo le interesa el aspecto de las cosas. —Se volvió hacia Mac—. ¿Sabes esa gran fisura en la pista 4 para todoterrenos, a unos tres mil metros de altura?

—¿La que lleva ahí desde que Truman era presidente?

—Desde 1950, para ser exactos. Tiene al menos cuatro metros de profundidad y casi tres metros de anchura. Si la muestran por la tarde, cuando hace sombra, el efecto es espectacular.

—También hay una carretera que la rodea.

—Sí. Pero da un gran rodeo y es negra, sobre un fondo de lava negra. Si llevamos a los reporteros a observarla en helicóptero, desde el lado del Kīlauea, no podrán verla.

—¿Quieres llevarte a los periodistas hasta allí para mostrarles una fisura de setenta y cinco años de antigüedad? —preguntó Mac.

—Les encantará, aunque solo sea por las fotos, Mac. —Se volvió hacia el coronel Briggs—. ¿Lleva consigo su uniforme, señor? Lo necesitamos vestido de uniforme.

—¿Para qué?

—Para su foto con Mac al borde de la fisura, hablando de las reparaciones. Parecerá que están en el fin del mundo.

—Preferiría no aparecer —dijo Briggs, incómodo—. No soy el comandante al mando en la Isla Grande.

—Bueno, pues necesitaremos a alguien de uniforme hablando con Mac —dijo Jenny—. Para crear la escena.

—Déjenme hacer unas llamadas —pidió Briggs.

El equipo de artilleros regresó de la fosa.

—Lo hemos estudiado —dijo Morton— y hemos llegado a la conclusión de que hay una gran probabilidad de que pueda funcionar.

«No me digas, Sherlock», pensó Mac.

—Estamos pensando en cinco ubicaciones distintas en la montaña —prosiguió Morton—, cada una con unas cargas resonantes en cadena hundidas a la máxima profundidad que podamos penetrar en el basalto. La secuencia empezará con cargas pequeñas que detonarán muy rápidamente, como petardos. Luego se volverán cada vez más lentas, hasta que ocurra cada cuarto de segundo, más o menos.

Se giró para dirigirse a Briggs.

—El problema es que estas matrices tienen que llevar su propio temporizador, con sensores en el interior del material explosivo para proporcionar *feedback* a los ordenadores que controlen la secuencia. De modo que, cuando empiece, no pare.

—¿Y pueden tenerlo listo en cuatro días?

—No, señor, no podemos. Necesitamos un mínimo de siete días para el programa informático.

—No tenemos siete días —dijo Briggs.

—Lo he oído, señor. Soy consciente de que no los tenemos.

—Entonces, ¿qué me está contando?

—Necesitamos externalizar el trabajo. Hay unas cuantas empresas de demolición comercial que tienen software propio para este tipo de sensores. Y no hace falta emplear tiempo en adaptarlo, porque sus ordenadores están preparados para hacerlo solos.

—¿Cuál sugieren?

—Nosotros pensamos que la mejor es Cruz Demolition, de Houston. Han trabajado mucho para el ejército, y son rapidísimos.

—¿Cuánto tardarían en llegar?

—En realidad, señor, ahora mismo tienen un equipo en las islas.

—¿Qué? ¿Aquí?

—En Honolulu. Creo que están demoliendo un edificio junto a un centro comercial.

27

CENTRO ALA MOANA, HONOLULU, HAWÁI

—Un minuto y contando, Becky.

Rebecca Cruz suspiró y meneó la cabeza ante el micrófono por el que hablaba con su hermano David.

—Sabes mejor que nunca, porque ya te has ganado más de un puñetazo por esto, que odio que me llamen Becky.

—¿Por qué crees que lo hago? —preguntó él.

—Querría estar aún más cerca —dijo Becky.

—Siempre quieres estar lo más cerca posible de la acción. Pero más cerca no sería seguro.

—Lo seguro no es divertido —dijo Becky.

—Cierra el pico —ordenó David Cruz.

Llovía fuerte en Honolulu; el agua le caía como una cortina desde la visera de la gorra de béisbol. Se sentía como si estuviera bajo una cascada. Y a Rebecca Cruz eso no le gustaba lo más mínimo.

Estaba de pie, en el enorme aparcamiento del Ala Moana, contemplando el edificio que estaban a punto de demoler. Normalmente, a la hora de hacer ese tipo de trabajos le gustaba la lluvia. Evitaba que se formaran nubes de polvo y ahuyentaba a los mirones. Pero, en aquel momento, no había nadie mirando, así que ya era hora de que esa lluvia, que llevaba cayendo quince minutos, parara de una vez.

Se sentía completamente sola, una joven esbelta vestida con un impermeable de construcción naranja. Con su cara bonita y su cola de caballo, podría pasar por una animadora de instituto, de no ser por las gafas de montura metálica, que llevaba más para crear una imagen que por la pequeña mejora que le proporcionaban al mirar de lejos. Con ellas se veía mayor, más seria. Le daban una imagen de jefa, que era justo lo que era.

Ahora tenía las gafas salpicadas de agua y no se molestó siquiera en limpiarlas. Se limitó a colocarse las gafas protectoras por encima.

El Ala Moana era el centro comercial al aire libre más grande de todo Estados Unidos, y ahora —«Como siempre. Esto me suena», pensó Rebecca— necesitaba espacio para crecer. Por eso habían llamado a Cruz Demolition para eliminar el bloque de oficinas Kama

Kai, junto al centro comercial. El edificio de quince plantas, construido en los años noventa, era un bloque de mala calidad obra de un constructor local que había sobornado a todo el que se le había puesto delante, lo que le había permitido usar técnicas de construcción que David decía que no llamaría ni de segunda clase, porque eso sería un insulto para quienes usan técnicas de segunda clase.

Habían hecho todas las conexiones por cable, sobre todo porque no tenían otra opción, con tantos radiotaxis cerca. Pero eso suponía usar quince kilómetros de cable eléctrico y montones de conectores. Y si uno solo de los cables se mojaba y creaba un cortocircuito...

Volvió a activarse la radio de los auriculares. Era David otra vez.

—Hermana, tenemos un problema —dijo él, ahora muy serio.

—¿Qué pasa?

—Es el peso del agua.

—Lo sé. Pero seguimos adelante.

—Creo que tenemos que parar, Rebecca —dijo otra voz. Era su primo Leo, que gestionaba los ordenadores. Con esos dos siempre pasaba lo mismo: cuando David se ponía nervioso, Leo también. Y si David estornudaba, Rebecca casi esperaba que Leo echara mano del pañuelo.

—¿Por qué?

—Me preocupan las conexiones.

—No vamos a parar.

—Pero si los ordenadores...

Eso bastó para que Rebecca estallara:

—¿Queréis callaros? —Respiró hondo—. Muy pronto habrá más gente por aquí, más tráfico, más problemas. Más riesgo.

—Eso es cierto —dijo David—, pero...

—Y la lluvia está cayendo más fuerte por el lado este del edificio —prosiguió—. Sabemos que ese hormigón es poroso, una mierda.

—Es más bien como una esponja vieja —precisó David.

—Exacto. Así que cuanto más esperemos, más peso añadirá la lluvia a uno de los lados. Ahora mismo los ordenadores pueden hacerse cargo del cambio. Más adelante, quizá no.

—Esperemos a que pare de llover —dijo David—. Y que se seque el edificio.

—David —dijo ella, remarcando todas las letras de su nombre—, puede que llueva así durante días.

Su hermano no razonaba como debía, pero no podía decírselo. Una vez que habían puesto todo el cableado, tenían que seguir adelante. Normalmente demolían los edificios el domingo por la mañana, porque era el momento en que había menos gente por las ciudades. Esa era su rutina, y se encargaban de que los preparativos estuvieran

listos el día anterior.

Pero esta vez no.

Esta vez no habían podido esperar hasta el domingo; habían tenido que hacerlo el viernes. Todos los edificios tenían sus sorpresas, pero el Kama Kai estaba tan hecho polvo que parecía estar a punto de hundirse por sí mismo. Y eso era un problema. Un problema de narices. Era mucho más fácil demoler un edificio bien estructurado y bien construido porque se podía predecir el resultado. Con un montón de piezas de Lego como el Kama Kai, siempre había algo de incertidumbre.

Demasiada, en este caso. Y retrasar las cosas añadía aún más.

—¿Cómo va la cuenta? —preguntó.

—Estamos a menos de quince segundos, Rebecca —dijo Leo. No parecía contento, como si Rebecca le estuviera castigando por no parar la demolición. Pero sabía por experiencia que, cuando faltaba tan poco, ese era el estado natural de su primo.

«Es la hora», se dijo.

—Corta la radio. Vamos a volar esta preciosidad.

Se puso a contar mentalmente. «Siete… seis… cinco… cuatro…».

Rebecca esperó, observando bajo la lluvia, que ahora golpeaba el edificio lateralmente.

Cuando faltaban cuatro segundos, oyó el crac-crac-crac de las pequeñas cargas de calibración, las que usaba el ordenador. Normalmente el ordenador tardaba tres segundos en hacer sus últimos cálculos.

—Tres… dos… uno.

No oyó detonación alguna.

De hecho, no pasó nada.

La torre Kama Kai seguía allí de pie, bajo la intensa lluvia.

Rebecca siguió contando hacia delante:

—Uno… dos… tres…

Nada.

Rebecca Cruz tenía treinta años y llevaba trabajando en el negocio familiar —que oficialmente se llamaba Cruz Demolition and Trucking — desde que se había licenciado en la Universidad de Vassar. Este tipo de negocio debía quedarse en la familia, le habían dicho sus hermanos cuando les mencionó la posibilidad de dedicarse a otras cosas. Exigía demasiada paciencia, demasiada atención al detalle, demasiada confianza, como para incorporar extraños al negocio.

«Este trabajo es como un matrimonio —solía decir Peter, su hermano mayor—. Pero mucho más estresante».

Ya había trabajado en más de cincuenta edificios por todo el mundo y había dirigido las operaciones al menos en la mitad de ellos. «Debería haberlas dirigido en todos», se decía, incluso cuando acababa

de salir de la universidad.

Pero, en los últimos años, había observado el cambio en el negocio. Los contratos eran más cortos. El ritmo era mucho más alto. Los días en que podían tomarse tres semanas para estudiar un edificio eran cosa del pasado. Ahora los clientes esperaban que pudieran derribar un edificio y eliminar los escombros en cuestión de días, no de semanas, aunque se tratara de lugares que plantearan peligros.

Pero trabajar rápido era algo que se adaptaba a la personalidad de Rebecca. Sus hermanos eran más prudentes... demasiado prudentes, a su modo de ver, y demasiado apocados a veces, para un negocio peligroso como el suyo. Rebecca Cruz quería presionar y hacer el trabajo, independientemente del lugar del mundo en que lo estuvieran realizando. Era capaz de presionar —y aflojar— en varios idiomas; hablaba japonés, alemán, algo de italiano, un poco de coreano y un poco de mandarín.

Pero que presionara tanto era una de las cosas que molestaba a sus hermanos. Enormemente.

Ella no se consideraba implacable; simplemente no vacilaba. A estas alturas, hasta sus hermanos sabían que lo mejor era apartarse de su camino.

David no podía dirigir un trabajo. Si lo dejaba en sus manos, no harían nada. David se preocupaba tanto por todo que no avanzaba.

Rebecca, en cambio, no se preocupaba mucho. Básicamente, prefería resolver los problemas.

Pero ahora estaba preocupada.

Había contado hasta veinte y aún no había pasado nada.

Por supuesto, el ordenador podría tardar algo más en volver a calcular los tiempos de las explosiones porque un lado del edificio estaba mojado, y eso alteraba los impactos de calibración. Pero no veinte segundos, joder. Eso solo podía significar una cosa: Tenían un cortocircuito.

Así que esta vez los temores de Leo eran justificados.

«Mierda», pensó.

Tendrían que volver a entrar. Pero ella no quería tener que volver a entrar en ese edificio, con sus vigas en doble T, sus suelos desgajados, la posibilidad de movimientos...

De Lego, nada. Era más bien como un castillo de naipes.

De pronto oyó un ¡bum! a lo lejos.

Una nube de serrín salió de las ventanas de las plantas inferiores.

—¡Sí! —gritó, levantando el puño.

Las paredes de los pisos superiores cedieron, plegándose hacia el interior con suavidad. Una implosión perfecta; el edificio cayó al suelo casi a cámara lenta, hasta que al final sonó otro ¡bum! mucho más fuerte, cuando se hundió el techo.

Y se acabó.

Rebecca volvió a encender la radio y se quedó a la espera de las felicitaciones de los demás. Aparentemente ellos aún no habían encendido sus radios.

No importaba. Ya lo celebrarían con unas cervezas más tarde; no le importaba lo temprano que fuera.

Cuando se giró para ir en su busca, una furgoneta de color marrón oscuro frenó de golpe frente a ella, tan cerca que a punto estuvo de rozarla. Del interior salieron dos hombres con impermeables negros.

—¿Rebecca María Cruz? —dijo uno de ellos, mostrándole una placa de algún tipo.

—Sí.

—Venga con nosotros, por favor.

Por un momento, pensó que la estaban arrestando. ¿Demolición sin licencia? Pero no la tocaron. Simplemente le abrieron la puerta de la furgoneta.

—¿Qué es esto? —dijo ella.

—Por favor, entre, señora. Se está mojando —sugirió uno de ellos —. Si no le importa.

En el momento en que iba a subir a la furgoneta, vio que David y Leo ya estaban dentro. Y también Don McNulty y Ben Russell. Todo el equipo.

—¿Puede explicarme alguien qué está pasando aquí? —dijo.

Nadie respondió.

Unas manos la empujaron desde atrás y la lanzaron al interior.

—¡Eh! —gritó, cayendo sobre uno de los asientos.

—Lo siento, señora —dijo uno de los hombres—. Tenemos un horario que cumplir.

La puerta se cerró y la furgoneta salió disparada bajo la lluvia, haciendo chirriar los neumáticos.

28

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 95 HORAS

Lono Akani quería ser algo más que el surfista estrella de la clase de Mac. También quería ser su becario estrella en el OVH, quería sentirse un *kāpena* también en ese equipo.

Capitán.

Así que Lono decidió pasar todo el día en el observatorio de la montaña. Su madre le llevó al instituto en coche. Pero, en cuanto él vio que se iba, hizo dedo y consiguió que alguien le llevara al OVH.

Nada más llegar, vio a todos esos soldados. Pero ¿por qué? Sabía que Mac no se encontraba allí porque su coche no estaba en el aparcamiento. Vio a Betty Kilima, la bibliotecaria, caminando por el pasillo, y fue corriendo tras ella. Su mesa estaba en el extremo opuesto de la de ella.

—¿Qué hacen aquí todos esos soldados?

—He oído que nos van a ayudar a arreglar las pistas para todoterrenos.

—¿Qué les pasa a las pistas? —preguntó Lono—. Nunca he oído que Mac dijera nada sobre las pistas. —Señaló hacia los militares con un gesto de la cabeza—. Esto parece una invasión.

—Supongo que le preocupa que estén en mal estado y que no podamos movernos de un lado al otro lo suficientemente rápido para tomar lecturas durante la erupción.

Él no creía que fuera eso. Lo sentía en las tripas. Demasiados soldados. Ahí había algo más que las pistas de montaña, y lo sabía. En el observatorio reinaba un ambiente de nervios, casi de tensión. Se notaba en el aire.

—¿Listo para trabajar? —dijo Betty, y luego levantó las cejas—. ¿Por qué no estás en el instituto?

—Me han dado permiso —dijo él.

—¿De verdad? —replicó ella, recelosa.

Lono se llevó la mano al corazón.

—*Ho'ohiki wau*. Lo juro.

La mayoría de las veces la ayudaba a clasificar archivos de datos durante una hora más o menos. Eran, en su mayo parte, fotografías

por satélite que había que catalogar por tiempo de adquisición y espectro cubierto, antes de enviarlas a la Universidad de Hilo para archivarlas. Era un trabajo pesado, pero Mac siempre decía que los detalles formaban parte del proceso. Y a Lono con eso le bastaba, aunque el proceso fuera aburrido. Si lo decía Mac, iba a misa.

El intercomunicador de Betty zumbó. Lono estaba lo suficientemente cerca como para reconocer la voz: Rick Ozaki, el especialista en seísmos. Estaba trabajando en la sala de datos.

—¿Betty? Necesitamos ayuda —dijo Rick—. ¿Puedes pasarme los magnetos más recientes?

Lono captó de qué estaba hablando. Rick quería imágenes magnetométricas de alta resolución del Moku‘āweoweo.

El cráter de la cumbre.

—Por supuesto —respondió Betty, echando una mirada a Lono, que la observaba—. ¿Qué necesitáis? —le preguntó a Rick—. ¿Las del GEM?

Lono sabía que las imágenes obtenidas con el magnetómetro Overhauser GSM-19 del GEM eran de muy buena calidad. Rick siempre pedía las del GEM porque tenían una resolución excelente.

—No hay problema. Lono está aquí conmigo.

—¿Ah, sí? Eh, Lono, ¿qué haces tú ahí?

El chico sonrió.

—Sé que no podéis dar ni un paso sin mí.

—Bueno, mandadme datos empezando por los más actuales, y desde ahí hacia atrás —dijo Rick—. Estoy buscando una imagen que muestre esas zonas oscuras en torno a la cumbre, ¿sabes?

—¿Las bolsas de aire?

—Sí —dijo Rick—. El equipo de campo está recorriendo la zona para mapear nuevas bolsas. A ver si me encuentras las imágenes del barrido magnético al nivel del suelo —precisó, en referencia a las obtenidas con un magnetómetro transportado en una mochila no magnética a la espalda de un técnico y conectado a un sensor en un brazo extensible de dos metros.

—¿Todas las imágenes magnéticas por encima de la red de tubos de lava? —preguntó Lono.

—A ver qué encontráis.

De pronto Lono se alegró de haber acudido al observatorio ese día, aunque hubiera sido sin permiso; tenía un objetivo, una misión importante. Y había notado la urgencia en el tono de voz de Rick.

Unos minutos más tarde, mientras buscaba imágenes, le dijo a Betty: —¿Esto también tiene que ver con las pistas?

—No estoy segura. Quizá esté trabajando en alguna otra cosa —dijo ella.

Lono tenía la sensación de que Betty sabía la respuesta, pero que

no iba a decírsela. Odiaba que lo trataran como un crío, pero estaba acostumbrado a que ella lo hiciera.

Lono sacó el archivo del GEM y escaneó la base de datos de imágenes almacenadas. El equipo de campo había recorrido unas líneas casi paralelas en perpendicular a las posiciones por donde calculaban que pasarían las paredes de los tubos de lava. Buscaba específicamente un patrón común con valores magnéticos más bajos en coincidencia con los tubos.

El intercomunicador volvió a zumbar. Otra vez Rick: —¿Sigues ahí, Lono?

—Sí, Rick.

—¿Qué tienes?

—Necesito unos minutos más.

—Avísame —dijo Rick, y colgó.

Lono volvió a la lista del GEM. La entrada de datos era continua, pero las desviaciones en torno a la maleza y otros obstáculos naturales eran frecuentes. Él buscaba una imagen que mostrara una anomalía magnética positiva.

Encontró cinco.

Estaba analizándolas cuando el intercomunicador zumbó otra vez.

—¿Lono? —dijo Rick—. No quiero agobiarte, pero si no las tienes, tengo que pedir que me las traigan en un correo hoy mismo.

Eso despertó su interés. Era algo gordo. Lono sabía que pedir un correo suponía mandar un helicóptero, y eso era caro. El observatorio lo hacía de vez en cuando, pero solo cuando había un motivo especial.

Quince minutos más tarde, Lono encontró la imagen que necesitaba. Mostraba con tonos morados, amarillos y verdes el cráter de la cumbre y el norte de la zona de la falla, que trazaba una curva hacia la derecha. Amplió la imagen, que se empezó a difuminar, pero pudo ver las manchas negras cerca de la cumbre que indicaban las cámaras de aire.

Se la pasó a Rick y se recostó en su silla, sintiendo la tensión en los hombros.

El intercomunicador volvió a zumbar.

—¿Lono?

—Sí, Rick.

—¿Esto es todo? ¿Solo hay una?

—Exacto —respondió Lono—. A menos que quieras que retroceda...

—No, tiene que ser reciente. —Lono oyó el roce de unos papeles y el murmullo de otras voces en la sala de datos. Rick le decía a alguien. «¿Por qué no le enseñas esto a los tipos del ejército? Bueno, son ellos los que tienen que colocar los explosivos». Luego habló directamente por el intercomunicador—: Eh, ¿Lono? Buen trabajo.

Y colgó.

«Son ellos los que tienen que colocar los explosivos». ¿Lo había oído bien?

Lono quería volver a abrir el canal del intercomunicador. Sabía que había un intercomunicador instalado en el sistema informático que conectaba todos los ordenadores del observatorio. También había un sistema de reconocimiento de voz que convertía la voz en texto. Era viejo y no funcionaba muy bien. Ya casi nadie lo usaba. Pero Lono sabía que existía.

Si pudiera recordar cómo se activaba...

Buscó por el disco duro. Enseguida lo encontró. Apareció una ventana; introdujo su contraseña.

Rechzada.

Echó una mirada a Betty, que seguía muy ocupada con sus papeles.

Lono introdujo el nombre de ella y su contraseña; la sabía porque no la cambiaba nunca. La pantalla cambió y apareció un mensaje preguntando con quién quería conectar. Dudó un momento; luego escribió JK, de Jenny Kimura, imaginándose que estaría con Mac y no frente a su ordenador.

Oyó voces hablando e inmediatamente apretó el botón de texto. El ordenador enmudeció. Por un momento, no pasó nada; luego empezó a aparecer texto.

PUEDO DECIR ***RRIBA ***SÍ***

HAY QUE ABRIR LAS CAMRAS DE SO SE TRATA Y NECESITAMOS UN MODO FICIENTE DE HACERLO

NECESITAMOS MAPAS FODA PARA DECIDIR DONDE ABRIR

POR QUÉ

CUANTO EXPLOSIVO HAY QUE METER EN CADA HOYO

UNA MATRIZ SON CUATRO POR VEINTE MIL KILO OS

TANTO

NO ES MUCHO. EN LOS PRÓXIMOS DOS DÍ AS TENDREMOS ME DIO MILLÓN DE KILOS DE EXPLOSIVO ENE SA MONTAÑA MEJOR USTED QUE YO

Desconectó antes de que Betty se diera cuenta de lo que había hecho, con el corazón desbocado, mientras intentaba pensar por qué necesitaría el ejército medio millón de kilos de explosivos para reparar unas carreteras de montaña.

Mientras se dirigía a la entrada principal para ver si pasaba algo ahí fuera, oyó que alguien llamaba a la puerta de la entrada con fuerza. Uno de los tipos del ejército fue a abrir y Lono vio a una mujer muy guapa, de cabello oscuro, vestida con pantalones cortos y una camiseta y con un casco bajo el brazo, que entraba como si fuera la dueña del lugar. Otros dos hombres, también con cascos, entraron tras ella.

—Bueno, chicos —les dijo a los del ejército—, parece que tenéis algo entre manos con lo que no podéis y habéis tenido que pedir ayuda.

Los soldados se rieron y se pusieron a estrechar la mano a los dos hombres que habían entrado tras ella. Daba la impresión de que todos se conocían, como si aquello fuera un encuentro entre viejos amigos.

«Esto no va de carreteras —pensó Lono—. Desde luego, no va de carreteras».

Entonces oyó el helicóptero.

Unos minutos más tarde, Lono vio a Mac acercándose por el pasillo junto a un militar de cabello blanco que tenía pinta de alto oficial.

—Eh, Mac —dijo Lono—. ¿Qué narices está pasando?

Mac no parecía contento de verlo. Y el oficial del ejército parecía aún menos contento.

—¿Quién demonios es este? —preguntó el militar.

—Tienes que irte, Lono —dijo Mac—. Si hubieras llamado, te habría dicho que no vinieras. Las prácticas quedan suspendidas hasta nuevo aviso.

—¿Por qué?

Mac no se molestó en responder.

—En cualquier caso, deberías estar en clase.

—Me han dado permiso —mintió Lono.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He hecho autoestop.

Mac resopló, evidentemente molesto, y meneó la cabeza.

—Bueno, Jenny Kimura va a la ciudad en unos minutos, así que te puede llevar. Recoge tus cosas y espérala en la entrada. Hoy no puedes estar aquí.

Mac y el militar siguieron adelante a paso ligero, dejando a Lono allí plantado.

Lono no era más que un chaval, pero, cuando le mentían en la cara, se daba cuenta. La historia sobre las pistas de montaña era una bola. ¿Por qué iba a suspender Mac las prácticas en el OVH sin dar siquiera un motivo al becario que tenía justo delante?

Quizá, después de todo, la isla no era tan segura.

Salió a buscar a Jenny y vio una gran furgoneta del ejército en el aparcamiento. Tenía el tamaño de un pequeño autobús escolar y era

de un color verde apagado, como el de las algas. En el techo tenía unas cuantas antenas y le habían colocado dos parabólicas delante.

Lono la rodeó por detrás. La puerta estaba abierta, y vio un montón de equipos electrónicos y hombres con auriculares sentados ante las pantallas. Uno de ellos estaba hablando mientras tecleaba con fuerza.

Otro de los tipos se giró y vio a Lono. Se puso en pie, lo fulminó con la mirada y le cerró la puerta en las narices.

De pronto, Lono se sintió como si se encontrara en territorio enemigo.

29

La sala de datos del OVH se había transformado en un puesto de mando informatizado.

Los del equipo de Rebecca Cruz llevaron sus consolas portátiles en mesitas con ruedas y las colocaron en el centro de la sala; luego se pusieron a cuatro patas, desplegaron unos enormes cables blindados por el suelo y colocaron protectores de metal encima. Para ello tuvieron que meterse por debajo de la mesa de Rick Ozaki, y él no intentó disimular el malhumor que le provocaba.

—De pronto, es como si molestara —le dijo a Mac.

—¿Quieres que les diga que se vayan porque han invadido tu espacio personal? —dijo Mac—. A estas alturas, ya tendrías que haberte dado cuenta de que tenemos que remar todos a una.

—¿Cómo se supone que tenemos que hacer nuestro trabajo con todo este jaleo? —protestó Rick.

Rebecca se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Lamento mucho la intromisión. Debe de ser muy incómodo.

Rick se ruborizó. Mac no se lo habría creído de no haberlo visto con sus propios ojos. No pudo evitar sonreír. El mundo quizá estaba a punto de saltar por los aires, pero había cosas que no cambiaban nunca.

Rick volvió al trabajo, aún algo sonrojado, como si la chica más guapa de la clase se hubiera fijado en él.

Mac tuvo que reconocer que los Cruz —Rebecca, su hermano y su primo— eran buenos en su trabajo. Eran competentes y exigentes, y se hicieron con el control de la sala. Se negaron a conectarse a los enchufes del OVH: Rebecca alegó que la corriente no sería lo suficientemente estable.

Los generadores que había llevado el equipo, que ahora estaban en el aparcamiento, hacían un ruido insoportable. Y había colocado baterías de refuerzo en el vestíbulo, lo que lo convertía en una pista de obstáculos.

No había duda de quién estaba al mando en Cruz Demolition.

—Sé que son un estorbo —le dijo Rebecca a Mac—, pero las baterías no pueden estar a más de cinco metros de los ordenadores para que la alimentación sea constante.

Se encogió de hombros y le mostró una sonrisa irresistible. Y era evidente que tenía una energía tan arrolladora como su físico; toda ella era una fuente de energía. Mac aún estaba buscando excusas para prolongar la conversación cuando Jenny se le acercó a preguntarle si se mantenía el plan de traer una ambulancia y montar una enfermería, porque los del ejército le habían dicho que necesitaban el espacio para que aterrizaran los helicópteros. Mac le dijo que preguntaría a Briggs.

Le pareció que Jenny tenía algo más que decir, pero, en ese momento, le sonó el teléfono móvil: Betty quería saber si deberían sacar de la biblioteca las imágenes de satélite más recientes para localizar las zonas en las que la lava se acercaba más a la superficie. Luego la asistente de Henry Takayama llamó para decir que Tako no podía quedar con Mac para tomar café, pero que quizá podrían verse dentro de una hora en el muelle. ¿Le iría bien? Mac dijo que sí y volvió a meterse el teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros.

Tako Takayama.

Aquello cada vez se ponía mejor.

De vez en cuando, Mac echaba un vistazo al rincón de la sala donde estaba el coronel Briggs, observando la actividad desplegada ante él, escuchando el parloteo constante. Era evidente que percibía la actividad de la sala y sonreía en silencio.

Como si ahora todos estuvieran en el ejército. En su ejército.

Briggs comprendía la situación mejor que nadie. Sabía que se había expuesto a las críticas intentando distanciar a los miembros del ejército de una crisis que habían creado ellos mismos.

Pero también sabía que ahora su trabajo era el de evitar que cundiera el pánico y presentar aquella operación como una misión civil a la que el ejército daba apoyo.

Luego estaba el problema de la financiación, que no era menor. Para que el ejército financiara su implicación en aquella operación, Briggs necesitaba el apoyo del Cuartel General de Hawái. Pero la experiencia le indicaba que, si solicitaba la aprobación, no llegaría a tiempo, o quizá incluso se la negarían. Por eso veía la llegada de Cruz Demolition como la de la caballería que salvaría la misión. Aquello podía autorizarlo Briggs; más tarde, si cancelaban la misión, el ejército podía solicitar el importe correspondiente por el apoyo a una operación civil.

Por eso había insistido en que MacGregor hablara con Takayama, para mantener al ejército lo más alejado posible de los focos.

También le había animado a que siguiera con su actividad normal, incluida la práctica del surf en Hilo.

—Cuanto menos se respire un ambiente de crisis, mejor —dijo—.

Las apariencias importan, doctor MacGregor. Créame.

—Pero aquí me necesitan —alegó MacGregor.

—Le necesitan más ahí abajo, para demostrar a la gente que sigue con su día a día.

—Al menos no ha dicho para demostrar que todo va estupendamente.

—No tendré grandes aptitudes sociales —dijo Briggs—, pero no soy tan tonto.

Fue Briggs quien orquestó el cierre del parque al público, algo que se haría por fases a lo largo de las cuarenta y ocho horas siguientes. Con la colaboración de Jenny Kimura, Briggs preparó todos los comunicados de prensa que emitirían en los días siguientes. Y fue Briggs quien animó a MacGregor a traer a otros expertos destacados como asesores.

—No se cargue todo esto sobre los hombros —ordenó—. Repártalo.

—¿De modo que también pueda repartir las culpas después? —preguntó Mac—. ¿Así es como se hace en el ejército?

Los dos hombres se miraron en silencio. Mac sabía que probablemente se había excedido, pero no le preocupaba más lo que pensara Briggs que lo que pudiera pensar su propio equipo. Era algo que Mac siempre les decía a Rick y a Kenny, e incluso a Jenny: «Es un partido duro. No os quitéis el casco».

Briggs fue el que parpadeó primero.

—He oído que tienen alguna preocupación con respecto a los flujos piroclásticos —dijo—. ¿Hay algún experto en la zona al que podamos consultar?

—Hay gente a quien podríamos consultar —intervino Mac—, pero no vamos a hacerlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque o bien confía en mí o no, coronel —dijo Mac—. Por eso.

Briggs volvió a lanzarle aquella mirada glacial. Quizá le sorprendiera que Mac no cayera al suelo fulminado.

—Solo para que nos entendamos —señaló Mac.

—Empiezo a pensar que no podría entenderle mejor, doctor MacGregor.

Mac se acercó al lugar donde estaba trabajando Rebecca Cruz, pensando: «¿Qué me va a hacer? ¿Someterme a un consejo de guerra?».

30

Al final había tanta gente en el observatorio que alguien hizo una llamada y pidió que trajeran comida para almorzar. Montaron una carpa con mesas y sillas en el aparcamiento de visitantes, a unos cincuenta metros del lugar donde estaba aparcada la furgoneta verde del ejército.

Rebecca Cruz alcanzó a Mac mientras se dirigía a la puerta principal.

—¿Podemos almorzar juntos, doctor MacGregor?

—Llámame Mac.

—¿Podemos almorzar juntos, Mac?

—Nada me gustaría más, créeme. Pero desgraciadamente tengo una reunión en la ciudad.

—Debe de ser importante.

—Él cree que lo es —dijo Mac—. Henry Takayama. El gran señor de la Protección Civil.

Rebecca se rio.

—¿Ese bocazas pomposo? Pobrecillo; lo siento.

—Ya —dijo él—. Tengo que hablar con Briggs para ver cuánto le puedo contar. Pero tener que soportar a Henry es el precio que hay que pagar si quieres trabajar aquí.

—Ya sé lo que es.

—¿Has volado edificios en Hilo?

—Y he soñado con meter a nuestro querido Tako dentro antes de volarlos —comentó.

Rebecca Cruz le estaba gustando cada vez más.

—Después de la reunión, tengo entrenamiento de surf con unos chavales del instituto.

—¿Así que es entrenador, doctor MacGregor?

—Me sigue bastando con Mac.

—Bueno, si no puedes invitar a una chica a almorzar, ¿qué tal a cenar? —propuso ella—. La bola de fuego no va a caer rodando por la montaña esta noche.

—Muy bien. Pues cenamos.

Intercambiaron los números de teléfono. Mac se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—¿Qué?

—Me siento como en el instituto —dijo él.

—Relájese, doctor. Salvar al mundo es mucho menos complicado que ligar en el instituto.

31

VOLCÁN FAGRADALSFJALL, ISLANDIA
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 93 HORAS

Unas enormes nubes blancas salían disparadas hacia el cielo con un estruendo ensordecedor. Oliver Cutler, de pie junto a los enormes respiraderos circulares de acero, observaba las ardientes nubes de vapor ascendentes; su esposa, Leah, estaba a su lado. El cámara y el encargado del sonido que solían viajar con ellos, Tyler y Gordon, estaban a unos metros de distancia.

Pero los Cutler nunca habían precisado de demasiadas instrucciones; su instinto les decía cuál era el mejor encuadre cuando contemplaban un volcán desde lo alto. Estaban allí como asesores expertos, y les pagaban bien por ello, pero sus críticos decían que el verdadero trabajo de los Cutler era ser famosos.

Oliver y Leah Cutler eran muy conscientes de que Bear Grylls, con su programa *El último superviviente*, se había convertido en un aventurero de fama internacional, y ellos estaban haciendo algo parecido: eran la pareja de marido y mujer que iban en busca de volcanes, como el que tenían delante.

—Estoy lista para mi primer plano —le dijo Leah Cutler a su marido.

—Tú has estado lista para un primer plano toda la vida —dijo Oliver, mirando la larga melena roja de Leah, que él solía decir que tenía el color de la lava cuando empezaba a calentarse. Él tenía el cabello gris y ondulado, y le caía sobre el cuello de la sahariana que se había convertido en su uniforme en campo abierto, independientemente del rincón del mundo en el que se encontraran.

El terreno que había bajo sus pies vibró aún más fuerte. Un fragor aún más estentóreo cruzó el aire. Y, por peligroso que fuera aquello, sabían que sentir la potencia del volcán era parte de la emoción de su trabajo; sentían un subidón cada vez que se situaban en un lugar así.

Y aquel volcán, uno de los veinte que había en Islandia, era relativamente tranquilo, aunque había entrado en erupción en 2021 y 2022, cubriendo el valle de un gas volcánico azul.

Estaban en una colina marrón sobre el valle de Meradalir, en el extremo oeste de la península de Reykjanes. A su alrededor, unas

tuberías conducían el vapor, por encima de la colina, hasta la central de energía geotérmica de Svartsengi.

Oliver tuvo que gritar para que le oyera Birkir Fanndal, un amigo que les hacía de guía en ese viaje.

—¿Vais a usarlo alguna vez? —preguntó Oliver.

—¿El vapor? —respondió Birkir, también gritando.

Oliver asintió.

—Oh, sí. Algún día.

Pero Oliver y Leah Cutler, vulcanólogos expertos a pesar de su fama como personajes de televisión, sabían perfectamente que las fumarolas eran demasiado potentes como para poder controlarlas; por eso dejaban abiertos los conductos, para dejar salir el vapor al exterior.

La joven fotógrafa rubia del periódico de Reikiavik les fue rodeando mientras hablaban, trabajando con el equipo de filmación, tomando fotografías. Como si respondiera a una señal, Oliver Cutler levantó el brazo derecho hacia el cielo, señalando al vapor. Sabía que la foto sería buena. Y tenía razón, como siempre.

—¿Te gusta esa? —preguntó, acercando la cabeza a su mujer.

—Sabes que sí —dijo ella.

—Por ti, lo que sea.

Los Cutler habían recibido una invitación del gobierno islandés para recorrer las centrales de energía geotérmica. Todo el país, incluida la capital, Reikiavik, cubría sus necesidades energéticas casi por completo con la energía geotérmica, recurso que Islandia había conseguido explotar mejor que ningún otro país del mundo.

—¿Tienes bastante con eso? —le gritó Birkir a la fotógrafa del periódico.

Ella asintió.

—Pues nos volvemos al coche —dijo Birkir.

Oliver, Leah y Birkir se alejaron en su Land Rover. Tyler y Gordon se quedaron recogiendo. Ellos volverían con su coche de alquiler.

El Land Rover pasó junto a un alto dique construido frente a las hectáreas de lava negra que recordaban la última erupción del Fagradalsfjall. Los Cutler observaron que el dique era artificial.

—¿Y esto de dónde ha salido? —preguntó Leah.

—Lo construyeron para la última erupción —respondió Birkir—. No queríamos que la lava llegara a la central geotérmica.

—¿Y funcionó? —dijo Oliver.

—No sabemos si habría funcionado o no —dijo Birkir—. La lava no llegó hasta aquí.

A Oliver le sonó el teléfono móvil. Incluso en el interior de Islandia, los teléfonos funcionaban.

—Cutler.

—Le paso con Henry Takayama. Un momento, por favor.

«Vaya, un nombre del pasado», pensó Oliver Cutler.

Leah y él habían conocido a Tako Takayama hacía cinco años en una visita que hicieron a Hilo en calidad de asesores; les había invitado Takayama, jefe de Protección Civil. Oliver se preguntó si aún ocuparía el mismo puesto. Pero, en cuanto lo pensó, sonrió. Por descontado que Takayama aún ocuparía el mismo puesto. Estaba hecho para ese trabajo. Oliver estaba seguro: Tako Takayama moriría en ese puesto.

—Oliver, ¿cómo estás, caray? —dijo Takayama, cuando lo conectaron.

—Muy bien, Tako.

Oliver notó el gesto de curiosidad en el rostro de su mujer cuando oyó el nombre; evidentemente ella también lo recordaba.

Oliver levantó las cejas y se encogió de hombros. Pero, en ese momento, le vino a la mente una frase de las islas que había olvidado hacía tiempo: —Cuánto tiempo sin olerte.

Oyó que Takayama se reía.

—Mira, te llamo porque necesito un consejo, Oliver. En el observatorio está pasando algo, y creo que podría suponer un problema gordo.

—Bueno, ya sabes que los problemas son nuestra especialidad —dijo Oliver Cutler.

—Lo digo en serio.

—De hecho, Tako, yo también.

Oliver le guiñó un ojo a Leah.

—Han predicho una erupción en el Mauna Loa —dijo Takayama.

—Hace tiempo que tenía que haber pasado.

—Sí, pero están montando una gran operación ahí arriba, y el ejército está muy implicado. Hay todo tipo de maquinaria pesada, helicópteros y excavadoras.

—Te escucho.

—Dicen que solo están reparando las pistas de la montaña.

Cutler se quedó pensando. Por fin respondió: —Bueno, podría ser. De hecho, recuerdo esos caminos. Las pistas para jeeps llevan muchos años en mal estado.

—¿En tan mal estado que hay que llevar a cien ingenieros y veinte helicópteros a la montaña? ¿Tan malo que hay que cerrar el espacio aéreo una semana? ¿Eso tiene sentido?

—No, no lo tiene.

Pese a estar al otro lado del mundo, Oliver percibía la preocupación en la voz de Takayama. Y su irritación. Tako era un cargo importante en Hilo pero, por lo que parecía, el ejército lo tenía al margen de lo que fuera que estuviera pasando. Y, para alguien

como Takayama, menos poder era algo tan malo como nada de poder.

Era evidente que había un problema, al menos desde el punto de vista de Takayama. Y quizá fuera un gran problema.

—Oliver —dijo Takayama—. ¿Sigues ahí?

—Estoy aquí.

Cutler estaba intentando procesar lo que acababa de oír y lo que estaba intuyendo. Si Takayama le había llamado, es que no solo tenía un problema con el ejército; también lo tenía con el OVH. Y eso probablemente supondría un problema con el exaltado de MacGregor, el tipo que lo dirigía. MacGregor no sabía tanto como creía y, peor aún, no sabía lo que no sabía. Era un lobo solitario y un grano en el culo. Oliver y Leah no habían tardado ni un día en darse cuenta.

Recientemente Oliver había oído que la mujer de MacGregor le había dejado; eso le alegraba.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —preguntó Cutler.

—Me preguntaba si quizá podríais hacernos una visita.

—Tako, eso suena maravilloso, teniendo en cuenta el lugar en el que estamos ahora mismo. Pero es que donde estamos ahora mismo es Islandia.

—No tendría que ser una visita larga.

—Pero el viaje sí sería largo de narices —dijo Cutler.

—Oliver, no te estaría llamando si esto no fuera importante para mí. Lo que está sucediendo afecta a la ciudad de Hilo. Y me temo que se están olvidando de eso. En unos días, habrá una erupción, lo cual nos da un motivo perfectamente legítimo para invitaros a ti y a Leah como asesores oficiales.

—Antes de seguir adelante, tengo que decirte una cosa, Tako. No hemos bajado los precios desde la última vez que fuimos.

—Pagaré el rescate —dijo Takayama.

Oliver Cutler vio que su mujer sonreía mientras escuchaba una parte del diálogo. Ella articuló la palabra *Aloha*.

—¿Cuándo nos necesitas ahí? —preguntó.

—¿Qué tal ayer?

32

CIMA DEL KĪLAUEA, HAWÁI
SÁBADO, 26 DE ABRIL DE 2025
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 76 HORAS

Mac había acabado posponiendo su cena con Rebecca Cruz la noche anterior. Había vuelto a la oficina, donde pasó toda la noche reunido con Jenny, Rick Ozaki y Kenny Wong. Por fin salieron del OVH a las cuatro de la mañana. Al final Mac consiguió dormirse hacia las cinco.

No obstante, por algún motivo, una hora más tarde, estaba completamente despierto. Cuando salió de la ducha, vio que tenía una llamada perdida de la Reserva Militar. Estaba a punto de devolverla cuando Jenny le llamó y le dijo que en quince minutos estaría en su casa. Al no encontrar a Mac, los militares la habían llamado a ella.

—Solicitan nuestra presencia, aunque a mí no me ha sonado a solicitud —dijo Jenny—. El tipo incluso ha dicho inmediatamente.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mac.

—Al Tubo de Hielo —dijo Jenny.

—¿Han dicho por qué?

—El hombre del coronel Briggs me ha dicho que era más fácil mostrarlo que decirlo —dijo Jenny—. ¿Has podido dormir?

—«No es una fiesta de pijamas» —respondió Mac—. «No tengo tiempo de echar un sueño».

—¿Otra de tus viejas canciones?

—¿Estás llamando viejo a Bon Jovi?

—Sé que es guapetón —dijo—, pero debe de tener la edad de mi padre.

No tardaron mucho en ir desde casa de Mac a la Reserva Militar. El tipo que había llamado a Jenny era el mismo sargento que había llevado a Mac y a Briggs en jeep al Tubo de Hielo el día anterior: Matthew Iona. Los recibió en la base, vestido con traje de faena, y todos se pusieron lo que a Mac le parecían trajes de astronauta antes de subirse al jeep.

—¿Ahora me puede contar de qué va todo esto? —preguntó Mac.

—Ya se lo he dicho a la doctora Kimura, señor. Es más fácil mostrárselo que decírselo.

Siguieron el accidentado camino montaña arriba en un silencio

tenso. Cuando llegaron a la entrada de la cueva, Mac dijo: —¿Cuántas personas hay en la base que sepan lo que hay ahí dentro?

—No muchas —dijo Iona.

—Pero usted es una de ellas.

Iona se encogió de hombros.

—Supongo que he tenido suerte. —Miró a Mac—. ¿Usted cree que ha tenido suerte, doctor MacGregor?

—Últimamente no mucha —dijo Mac.

Entraron de nuevo en la cueva y los haces de luz de sus linternas se entrecruzaron en la semioscuridad. Avanzaron lentamente, casi como si estuvieran caminando por un campo de minas. El único ruido que se oía era el crujido de la roca basáltica bajo sus pies y su respiración tras las máscaras de cristal.

En un momento dado, Jenny tropezó y se agarró del brazo de Iona para no caerse.

—¿Está bien, señora? —preguntó.

—De maravilla.

—Solo falta un poco —dijo Iona.

Mac sabía que las dimensiones de la cueva no habían cambiado desde su anterior visita; no había encogido. Pero daba la impresión de que sí. No sabía por qué: se había pasado toda su carrera profesional en espacios confinados como ese y no había sufrido nunca de claustrofobia.

Pero tenía la impresión de que las paredes se le echaban encima.

Siguieron avanzando por el pasaje con el suelo de espuma, dejando atrás los enormes ventiladores que Mac recordaba, hasta que llegaron a la reja. Iona la abrió. El repentino chirrido del metal en aquel entorno tan silencioso resultaba hiriente. Mac vio que Jenny daba un respingo.

—Me siento como si estuviera en una casa encantada —dijo, y miró a Iona—. Lo siento. Normalmente no soy así.

—No tiene que disculparse, señora. Estos días todos tenemos los nervios de punta. Cuando me enrolé en el ejército, no podía imaginarme que esto era lo que me esperaba.

Entraron y vieron los frascos alineados a ambos lados. Mac no podía quitarse de encima la sensación de que lo que tenía delante eran como bombas nucleares en miniatura.

—Ahí —indicó el sargento Matthew Iona, señalando a la derecha.

Las paredes parecían estrecharse aún más.

33

EL TUBO DE HIELO, MAUNA KEA, HAWÁI

Mac y Jenny fruncieron los párpados al girarse hacia la luz azul procedente de los frascos como si no quisieran ver lo que les estaba mostrando el sargento Matthew Iona:

Dos frascos con unas grietas claras, bien definidas, como fisuras creadas por un terremoto; unas grietas que no estaban ahí cuando Mac había entrado en la cueva con el coronel Briggs.

—Así que ahí lo tenemos —dijo Iona.

Mac oía su respiración más fuerte que nunca tras la máscara; le sorprendía que el vidrio no se estuviera empañando. Tuvo la impresión de que el traje le pesaba mucho más que cuando se lo había puesto, en la base. De pronto, era como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Vio que Iona se tambaleaba como si sintiera el mismo peso, y tuvo la certeza de que Jenny Kimura también lo sentía.

—Es como si fueran bombas de relojería —dijo Jenny, con una voz metálica por efecto de la máscara y los ojos abiertos como platos, mirando los frascos.

—Han estado esperando medio siglo para explotar —comentó Iona —. Solo nos queda esperar que la lava se mantenga bien lejos, que podamos encontrar un modo seguro de retirar estas cosas y hacerlo más rápido de lo que el coronel Briggs dice que es humanamente posible. Probablemente necesitemos un milagro.

—Pues ya podemos empezar a rezar —dijo Mac en voz baja.

Mac y Jenny se habían pasado la noche anterior escuchando a Rick y a Kenny explicándoles sus nuevas proyecciones con un nivel de detalle exagerado. Mac les había desafiado tal como solía hacer, en busca de lagunas en sus datos, en busca de errores. Pero poco a poco había llegado a la conclusión de que no los había.

—Esas grietas son una pesadilla para nosotros —dijo Iona.

—Para todos nosotros —añadió Mac.

El suelo bajo sus pies empezó a temblar. Era algo que no debía pasar entre aquellas paredes. Los frascos que tenían delante también temblaron, y también lo hicieron las paredes.

Como si fueran a venirse abajo.

34

HONOLI‘I BEACH PARK, HILO, HAWÁI

Desde su posición en la playa de Hilo, que casi consideraba ya su playa privada, Lono Akani observó admirado —no había otro modo de describirlo— cómo un grupo de miembros del Canoe Club surcaba las aguas en su alargada canoa. Lono y sus tres amigos estaban allí tan temprano, pese a ser sábado por la mañana, porque Dennis Lee había consultado el pronóstico la noche anterior y les había asegurado que a esa hora las olas romperían más rápido, el momento perfecto para subirse a la tabla.

Pero los tipos que remaban a lo lejos estaban entrenando como hacían casi cada día, preparándose para la regata que se celebraría en junio, mientras Lono, Dennis, Moke y Duke se comían los dónuts que habían comprado en la ciudad.

Dennis les había hecho parar en Popover porque, según dijo, ni en broma iba a surfear con la barriga vacía.

—Tendrás vacía la cabeza —bromeó Moke—, ¡pero el estómago casi nunca!

Lono apenas los escuchaba. Tenía la mirada fija en los remeros. No era solo admiración lo que sentía; había algo más, algo más… una intensa sensación de envidia por la labor de equipo que estaba presenciando. Mac solía decirles que él consideraba a todos sus surfistas como un equipo, pero Lono sabía que las cosas no eran así. En el surf, cada uno lucha por su cuenta.

Esa mañana había llamado a Mac para preguntarle si quería venir a verlos. Pero eso no era más que una excusa. Una tapadera. Por todo lo que había visto y oído en el OVH el día anterior, Lono tenía la esperanza de que, si le presionaba lo suficiente, Mac quizá le dijera qué era lo que estaba pasando realmente.

Pero Mac no le había respondido al teléfono, y Lono no le había dejado un mensaje.

De modo que habían quedado para surfear sin él, para variar. Mientras esperaban la llegada de las olas, Lono les contó a sus amigos lo que había sucedido el día anterior en el OVH y cómo le había sacado Mac de allí en el momento en que había intentado hacer preguntas al respecto.

—Os digo que se están preparando para la Gran Erupción —dijo Lono.

—¿Eso lo piensas a causa de lo que crees que has oído? —preguntó Duke.

Era el más corpulento del grupo, y parecía mayor. Jugaba al fútbol americano en el equipo principal del Hilo High y lucía un corte de pelo a lo Mohawk.

—Yo sé lo que he oído y lo que he visto —dijo Lono—. Esos tipos son científicos. Saben de lo que hablan.

—Científicos *haole* —precisó Dennis.

—Sí, vale —espetó Lono—. Ya lo pillo. Y como tú eres nativo, quizá deberíamos llamarte tarugo *kamaʻāina* en lugar de tarugo sin más.

Moke le dio un empujón a Lono, amenazando con tirarlo al agua.

—Venga, hombre, venga, sí, tú crees que la Gran Erupción está al caer cada vez que oyes a alguien arrancando el motor de un coche.

Lono meneó la cabeza. Sus amigos no lo estaban escuchando, o simplemente no querían creerle. Quizá porque eran chavales del instituto y porque hacía una mañana demasiado perfecta en la isla Grande como para preocuparse de nada que no fueran las olas que estaban a punto de coger.

—Eso mismo os lo dije antes de la erupción del Mauna Loa de hace unos años —dijo Lono.

—Y aquí seguimos, ¿no? —preguntó Dennis.

—Os digo que estaban hablando de algo *loa* grande —dijo Lono—. Y *loa* malo.

—Mi abuela siempre me dijo que las erupciones no eran más que el modo que tenía la Tierra de hablarnos —dijo Dennis.

Lono, que era *kamaʻāina* como sus amigos, conocía todos los mitos y leyendas sobre los volcanes y sabía que la gente mayor como la abuela de Dennis Lee los consideraba unas poderosas criaturas vivas a las que había que temer y con las que no había que interferir.

—Mi *kupuna wahine* —dijo Moke en referencia a su abuela— siempre dice que las erupciones son el modo que tiene la Tierra de renovarse.

—Hasta que llegue una que nos mate a todos —dijo Lono.

—Bueno, tío, ¿vamos a surfear? —preguntó Dennis a Lono—. ¿O quieres que te lleve a casa para que te puedas esconder bajo la cama y esperar a tu mami?

Antes de que Lono pudiera decir nada, la arena bajo sus pies empezó a temblar con tanta fuerza que los chicos temieron que la playa pudiera abrirse y engullirlos.

Lono y sus amigos corrieron con las tablas bajo el brazo, pero no hacia el agua.

En sentido contrario, lo más lejos posible.

Moke dejó a Lono y a Dennis en casa de este. Los chicos se sentaron en el pequeño sofá del salón de la casa de Dennis intentando hacer caso omiso a los temblores que seguían produciéndose cada pocos minutos, como truenos lejanos.

Empezaron a jugar al nuevo videojuego de Dennis, *Riding the Lava*, pero, cuando vieron que las paredes de la pequeña casa no paraban de temblar, lo dejaron y ambos pusieron los mandos sobre la mesita auxiliar.

—Cuando era pequeño y pasaba algo así, solía decirle a mi madre que alejara el *hekili*.

Eso era «trueno» en la lengua nativa.

Lono consiguió esbozar una sonrisa, a pesar de que sentía un nudo en el estómago.

—Bueno, ¿y dónde está tu madre cuando la necesitamos?

—Se fue a la oficina antes de que Moke me recogiera esta mañana —dijo Dennis.

—¿Trabaja en sábado?

La madre de Dennis era la asistente del señor Takayama, el jefe de Protección Civil en Hilo.

—Ha dicho que estaban pasando cosas —dijo Dennis.

—Lo que está pasando es que llega el Grande —dijo Lono—, tanto si me queréis creer como si no.

Un temblor aún mayor sacudió la casa; era como si hubiera caído un rayo sobre el bloque de pisos de Dennis.

Dennis Lee miró a Lono.

—Nunca han durado tanto —dijo—. ¿Por qué hoy no paran?

Cogió su mando a distancia de la mesita auxiliar, apuntó hacia la gran ventana del salón como si sostuviera una pistola y se puso a apretar los botones con furia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lono.

—Intento poner esto en pausa.

Era el más divertido de todo el grupo, el que no se tomaba nada en serio, salvo —quizás— a las chicas del Hilo High. Pero ahora Lono veía el miedo en sus ojos; ni siquiera se molestaba en ocultarlo.

Lono intentó recordar la emoción que habían sentido una hora antes, al llegar a la playa, pensando que tenían toda la mañana por delante.

Pero esa sensación había desaparecido.

Las paredes de la pequeña casa volvieron a temblar y Lono se dio cuenta de algo: no era simplemente que la Tierra estuviera hablándoles, tal como decía la abuela de Dennis cada vez que surgía

un trueno del suelo.

La Tierra les estaba gritando, y se negaba a callar.

35

Cuando sintieron los primeros temblores en el interior del tubo de lava, Mac vio que Iona se giraba y daba un paso hacia la entrada.

Mac le detuvo poniéndole una mano sobre el brazo. Al hacerlo, sonrió para no parecer demasiado agresivo.

—¿Sabe, hijo? —dijo Mac—. En el ejército, a los desertores los fusilan.

—Eh, un momento...

—Era una broma. Pero tiene que relajarse.

—¿Relajarme? —replicó Iona—. Ustedes han sentido lo mismo que yo.

—Y con su formación debería saber que, en una cueva de lava, los temblores no son nuestra mayor preocupación —dijo Mac.

—Por eso están aquí los frascos, sargento. ¿No es así? —preguntó Jenny.

Antes de que Iona pudiera responder, habló Mac:

—Hay algo más que debe saber, si no lo sabe ya. Las ondas de choque producidas por los terremotos casi no viajan por el aire. Estas cuevas tienen una estructura sólida, al menos en general, porque la mayoría de las rocas caídas se desprendieron durante el proceso de formación. Así que, aunque este lugar dé un mal rollo tremendo, estas cavernas son bastante sólidas y capaces de absorber ondas de choque como la que acabamos de percibir.

—Aquí dentro no habríamos tenido que percibir nada —insistió Iona.

—Eso solo significa que el magma se está moviendo —dijo Mac—. Pero eso ya lo sabíamos, ¿no?

Mac sabía la fuerza que ejercía el magma sobre las rocas al avanzar a través de la corteza; eso era lo que generaba la mayor parte de los terremotos en zonas de actividad volcánica como aquella. Con el tiempo, la presión del magma en ascenso, al intentar hacerse espacio, provocaba grietas en las rocas. Ese tipo de terremotos estaba relacionado con la inflación del terreno, y raramente tenían una magnitud de más de 5; normalmente no llegaban a 3.

Lo que acababan de percibir, le explicó Mac, podría ser un temblor volcánico o algo parecido, quizá un seísmo prolongado, que indicaría

que el magma había penetrado en las zonas superiores del volcán. O podría ser un híbrido de ambas cosas. Y había otras posibilidades, por supuesto, aunque menos probables, como que tuviera que ver con el temblor volcánico que había sentido el otro día en la playa, con Lono y el resto de surfistas.

Pero, llegados a este punto, nada de eso importaba. Lo único que importaba era que el magma se estaba moviendo y les acababa de enviar un mensaje lo suficientemente potente como para que lo percibieran incluso allí dentro.

Cuando acabó su breve explicación sobre terremotos volcánicos, le dijo a Iona cuál debía ser su siguiente parada.

—¿De verdad? —preguntó Iona.

—De verdad.

—¿Cree que es buena idea?

—Probablemente no —dijo Mac.

—Si a usted no le importa, señor, yo creo que me mantendré al margen.

Mac sonrió.

—La verdad es que no es una petición, soldado.

—Con todo el respeto, señor, usted no es mi superior.

—Con todo el respeto —respondió Mac—, hoy sí lo soy.

Ahora era Jenny quien había apoyado una mano en el brazo de Iona. Con la otra mano señaló a Mac.

—Mi amigo es como un bombero —dijo—. Cuando otros salen disparados del edificio, él entra corriendo.

—Vamos —dijo Mac, guiándolos hacia la entrada.

Una vez fuera, cogió el teléfono móvil del lugar donde lo había dejado en el jeep, llamó a Rick Ozaki, le dijo dónde estaban y le pidió que fuera a su encuentro a la base. En cuanto llegó Rick, Mac le dijo que se iban de paseo.

—¿Puedo saber adónde? —preguntó Rick.

—A lo alto de la montaña —dijo Mac—. El Gran Mauna nos está enviando un mensaje.

36

MAUNA LOA, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 73 HORAS

A unos cientos de metros del borde del cráter, Mac, Jenny, Iona y Rick se bajaron del jeep. En cuanto pusieron los pies en el suelo, sintieron toda la fuerza del calor que bajaba por la ladera. Era como si alguien acabara de abrir la puerta de un horno.

—Pensaba que íbamos a acercarnos al cielo, no al infierno —dijo Rick, fijando la vista en la cumbre—. Has dicho que el Gran Mauna nos está enviando un mensaje. Y yo sé cuál es: «Sacad vuestros culos de mi isla».

Oían el rugido procedente del interior de la caldera. De pronto, el suelo vibró con un temblor armónico. Había quien lo llamaba «grito del volcán»; era como el murmullo de un bajo gigante. Todos se agarraron al jeep para no caerse y, por un momento, Mac tuvo miedo de que el vehículo acabara volcando.

Pero el temblor pasó.

—A estas alturas, pensaba que ya estaba acostumbrada a los terremotos —dijo Jenny.

—Créeme —respondió Mac—. Nunca te acostumbras.

—Repitiendo la pregunta que ha planteado el sargento Iona hace un ratito: ¿Es buena idea?

—Estamos bien —dijo Mac, intentando mostrar más confianza en sí mismo de la que sentía en realidad.

—¿Bien? Mirad eso —dijo Rick, señalando hacia las ruedas del jeep justo en el momento en que Mac notó el olor a goma quemada.

Todos bajaron la voz y vieron que las ruedas empezaban a fundirse.

—Esperad todos aquí —dijo Mac. De un salto, se puso al volante, arrancó, giró en redondo y, derrapando sobre la roca basáltica y el polvo, se llevó el jeep ladera abajo.

Paró a casi medio kilómetro de distancia y luego subió de nuevo a la carrera, inclinado hacia delante para compensar la pendiente.

—Se comporta como si esto fuera un triatlón —le dijo Jenny a Rick.

—¿Qué va a ser lo próximo? ¿Nadar por la lava? —dijo él.

—¿Estáis listos, chicos? —preguntó Mac, cuando llegó a su altura. Ni siquiera tenía la respiración agitada.

—No, desde luego —dijo Rick.

La temperatura iba en aumento cuanto más cerca estaban del borde, igual que el ruido. Ni siquiera Mac había oído un estruendo así en aquella parte de la montaña: era como si la caldera se hubiera puesto a hervir a máxima potencia. Con ese estruendo, tenían que gritar para hacerse oír.

El calor se volvió más sofocante a medida que avanzaban por entre las rocas y la maleza. Pero Mac sabía que debían hacerlo, y tenía que ser ahora. Lo cierto era que se les estaba acabando el tiempo. Rick y Kenny, y todos los demás, podían hacer todas las proyecciones que quisieran sobre el ritmo de ascensión del magma. Pero John MacGregor estaba ahí por lo que consideraba una norma básica de su trabajo: tienes que estar ahí.

Siguieron avanzando por la áspera ladera, una tierra rica en hierro y magnesio. Los cristales de olivino, antes verdes, se habían transformado en un mineral anaranjado conocido como iddingsita. La mayor parte de las rocas basálticas de erupciones anteriores eran de un color gris oscuro, en ocasiones negras; algunas tenían un color óxido más brillante. Cuanto más cerca estaban del borde, más ganas tenía Mac de pararse a mirar con detalle aquella zona próxima a la cumbre del volcán que ocupaba casi la mitad de la isla. Le sobrecogía pensar en aquello, contemplar la belleza natural y ver la fuerza que era capaz de desplegar.

Pero la cuenta atrás no se detenía.

El Mauna Loa tenía dos zonas de fractura, al noreste y al suroeste. Ellos estaban en la vertiente noreste. Durante los últimos cincuenta metros hasta el borde, no hubo más conversación. El rugido de la caldera había aumentado aún más de volumen y el cielo se había oscurecido; las nubes estaban por debajo de la cima del Mauna Loa.

—¡Nunca lo he oído así! —dijo Jenny, que tuvo que gritar, aunque estaba a centímetros de la oreja de Mac.

Iba a decirle que él tampoco cuando de pronto Mac sintió que se le quemaban los pies.

Bajó la vista, se fijó en sus botas de montaña y vio que las gruesas suelas acanaladas empezaban a fundirse, retorciéndose, igual que las ruedas del jeep unos minutos antes.

Mac vio que Jenny, Rick y Iona también se miraban las suelas, que empezaban a despegárseles de las botas.

—¡Se acabó! —gritó Iona—. Nos vemos en el jeep —añadió, mirando fijamente a Mac—. ¡Si quiere decirles a mis jefes que he desertado, usted mismo!

E inició el descenso.

—Cuando la cosa se pone dura... —dijo Mac, viendo cómo se marchaba.

—... solo los duros aguantan —completó Jenny.

—Por curiosidad, Mac: ¿va todo bien? —preguntó Rick Ozaki, mientras golpeaba furiosamente con los pies contra el suelo y sacaba del bolsillo un rollo de cinta americana para repararse las botas.

Mac se encogió de hombros.

—Hemos llegado hasta aquí.

Y los tres bajaron la vista hacia un lago de lava con la superficie plateada, resplandeciente.

—Este lago... es nuevo, ¿verdad? —le gritó Jenny a Mac.

Mac asintió. La apertura de un nuevo lago de magma cerca de la cumbre noreste confirmaba que la lava fluiría en dirección al Mauna Kea y a la Reserva Militar.

Al otro lado del lago, la lava se colaba por las grietas y unos minúsculos géiseres disparaban lava hacia el cielo.

—Si aún pudiera respirar —dijo Jenny—, diría que esto me ha dejado sin aliento.

—Mac —gritó Rick—, debemos irnos de aquí o tendremos que volver al jeep caminando descalzos por las brasas.

—Dame un minuto más —dijo Mac, sacando el móvil—. Necesito hacer unas fotos.

—¿Para qué? —dijo Rick—. ¿Para la tapa de tu ataúd?

Y se quedó mirando mientras Mac trepaba hasta el borde.

37

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI

Rebecca Cruz estaba esperando a Mac y a su equipo en el observatorio.

Él la había llamado desde su coche y ella le había pedido que la esperara, pues estaban regresando de la base militar, por donde habían pasado después de ir a la caldera.

Cuando le contó lo de la visita a la cumbre, ella le dijo que debía de ser la segunda tontería más grande que hubiera hecho nadie nunca.

—¿Cuál es la primera? —preguntó Mac.

—No lo sé. Pero debe de haber otra —dijo ella, y le oyó reírse. «Por lo menos hay alguien por aquí con sentido del humor», pensó—. Una cosa más...

—¿Qué?

—La próxima vez, más vale que me lleves contigo.

Lo poco que conocía de él hasta el momento le gustaba, empezando por el hecho de que se mostrara seguro de sí mismo, hasta adoptar casi un tono petulante, y era evidente que estaba acostumbrado a ser el más listo de la clase.

«Igual que yo —pensó Rebecca—. Que gane el mejor».

Mac le dijo que quería que el equipo de ella se reuniera con el suyo en el OVH, no en la Reserva Militar, y dejó claro que no le había pedido al coronel Briggs que asistiera.

—Yo lo pondré al día más tarde —dijo Mac—. De momento, voy a optar por asumir que el ejército es inmune a cualquier influencia del pensamiento independiente.

—Bueno —dijo ella—; hasta que lo necesiten.

—Sí —dijo Mac—, para sacarles de lo que los nativos llaman un *huikau*. Al que ellos han contribuido, por cierto.

—¿*Huikau*?

—Se podría traducir por «un buen lío».

—¿No hay una palabra en hawaiano para «un desastre de narices»? —preguntó Rebecca Cruz.

Mac le dijo que tenían que presentar su plan hacia media tarde. Y le dijo por qué. Y a quién había que presentárselo.

—¿Tenemos que presentarle nuestro plan a él?

—Pues sí —dijo Mac—. Me han dicho que el presidente le ha pedido que venga y se asegure de que el estado número cincuenta no está a punto de desaparecer en el Pacífico.

Media hora más tarde, ya estaban todos reunidos en la sala de conferencias de la segunda planta del OVH. El equipo de Rebecca estaba allí: David, Leo, Don McNulty y Ben Russell. Y también el de Mac: Jenny, Rick, Kenny Wong y Pia Wilson.

—En primer lugar, el coronel Briggs me ha pedido que os recuerde a todos que lo que vais a oír en esta sala se queda en esta sala, sin excepción —dijo Mac—. No queremos que se extienda el pánico por lo que va a suceder y por lo que Rebecca y yo vamos a proponer para afrontar la situación.

—¿Qué es exactamente lo que proponéis? —preguntó Rick—. De momento, solo hemos oído fragmentos.

—Sabes que a nosotros se nos da muy bien eso de hacer volar cosas por los aires, ¿verdad? —le dijo Rebecca a Rick. Hizo una pausa —. Bueno, pues esta vez estamos hablando de hacer estallar un volcán.

Jenny apuntó con el mando hacia el mapa de la pantalla que había detrás de Mac, quien se situó enfrente. En el mapa se veía un esquema de la Isla Grande. Gran parte de la isla estaba de color verde oscuro, con la excepción del Mauna Loa y el Mauna Kea, pintados de un verde mucho más claro. Había varios lugares de referencia indicados por el mapa, hasta el Parque Nacional de los Volcanes de Hawái, al sur y al oeste de la ciudad de Hilo.

No perdieron tiempo hablando de otra cosa que no fuera hacer enormes orificios en el mayor volcán activo del planeta.

—Voy a mostraros dónde creo que deberíamos situar nuestro punto de ataque principal —anunció Mac.

—Vertiente noreste —dijo Rebecca.

Mac y Jenny asintieron.

—Lo único que nos cuadra (y cuando digo «nos», me refiero al OVH y a Cruz Demolition) es una erupción provocada en ese lado de la montaña —dijo Mac, señalando—. O una serie de erupciones. He examinado a fondo los diversos mapas de gradientes y he localizado la vía de descenso con más pendiente, porque es esencial que llevemos el flujo de lava hacia allí.

—Pero, si hacemos eso —dijo Jenny—, ¿no irá la lava en dirección a Hilo?

—Y bajará por Kīlauea Avenue —añadió Mac—, si llega tan lejos.

—Pero no llegará —señaló Jenny.

—Tal como algunos ya sabéis y los demás podéis ver aquí —dijo

Mac—, el Mauna Loa, al ser un gigantesco volcán en escudo, tiene poca pendiente en la mayoría de sus laderas.

Rebecca miró a su hermano pero no dijo nada.

—Vamos a tener que crear conductos. Tenemos que confiar en que puedan contener el flujo y orientarlo hacia el este. Sobre todo hacia el este, donde la ladera tiene menos pendiente y hay más distancia hasta la ciudad. Como canales, básicamente. Venecia con lava.

—Pero, aunque los canales y los conductos resistan, todo eso no servirá de nada sin unas explosiones estratégicas precisas —dijo Rebecca Cruz—. Si los explosivos se calientan demasiado, detonarán antes de lo que queremos.

—¿Y la lava que pase por los canales no hará estallar esos explosivos? —preguntó Jenny.

En la cabeza de Mac, se disparó una alarma: se dio cuenta de que había estado ignorando a Jenny. Pero no había pasado por alto las miradas que le dedicaba a Rebecca Cruz. Se volvió hacia ella:

—Jenny, sé que tienes algunas ideas sobre cómo debe hacerse esto.

—Si queremos que la reconducción de la lava funcione —dijo ella rápidamente, como si hubiera estado esperando la ocasión de intervenir—, necesitamos que avance lo suficientemente rápido por nuestros nuevos canales como para que no tenga ocasión de enfriarse y atascarlos.

Jenny apuntó a la pantalla con el mando a distancia y aparecieron imágenes aún más detalladas obtenidas con la tecnología Foda de fotogrametría. Con la fotogrametría, se convertían imágenes aéreas en mapas de alta resolución que mostraban las elevaciones específicas, el ángulo de las pendientes y la localización de las diferentes cavernas del Mauna Loa, el Mauna Kea e incluso el Hualālai, al noroeste del Mauna Loa, el tercer volcán más joven de la Isla Grande.

—En resumidas cuentas —concluyó Jenny—, lo que queremos hacer con estos explosivos es no solo usar la gravedad, sino básicamente crear nuestra propia gravedad.

—Así que ahí lo tenéis —dijo Rebecca—. Vamos a intentar hacer con vuestra montaña lo que hacemos cuando volamos un edificio.

—¿Y qué es lo que hacéis? —preguntó Jenny.

—Le decimos hacia dónde queremos que vaya.

—Dicho así, parece bastante sencillo —observó Pia Wilson.

—¿Y confiáis en que este plan que habéis trazado Mac y tú funcionará? —le preguntó Kenny Wong a Rebecca.

—En realidad, estoy cagada de miedo —confesó—. He hecho muchas cosas peligrosas en muchísimos sitios, pero en toda mi vida no he hecho nada tan peligroso.

Miró brevemente a Mac y luego al resto de los que estaban sentados alrededor de la mesa. Respiró hondo y forzó una sonrisa.

—Pero, claro, ni yo ni nadie.

38

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE HILO, HILO, HAWÁI

Los dos *jets* llegaron con media hora de diferencia, ambos por la pista 8-26, la más larga de las dos pistas de aterrizaje del aeropuerto.

El primero en aterrizar, a las dos de la tarde, fue un Peregrine, un Gulfstream G550 modificado de los muchos que tenía el multimillonario y empresario tecnológico J. P. Brett, amigo y en ocasiones socio de negocios de Oliver y Leah Cutler.

Ese sábado en particular, los Cutler y su equipo de rodaje iban a bordo. Los habían recogido en Islandia después de que Oliver Cutler llamara a Brett y le explicara que tenían que ir al Mauna Loa lo más rápidamente posible.

—¿Es peligroso? —le había preguntado Brett.

—No te llamaría si no lo fuera —respondió Oliver Cutler—. Y no iríamos si no lo fuera.

—¿Queréis compañía?

—Siempre, amigo mío.

—Llegaré lo antes posible —dijo Brett—, en cuanto liquide unos asuntos que tengo que hablar con mi amigo Zuckerberg.

—No tardes —le dijo Oliver Cutler.

—Nunca tardo mucho con ese caballero en particular.

Cuando los Cutler desembarcaron, Henry Takayama ya les estaba esperando con el *pick-up* Rivian R1T que Oliver Cutler había solicitado y que los llevaría a todos al nuevo Four Seasons y a la villa que asimismo había solicitado Leah Cutler, aunque Takayama sabía que «solicitar» no era la expresión adecuada.

Subieron el equipo a un SUV que Takayama les había alquilado. Había otro nuevo complejo hotelero en Hilo, el Lani, pero iban a alojarse en el Hilton.

No había reporteros esperándolos en el aeropuerto, aunque en un principio los Cutler habían «solicitado» que estuviera la prensa. Takayama había conseguido quitárselo de la cabeza, al menos de momento. Necesitaba a los Cutler: eran su mejor recurso para descubrir qué se llevaban entre manos el ejército y el OVH. Y los Cutler querían ser aún más famosos de lo que eran, los héroes de la historia.

Henry Takayama quería tener más poder del que ya tenía y volver a sentirse el tipo más importante del lugar. Una vez acomodados en el *pick-up* eléctrico, que más bien parecía un deportivo, Leah volvió a plantear la posibilidad de dar una rueda de prensa antes de reunirse con los peces gordos.

Los más gordos, en este caso.

—Ya habrá tiempo para los flashes más tarde —le dijo Takayama.

—Nunca es demasiado pronto para los flashes, Henry —dijo Oliver—. Por cierto, ¿sigue dirigiendo el cotarro ese capullo de MacGregor?

—El mismo —respondió Takayama—. Es uno de los principales motivos de que estéis aquí. Ese hijo de puta arrogante aún no lo sabe, pero estáis a punto de quitarle el protagonismo.

Takayama sonrió, satisfecho.

—Y yo también —añadió.

Mientras se alejaban, un segundo Peregrine aterrizó en el aeropuerto, este con J. P. Brett a bordo.

39

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 66 HORAS

El general Mark Rivers, jefe del Estado Mayor Conjunto, había sido nombrado por el anterior presidente de la nación y se había mantenido en el cargo con el cambio de gobierno. Rivers había ofrecido la posibilidad de hacerse a un lado, pero el nuevo presidente no había aceptado su dimisión, en parte debido a su competencia, pero sobre todo a su popularidad, no solo entre las fuerzas armadas, sino también entre los ciudadanos. Últimamente se decía que era candidato a la quinta estrella como premio a su labor de liderazgo en las guerras de Irak y de Afganistán.

El actual presidente bromeaba a menudo diciendo que él estaba al servicio del general Rivers, y no al revés.

Rivers medía casi dos metros y tenía el cabello plateado y un aspecto rudo pero atractivo que recordaba a Pierce Brosnan. Había sido una estrella de fútbol americano en la academia militar y había ido ascendiendo hasta convertirse en el jefe del Estado Mayor del ejército más joven de la historia; antes de eso, ya había sido el comandante del Mando Central más joven de la historia del ejército. En su partido se daba por sentado que, si quisiera presentarse a la presidencia cuando el hombre que ocupaba el Despacho Oval concluyera su segundo mandato, obtendría la nominación sin problemas.

Él se sentía tan cómodo en el campo como en un plató de televisión, y dominaba cualquier entorno en el que se encontrara. Y eso incluía el Despacho Oval.

Ahora estaba sentado a la cabeza de una larga mesa en la segunda planta del OVH, en la sala de conferencias más grande y más privada del edificio. Iba vestido completamente de uniforme, pese al calor que hacía fuera. Briggs estaba sentado a su derecha y el sargento Matthew Iona, junto a Briggs. Rebecca Cruz era la única representante de Cruz Demolición. Mac iba acompañado de Jenny y Rick Ozaki.

Oliver y Leah Cutler, con Henry Takayama entre los dos, estaban en el otro extremo de la mesa, frente a Rivers. Mac y Oliver Cutler apenas se habían saludado con un gesto de la cabeza.

—Solo quiero dejar clara una cosa antes de empezar —dijo Rivers—. Soy consciente de que me van a presentar tres planes para afrontar nuestro problema. Habría podido pedir propuestas por escrito, pero nunca he funcionado así y nunca lo haré. Me gusta mirar a la gente a los ojos. Por eso estoy aquí. Y tengo muy claro que no saldré de aquí sin un plan.

Mac miró a su alrededor. El general Mark Rivers se había ganado la atención más absoluta de todos los presentes.

—Hay un viejo dicho del ejército que dice que el éxito nunca es definitivo y la derrota tampoco —dijo Rivers—. Pero, en este caso, podría no ser aplicable. —Rivers se cruzó de brazos y se recostó ligeramente en su silla—. Bienvenidos al *dream team*.

40

Briggs hizo la presentación inicial, con apuntes ocasionales de Iona.

El coronel usó el lenguaje más llano posible; parecía tener un miedo atroz a que Rivers no pudiera seguirle con todos esos datos sismológicos.

En esencia, el plan del ejército era cavar zanjas perpendiculares al flujo de lava, fosos de contención y balsas más allá de las zanjas, ladera abajo. Asimismo, se levantarían muros tras las balsas.

El coronel James Briggs describió los canales que debían cavar entre las próximas cuarenta y ocho y setenta y dos horas para conducir la lava, alejando la mayor parte de la ciudad de Hilo, y las balsas de contención que construirían lo más cerca posible del centro urbano.

—Usaremos taladros para el basalto, que será difícil de perforar incluso para nuestras máquinas más pesadas —dijo Briggs—. Eso es sobre todo en la parte baja del volcán, donde hay menos pendiente. —Dejó de hablar, se sirvió agua de una jarra y tomó un sorbo—. ¿Preguntas antes de que siga adelante?

—Una —respondió Mac—. Ya se la he planteado antes. ¿De verdad cree que puede hacer todo eso en dos días? Porque yo no.

—Con todo el respeto, doctor MacGregor —dijo Briggs, alzando ligeramente la voz—. No tiene absolutamente ni idea de lo que es capaz de hacer el ejército de Estados Unidos cuando se plantea un objetivo.

Inclinó el cuerpo en dirección a Mac y, de pronto, se le hincharon las venas de la frente.

—¿Ha servido usted en el ejército? —preguntó Briggs.

—Sabe que no, coronel.

—Entonces le ruego que no me dé lecciones sobre lo que puede o no puede hacer el ejército.

—Bajemos un poco el tono, coronel —dijo Rivers sin inmutarse—. Aquí todos estamos en el mismo equipo.

Mac no insistió. Discutir con Briggs no iba a servirle de nada, especialmente con Rivers de por medio. Y quería a Rivers en su equipo porque, aunque aún no había oído lo que tenía que decir el presuntuoso Oliver Cutler, estaba convencido de que su plan era el

único que podía funcionar.

—¿Su plan protegería la Reserva Militar? —le preguntó Rivers a Briggs.

Mac comprendió que, aunque Rivers hablaba de proteger las instalaciones, lo que quería en realidad era proteger los frascos almacenados en el Tubo de Hielo y evitar las catastróficas consecuencias de un derrame cuando se iniciara la erupción. Rivers y Briggs conocían la existencia de los frascos. Briggs le había revelado aquella información a Mac y sabía que este confiaba lo suficiente en Rebecca y Jenny como para contárselo. Sin embargo, Briggs también sabía que contárselo a los Cutler sería equivalente a ponerlo en un cartel luminoso a la vista de todos. Y lo mismo pasaba con un bocazas como Henry Takayama.

Ellos estaban ahí para resolver el problema de que la lava pudiera llegar a Hilo.

Y eso ya era de por sí un riesgo considerable.

«El resto no necesita saber lo que no necesita saber», le había dicho más de una vez a Mac.

—¿Cuántos equipos necesitaremos? —preguntó Rivers.

—Tres equipos —dijo Briggs—. Cada uno en una línea de defensa diferente: zanjas, fosos, muro. Siempre manteniendo la base como prioridad, y obviamente la ciudad.

—Tengo una curiosidad, coronel Briggs —señaló Oliver Cutler—. ¿Por qué es más importante para el ejército proteger la base militar que la ciudad?

—Yo responderé a eso —dijo Rivers—. Porque el ejército lo dice. Por eso. El personal civil de este equipo está aquí para servir al Gobierno de Estados Unidos. Si alguien tiene algún problema con eso, es libre de marcharse ahora mismo.

—Yo no tengo ningún problema con eso —afirmó Oliver Cutler, que enseguida añadió—: Si a usted y al coronel Briggs les ha dado esa impresión, lo siento.

Mac miró a Rivers con admiración. El general no hacía ninguna concesión a los Cutler, por famosos que fueran. La pareja había aprovechado su fama para ver muchos volcanes, pero Mac sabía que lo más difícil siempre era conseguir financiación.

Briggs describió por fin el caro, complejo y arriesgado proceso de construcción de las trincheras mientras la lava empezara a bajar por la montaña; básicamente sería una carrera contra el tiempo para mantener la distancia hasta conseguir desviar el flujo de Hilo.

—Hay más detalles, por supuesto —dijo—. El sargento Iona y nuestros geólogos se los pueden explicar cuando vuelva a la base, señor. Pero creemos que es el mejor modo para salvar la base, salvar la ciudad y salvar esta isla de una destrucción inimaginable.

—¿Le gustaría añadir algo más, doctor MacGregor?

—Solo esto —dijo Mac—: que no funcionará.

—¿Porque no es su plan? —le espetó Briggs.

—Porque no está teniendo en cuenta los problemas a los que se enfrentará cuando intente hacer ese tipo de construcción en la pluviselva de esa montaña —dijo Mac—. Y eso si los lugareños le permiten tocar siquiera esos lugares. Y hay otra cosa: ¿qué longitud va a tener ese muro que quiere levantar?

—Once kilómetros —respondió Briggs.

—¿Va a construir un muro de once kilómetros en dos días? —dijo Mac.

—¿Es factible, aunque se ocupe el ejército? —preguntó Rivers.

—No tenemos elección, señor —dijo Briggs—. Hilo se extiende a lo largo de dos brazos: uno tiene kilómetro y medio de ancho; el otro tiene unos cuatro kilómetros. Hemos considerado construir dos muros, uno para cada brazo. Pero, si están separados, la lava podría colarse por el medio. Por eso pensamos que un muro más largo sería lo más seguro.

Rivers le preguntó a Briggs si tenía algo más que añadir. Briggs dijo que no. Oliver y Leah Cutler se pusieron en pie para iniciar su presentación; Mac había decidido ser el último en hablar.

Y entonces ocurrió otra vez.

Fue el peor terremoto de los últimos días, el peor que había vivido Mac en Hilo. La pesada mesa empezó a temblar violentamente, igual que las paredes del OVH. El equipo de Mac sabía que el edificio había sido construido y reconstruido para poder soportar terremotos de aquel tipo, pero, aun así, oyeron el ruido de algún cristal al romperse.

Por un momento, por descabellada que fuera aquella idea, Mac pensó que quizá Rebecca Cruz y su equipo habían decidido volar el edificio y estaba a punto de caerles encima.

Sin alterarse, el general Mark Rivers dio instrucciones a todos para que se metieran bajo la mesa. La mayoría lo hizo sin rechistar, pero Rivers se quedó donde estaba. Lo mismo hizo Mac. El jefe del Estado Mayor Conjunto le sonrió a Mac, casi como si ambos estuvieran sentados en un avión que atravesara una zona de turbulencias.

—Es la costumbre, doctor MacGregor —dijo—. Un capitán siempre abandona la nave el último, ¿no?

—Yo hago lo mismo con los volcanes, general, así que lo entiendo, —dijo Mac, encogiéndose de hombros—. Aunque no haya servido nunca en el ejército.

—Ahora está sirviendo.

Cuando el mundo dejó de temblar, salieron de debajo de la mesa y se sentaron otra vez, aunque todos, hasta los Cutler, parecían mucho más agitados que al llegar.

—Bueno —dijo Rivers—, ¿dónde estábamos?

41

Oliver Cutler enseguida intentó hacer que todo girara en torno a él, como ya sabía Mac que haría.

—Antes de explicarles por qué creemos que debemos perforar la ladera de nuestro volcán —empezó Cutler—, tenemos que decirles, para ser completamente francos, que el plan que están a punto de oír es nuestro y de un amigo mío y de Leah.

—¿Uno que ha conocido por internet? —le susurró Rebecca a Mac.

—¿Y puedo saber quién es ese amigo? —preguntó Rivers.

—J. P. Brett —dijo Cutler.

«Y ahí lo tenemos», pensó Mac.

Rivers retiró ligeramente su silla y se giró para mirar a Oliver Cutler, como si quisiera dirigir toda su energía hacia ese personajillo televisivo.

—A ver si lo entiendo —dijo Rivers, como si realmente estuviera intrigado ante lo que acababa de oír—. ¿Ha revelado este alto secreto a un millonario fanfarrón como Brett, explicándole una situación que podría implicar un peligro de muerte? ¿Y lo ha hecho por su cuenta y riesgo?

—Leah y yo ya hemos trabajado con él en otras situaciones peligrosas —informó Cutler— y nos ha resultado muy útil, además de ser extraordinariamente generoso.

—Esto no es uno de sus espectáculos —dijo Rivers.

—Eso lo sé, señor. Pero he supuesto que, dado que es una situación de todos a una, el ejército agradecería el apoyo que puede proporcionarnos el señor Brett.

—Lo ha supuesto —dijo Rivers—. Del mismo modo que ha supuesto que podía involucrar en esto al señor Brett.

Cutler quiso decir algo, pero Rivers levantó una mano.

—Aprenderá muy rápidamente, o quizá ya lo haya hecho —prosiguió Rivers—, que conmigo no puede hacer suposiciones. Puede hacer sugerencias, que yo acepto o rechazo. —Rivers cruzó los brazos sobre el pecho sin tocar sus numerosas medallas al servicio—. ¿Ha quedado claro?

Cutler asintió.

—Una vez más, señor, he supuesto que un hombre de la riqueza

del señor Brett, capaz de conseguir que las cosas se hagan rápidamente…

—Ya estamos otra vez, suponiendo —dijo Rivers, meneando la cabeza de nuevo con una mueca triste en la cara—. Por favor, continúe.

Todo el mundo en la sala escuchó atentamente mientras Oliver Cutler explicaba los detalles de los agujeros que quería crear con explosivos en los lados del volcán.

Y que quería hacer desde el aire.

—¿Está hablando de bombardeos selectivos? —preguntó Rivers.

—Sí señor, de eso hablamos —dijo Cutler, que empezó a señalar los lugares del mapa donde pensaba que serían más efectivas las bombas.

—Debo admitir que ha hecho mucho trabajo en muy poco tiempo —reconoció Rivers.

Cutler sonrió.

—No quería que pensara que Leah y yo habíamos bajado del avión con las manos vacías.

No hubo reacción por parte de Rivers, pero Mac tampoco se la esperaba. El jefe del Estado Mayor Conjunto no era un público fácil.

—Estamos convencidos de que esta es la mejor forma que tenemos de luchar contra la naturaleza —dijo Cutler, señalando al mapa con un movimiento del brazo—. Creemos firmemente que, con el soporte aéreo que pueden proporcionar tanto el ejército como el señor Brett, podemos neutralizar de forma efectiva el volcán, antes de que sea demasiado tarde.

Cutler se dirigió a Mac:

—¿Algún comentario, doctor MacGregor?

—Me los guardo para cuando haya terminado.

—Ya casi estamos. Obviamente, queremos lanzar las bombas cerca del lugar por donde salga la lava, abriendo conductos de ventilación. Así la lava se agotará antes. Luego, para rociar toda la zona con agua de mar, enviaremos otros aviones apoyados por camiones cisterna con mangueras desde tierra. Y todo eso, a su vez, recibirá el apoyo de estaciones de bombeo para ir rellenando los camiones cisterna.

—¿Y esos camiones cisterna de dónde saldrán? —preguntó Rivers.

—Serán los de J. P. Brett, señor.

—¿Me está diciendo que ya han llegado a Hilo? —preguntó Rivers.

—Vienen de camino —dijo Cutler—. Casi en todas sus empresas, la filosofía de J. P. es la de adelantarse a los acontecimientos.

—Pues podría empezar por tener una conversación conmigo —dijo Rivers.

—Se lo diré.

—Hágalo —ordenó Rivers—. Y ahora concluya, por favor. Quiero

oír el plan del doctor MacGregor.

—Nuestro objetivo final es luchar en dos frentes: en el aire y en la tierra —dijo Cutler, que añadió—: una guerra en la que vamos a colaborar y que ganará el ejército de Estados Unidos.

«¿Debo aplaudir?», habría querido decir MacGregor. Pero, en lugar de eso, levantó una mano.

—No quiero ser yo quien haga suposiciones —dijo Mac—, pero supongo que es consciente del riesgo potencial de que los aviones fallen al volar por un aire cargado de ceniza y gas.

—Naturalmente, somos conscientes del riesgo —observó Cutler—. Pero si usamos a pilotos experimentados, sabrán cómo, cuándo y por dónde alcanzar sus objetivos. Y supongo que es consciente, doctor MacGregor, de que, en una operación tan complicada como esta, hay que saber sopesar los riesgos y los beneficios.

—Lo soy.

—¿Puedo preguntarle qué piensa de mi plan? —dijo Cutler.

—Lo cierto es que me parece bastante sólido —respondió Mac.

La sorpresa en el rostro de Cutler era evidente. Echó una mirada al resto de su equipo y vio el mismo gesto de perplejidad.

—¿Me está diciendo que le gusta? —preguntó Cutler.

—Estaría loco si no me gustara, ¿no? —dijo Mac—. Al fin y al cabo, en su mayor parte, es idea mía, Ollie.

42

Mac vio que había ofendido a Cutler y se apresuró a decir:

—Venga, Ollie, anímate. Solo era una broma un poco torpe, aparentemente, sobre las coincidencias de pensamiento entre las grandes mentes.

—La verdad es que la insinuación de que mi trabajo no lo he hecho yo me gusta tan poco como que me llamen Ollie —dijo Cutler.

—A mí tampoco me gustaría —dijo Mac, sonriéndole.

Mac y Rebecca se pusieron en pie e hicieron su presentación sin perder un momento, usando las mismas diapositivas de PowerPoint que habían usado con sus equipos. Mac señaló que básicamente Rebecca y él estaban de acuerdo en la necesidad de abrir unos orificios considerables en una superficie de 2,5 kilómetros cuadrados en la vertiente este de la montaña, no al sur, para dirigir la lava hacia el Kīlauea y la carretera 11. E insistió en la gran cantidad de mano de obra que necesitarían, especialmente porque tendrían que turnarse casi cada hora, a causa del calor sofocante procedente de las piedras, el volcán y el sol.

—Tengo que insistir una vez más que aquí todo se basa en controlar el flujo de lava todo lo que podamos —dijo Mac—. Lo demás no es más que ruido.

—¿Y si no conseguimos detener la lava? —preguntó Rivers.

—General, yo soy científico —dijo—. Me baso en hechos, aun cuando tengamos tantas variables como en este caso. Al final, lo que estamos intentando hacer es redirigir una oleada de lava, esperando que nuestra arriesgada apuesta dé resultados.

—¿Y cuál es esa apuesta? —preguntó Rivers.

—La de que consigamos imponer nuestra voluntad sobre la furia de la naturaleza.

—Tenemos que hacerlo. No nos queda otra —dijo Rivers.

—No nos queda otra —repitió Mac.

Se hizo el silencio por un momento. Mac miró a Rivers y dijo:

—Bueno, señor. ¿Cuál de los tres planes va a poner en práctica, si se lo puedo preguntar?

—Los tres —dijo Mark Rivers—. Y ahora déjenme que les diga una cosa más antes de contarles a todos mi plan.

43

EDITH KANAKA‘OLE STADIUM, HILO, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 63 HORAS

Ya llevaban media hora de rueda de prensa cuando el general Rivers, Mac y los Cutler —ambos vestidos con unos monos plateados que les gustaba ponerse para la televisión— se unieron a Henry Takayama en el estrado. Takayama acababa de explicar a un público compuesto por periodistas y habitantes de Hilo que el jefe del Estado Mayor Conjunto, el general Mark Rivers, había llegado a la Isla Grande y deseaba la máxima transparencia en lo relativo a la preparación para la inminente erupción del Mauna Loa.

Mac sabía que eso era una trola: transparencia era lo último que quería Rivers. Pero este confiaba en ganarse a aquella gente, y en eso estaban.

Rivers se situó frente al micrófono.

—Tenemos un problema y todos lo sabemos —dijo—. Pero, con su ayuda, puedo resolverlo, y eso haré.

Mac se lo quedó mirando y pensó: «Bueno, ya tenemos un nuevo Patton».

—El presidente me ha enviado para que les asegure a todos los miembros de esta comunidad que tenemos un plan para contener esta situación y garantizar la seguridad de Hilo —dijo—. Y, una vez más, es algo que solo podemos hacer si contamos con toda su cooperación. Y su confianza.

—¡A ver si se gana nuestra confianza! —gritó una voz.

Eso provocó muchos gritos en la audiencia, personas que hacían preguntas en voz alta y otras que las conminaban a mostrar respeto.

Rivers levantó las manos pidiendo calma.

—Todos han sentido los temblores de los últimos días —dijo—. Por eso me ha enviado aquí el presidente, para mostrarles que el estado número cincuenta es ahora mismo su mayor prioridad. Nuestros expertos nos han indicado que se espera una erupción importante de forma inminente, probablemente en un plazo de entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas.

—¡Defina «importante», general!

El público de la sala empezaba a comportarse como los

espectadores de un evento deportivo y Mac se preguntó —y no era la primera vez— si el general Rivers había tomado la mejor decisión al ponerse allí, ante la gente.

Una vez más, levantó las manos pidiendo calma.

—Pero puedo asegurarles que, si siguen las instrucciones del señor Takayama, de Protección Civil —dijo, señalando a Takayama, que ahora estaba sentado junto a Rebecca Cruz—, y del ejército, Hilo superará esta erupción igual que ha superado las erupciones del pasado.

—¡Eso dice el hombre *haole* del ejército! —exclamó una voz de mujer—. ¿Por qué íbamos a creer a un forastero como usted?

Rivers se quedó mirando a la mujer, que estaba de pie junto a la pared, a su izquierda, lo que a Mac le pareció todo un minuto.

—Porque les doy mi palabra —dijo él, con solemnidad.

Señaló hacia las personas sentadas a su espalda, en el estrado.

—Hemos reunido a un equipo de expertos de primera fila. Algunos de ellos, del ejército y del Observatorio Vulcanológico de Hawái, llevan años estudiando esta montaña. También están aquí Oliver y Leah Cutler, vulcanólogos famosos en todo el mundo. J. P. Brett, que ya ha trabajado con los Cutler en otras ocasiones, llegará en breve.

Alguien cerca de las cámaras gritó:

—¡J. P. Brett es un comemierda!

—Pero aquí está —gritó una nueva voz, y la gente se giró para ver llegar a J. P. Brett, que se acercó al estrado desde el fondo de la sala.

44

Mac observó a Brett, que se tomó su tiempo para recorrer el pasillo central, actuando como si fuera parte del espectáculo; incluso chocó los cinco con algunos de los vecinos que le tendían la mano.

Brett llevaba una camiseta negra ajustada, vaqueros y zapatillas deportivas, el uniforme oficioso del club de los jovencitos multimillonarios. Mac se imaginó que Brett tendría unos cincuenta y tantos, pero se esforzaba mucho en parecer más joven: llevaba el cabello muy corto y de un color tan negro como su camiseta.

Cuando llegó a la cabecera de la sala, Brett saludó al público con la mano y recibió a cambio una salva de aplausos.

—Estoy aquí para ayudar —gritó, ganándose aún más vítores.

Al ver a J. P. Brett, Henry Takayama se levantó de un salto y fue a coger una silla vacía del final de la fila. Antes de que Brett subiera al estrado, ya la había colocado junto a la de Mac.

—Soy Brett —le dijo J. P. a Mac, presentándole un puño cerrado para que chocara el suyo.

—Por supuesto que lo es —dijo Mac, y volvió a girarse hacia el atril.

—Si lo desean, responderé a sus preguntas antes de darles la palabra a los expertos.

Marsha Keilani, de KHON, se puso en pie.

—General, no nos ha dicho qué magnitud tendrá la erupción de la que hablamos —dijo—. ¿Esperan que sea mayor que la de 1984? ¿Quizá la más grande de todas? Según mis fuentes, podría ser la mayor de los últimos cien años.

«Takayama. Eso es exactamente lo que yo le he dicho a él —pensó Mac. Eso quería decir que había un segundo soplón. El primero, el que había contado lo de colocar explosivos, solo podía ser de su equipo—. Puede que esté librando una batalla en más de dos frentes».

—En este momento, no es prudente especular —dijo Rivers.

—Pero está aquí, señor —dijo Marsha Keilani, insistiendo en el asunto—. El señor Brett está aquí. He oído que los Cutler han venido directamente desde Islandia. ¿Cómo no va a cundir la alarma?

Un hombre corpulento, obviamente un nativo, se puso en pie en la última fila y señaló a Rivers.

—¡Díganos la verdad!

Se levantó más gente en la parte de atrás; era como si la sala hubiera entrado en erupción.

Rivers esperó a que todo el mundo se calmara antes de hablar.

—No debería cundir la alarma, en parte porque estamos aquí todos nosotros y en parte porque la historia nos dice que Hilo siempre ha sobrevivido a las erupciones. Y yo les aseguro que también sobrevivirá a esta.

Los reporteros le dispararon nuevas preguntas, pero Rivers hizo caso omiso.

—Y ahora me gustaría que nuestros expertos nos dieran su opinión.

Mac ya se había puesto en pie cuando Rivers añadió:

—Empecemos por el señor Brett.

Mac no sabía si se sentía más violento o cabreado por el hecho de que Rivers presentara a aquel ricachón como un experto en volcanes y en el peligro que suponía el Mauna Loa a la altura de él. Volvió a sentarse.

Brett se puso en pie; Rivers se le acercó y le tendió la mano derecha para un apretón de manos de verdad, no un choque de puños. Brett no tuvo otra opción que aceptarlo. Rivers se le acercó sin soltarle la mano y le habló en voz baja, de modo que solo Mac y Brett pudieran oírle:

—Está en Hilo porque creo que puede ayudar —le dijo el jefe del Estado Mayor Conjunto—. Pero no me toque los cojones.

45

J. P. Brett había pasado tan cerca que habría podido tocarlo. Eso había sido justo antes de que el millonario soltara una carcajada al oír aquel «Pero aquí está» y se hubiera acercado al estrado.

Ocupó el lugar del general de pelo gris ante el atril y luego, igual que el general, hizo todo lo que pudo para protegerse el culo.

Rivers y Brett no estaban mintiendo realmente, pero tampoco estaban contando la verdad. Rachel Sherrill estaba convencida de ello. Al menos, no estaban contando toda la verdad.

«Has escogido el momento estupendamente, Rachel —se dijo—. Es la primera vez que vuelves a Hilo desde que te despidieron del jardín botánico y, en esta ocasión, parece que va a volar por los aires algo más que un bosquecillo de higueras de Bengala».

Rachel salió por la puerta mientras Brett seguía hablando.

Necesitaba un poco de aire y tiempo para pensar. Sabía que a ese espectáculo que habían montado aún le quedaba mucho.

Había pasado casi una década desde el día en que había volado por los aires su propio mundo. La decisión de despedirla, estaba convencida, no la habían tomado sus jefes del jardín botánico. No había recibido más que halagos y apoyo desde el momento en que empezó a trabajar.

Pero, después de lo ocurrido en el bosquecillo de higueras de Bengala, insistió mucho con sus preguntas en la reacción desmesurada del ejército. Y al final le dijeron que los miembros del consejo de dirección del jardín botánico «tenían un enfoque diferente», la versión corporativa de cuando tu novio te dice: «No eres tú, soy yo».

Sin embargo, Rachel Sherrill, graduada en Stanford y nada tonta, sospechaba que ese «enfoque diferente» no era el motivo de su despido. Y siempre se había preguntado qué sabía —o qué no sabía— Henry Takayama sobre lo ocurrido con las higueras de Bengala aquel día.

Lo único de lo que estaba segura era que el ejército había enterrado cualquier rastro de un episodio que había convertido sus árboles en ceniza.

«Qué bíblico —se dijo en aquel momento—. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo». Y lo que hicieron polvo fue su carrera profesional.

No tuvo la ocasión de hablarle de ello a Henry Takayama. Ted Murray la llamó por teléfono justo antes de que se fuera y le dijo: «Saben que soy tu amigo y que hablé contigo. Pero no quiero tener nada más que ver con esto, Rachel. Nada. No me preguntes nada a menos que quieras que me despidan a mí también».

—¿Despedirte del ejército de Estados Unidos? —le preguntó.

—Espero que seas feliz —respondió Murray, y colgó.

Unos meses más tarde, Rachel estaba de vuelta en el continente y se juró que no volvería nunca a Hawái. Aceptó un puesto de trabajo menor en el Jardín Botánico de Bellevue, en el estado de Washington. Se casó; se divorció. Se mudó a Portland, consiguió un empleo en el Hoyt Arboretum. Pero aún estaba llena de rencor y rabia por cómo había acabado su trabajo soñado en Hawái. Y aún tenía muchas preguntas sobre lo ocurrido aquel día en Hilo hacía tantos años, aunque, según los registros públicos, aquel día no había ocurrido nada.

Hasta que, hacía un mes, tomó una decisión impulsiva. Anunció a su jefe en Hoyt que se iba a tomar todos los días que tenía de vacaciones y había comprado un billete de avión a Hawái. Se alojaría en el hotel más próximo al jardín botánico.

Nada más llegar al Aeropuerto Internacional de Hilo, la Tierra se había puesto a temblar. Ya había vivido temblores durante el tiempo en que había vivido allí. Pero esta vez era diferente. Estos eran diferentes: más potentes y más persistentes que ningún otro que recordara.

Pero no había llegado hasta allí para dar media vuelta y volverse al continente.

Fue al jardín botánico y llegó hasta el lugar donde antes estaban las higueras de Bengala envenenadas. Solo vio una gran extensión de césped muy cuidado: era como si el abrasador ataque del ejército no hubiera tenido lugar. Casi como si los árboles no hubieran estado allí nunca.

«Como si yo no hubiera estado aquí nunca».

Mientras estaba allí, de pie, sintió el temblor más potente hasta el momento. Estuvo a punto de tirarla al suelo y le hizo preguntarse si haber ido a Hawái habría sido un error aún mayor de lo que se temía. De vuelta al hotel, aquella tarde, se tomó un par de copas de vino para templar los nervios y se dijo que se iría al día siguiente, que realmente había sido una locura ir hasta allí.

Entonces vio en las redes sociales el anuncio de algo que parecía una mezcla de rueda de prensa y asamblea comunitaria. Aquello la intrigó lo suficiente como para ir al Edith Kanaka‘ole Stadium. Y llegó justo a tiempo de ver al insigne jefe del Estado Mayor Conjunto acercándose al micrófono. El doctor John MacGregor, al que había

visto poco antes en televisión hablando de la próxima erupción del Mauna Loa, estaba en el estrado con él, igual que los Cutler, esa pareja de divos vestidos como héroes de cómic.

Luego llegó J. P. Brett y fue entonces cuando salió a tomar una bocanada de aire.

Cuando regresó al auditorio, MacGregor estaba hablando del flujo de lava, de su velocidad, de zanjas y fosos. Pero Rachel no pudo evitar preguntarse qué sería lo que el doctor John MacGregor no les estaba contando, y la mente se le fue a lo que podría ocurrir si un vertido de lava épico coincidiera con el incidente que había vivido en el jardín botánico.

Rachel se preguntó si el insigne jefe del Estado Mayor Conjunto no estaría allí por algo más que una erupción.

Y ahora ya no estaba solo furiosa.

Rachel Sherrill estaba asustada.

46

Rivers y Brett dejaron el estrado charlando animadamente, seguidos por el coronel Briggs. La salida de Rivers por la puerta que había tras el estrado indicaba que la conferencia de prensa había acabado. Oliver y Leah Cutler, que solo habían hecho algún comentario antes, habían bajado del estrado y se habían dirigido al auditorio donde, como era de esperar, al momento fueron rodeados por reporteros y cámaras. Ahora que Rivers y Brett habían desaparecido, podían ser otra vez el centro de atención.

«De eso se trata», pensó Mac, inclinando el cuerpo hacia el borde de la tarima, lo suficientemente lejos para que no lo vieran pero lo suficientemente cerca como para oír lo que decían.

—Bienvenidos a un nuevo episodio de *Persiguiendo volcanes* —dijo Oliver Cutler—. Como siempre, mi encantadora esposa y yo seremos sus anfitriones.

La frase hecha provocó unas cuantas risas, pero cesaron de pronto cuando el Edith Kanaka'ole Stadium se vio sacudido por otro temblor, parecido a los que se estaban produciendo últimamente casi cada hora.

Luego otro temblor.

Y otro.

Ya había gente dirigiéndose a las puertas de salida en el otro extremo de la sala, pero ahora empezaban a agolparse. Mac oyó el chillido de una mujer y gente gritando junto a las puertas, intentando salir a toda prisa.

Los Cutler y los periodistas que los rodeaban se quedaron donde estaban.

—Yo había oído el redoble de tambores —dijo Cutler, que no perdía ocasión—, pero esto es ridículo.

Se oyeron unas cuantas risas nerviosas. Algunos de los reporteros levantaron la vista al techo. Otros se giraron para mirar hacia la salida por encima del hombro. Ninguno de ellos se fue, evidentemente por miedo a perderse algo del espectáculo que acababa de empezar.

Entonces Oliver Cutler dejó de sonreír y dijo:

—¿Qué tal si nos dejamos de evasivas y afrontamos el asunto?

Había dos cámaras de televisión a un par de metros. Estaba claro

que se dirigía a ellos.

—Al general Rivers quizá no le haga gracia cuando oiga lo que voy a decir —prosiguió Cutler—. Pero de lo que estamos hablando aquí, en el Mauna Loa, es de la Gran Erupción. G mayúscula, E mayúscula. Por eso, el señor Takayama, de Protección Civil, se ha dirigido a Leah y a nosotros y hemos venido desde Islandia todo lo rápido que hemos podido, en el avión que J. P. Brett ha tenido la amabilidad de enviarnos.

«Hijo de la gran puta —pensó Mac—. Pretencioso e interesado hijo de la gran puta». Pero sabía que intentar parar a Cutler en ese momento sería como intentar evitar que un volcán entrara en erupción.

—Probablemente tampoco debería decir esto —prosiguió Cutler—, pero creemos que si el ejército y la gente al mando del Observatorio Vulcanológico de Hawái no pone en marcha nuestro plan, Hilo corre un peligro grave e inminente.

Uno de los pocos vecinos de la ciudad que no había abandonado el edificio tras el temblor gritó:

—¡Eso no es lo que ha dicho el general!

—Yo le tengo todo el respeto del mundo al general Rivers, aunque no lo conozco demasiado personalmente. Pero es un hombre del ejército. De hecho, es el hombre del ejército. Y, precisamente por eso, casi está obligado a no contarles todo lo que sabe.Desgraciadamente, o quizá afortunadamente para Hilo, yo no tengo esa misma obligación.

Cutler miró fijamente a las cámaras.

—Tienen que saber que Leah y yo hemos podido examinar a fondo la estructura subvolcánica —dijo.

«Y una mierda la habéis examinado», pensó Mac, combatiendo la tentación de ir hasta allí y apartar a Cutler de las cámaras. Bajó la vista y vio que estaba apretando los puños.

Pero Mac sabía que apartar a Cutler de la prensa a rastras solo empeoraría su posición y la del ejército: la gente entendería que tenían algo que ocultar.

—Al principio tenía la esperanza de que la Isla Grande estuviera alejándose de lo que llamamos una pluma mantélica. Pero resulta que la pluma, que es como el corazón del volcán, ha ganado potencia durante la pasada semana, y acabamos de tener una nueva demostración de ello. Significa que se está acumulando cada vez más magma bajo el Mauna Loa y que está desplazándose a las capas altas, lo cual explica por qué sigue sacudiendo la superficie. Y por eso Leah y yo creemos que estamos hablando de una cantidad de lava más grande de la que hemos visto hasta ahora. Y cabe la posibilidad de que, si no actuamos rápidamente y con decisión, la amenaza se extienda más allá de Hilo.

Cutler cogió aire y luego lo soltó.

—Lo que corre peligro es toda la isla —dijo.

Los reporteros se pusieron a lanzarle preguntas todos a la vez y Cutler hizo un gesto con las manos pidiendo calma, igual que había hecho Rivers desde el estrado unos minutos antes.

—Eso es todo lo que puedo decirles de momento —dijo—. Leah y yo trabajaremos toda la noche rastreando estos eventos sísmicos repetidos tan inquietantes. Esos temblores de magnitud tres o más, que hasta ahora se producían cada tres días más o menos, se registran ya a diario. Y los temblores de magnitud cuatro o cinco que se producían una vez al mes se producen ahora cada semana.

Leah dio un paso adelante y miró de frente a las cámaras.

—El magma que les ha descrito mi marido no solo está ascendiendo: lo está haciendo bastante rápido, provocando que el terreno en torno al volcán se hinche hasta el punto de que puede explotar. Por eso, tenemos que actuar de forma agresiva y tenemos que hacerlo pronto.

—En resumen —dijo Oliver Cutler—, puede que no sea solo la Gran Erupción. Podría ser la Mayor Erupción de Todas. —Una vez más, hizo una pausa dramática—. Quizá la mayor que ha visto nunca el mundo.

47

Mac esperó hasta que la prensa se dispersara antes de acercarse a donde estaban los Cutler y Henry Takayama, frente al estrado.

—¿Tienes unos minutos para una charla antes de marcharte? —le preguntó Mac—. Considéralo un intercambio de información.

—Sí, claro —dijo Cutler—. ¿Aquí va bien?

—¿Qué tal fuera? —propuso Mac—. Probablemente necesite cinco minutos como máximo.

—Claro —dijo Cutler. Se volvió hacia Takayama, al que Mac había saludado solo con un gesto de la cabeza—. Henry, ¿por qué no volvéis Leah y tú a la villa? Esta noche los dos trabajaremos desde allí. Puedes decirle a nuestro conductor que ya iré por mi cuenta.

Leah Cutler y Takayama recorrieron el pasillo central y cruzaron la puerta doble, sin mirar atrás ninguno de los dos. Mac pensó que las luces del auditorio creaban un bonito reflejo en el mono plateado de Leah.

Una vez fuera, Mac miró alrededor para asegurarse de que estaban solos en la penumbra de la zona contigua al aparcamiento. Entonces agarró a Cutler de la pechera del mono, casi levantándolo del suelo, y le empujó con tanta fuerza contra la pared del estadio que Cutler se golpeó la cabeza.

—¿Es que has perdido la puta cabeza? —dijo Mac.

—¿Que yo he perdido la cabeza? —balbuceó Cutler—. Quítame las manos de encima, capullo.

—Sé lo que piensas, Ollie —dijo Mac—. ¿Dónde están tus amiguitos de la tele cuando más te hacen falta? —Le dio otro empujón y lo soltó. El doctor John MacGregor no recordaba la última vez que se había peleado con nadie, ni que hubiera estado cerca de hacerlo. Quizá en el instituto. Pero ahora estaba deseando hacerlo.

Aún tenía la cara pegada a la de Cutler, que estaba de un rojo encendido.

Pero Mac veía en los ojos de Oliver Cutler que no iba a hacer nada para que la situación fuera a más.

—¿Qué es exactamente lo que pensabas que estabas consiguiendo con eso? —preguntó Mac—. Aparte de hacer que os despidan a tu mujer y a ti, algo que, francamente, para mí sería un sueño. No sé por

qué estáis aquí Leah y tú. Quizá Rivers piense que podéis servirle para humanizar de algún modo toda esta situación. O quizá sea que, cuando Takayama os invitó a la fiesta, ya era demasiado tarde como para que pudiera hacer algo. No me importa una mierda. Lo que sí me importa es que me causes problemas a mí.

—Estaba diciendo la verdad —dijo Cutler.

—¿La verdad? —replicó Mac con un bufido—. Quizá esos capullos de los medios informativos se hayan creído esas gilipolleces de que habéis «examinado la estructura subvolcánica». —Mac levantó las manos para trazar unas comillas en el aire y el gesto hizo que Cutler se encogiera—. Pero los dos sabemos que eso no es verdad, ¿no? Leah y tú no sois sismólogos, ni empleáis a ningún sismólogo, porque no sois más que buscadores de erupciones. Resulta que sé dónde habéis estado desde el momento en que habéis llegado a esta isla. Y en el Mauna Loa *no* habéis estado. Ni tampoco en la sala de datos del OVH.

—¿Has mandado que me sigan, MacGregor?

—Intentamos no perder de vista a los potros desbocados —dijo Mac—. Incluso a los que van vestidos de animadoras de la era espacial.

Cutler no respondió a eso.

—La gente tiene derecho a saber qué es lo que pasa en el interior de esa montaña —dijo—. Y, por cierto, tú no eres mi jefe. Yo respondo ante el general Rivers, igual que tú.

Se deslizó hacia un lado para crear algo de espacio entre los dos. Allí, detrás del auditorio, no había nadie más.

—Te comportas como si me hubiera presentado voluntario —observó Cutler—. Y no es así. Me pidieron que viniera.

—Sí —dijo Mac—, ese administrativo, Takayama. Decidió que podías ser útil, solo que lo único que has hecho ahí dentro es comportarte como un idiota.

—Más vale que encuentres la forma de trabajar conmigo —dijo Cutler—, porque mi mujer y yo no nos vamos a ninguna parte.

Mac dio un paso adelante, pero Cutler consiguió mantener la posición.

—No, Ollie, no lo has entendido —dijo Mac—. Eres tú quien tiene que encontrar el modo de trabajar conmigo. O te aplastaré.

Dejó que las palabras quedaran flotando en el aire de la noche y luego fue a su coche, cerró la puerta de un portazo y se marchó. Estaba tan obsesionado con dejar atrás a Cutler que no vio a la joven de cabello oscuro que cruzaba el aparcamiento a la carrera desde el otro lado del edificio, haciéndole gestos desesperadamente para que parara.

48

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 60 HORAS

—¿Qué hará Rivers cuando descubra lo que ha contado Cutler a los medios informativos? —le preguntó Rebecca Cruz a Mac cuando regresaron al OVH.

—Con un poco de suerte, lo tirará a una de las zanjas que quiere abrir —dijo Mac.

Lo primero que tenían que hacer el equipo de Mac y el de Cruz Demolition era determinar el camino con mayor pendiente y más seguro que pudieran crear para la lava, desplegando su plan original de detonación selectiva. Ya de día, Mac y Rebecca se dirigirían al Mauna Loa para decidir dónde colocar los explosivos que ella detonaría de forma remota una vez que empezara a fluir la lava.

—Necesitamos la ubicación exacta de todos los tubos de lava que podamos encontrar, para sacarles el máximo provecho —dijo Mac a los del grupo, que estaban sentados de nuevo en torno a la larga mesa de la sala de conferencias—. También tenemos que encontrar lugares en la roca donde podamos cavar lo suficientemente profundo como para colocar nuestras bombas sin peligro. Obviamente, los que decidirán cómo hacerlo son nuestros expertos de Cruz Demolition.

—Tenemos que poner las bombas en fundas que las protejan del calor y tenemos que hacerlo rápido —dijo David Cruz.

—Y evitar así detonaciones prematuras —añadió su hermana, con una sonrisa sarcástica—. Eso nunca es bueno, ¿eh, chicos?

—Si pasara eso, ¿nos gustaría lo que pasaría después?

—No, no os gustaría —dijo Rebecca—. Pero estoy segura de que os lo podéis imaginar.

—¿Quiero imaginármelo? —dijo Jenny.

—No, eso tampoco —respondió Rebecca otra vez.

Por un momento, nadie dijo nada. Hasta que Mac rompió el silencio: —¿De momento lo tenemos claro?

Todos asintieron. Rick, Kenny y Pia Wilson volvieron a sus puestos para repasar los últimos informes sismológicos. Rebecca Cruz, su hermano y su primo Leo dijeron que iban a la sala de mapas para repasar los diagramas.

—¿Ahora mismo qué tienes en la agenda? —le dijo Rebecca a Mac.

—Jenny y yo nos vamos a dar una vuelta.

—¿Ah, sí? —dijo Jenny—. ¿Puedo preguntar adónde?

—Al Tubo de Hielo.

—¿Sabe el ejército que vamos para allá?

—Pensé que sería mejor sorprenderlos.

—Sí —dijo Jenny—. Estoy segura que al gran jefe le encantan las sorpresas.

—Estás conduciendo muy rápido —le dijo Jenny a Mac cuando se subieron al coche.

—Siempre conduzco rápido cuando intento salvar al mundo —dijo Mac.

—Bueno, si lo planteas así… —dijo Jenny, agarrándose al salpicadero en un viraje—. Pero no te voy a mentir, MacGregor: he tenido mejores citas.

Antes habían llamado al sargento Matthew Iona; Mac puso el manos libres. Iona le dijo que enseguida llegaría al Tubo de Hielo y le informó de que estaba comprobando el estado de los frascos cada pocas horas.

Después de que colgaran, Jenny le dijo:

—¿No te has preguntado por qué lo llaman Tubo de Hielo, en lugar de lo que es en realidad?

—¿Quieres decir un vertedero de residuos tóxicos en un volcán situado junto a otro mucho más grande que está a punto de explotar? —preguntó Mac.

—Sí —dijo Jenny—. Eso.

—¿He dicho que son residuos tóxicos letales?

—Crucemos los dedos.

—Quizá sería mejor persignarse.

Llegaron, se registraron y se fueron hacia la sala de taquillas, donde les esperaban sus trajes aislantes. Sus cascos estaban sobre las taquillas. Se cambiaron y volvieron al exterior, hacia el jeep del ejército que Iona tenía ya listo, esperándolos.

Mac condujo más despacio por el camino que subía la montaña. En un momento dado, se volvió hacia Jenny y vio que sonreía. Tenía ambos cascos sobre el regazo.

—¿Por qué tienes esa cara? —le preguntó Mac.

—¿Qué cara?

—Pareces contenta, lo cual es curioso, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Simplemente estoy contenta de estar haciendo esto contigo —dijo Jenny—. Me siento honrada, en realidad, aunque espero que no

suene demasiado presuntuoso. Y espero que el general Rivers se dé cuenta de la suerte que tiene de que estés dirigiendo todo esto.

—¿Estoy dirigiéndolo? ¿Tú crees?

—Los dos sabemos que sí —dijo ella.

—Pues no seré yo quien se lo diga a Brett y a los Cutler.

—La verdad es que no sé por qué quiere Rivers que participen en todo esto.

—Si hubiera dependido de él, no tengo muy claro que los hubiera traído —comentó Mac—. Pero, ahora que están aquí, le encajan bien en la que entiendo que es una de las primeras reglas de mando en el ejército.

—¿A saber…?

—Que tienes que cubrirte el culo todo lo que puedas —dijo Mac—. Cuanta más gente haya en el equipo del general, más personas con las que compartir la culpa si algo sale mal.

—¿Y qué ha pasado con lo de dar la cara por la tropa?

—A veces la tropa va bien para esconderse detrás —dijo Mac—. Pero míralo así, Jenny. Si algo sale mal, no quedará nadie a quien echar las culpas.

—No quedará nadie, y punto —dijo ella.

Volvieron a hablar sobre la confianza que había puesto en ellos Rivers, sobre el secreto que compartían todos. Jenny se preguntaba si les habría contado todo aquello porque les respetaba o por necesidad, y Mac respondió que probablemente sería un poco de cada cosa. Quizá no confiara en Mac, Jenny o Rebecca Cruz por completo. Pero Rivers había dejado perfectamente claro que no confiaba en J. P. Brett ni en los Cutler.

Siguieron adelante en silencio durante unos minutos.

—Esto lo tenemos… controlado. ¿Verdad, Mac? —preguntó Jenny por fin—. Dime que lo tenemos controlado.

Él sonrió.

—En mi caso —respondió él—, no voy a esconderme detrás de la tropa.

—No me digas —dijo ella, y ambos consiguieron soltar una risa.

Mac paró el jeep junto al del sargento Iona; estaban a unos cien metros de las luces de la entrada. A partir de ahí, irían a pie.

Pero, en el momento en que bajaban del jeep, con los cascos en las manos, vieron al sargento Matthew Iona corriendo ladera abajo hacia ellos mientras unos hombres con trajes protectores NBQ corrían en dirección contraria, hacia la entrada del Tubo de Hielo.

49

EXTERIOR DEL TUBO DE HIELO, MAUNA KEA, HAWÁI

Mac y Jenny se quedaron donde estaban, junto al jeep, y esperaron a que Iona llegara a su altura.

Oyeron el ruido del motor de otros jeeps a sus espaldas y de pronto se encontraron envueltos en las luces de sus focos; de hecho, tuvieron que apartarse para evitar que les rozaran.

En aquellos jeeps iban más hombres con trajes NBQ. En cuanto ellos pararon, los hombres fueron corriendo al interior, todos con linternas LED y lo que parecían unas enormes pistolas, pero que Mac identificó como extintores de fuego frío.

Un minuto más tarde, llegó un coche de bomberos del ejército, con dos soldados en la cabina y otro de pie junto a una bomba de agua, con la manguera ya en la mano.

El coche de bomberos paró junto a los jeeps: el soldado de atrás ya estaba en el suelo, tirando de la manguera hacia la entrada.

Iona llegó a la altura de Mac y Jenny sin aliento, hinchando y deshinchando el pecho bajo el traje amarillo. Cuando se quitó el casco, Mac vio el sudor que le caía por el rostro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mac.

Iona intentó hablar, pero aún tenía la respiración muy agitada. No apartaba la vista de la entrada, de donde empezaba a salir humo.

—¡Iona! —dijo Mac, agarrándolo del brazo y tirando de él—. ¿Qué demonios está pasando ahí?

—Ha habido... ha habido una fuga —informó—. Uno de los frascos rotos... Básicamente estamos intentando limpiarlo.

—¿Y qué es lo que creen estos hombres que están intentando limpiar? —preguntó Mac.

—Residuos nucleares desactivados —dijo Iona—. De buques de la Marina y de plantas nucleares privadas. Se les ha dicho que llevan aquí treinta años. Incluso algún residuo solidificado. —Iona miró a su alrededor. Estaban solos, pero, aun así, bajó la voz—. Les hemos hecho tomar las mismas precauciones que tomarían si supieran lo que contiene realmente ese frasco.

—¿Está seguro de que no es más que un frasco? —dijo Mac.

—Sí.

Mac miró hacia allá. Quería verlo más de cerca. Le dijo a Jenny que se quedara donde estaba y echó a correr ladera arriba; solo consiguió penetrar en la cueva unos diez metros antes de que uno de los hombres vestidos con trajes NBQ le cortara el paso. La voz del soldado sonaba metálica y casi inaudible tras la máscara:

—No puede seguir adelante —dijo, plantándose frente a Mac.

—Trabajo para el general Rivers —informó Mac.

—Yo también —dijo el soldado.

Más allá, Mac pudo ver la mancha negra cerca de la entrada, como si se hubiera derramado un gran tintero.

50

Si Mac hubiera llevado un traje NBQ, quizá habría intentado acercarse algo más, pero no lo llevaba. No tenía muy claro qué significaba la mancha negra, pero le había llamado la atención.

Volvió a bajar por la ladera hasta Jenny.

—¿Qué has podido ver? —preguntó ella.

—Algo que me ha hecho cagarme de miedo —dijo. Le contó lo que había oído al llegar al OVH sobre un incidente en el jardín botánico tras el que se habían presentado hombres vestidos con trajes NBQ que habían arrasado el lugar.

—Intenté enterarme de algo más —dijo Mac—, pero el episodio no constaba en ninguna parte.

—¿Tú crees que lo que ocurrió allí guarda alguna conexión con el contenido de esos frascos? —preguntó Jenny.

—Lo que sé es que estamos a punto de mover cielo y tierra para evitar que el flujo de lava se acerque a este sitio.

—Tenemos que suponer que saben cómo contener esto —dijo Jenny.

—Fue el ejército el que creó este maldito problema —replicó Mac.

Pasaron diez minutos.

Luego veinte.

La mayoría de los tipos con trajes de protección estaban en el interior del Tubo de Hielo. Allí fuera reinaba un silencio inquietante, después de todo el jaleo de los jeeps y del camión de bomberos.

Mac fijó la vista en la entrada. No entraba ni salía nadie. Quería saber qué estaba pasando dentro. Odiaba no saberlo. A veces lo único que le daba miedo en el mundo era no saber.

Treinta minutos.

Cuarenta.

—¿Qué demonios están haciendo ahí dentro? —preguntó Mac.

Jenny le cogió la mano con delicadeza.

—Respira —le dijo ella.

—Como si fuera tan fácil.

El ruido del motor de un vehículo volvió a alterar el silencio en el exterior de la cueva. Se giraron y vieron que era otro jeep que se dirigía hacia ellos, con el coronel Briggs al volante. Frenó de golpe a

unos metros, haciendo saltar piedras y polvo volcánico. Tras el jeep, iba un camión de carga.

El general Mark Rivers iba en el asiento del acompañante del jeep. Rivers iba de uniforme, pero no llevaba equipo de protección. Pasó junto a Mac y Jenny sin decir una palabra y entró en la cueva.

Briggs salió corriendo para estar a su altura.

Pasaron más minutos. Mac y Jenny se quedaron donde estaban. Entonces, lentamente, fueron saliendo hombres vestidos con el traje de protección, uno tras otro. El coche de bomberos se fue, y luego los otros jeeps. Los últimos tres que quedaron fueron el de Mac y Jenny, el de Iona y el que había traído Briggs; era como si fueran los últimos coches de un desfile.

Briggs salió de la cueva con el sargento Iona al lado. El último en salir fue el general Mark Rivers.

Se acercó a Mac y Jenny a paso ligero, muy recto, como siempre, como si fuera a pasar revisión a las tropas. Se paró justo delante de Mac.

—¿Ha sido solo ese frasco? —preguntó Mac.

—Lo hemos contenido —dijo Rivers. Luego les dijo a Mac y a Jenny que ya se podían ir. El ejército acabaría con aquello, y él también se iba a marchar.

Unos segundos después de que Mac y Jenny se fueran, un soldado con traje NBQ bajó corriendo por la ladera en dirección a Rivers: —Tiene que venir conmigo, señor —dijo el soldado—. Pero primero tendrá que ponerse uno de estos trajes.

Rivers cogió un traje protector amarillo de la parte trasera del camión y enseguida se lo puso. El coronel Briggs, que también llevaba protección, le esperaba con otros tres soldados en el interior del Tubo de Hielo.

El cuerpo que tenían a sus pies también llevaba un traje amarillo, pero tenía la manga derecha rasgada. Los guantes habían desaparecido. La mano derecha ya se le estaba poniendo negra.

—Debe de haberse cortado con un saliente de la pared —dijo uno de los soldados, que luego añadió—: Es uno de los primeros que ha entrado.

—¿Así de rápido es? —preguntó Rivers.

—No siempre, señor —respondió Briggs—. Pero puede serlo. Y, en este caso, lo ha sido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rivers.

—Sargento Lalakuni —dijo Briggs—. Tommy.

Rivers se quedó mirando la mano.

—¿Familia?

—Según sus compañeros, su mujer murió el año pasado en un accidente de tráfico en Honolulu —dijo Briggs—. Los padres, ambos de aquí, están muertos.

Rivers miró el cuerpo más de cerca.

—No toque nada, señor —dijo Briggs.

—¿Quién le ha quitado el guante? —preguntó Rivers.

—Él mismo —dijo uno de los soldados—. Dijo que sentía como si estuviera ardiendo.

Las luces eran tan intensas que podían ver cómo la cara de Lalakuni iba volviéndose negra tras la máscara.

Durante unos segundos, nadie dijo nada; todos se quedaron mirando el cuerpo.

—El sargento Lalakuni ha muerto en un accidente relacionado con la lava —dijo Rivers. Y esperó un momento, mirándolos a todos uno por uno—. ¿Ha quedado claro?

Todos parecían aliviados al levantar la vista del cuerpo. Asintieron.

Se produjo otro silencio inquietante, más largo que el anterior, hasta que por fin uno de los soldados preguntó: —¿Qué vamos a hacer con él?

El general Mark Rivers no dudó:

—He visto palas en la parte de atrás de ese camión —dijo—. Id a por ellas.

—¿Dónde piensa enterrarlo, señor?

—Aquí.

51

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI
DOMINGO, 27 DE ABRIL DE 2025

Cuando acabaron con la limpieza en el interior y el exterior de la cueva, el sargento Noa Mahoe fue uno de los primeros en volver a la base. Había sido un buen soldado y había cumplido con su deber, pero tenía planes.

Noa tenía una cita.

Y no cualquier cita. Iba a verse con Leilana Kane en el Hale Inu Sports Bar, su local favorito. Habían quedado a las once, cuando ella saliera de trabajar —era camarera en el Ohana Grill—, pero, cuando Noa se enteró de lo del vertido en la cueva, la había llamado para decirle que llegaría tarde.

Hasta esa noche, Noa no había entrado nunca en la cueva conocida como el Tubo de Hielo. Lo único que sabía era que era una especie de almacén *top secret*. Cuando sonó la alarma, todos se pusieron el equipo, subieron a la montaña en sus jeeps y limpiaron el estropicio, pero nadie les dio ninguna información de lo que estaban limpiando.

A él le daba igual; no le preocupaba.

Lo que le preocupaba era salir de la base y llegar a la ciudad, y quería hacerlo antes de que el resto de los que habían estado en el interior de la cueva llegaran siquiera a la base. Sabía cuál era el protocolo: dejar el traje protector en un montón con los otros en lo que llamaban «la cabina radiactiva». Ducha con un jabón desinfectante especial. Ponerse ropa limpia. Pasar por el detector de radiación, tras lo cual te ponían un sello en la mano.

Todo porque habían estado cerca de algún tipo de residuo que llevaba almacenado en la cueva desde los años noventa, o eso les habían dicho. También les habían dicho que todo lo que había ocurrido esa noche era información clasificada y que no podían hablar de ello con civiles, ni siquiera con familiares.

Pero Noa no tenía tiempo para seguir todo ese proceso; esa noche no. Leilana le estaba esperando y su compañera de habitación estaba fuera, así que era su noche.

De modo que volvió a ponerse las botas, los vaqueros y una camiseta blanca, regresó al barracón, que estaba vacío, se dio una

ducha rápida y fue hacia la puerta principal. Por algún motivo, incluso después de la ducha, estaba sudando como un loco. Le preocupaba presentarse en el bar con la camiseta cubierta de manchas de sudor. Sentía más calor que cuando llevaba el traje protector, dentro de aquella cueva, que era como un horno.

Quizá su cuerpo aún creyera que seguía ahí dentro. Quizá fuera porque tenía el corazón desbocado. «Estás encendido a causa de Leilana», se dijo.

Cuando se acercó a la valla, una guardia le llamó por su nombre.

—Debes de haber ido con el primer retén —dijo la sargento Ulani Moore—. La mayoría ni siquiera ha regresado aún.

—Sí —dijo Noa—. Querían que saliéramos todos de allí. Es tarde.

—¿Tienes el sello?

Él se le acercó. Los dos habían hecho la instrucción juntos. Probablemente fuera su mejor amiga en el ejército.

—Mira —le dijo en voz baja—, he hecho todo lo que se suponía que debía hacer, pero el caso es que tengo una cita.

Eso hizo que Ulani sonriera.

—Así que los milagros existen.

Él le contó con quién había quedado, por qué se marchaba y lo retrasado que iba ya.

—¿Puedes hacerme un gran favor y dejarme salir sin el sello solo por esta vez? —dijo Noa.

Ulani miró alrededor.

—Pasa.

Le abrió la valla y Noa echó a correr por la carretera hacia el aparcamiento civil.

Seguía encendido.

Media hora más tarde, Ulani Moore estaba en un despacho frente al general Mark Rivers. De no haber sido una sargento del ejército de Estados Unidos, una sargento que se enorgullecía de ser tan dura, fuerte y capaz como cualquier hombre de la base, se habría echado a llorar.

Estaba entre asustada e intimidada. Había cometido un grave error y la habían llamado enseguida. Y no su jefe inmediato, sino nada menos que el jefe de todo el mundo en todas partes.

—He visto las imágenes de cómo abría la valla —informó Rivers—. Pero, como el joven no iba uniformado, no hemos podido identificarlo. Así que va a decirnos usted quién era. ¿Verdad, sargento?

No le estaba gritando, pero, de algún modo, Ulani tuvo la sensación de que lo hacía.

—¿Va a licenciarme por esto, señor? —preguntó Ulani—. Debo decirle que lo único que he deseado en la vida es ser soldado, señor.

Rivers no había oído lo que le había dicho, o simplemente no le importaba lo más mínimo.

—¿Quién era?

—Un amigo mío.

—No lo preguntaré otra vez.

Rivers tenía el cuerpo completamente inmóvil y sus fríos ojos azules clavados en ella, como si se le hubieran congelado.

Se lo dijo.

—¿Le dijo adónde iba?

—¿Es importante, señor?

—Después de que saliera de esa cueva, han pasado muchas cosas —dijo Rivers—. Y no debería haber salido de esta base. Vamos a dejarlo ahí.

Ulani Moore le dijo dónde le había dicho que iría el sargento Noa Mahoe.

—Puede retirarse —dijo Rivers.

—¿Qué le va a pasar? —preguntó ella.

—No es asunto suyo.

—¿Me da permiso para hablar libremente, señor?

—Si está absolutamente segura de que quiere hacerlo... —dijo Rivers.

—¿Qué se suponía que debía hacer? —le preguntó, sin poder reprimir una risita nerviosa—. ¿Dispararle?

Aquellos ojos azules no parpadearon.

—¿Sabiendo lo que yo sé ahora? —dijo Rivers—. La respuesta es sí.

52

HALE INU SPORTS BAR, HILO, HAWÁI

Estaban sentados en una mesa junto a la pared, bajo una de las pantallas de televisión, cogidos de las manos y actuando como si estuvieran solos en el atestado bar.

Noa pensó que Leilana estaba más guapa que nunca, si es que era posible algo así. La primera vez que la vio, en el Ohana Grill, le pareció que era de otra liga. Estaba seguro de ello.

Y, sin embargo, ahí estaban.

—¿Es que has venido corriendo? —le preguntó—. Parece como si te hubieras quemado con el sol —Le tocó la cara con sus dedos fríos—. Por Dios, Noa, estás ardiendo.

Él volvió a pensar en la base, en la ducha que no se había dado de acuerdo al protocolo, en las botas que no se había cambiado.

Pero no, aquello era una tontería. Lo que sentía era el subidón de adrenalina, la excitación de estar con ella.

—Si hubiera sido necesario, habría corrido —dijo—. Tenía miedo de que no me esperaras.

Ella le preguntó cuál había sido aquella gran emergencia. Él le contó todo lo que pudo, haciendo que sonara como un guion de *Misión Imposible*.

Sonrió. Ella sonrió. Ambos se habían acabado su primera cerveza Big Island. Noa quería otra, bien fría, para ver si se refrescaba.

Lo que más le apetecía en aquel momento era ponerse la jarra helada contra la frente.

—¿La erupción va a ser tan terrible como dicen? —dijo ella—. Los titulares del *Star-Advertiser* hablan de ¿«la Mayor Erupción?», con signos de interrogación. ¿Será verdad?

—No te preocupes —dijo él. Cogió las jarras vacías y se dirigió a la barra—. Yo te protegeré.

Se dijo a sí mismo que esa noche era el mismo Tom Cruise. Noa llegó hasta la barra y le hizo un gesto al camarero. Observó que tenía el dorso de la mano de un rojo encendido. La mano en la que no llevaba el sello.

Estaba mirándose la mano, casi hipnotizado por el color que tenía, preguntándose si algo iba terriblemente mal, cuando unos hombres

vestidos con trajes NBQ idénticos al que había dejado apilado con tantos otros en la base entraron por la puerta a toda prisa.

Al verlos, Noa pensó en los soldados imperiales de *La guerra de las galaxias*.

E iban directos hacia él.

—¿Sargento Noa Mahoe? —preguntó el primero de los soldados, oculto tras la máscara.

—Sí —dijo Noa—. Sí, señor.

Ahora, más que nunca, notaba como si estuviera quemándose por dentro. Todo el mundo lo miraba, incluida Leilana, pero lo que sentía era algo más que vergüenza, estaba seguro de ello.

—Tiene que venir con nosotros —le espetó el soldado—. Ahora.

—Todos los demás —gritó otro del grupo— quédense donde están y no intenten salir.

La multitud se quedó en silencio, pero aquello no duró mucho.

—Que te jodan, Ironman —gritó un grandullón que estaba en la barra, un nativo vestido con una camisa de flores.

—No le conviene crear problemas, señor —le dijo el primer soldado imperial.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó el grandullón.

Intentó empujar a un par de soldados, pero ellos le golpearon con fuerza, lanzándolo contra Noa. Fue como si lo hubiera atropellado un coche.

Ambos cayeron al suelo.

Noa oyó gritos a su alrededor y vio cómo caía al suelo alguien más.

Hubo más gritos; Noa tuvo la impresión de que entraban más hombres por la puerta.

Se oyó una refriega y luego le cayó encima otro cuerpo, dejándolo sin aliento. Hizo un esfuerzo para salir de debajo de los hombres que lo tenían aprisionado contra el suelo cubierto de serrín.

Mientras se retorcía para escabullirse, miró hacia la mesa donde estaba antes con Leilana.

Había desaparecido.

Lo último que pensó el sargento Noa Mahoe antes de desmayarse fue que alguien le había prendido fuego.

53

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI

Mac no dejaba de pensar en aquellos frascos.

Sobre todo se preguntaba cómo era posible lo que el ejército estaba haciendo, que estuviera construyendo aquello en el Mauna Loa y el Mauna Kea y no hubiera podido encontrar un modo de sacar los frascos de allí.

Pensó en los frascos cuando él y su equipo intentaban trazar los últimos detalles de un plan para evitar que el líquido que contenían llegara a la atmósfera si les alcanzaba la lava, pero se veía tan impotente como lo estaría el resto del planeta en unos días.

Un planeta cuyos habitantes no tenían ni idea de lo que podía estar a punto de pasar en una isla en medio del océano Pacífico.

Todo el mundo crecía temiendo que una guerra nuclear pudiera acabar con el mundo. «Bueno —pensó Mac—, pues aquí está».

Recordaba vagamente que, en su colegio católico, le habían hablado de las diez plagas de Egipto citadas en el Antiguo Testamento, que habían destruido a ciertos grupos de personas, perdonando a otros.

Pero esta plaga no perdonaría a nadie ni a nada; destruiría toda la vida del planeta. Al principio a Mac no le cabía en la cabeza que pudiera ser así, no podía procesarlo de forma racional.

Ya no.

El fin. Mac pensó que el verdadero Tubo de Hielo era el que sentía dentro; conociendo la magnitud de la situación y viendo cómo iba avanzando el reloj, implacablemente, sentía como si algo atenazara su corazón hasta congelarlo.

Sus hijos… eran su corazón.

Miró una de las fotos que tenía de ellos sobre la mesa: una fotografía en blanco y negro en un pequeño marco plateado en la que aparecían él y sus hijos en una excursión de pesca a Montana. Cuando levantó la vista, le sorprendió ver a Jenny de pie en el umbral.

—Eh —dijo ella—. ¿Estás bien?

—Ni de lejos.

Ella rodeó la mesa y miró la fotografía que tenía en la mano.

—Sé lo mucho que los echas de menos, Mac —dijo Jenny.

Él dejó la foto enmarcada con delicadeza, como si se pudiera romper si no iba con cuidado.

—¿Y si no vuelvo a verlos? —preguntó.

—Los verás.

Lo que le salió después fue como una explosión; no pudo controlarse.

—¡Eso no lo sabes! ¡Nadie lo sabe!

Sabía que Jenny pensaría que estaba enfadado con ella, pero no tenía nada que ver con ella, su mejor amiga, su compañera de fatigas y tantas otras cosas, que quizá dejara de serlo si no conseguían mantener alejada la lava de aquella cueva.

Pero era Jenny. Si él sabía todo eso, ella también.

—Perdona —dijo.

—Sabes que conmigo no tienes que disculparte.

—Sí —dijo él—. Tengo que hacerlo.

Jenny se sentó en el borde de la mesa.

—No puedo hacer esto —dijo él, con una voz que era poco más que un suspiro.

—Entonces estamos jodidos —replicó ella, sonriendo. Pero no consiguió que él le correspondiera con otra sonrisa.

—A veces entro aquí, cierro la puerta, me siento tras esta mesa e intento pensar qué me habré perdido —dijo—. Y, de pronto, sin más, siento unas ganas tremendas de atravesar una de estas paredes de un puñetazo. —Bajó la vista y vio sus puños apretados—. ¡Yo no me he apuntado a esto!

No le importaba si alguien le oía desde fuera.

—Ninguno de nosotros lo hemos hecho —dijo Jenny con voz suave —. Y, sin embargo, aquí estamos. Y lo único que te quiero pedir es que no dejes que nadie más te vea de esta manera. Porque tú no eres así, y los dos lo sabemos.

—Tengo derecho a sentirme así, Jenny —dijo Mac—. Y tengo derecho a decirte ahora mismo que no tenemos la más mínima posibilidad de sacar esto adelante.

Ella pasó por detrás de él y abrió el cajón de abajo, donde sabía que guardaba una botella de Macallan y dos vasos. Sirvió uno para cada uno.

Bebieron, y Jenny se secó la boca con el dorso de la mano en un gesto ostentoso.

—Y ahora, por favor, cierra esa bocaza y ponte al trabajo, porque eso es lo que voy a hacer yo —dijo Jenny. Y cuando llegó a la puerta, añadió—: Tú siempre me dices que si este trabajo fuera fácil, cualquiera podría hacerlo.

Y salió.

Mac notó la tensión en la voz de Briggs cuando el coronel lo llamó y le dijo que tenía que ver algo inmediatamente. Era como si Briggs quisiera extender la voz para que llegara lo más lejos posible y sonaba tan forzada que parecía que, en cualquier momento, podría quebrarse. Le dijo a Mac dónde estaba: en una cabaña apartada, al final de la carretera de Pe'epe'e Falls, cerca de una serie de balsas borboteantes conocidos en Hilo como los Calderos Ardientes.

—De camino, pase por la base y recoja su traje NBQ.

54

Briggs le estaba esperando frente a lo que parecía una cabaña de troncos de estilo antiguo en medio del bosque que había sobre Pe‘epe‘e Falls Road, a casi dos kilómetros de las últimas luces que había visto Mac mientras recorría lentamente un camino de tierra por el que apenas cabía su jeep.

Frente a la cabaña, había más soldados, también con sus trajes protectores, provistos de potentes linternas.

Mac enseguida vio que los arbustos que los lugareños llamaban algodón hawaiano se habían teñido de negro, como si se hubiera producido un vertido de petróleo y lo hubieran absorbido. Las higueras de Bengala a ambos lados de la puerta principal también estaban negras y empezaban a marchitarse; tenían las ramas finas como cerillas. Olía a incendio forestal, aunque no había ni rastro de humo en el bosque que rodeaba la cabaña.

Solo había tierra quemada por todas partes.

—Sígame —dijo Briggs.

Unos focos Nomad alimentados con baterías iluminaban el interior, un espacio único en el que solo había unas cuantas sillas en torno a una mesa de cocina cubierta de latas de cerveza, botellas de whisky vacías y ceniceros llenos de colillas.

Y en el suelo había tres hombres, todos ellos con los ojos y las bocas abiertos, como si hubieran muerto jadeando, ahogados.

Pero eso no era lo peor.

Tenían el rostro, el cuello, los brazos, las manos y los pies tan negros como los árboles y los arbustos del exterior. Era como si los vaqueros y las camisetas que llevaban los muertos se hubieran calcinado de pronto.

Solo que no había ni rastro de fuego en la cabaña.

Mac habría querido apartar la mirada de los cuerpos, pero no podía. La vista se le iba de uno a otro. Oyó cómo se le aceleraba la respiración, cada vez más rápida, hasta tal punto que temió haber enfermado él mismo.

—Hemos recibido una llamada hace una hora —dijo Briggs, que también tenía la vista puesta en los cuerpos.

—¿De quién?

O Briggs estaba perdido en sus pensamientos ante aquella escena y no lo oyó o hizo caso omiso.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —insistió Mac.

—La muerte negra —dijo Briggs. Hizo una pausa y luego añadió—: En todos los sentidos.

Le habló a Mac del cadáver del sargento Tommy Lalakuni en el Tubo de Hielo, del jirón en su traje protector, y le contó que había muerto igual que aquellos hombres. Los restos de sus ropas tenían el aspecto de las cenizas de una parrilla, como lo que habían visto en el exterior, bajo los arbustos y los árboles.

—Da la impresión de que era una especie de refugio —dijo Briggs.

—Sí, y muy calentito —dijo Mac en voz baja.

No quería estar en esa habitación con esos cadáveres. La necesidad de salir de allí era apremiante; el olor se hacía cada vez más intenso, aun a través de la máscara. Quería salir inmediatamente. Pero Briggs no salía, así que él tampoco lo hizo.

—¿Tiene alguna idea de quiénes son estos hombres? —preguntó Mac.

—De los nuestros —dijo el coronel James Briggs—. Formaban parte de la escuadra de limpieza del Tubo de Hielo. —Hizo una pausa—. Y no cumplieron con el protocolo tal como se les ordenó.

Mac se giró hacia los cuerpos, que parecían haberse vuelto aún más negros en ese rato.

—Cuando el general Rivers salió de la cueva, dijo que habían contenido la fuga.

—Eso pensaba él —dijo Briggs—. Fue antes de que supiera lo del cuerpo que había dentro de la cueva. —Luego bajó la voz y añadió—: He visto fotos de Vietnam. Esto es lo que hacía el napalm.

Por fin salieron. Uno de los árboles que había visto Mac al llegar había desaparecido, convertido en un montón de ceniza. Mac vio el vapor, transportado por el aire de la noche, que desprendían los arbustos, al tiempo que se consumían y caían sobre sí mismos.

Briggs le dijo que había otro soldado en la enfermería, aún vivo, en cuarentena y bajo vigilancia armada hasta que pudieran transportarlo al hospital de Hilo. Había salido del Tubo de Hielo y luego se había escabullido de la base sin pasar por la limpieza preceptiva y el control de los niveles de radiación, antes de saber lo que le había ocurrido al sargento Lalakuni.

—Así que resulta que ese sargento no fue el único —comentó Briggs—. Estos tres también debieron de saltarse los controles de seguridad. Quizá pensaron que necesitaban tomarse unas cervezas... Uno de ellos intentó llamar a la base cuando se dieron cuenta de lo

que les estaba sucediendo.

—¿Es posible que haya más? —preguntó Mac.

Briggs vaciló. Y a Mac aquello no le gustó nada.

—No lo sabemos —dijo Briggs, con la mirada puesta en el suelo.

—¿Cómo narices puede no saberlo? —gritó Mac.

—Porque no lo sabemos —respondió Briggs, mirando a Mac—. Esto es a lo que nos enfrentamos si el contenido de esos frascos se dispersa.

—Una plaga que podría estar extendiéndose por Hilo ahora mismo —dijo Mac.

Briggs asintió.

—Sea lo que sea lo que tengan que hacer para proteger esa cueva, sea lo que sea lo que crean que están haciendo, tienen que hacer más —dijo Mac—. ¿Rivers está al corriente de esto?

—Fue él quien me dijo que le llamara —respondió Briggs.

—Tengo que ponerme al trabajo —dijo Mac.

Mac y el general Rivers no tenían previsto reunirse hasta las seis de la mañana, pero la reunión tendría que adelantarse. No era fácil correr con un traje NBQ, pero Mac consiguió mantener la verticalidad mientras bajaba por el camino hacia su jeep. Cogió el teléfono móvil, llamó a Rivers y le dijo al general que lo vería en su despacho en cuanto se hubiera limpiado.

—Eso ha sonado como si fuera una orden —dijo Rivers.

—Porque lo es —respondió Mac.

—Sigue usted trabajando para el ejército —protestó Rivers.

—¿Y de qué me está sirviendo hasta ahora?

55

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

En el despacho en el que se había instalado temporalmente, Rivers no dijo nada sobre la situación de los soldados muertos, que básicamente habían salido del Tubo de Hielo con una sentencia de muerte.

Y que habrían hecho una o dos paradas antes de llegar a su cabaña entre los bosques cercanos a Hilo.

—He combatido en Oriente Medio —dijo Rivers—; he vivido en un mundo de artefactos terroristas y de lunáticos con explosivos pegados al pecho. Y aquí estoy, sin tener ni idea de cuánto falta para esa erupción, con la sensación de que toda esta isla se ha convertido en una bomba de relojería.

Apoyó los codos en la mesa y hundió el rostro entre las manos.

—Y ahora, además de eso, como algunos de los soldados a mis órdenes pensaron que no tenían por qué cumplir con las normas, puede que tenga una pandemia en ciernes —dijo Rivers—. Solo que esta acaba con la gente frita como si fuera una jodida patata.

Mac ya se había cambiado y se había puesto un suéter y unos vaqueros. Habían recogido su traje NBQ y le habían hecho pruebas de radiación que dieron negativo.

«De momento», pensó.

—¿Les decimos a los demás lo que acabo de ver? —le preguntó Mac a Rivers—. ¿Y va a contarles lo del cadáver de la cueva?

—De ninguna manera —dijo Rivers.

—No me gusta nada ocultarles cosas a los miembros de mi equipo —observó Mac.

—Tienen que concentrarse en lo que está a punto de ocurrir en la cumbre de esa montaña.

—Tiene razón.

En los labios de Rivers, asomó una sonrisa casi imperceptible.

—Tenía que ocurrir antes o después. —Se levantó y fue a por más café—. Voy a traer barcos al puerto de Hilo. Empezarán a llegar esta mañana —dijo—. Tenemos que evacuar a todos los que podamos.

—¿Toda la ciudad? —preguntó Mac.

—No tenemos tiempo suficiente para eso. Usaremos sus esquemas y nos centraremos en los barrios que creemos que son más

vulnerables. Les diremos a la gente que tiene que marcharse, igual que hacemos en el continente cuando se acerca un huracán.

—No puedo estar en contra de eso —dijo Mac.

—Es la ley marcial —dijo Rivers, encogiéndose de hombros—. Y yo soy el jefe del ejército.

—Está haciendo lo que tiene que hacer —dijo Mac—. Supongo que es lo que ha hecho siempre.

El general se sentó de nuevo.

—Le necesito, doctor MacGregor, más que nunca. Quizá más de lo que pensaba que le necesitaría. —Y, antes de que Mac pudiera responder, Rivers levantó una mano—. Soy de los que aprenden rápido —dijo—. Siempre lo he sido, desde mis tiempos en la academia. El primero de la clase. Soy un cabrón espabilado. Pero los cabrones espabilados de verdad saben lo que no saben y saben cuándo están en un terreno que no dominan. —Esbozó una sonrisa—. ¿Ve adónde quiero ir a parar?

—Dígame qué necesita de mí —dijo Mac.

—Para lo que queda de día, y todo el tiempo que haga falta, necesito que sea usted el que tome las decisiones sobre cómo proteger esos frascos letales —dijo Rivers—. Aunque quiero que parezca que soy yo quien toma las decisiones.

Mac necesitaba salir de ahí e ir a hablar con Rebecca. Pero sabía que aquello también era importante. Ahora era él quien sonreía.

—Sí que es un cabrón espabilado.

—Seguiremos hablando con una sola voz —dijo Rivers—. Eso quiero dejarlo claro.

Mac veía lo difícil que era para un hombre tan poderoso, un hombre que tenía el mando y la autoridad grabados en su ADN, ceder el control de aquella manera.

Subordinarse.

—Pero esa voz será su voz, a partir de este momento —añadió Rivers.

El general se puso en pie y le tendió la mano desde el otro lado de la mesa. Mac se levantó y se la estrechó y, en ese momento, tuvo la sensación de que se estaban despidiendo.

—Ahora dígame qué necesita usted de mí —dijo.

Y Mac se lo dijo.

56

OFICINA CENTRAL DE PROTECCIÓN CIVIL
DEL CONDADO DE HAWÁI, HILO, HAWÁI

La tarima con los micrófonos estaba instalada al final de la larga vía de acceso que iba de Ululani Street hasta el edificio principal.

Las cadenas de televisión local y los periódicos habían enviado comunicados sobre la rueda de prensa de Rivers, sin especular sobre por qué iba a hablar en público a una hora tan temprana, ni sobre qué noticias podía dar, más allá de lo que había dicho en el auditorio la noche anterior.

Las camionetas de televisión estaban aparcadas a una manzana de distancia de las barreras de control en las que montaban guardia los soldados de uniforme. Tras los reporteros y los fotógrafos, se estaba congregando una cantidad considerable de mirones.

Mac y Rebecca estaban en el Mauna Loa colocando banderas rojas en los puntos donde pensaban enterrar los explosivos una vez coordinadas las posiciones con el ejército, pero se pararon a mirar la pantalla del móvil de Rebecca cuando Rivers se situó ante los micrófonos.

Rivers habló deprisa, casi como si no quisiera que lo que estaba diciendo calara en el público. Habló a grandes rasgos sobre explosivos colocados en el terreno y un bombardeo aéreo, sobre zanjas y murallas y sobre el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Si no supieran que no era cierto, habrían jurado que el jefe del Estado Mayor Conjunto estaba leyendo en un teleprónter.

—Son medidas extremas, pero necesarias, propuestas por nuestro equipo de expertos —dijo Rivers—. Algunas de ellas, en particular los bombardeos aéreos, no tienen precedentes. Pero quiero dejar algo claro: no haríamos nada de todo esto si no creyéramos que iba a funcionar.

Un reportero de televisión hizo una pregunta, pero ni Mac ni Rebecca consiguieron distinguir lo que había dicho.

Rivers levantó una mano, como un guardia urbano parando el tráfico.

—Ya habrá tiempo para preguntas más tarde, porque ahora tenemos que ponernos manos a la obra —prosiguió Rivers—. Una vez

más, hoy estoy aquí en aras de la transparencia y para transmitir el mensaje de que en esto estamos todos juntos.

Hizo una pausa, y Mac le dijo a Rebecca:

—No puede ser que eso sea todo.

—Espera un poco —dijo ella.

—Las circunstancias son extraordinarias; creo que todo el mundo se da cuenta —añadió el general Mark Rivers—. En muchos aspectos, y no me gusta usar esta referencia a la ligera, Hilo está siendo atacada del mismo modo que lo estuvo Pearl Harbor en 1941. La diferencia es que, en ese momento, no sabíamos que iba a producirse el ataque. Esta vez estamos advertidos, así que no nos pillará desprevenidos.

Rivers bajó la vista y luego volvió a mirar al público.

—Por todos estos motivos, y por otros demasiado numerosos como para enunciarlos, he decidido declarar el estado de sitio en Hilo.

—Boom —dijo la experta en demoliciones junto a Mac.

57

EN EL INTERIOR DEL MAUNA LOA

Unos minutos después de que Rivers bajara del estrado sin aceptar preguntas, Mac y Rebecca se metieron en un tubo de lava en la vertiente sur de la montaña.

Mac se sentía igual que desde hacía días: como si le estuvieran apuntando con una pistola en la cabeza.

Mac y Rebecca, provistos de sendas linternas LED, avanzaron por la oscuridad del túnel. Mac ni siquiera sabía de la existencia de ese tubo en particular hasta que Rick Ozaki lo había descubierto la noche anterior.

Rick y Jenny Kimura habían decidido ir hasta allí porque, tal como decían, estaban cansados de quedarse mirando sus pantallas.

Rick se había llevado un gravímetro, que usaba para la detección en superficie, porque un tubo vacío daba una densidad más baja debido a la ausencia de roca. Cuando regresaron y le mostraron a Mac lo que tenían, este se llevó a Jenny aparte.

—Ha sido idea tuya venir aquí con Rick, ¿no? —le preguntó.

—Solo he hecho lo que habrías hecho tú.

—Eres única, ¿lo sabes?

Jenny sonrió.

—Si tú lo dices...

Habían recorrido ya unos cincuenta metros por el tubo cuando Rebecca Cruz le preguntó: —¿Estamos seguros aquí dentro?

—Define *seguros* —dijo Mac.

—Ya me temía que dirías algo así —respondió ella.

El terreno era irregular; en algunos puntos, casi intransitable. Ambos tropezaron y se cayeron más de una vez. En un momento dado, Rebecca soltó una exclamación de sorpresa al notar que el suelo se inclinaba bajo sus pies; era como si la cueva se ladeara.

—A veces pasa —dijo Mac—. No es nada de lo que haya que preocuparse.

—¿Se supone que tampoco tiene que preocuparme el calor sofocante que hace aquí dentro? —preguntó ella.

—Ya te dije que te vistieras ligerita —dijo Mac—. Un día en la playa. —Se encogió de hombros—. Por decirlo así.

Mientras iban penetrando en el tubo, Mac dijo:

—Esta es nuestra manera de hacerle una elaborada jugarreta a la lava. Queremos que crea que va donde quiere ir, cuando en realidad vamos a llevarla por donde queremos nosotros, gracias a esas bombas tuyas tan inteligentes.

—Evitando al mismo tiempo que vaya donde no queremos que vaya.

—Cerca de esos frascos —intervino Mac—. O hacia el centro de Hilo.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Sabes, doctor MacGregor? Hasta ahora solo me has hablado en términos genéricos de por qué tenemos que hacer todo lo humanamente posible para evitar que revienten esos frascos.

Les rodeaba una luz rara, la de los rayos de sus linternas reflejados en el basalto. El interior del tubo parecía de pronto el lugar más silencioso de la Tierra.

—¿Hay una pregunta en esa frase? —dijo Mac por fin.

—Lo que estoy preguntando es si podría producirse algún tipo de explosión que supusiera el fin de la vida en esta isla —dijo Rebecca.

—No solo en la isla.

—Pues entonces tenemos que calcular con precisión la ubicación de esas bombas.

—Aun así —dijo Mac—, no tenemos ni idea de si van a funcionar como queremos.

Su concentración era mayor que cuando estaban fuera. Hacían muchas mediciones y cálculos antes de marcar una posición. Mac insistió en lo importante que era aquella zona, en que no podían permitirse ni un solo error.

58

CERCA DEL JARDÍN BOTÁNICO DE HILO, HAWÁI

Rachel Sherrill miró por la ventana de su habitación del hotel y vio los helicópteros a lo lejos. Eso le hizo recordar aquel día, de hacía unos años, en que habían aparecido helicópteros sobre el jardín botánico.

Por fin había apagado la televisión, después de ver todas las reacciones que había suscitado en la isla el anuncio del general Mark Rivers sobre el estado de sitio; todos los reporteros hablaban de manifestaciones en el centro de Hilo y quizá incluso en la Reserva Militar.

Rachel se sentó en su escritorio, encendió el ordenador portátil y vio que se hablaba de la decisión de Rivers en todos los canales de noticias por cable y en los principales periódicos del resto del país. Y #estadodesitio era el *trending topic* número uno en las redes sociales. ¿Estaban declarando el estado de sitio a causa de una erupción?

Miró el reloj.

Si no se habían retrasado desde el aeropuerto con las primeras manifestaciones, tendrían que llegar en cualquier momento. Se preparó otra taza de café en el minibar y salió a la terraza. Los helicópteros habían desaparecido del cielo. Quizá ahora hubieran decidido invadir O'ahu.

Tal vez ese charlatán pedante de Oliver Cutler tuviera razón. Rachel lo había visto en las noticias después de intentar ponerse en contacto con John MacGregor. A lo mejor era cierto que esa iba a ser la Gran Erupción, sin más.

A estas alturas, el nivel de paranoia de Rachel Sherrill era muy alto, especialmente por la implicación del ejército. No hacía falta mucho para que la mente se le fuera de nuevo a las higueras de Bengala ennegrecidas. Esta vez habían sido los helicópteros.

Alguien llamó con fuerza a la puerta.

Cuando abrió, se encontró con un hombre y una mujer, ambos jóvenes. Él tenía el cabello algo enmarañado y barba, y llevaba una camiseta bajo la cazadora arrugada. La mujer llevaba un vestido blanco ligero; a Rachel le recordó a Halle Berry.

—¿Rachel? —preguntó el hombre.

Rachel sonrió.

—Tengo la sensación de que eso ya lo sabéis.
—Bueno, somos del *New York Times* —dijo él—. Lo sabemos todo.
—Aunque no se pueda publicar —añadió ella—. ¿Podemos entrar?

59

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 48 HORAS

Mac estaba trabajando con su ordenador mientras un equipo de construcción bajaba por la ladera del Mauna Loa como un ejército invasor. Jenny se acercó, rodeó su escritorio y le puso una mano en el hombro. Mac la miró, luego levantó la vista y vio que le sonreía.

—Vamos todos como locos —comentó Mac—. Incluido el general.

—Y puede que, aun así, estemos a punto de morir, independientemente de lo que hagamos y de lo correcto que creamos que es nuestro plan —dijo Jenny.

—Empiezas a hablar como si fueras yo —dijo Mac.

—A veces digo lo que pienso, igual que tú —respondió ella—. Y tengo derecho a tener miedo.

Mac sabía lo dura que era Jenny; más de una vez se lo había dicho él mismo. Pero ahora daba la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar.

—Eh —dijo—. Tranquila.

—Tú primero —dijo ella.

Se miraron, hasta que ella hizo un movimiento rápido con la mano, como si fuera a limpiarse una lágrima. Quiso decir algo, se lo pensó mejor y lo dejó ahí sentado.

Él echó un vistazo a sus cuentas en las redes sociales y encontró un meme que mostraba un salón con un río de lava que pasaba por en medio, donde estaba J. P. Brett, a modo de Moisés separando las aguas del Mar Rojo. Pero, en este caso, estaba deteniendo el flujo de lava.

Estaba a punto de llamar a Brett para preguntarle si tenía algo que ver con eso cuando Betty Kilima, que había abandonado su trabajo como bibliotecaria para hacerle de asistente a Mac, dio unos golpecitos en su puerta y asomó la cabeza.

—Hay un par de personas en el vestíbulo que quieren hablar contigo —dijo Betty.

—Diles que estoy ocupado.

—Dicen que son del *New York Times* —añadió ella.

Mac llamó inmediatamente a Rivers y le preguntó qué debía hacer.

—Lo que haría yo —dijo Rivers—. Mienta.

60

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

J. P. Brett y el general Mark Rivers estaban en un pequeño comedor privado en la base militar. Normalmente Rivers comía en el salón de oficiales. Pero hoy no.

Era Brett quien había pedido la reunión, para establecer un contacto más directo, aunque él no se lo había planteado así a Rivers.

Estaba allí para vender el producto.

Y el producto era él, básicamente.

—No tengo demasiado tiempo —dijo Rivers, a modo de saludo, antes de que Brett se sentara siquiera.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Brett—. Le agradezco que haya encontrado un momento para mí.

Y pensó: «Nadie finge ser sincero mejor que yo».

Estaba allí para hacer algo que consideraba esencial para la tarea que tenía por delante: hundir al doctor John MacGregor.

Había varios principios empresariales que J. P. Brett seguía a rajatabla y que le habían ayudado a forjar su imperio. Pero había uno que consideraba aún más importante que los demás: ser el último hombre en salir de la sala siempre que fuera posible.

—Me alegro de que no haya puesto pegas a mi pequeño espectáculo —dijo Brett.

—En realidad no ha sido pequeño, señor Brett.

—No se me da muy bien lo pequeño, general —dijo Brett—. No es mi estilo y nunca lo ha sido. Pero son cosas del mundo moderno, al fin y al cabo. El mundo de TikTok, por decirlo así, aunque los chinos se hayan hecho con eso. La presentación lo es todo. Lo cierto es que ha sido como uno de esos publirreportajes de antes, y le ha dado a la gente una idea de nuestro poder, e incluso de lo que queremos hacer.

—Bueno, pues misión cumplida, como solía decirse. Y diga, ¿por qué estamos aquí?

—Para darme ocasión de decirle que creo que las únicas dos personas con la visión y las agallas para llevar a cabo esta misión en particular y para salvar esta isla de la destrucción inminente somos nosotros dos —dijo Brett.

—No le diré que estoy de acuerdo, pero le escucho.

—Tenemos que eliminar a los intermediarios, señor —prosiguió Brett—. No estoy sugiriendo que se cargue a MacGregor y a mis queridos amigos, los Cutler. Pero, a partir de ahora, usted y yo deberíamos hablar con una sola voz.

—¿Y qué es lo que querría que dijéramos con esa voz, si no le importa que se lo pregunte?

—Que mi plan no es solo el más completo, sino el único que necesitamos y el único que funcionará —dijo J. P. Brett—. Y el único que puede salvar esta isla.

—Ha dejado claros sus sentimientos para con el doctor MacGregor —observó Rivers—, pero tenía la impresión de que los Cutler y usted eran un equipo.

Brett chasqueó la lengua.

—Yo soy el equipo —dijo.

—Tengo que decir que MacGregor me ha impresionado, demostrándome en muy poco tiempo que es tan listo como capaz —dijo Rivers—, aunque no parece que se le dé muy bien trabajar en equipo.

—Es listo y capaz, no me malinterprete —dijo Brett—. Pero, a fin de cuentas, es el típico tipo que sigue los libros de texto y se ciñe a los números. No puede evitarlo: es un científico. Los científicos corren riesgos solo si no hay otro remedio. Yo lo sé bien: he tratado con muchos de ellos. Pero, para cuando él y esa tal Cruz acaben de colocar sus explosivos en los lugares que ellos consideran más indicados, Hilo estará cubierta por una marea de lava de narices.

Brett echó el cuerpo adelante y bajó la voz, aunque en la sala solo estaban ellos dos.

—General, tenemos que bombardear la vertiente este del Mauna Loa en cuanto sea posible, sacar la lava por ahí en lo que yo espero que sea una riada de magma de proporciones bíblicas y luego rociarla con toda el agua salada que podamos. Será como usar el océano para apagarla.

—MacGregor cree que eso es una temeridad y que, si una sola bomba se desviara, ocurriría una catástrofe.

—MacGregor se está protegiendo el culo, general.

—¿En qué sentido?

—En todos. Se está guardando datos que no comparte con el ejército, y ambos lo sabemos —dijo Brett—. Tiene que ordenarle que le entregue toda la información de que dispone inmediatamente. Todos sus mapas, todas las imágenes de actividad sísmica de las vertientes sur y este del volcán. Yo he enviado a mis drones a fotografiar el área y he obtenido imágenes en 3-D; mis procesadores de imagen están interpretando los datos. Pero solo llego hasta donde llego. MacGregor lleva estudiando la maldita montaña mucho más

tiempo que nosotros. Ha estudiado todas esas cumbres, ha sido testigo de grandes erupciones. Está reteniendo la información porque se siente intimidado por mí. Lo cual es una tontería, teniendo en cuenta lo que nos jugamos. —Brett meneó la cabeza—. Es algo con lo que me encuentro muy a menudo.

—¿Con qué?

—Con gente que se siente intimidada por mí —dijo Brett, que sonrió—. Solo tiene que preguntarles a mis exmujeres.

—He dejado claro que lo último que necesito es una disputa territorial, señor Brett. Especialmente teniendo en cuenta el territorio del que estamos hablando y las consecuencias que tendría si la cagamos. Las desavenencias no solo fomentan la desconfianza. Fomentan el caos.

Brett dio una palmada sobre la mesa, haciendo temblar las tazas de café.

—¡El caos es mi especialidad! —dijo, alzando de nuevo la voz—. Soy el capitán del caos. Por eso estoy aquí, general Rivers. No intento protegerme el culo. Estoy dispuesto a jugármelo, igual que usted.

Brett hizo una pausa.

—Lo único que le pido, con todo respeto, es que me deje actuar, señor —dijo—. Y eso no puedo hacerlo con John MacGregor siempre en medio, intentando convencerle de que su plan es el mejor. Porque no lo es, a menos que quiera que la lava llegue tan cerca de Hilo como en 1984. Y, si eso ocurre, el mundo lo verá en tiempo real y se preguntará por qué el ejército de Estados Unidos no ha podido proteger una ciudad en la que acaba de declarar el estado de sitio.

Se miraron el uno al otro, como si esperaran a ver quién parpadeaba antes. Brett tenía la sensación de que había llevado a Rivers a su terreno. Pero seguía sin estar seguro de que lo hubiera convencido del todo. El rostro del general, como era habitual, no revelaba nada.

—Supongo que lo que le estoy preguntando es si quiere ser usted el que le diga a MacGregor que se haga a un lado o si tengo su permiso para gestionar esto yo solo —dijo Brett.

—Tengo que pensármelo —dijo Rivers.

Su teléfono, que estaba sobre la mesa, vibró. Rivers miró quién llamaba pero no respondió.

—Supongo que necesitará un tiempo, señor. Pero, tal como sabe, tiempo es justo lo que no tenemos.

Lo que no le dijo al general Mark Rivers fue que ya había empezado a tomar medidas para gestionar la situación.

En varios frentes.

61

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI

Mac dejó esperando a los reporteros del *Times* un poquito más; se sentó a su mesa y se concedió unos minutos para sí mismo.

Últimamente se encontraba rodeado de gente todo el rato y necesitaba estar solo para pensar con claridad.

Linda, su futura exmujer, le había dicho una vez, en medio de una discusión, que era evidente que el estado natural de él era la soledad.

Tenía los últimos perfiles sísmicos —que detallaban tanto el volumen como el movimiento del magma— esparcidos sobre la mesa.

Había mapas de las dos zonas de fractura de la caldera de la cumbre del Mauna Loa, que se extendían hasta el suroeste y el noreste; la mayor parte de las fisuras eruptivas del volcán y de las fumarolas estaban ahí.

Hipotéticamente —e históricamente— la caldera de la cumbre formaba una barrera topográfica que protegía el flanco sureste de la montaña de un flujo de lava normal.

Lo cual estaba muy bien, salvo porque el flujo de lava que esperaban no iba a tener nada de normal.

Mac sabía que «normal» sería cualquier cosa que pasara después de que estallara el mundo, en las próximas cuarenta y ocho horas. Se quedó allí sentado, examinando las previsiones horarias sobre el flujo de lava que podían esperar esta vez. Por sus investigaciones, sabía que se habían producido más de quinientas erupciones con lava en el Mauna Loa en los últimos treinta mil años, todas desde la zona de la cumbre, las zonas de fractura y las fisuras radiales. Todos sus cálculos y proyecciones se basaban en lo sucedido en el pasado.

Pero en el pasado no se había producido nunca nada igual a esto, ni allí ni en ningún otro sitio.

Estaba seguro de que esta vez saldría una cantidad de lava descomunal, tanta que quizá fuera imposible desviarla toda, por muchos canales que cavaran, por muchas bombas que detonaran o por muchas fisuras que abrieran en los dos días siguientes.

Rebecca estaba regresando al OVH desde el aeropuerto de Hilo. Los aviones de transporte militar que traían los explosivos de Cruz Demolition habían llegado por fin; Rebecca y su hermano David

habían supervisado la carga de las cajas en los camiones del ejército que los transportarían a la Reserva Militar.

Si todo iba según lo previsto, a media tarde ya podrían colocarlos en su sitio.

Lo que vio Mac en las últimas tablas y gráficas era que, en las fisuras que tan útiles les habían sido en el pasado, se estaban detectando unos murmullos subterráneos que se repetían casi cada hora. No en todas. Pero sí en muchas, en su opinión.

Echó la silla atrás, puso los pies sobre la mesa, se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. De pronto, Jenny y Rick entraron en el despacho como una exhalación, ambos encendidos.

—¿A ti también te han enviado un mensaje? —preguntó Jenny, agitada.

—¿Quién me ha enviado un mensaje? —preguntó Mac.

—Esas sabandijas de Kenny y Pia —dijo Rick.

—No tengo ni idea de qué me estáis hablando, chicos.

—Se han ido a trabajar con J. P. Brett —dijo Jenny—. Con Brett y los Cutler.

Respiraba agitadamente, hinchando el pecho, con el rostro congestionado. Mac se la imaginó emanando vapor. Jenny se enorgullecía de ser una persona leal y odiaba la deslealtad casi tanto como odiaba a los policías.

—Acabo de pasar por sus mesas —dijo Jenny—. Se han llevado su trabajo y sus discos duros.

—¿Cuánta parte de su trabajo? —preguntó Mac.

—No lo he dicho bien —rectificó Jenny Kimura—. No quería decir su trabajo. Quería decir nuestro trabajo. Y se lo han llevado todo, Mac.

62

La periodista se llamaba Imani Burgess. Su compañero era Sam Ito, y no tardó ni un momento en informar a Mac de que toda la vida le habían fascinado los volcanes. Ito le dijo que su familia se había trasladado de Maui al continente cuando era niño y que su padre había estudiado vulcanología en Caltech, donde ahora daba clases.

Mac no dijo nada; se quedó sentado, apoyado en el respaldo, con las manos cruzadas tras la nuca.

—Yo también hice unos cursos en la Universidad de Wisconsin —dijo Ito.

Mac estuvo a punto de decirle lo mucho que se alegraba por él, pero, en vez de eso, se lo quedó mirando.

Imani Burgess sonrió. Mac tenía que admitir que su sonrisa era irresistible.

—El informe preliminar sobre usted ya decía que no es un tipo muy hablador —señaló.

—¿Y eso quién os lo ha dicho?

—No puedo revelar mis fuentes —respondió ella, sin dejar de sonreír.

—¿Sois de la opinión de que debería contarles mi vida a dos reporteros que acabo de conocer? —dijo Mac—. ¿En qué mundo paralelo sería esa una buena idea?

Pero esta vez sonrió.

—¿Hemos entrado con mal pie? —preguntó Sam Ito.

—Vosotros sois los periodistas —dijo Mac—. Investigadlo.

—No hemos podido dormir mucho en las últimas veinticuatro horas —dijo Imani Burgess—. ¿Hay algún sitio por aquí donde podamos tomar una taza de café?

—Lo hay —asintió Mac—. Pero no os lo toméis a mal… no vais a quedaros tanto tiempo.

—Vaya —dijo ella—. ¿Por qué iba a tomarse nadie eso a mal?

—No queremos causarle problemas, doctor MacGregor.

—Claro que sí —dijo Mac.

—¿Perdón?

—Mi experiencia con los periodistas, Sam… ¿Puedo llamarte Sam?, es que, sean de un periódico serio o no, normalmente no vienen a

ayudarme.

Mac sabía que se lo estaba poniendo difícil, pero no podía contenerse.

—Entonces, ¿por qué ha accedido a recibirnos? —preguntó Imani Burgess.

—Quizá quisiera entrevistaros yo a vosotros —dijo Mac—, antes de volver a lidiar con la Madre Naturaleza.

—Que, según tengo entendido, no le está poniendo las cosas fáciles últimamente —dijo ella.

Pero, antes de que Mac pudiera responder, se le adelantó Sam Ito:
—Hoy hemos pasado un buen rato hablando con nuestras fuentes en el ejército para hacernos una idea de lo que piensan hacer con la lava cuando empiece a salir. Y también hemos hablado con muchas personas del lugar. En realidad es fascinante oírles hablar del volcán y de esa diosa, Madame Pele, la fuerza responsable de las erupciones volcánicas. Pero dicen que lo que intentan hacer, desviar el flujo de lava, es como intentar apagar la luz de la Luna.

—Pero estoy seguro de que un fanático de los volcanes como tú —dijo Mac— sabrá lo efectivo que puede ser el desvío del flujo de lava si se hace bien.

Vio que Imani Burgess asentía.

—El Etna, en 1983 y 1992 —dijo—. El desvío de la lava salvó a Catania y a otros pueblos de la costa este de Sicilia. —Abrió su cuaderno de reportera y pasó unas páginas—. Una obra de ingeniería colosal —prosiguió, leyendo sus notas—. Canales abiertos, muros de tierra, un ejército de obreros en primera línea. Los bomberos al final rociaron una enorme cantidad de agua sobre la lava y sobre las excavadoras, porque tenían que refrescarlas. Unas campañas bastante heroicas, a fin de cuentas.

—Suelen serlo —dijo Mac—. La primera, estoy seguro de que lo sabéis, costó unos dos millones de dólares, y eso fue hace más de cuarenta años. Pero consiguió salvar más de cien millones de dólares en propiedades. Quizá más. Y básicamente lo hicieron con excavadoras y con un uso controlado de los explosivos.

—¿Es eso lo que piensan hacer en este caso?

Mac miró el reloj.

—Eso ya lo sabéis, y yo sé que lo sabéis. Pero no es por eso por lo que estáis aquí, ¿no?

Volvió a sonreír, pero esta vez ninguno de los dos le devolvió la sonrisa. «Ya es oficial —pensó—. Han empezado con mal pie». Sin embargo, Mac seguía sin saber por qué tenía a aquellas dos personas delante.

—A ver, ¿qué os parece esto? —propuso—. ¿Qué tal si dejamos de hacer el tonto y vamos al grano?

—No es de los que aguantan muchas tonterías, ¿verdad, doctor MacGregor? —preguntó Imani Burgess.

—En realidad —dijo Mac—, yo pensaba que eso era exactamente lo que estaba haciendo hasta ahora.

Nadie dijo nada. Mac se sentía cómodo con el silencio, pero, por lo que parecía, ellos también.

—Estamos aquí porque nos han dado un soplo —dijo Sam Ito.

—¿Un soplo sobre qué?

—Hemos oído rumores de que esa erupción podría no ser la única amenaza —dijo Burgess—. Y que quizá haya que preocuparse también por el Mauna Kea.

—¿Sabéis algo sobre una erupción en el Mauna Kea que yo no sé? —preguntó Mac—. Porque, por lo que yo sé, el Mauna Kea no ha entrado en erupción en unos cuatro mil años.

—El soplo no era sobre una erupción —dijo Imani Burgess.

Con toda naturalidad, alargó la mano, colocó una micrograbadora sobre la mesa, entre ellos, y apretó lo que Mac supuso que sería el botón de grabar, porque se encendió una lucecita verde.

Él la cogió, miró los botones y apretó el de parar. La luz verde enseguida se apagó.

—Si el soplo no era sobre una erupción, ¿sobre qué era? —preguntó.

—Nuestra fuente no lo sabía —dijo Sam Ito—. Solo había oído que había algún tipo de emergencia en esa zona. Lo que los nativos llaman *ulia pōpilikia*.

—Ya sé lo que significa —dijo Mac.

—¿Y ha habido una emergencia? —preguntó Ito.

Mac inclinó el cuerpo hacia delante.

—En este momento preciso, básicamente trabajo para el ejército de Estados Unidos —dijo—. Y se supone que no debo hablar sobre cosas de las que no quieren que hable, lo cual es casi todo. Y mucho menos con dos periodistas del *Times*.

—¿Y si hablamos de la necesidad de que los ciudadanos sepan lo que pasa? —preguntó Imani Burgess.

—Cuando los ciudadanos necesiten saber algo, el general Rivers se lo dirá —dijo Mac—. Si tenéis más preguntas, quizá deberíais hablar con él.

—Lo hemos intentado —dijo Sam Ito—. No quiere hablar con nosotros.

—Lo sé.

—¿Se lo ha dicho el propio general Rivers? —preguntó Ito.

—Es más bien algo que he intuido —dijo Mac. Se encogió de hombros y abrió los brazos en señal de impotencia—. Siento no tener nada más que ofreceros.

—En realidad, no nos ha ofrecido nada —dijo ella.

—Lo sé —respondió Mac, con gesto triste—. Lo sé.

Se puso de pie. Ellos también.

—Una pregunta más —dijo Sam Ito—. ¿Sabe algo por casualidad del incidente que se produjo en el jardín botánico hace unos años?

—¿Qué tipo de incidente?

Ito se encogió de hombros.

—Es otro soplo. Sobre una especie de vertido químico. Es lo que hemos oído.

—Bueno, pues buena suerte con eso —dijo Mac.

—Yo tengo otra pregunta —dijo Imani Burgess—. Tómeselo como un último cartucho. ¿Sabe algo de unos militares vestidos con trajes de protección química que sacaron a un soldado a rastras de un bar de Hilo?

—En eso tampoco os puedo ayudar. —Mac se acercó a la puerta y se la abrió. Salieron, y volvió a quedarse solo en su despacho hasta que regresó Jenny. Le dijo que se había pasado la mayor parte de la media hora anterior escurriendo el bulto.

—¿Tú crees que saben más de lo que dicen? —preguntó Jenny.

—Casi siempre es así.

—¿Crees que saben lo de los frascos?

—Aún no.

—¿Crees que van a dejarlo?

—Casi nunca lo hacen.

Se sentaron y hablaron de la traición de Kenny y Pia, y Mac dejó que Jenny soltara todo lo que pensaba de ellos con un lenguaje cada vez más expresivo. Jenny le dijo que no podía dejar que pasara algo así sin más. Mac le respondió que, a esas alturas, ya tendría que conocerlo mejor.

—Kenny y Pia hicieron lo que hicieron —dijo él—. No voy a ir a por ellos.

—No me lo digas —dijo ella—. Vas a ir a por Brett.

Él asintió.

—Está tan preocupado por los objetivos, que no se da cuenta de que a partir de hoy hay uno nuevo.

—¿Cuál?

—La diana que lleva en la espalda.

Su teléfono móvil vibró. Lo cogió y asintió cuando oyó la voz al otro lado de la línea.

—Voy para allá —dijo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jenny.

—Ya sabes lo que se dice. Si la montaña no va a MacGregor…

—¿Es eso lo que se dice? —respondió ella, esbozando una sonrisa.

Mac le dijo dónde quería que fueran a su encuentro más tarde Rick

y ella, y se dirigió a su coche. Se preguntaba qué nuevas sorpresas le depararía la diosa de la lava, la que los lugareños llamaban Madame Pele, «la que da forma a la tierra sagrada».

No podía ni imaginarlo.

Ese día el suelo aún no había temblado bajo sus pies, aunque el magma seguía ascendiendo a un ritmo que solo la Tierra conocía y que quizá ni ella podía controlar. Durante las últimas veinticuatro horas, el magma, más espeso y más viscoso que nunca, había quedado bloqueado, brevemente, por las diversas cámaras que se había encontrado por el camino, sobre la zona de subducción.

Eso ocurría porque la lava de la superficie estaba cayendo por debajo del manto freático, y la volátil mezcla de agua y magma estaba produciendo vapor y empezando a erosionar la zona del cráter. Faltaban menos de dos días para el momento en que creían que se produciría la erupción, y a Mac cada vez le preocupaba más que pudiera ser antes, antes incluso de que hubieran activado una parte sustancial de las protecciones. Cada vez había más fisuras bloqueadas cerca de la cumbre. Mac no tenía muy claro cuántas.

Eso solo lo sabía la diosa del volcán.

En ese momento, solo ella sabía con qué rapidez estaba emergiendo de las profundidades de la Tierra la volátil combinación de vapor, gases bloqueados y lava sólida conocida como ceniza. El volcán estaba impaciente por demostrarles que seguía gobernando la Isla Grande, tal como había hecho siempre.

Y en el reloj invisible de la bomba de relojería seguía imparable la cuenta atrás.

Mac seguía intentando concentrarse en el trabajo, distraerse de la realidad de la situación del volcán y los frascos, escribía a sus hijos por correo electrónico al menos una vez al día, intentaba tranquilizar a los miembros de su equipo. Les decía que solo podían hacer lo que podían hacer en el tiempo del que disponían, antes de la erupción que podría destruir la isla si la lava entrara en contacto con la sustancia letal almacenada en los frascos del Tubo de Hielo y la liberaba en la atmósfera...

Mac siempre se frenaba en ese punto. Pensar en lo que pasaría si sus medidas no funcionaban, en la devastación que podría producirse, no le serviría de nada más que para empeorar las cosas.

La última vez que había hablado por teléfono con sus hijos, Charlie y Max, este le había preguntado si todo iba a ir bien.

—Irá perfecto —le había dicho.

Al nacer los chicos, se había prometido que nunca les mentiría. Ahora le resultaba casi tan fácil como mentirse a sí mismo.

Cuando empezó a avanzar hacia aquel grupo de hombres y mujeres con cascos, los que manejaban la maquinaria pesada y los que dirigían la operación, que estaban cavando agujeros y retirando rocas y tierra, sintió un pequeño temblor, como si le hubieran quitado una alfombra de debajo de los pies, haciéndole trastabillar hasta casi caerse al suelo.

Pero no cayó.

Un pie delante del otro.

Levantó la vista y vio que los trabajos que se estaban haciendo entre el lugar en que se encontraba y el cielo seguían sin interrupción. Toda aquella actividad y aquel ruido, mientras transportaban fragmentos de la montaña arriba y abajo, le hizo preguntarse si habrían sentido siquiera el movimiento bajo sus pies.

Y es que la tierra se había movido. Otra vez.

El doctor John MacGregor había empezado a alarmarse cada vez menos con los temblores. Se dijo que este último no era nada fuera de lo común y ralentizó su paso un momento, apenas el tiempo necesario para ponerse el casco.

Luego volvió a agachar la cabeza y siguió adelante.

63

MAUNA LOA, HAWÁI

A esas alturas, Mac ya conocía los mapas de zonas de presencia de lava como la palma de su mano; sabía que toda la información que recibía, minuto a minuto, se basaba en los mejores datos empíricos y el mejor mapeo geológico del que disponía su equipo.

Su equipo menos Kenny y Pia, claro.

Había estudiado los modelos hidrológicos de los flujos de lava de erupciones anteriores. Era plenamente consciente de que una colada de lava tan inmensa como esa habría que definirla desde el punto de origen de la cuenca, siguiendo con la mayor precisión posible la trayectoria de descenso con mayor pendiente.

Al menos ese era el plan.

Pero sabía que la diosa Pele, que se alimentaba de tierra, tenía sus propios planes, con sus zonas de fractura, sus conos, sus terraplenes y una miríada de grietas, por no hablar de todo lo que estaba pasando en aquel mismo momento por los canales de lava que no podían ver.

Mac sabía que, al final, la superficie cubierta por la lava dependería de la duración de la eyección de magma, de la velocidad con que saliera del volcán —algo tan difícil de calcular como cualquier otra de las variables a las que se enfrentaban— y de los diferentes ángulos de los desniveles, de cuántos habría y de lo escarpados que serían.

Por más que se decía que el mundo había sobrevivido a muchos volcanes anteriormente, sabía que la realidad era que no sobreviviría a este por la carga letal contenida en el interior de los frascos almacenados en el Tubo de Hielo.

Esta vez perderían tanto el ser humano como la naturaleza...

El suelo volvió a temblar. Pero no le sobresaltó tanto como la sonora voz que oyó a su espalda.

—Decía que quería hablar —dijo J. P. Brett—. Así que hablemos. Tengo cosas que hacer.

Mac se volvió hacia él. Sintió unas ganas repentinas e irrefrenables de quitarle aquella mueca burlona del rostro de un puñetazo a ese capullo rico y poderoso que consideraba aquello una especie de juego, como era evidente que hacían los Cutler, todos ellos más preocupados

por la imagen que daban que por la situación real, por lo que se jugaban todos.

Habría querido preguntarle de qué le iba a servir ser famoso cuando todo y todos hubieran desaparecido de la faz de la tierra. Habría querido gritarles a la cara que los tres podrían estar a punto de morir.

Pero, antes de que pudiera decir nada, se produjo una explosión en la cumbre. Sonó como si hubiera explotado una bomba, como si ya hubiera empezado el bombardeo aéreo.

Le siguió otra explosión.

Y luego una tercera.

Mac y Brett se giraron para mirar en dirección al origen del ruido y vieron las rocas que salían volando hacia el cielo como si las hubieran disparado desde debajo de la superficie con un cañón invisible. Y luego les cayó encima una lluvia de piedras y ceniza.

Los vehículos se detuvieron. Los cascos de los diferentes equipos desplegados por la montaña se dispersaron en todas direcciones, hombres y mujeres buscando refugio, algunos resguardándose bajo las palas de metal de las excavadoras, otros amontonándose en las cabinas, todos ellos intentando protegerse de la inesperada tormenta.

Pese a la distancia, Mac oyó los gritos.

Se quedó mirando y vio una roca del tamaño de una bola de bolera que le dio de lleno a uno de los hombres en la espalda. El hombre cayó al suelo y no se movió más.

Otro hombre bajó corriendo por la ladera en dirección a Mac y a Brett como si quisiera correr más que la tormenta; un fragmento de basalto desprendido le golpeó con fuerza en el casco, que voló por los aires, y lo derribó a él.

Mac se giró para ver si Brett estaba bien y lo vio metiéndose en su camioneta Rivian R1T justo en el momento en que una roca atravesaba el parabrisas.

Mac echó a correr ladera arriba hacia el soldado tendido boca abajo, inmóvil. Le dio la vuelta y observó, aliviado, que aún respiraba, aunque estaba sangrando por la herida que tenía en un lado de la cabeza.

En ese mismo momento, Mac percibió el olor a podrido del dióxido de azufre; la lluvia de piedras no cesaba.

Una piedra le impactó en el casco, lo derribó y casi lo dejó sin sentido. Rodó sobre la tierra, intentando protegerse, y oyó un rugido diferente sobre su cabeza, más bien un zumbido. Levantó la vista y vio un dron del tamaño de un avión pequeño que caía dando vueltas sobre sí mismo y se le echaba encima.

Hacía días que estaba obsesionado pensando en lo cerca que podía estar el fin del mundo. Estaba más cerca de lo que creía.

64

HOSPITAL DE HILO, HILO, HAWÁI

Jenny y Rebecca estaban esperando a Mac cuando salió del hospital por Wai Ānuenue Avenue.

Ambas se habían enterado ya de lo ocurrido en la montaña, de lo del dron estropeado que había caído a menos de veinte metros de Mac. Uno de los soldados del Cuerpo de Ingenieros había visto toda la escena, había acudido en su ayuda a la carrera e incluso se lo había llevado en coche al hospital, a pesar de las protestas de Mac, que decía no tener más que un chichón en la cabeza.

—Afortunadamente la roca le ha dado en la parte más dura de su cuerpo —le dijo Jenny a Rebecca—. Así que ha tenido algo de suerte.

—He tenido suerte —dijo Mac.

Jenny le sonrió.

Mientras les estaba contando las diferentes lesiones que presentaba la gente que había llegado al hospital, desde piernas rotas a fracturas de pómulos, Jenny apoyó una mano en su hombro y la dejó allí. Mac advirtió que Rebecca se dio cuenta y enseguida apartó la mirada, como si tuviera miedo de ser indiscreta.

—¿Estás seguro de que aún estás en condiciones de tener ese encuentro con Brett? —le preguntó Jenny.

—Bueno, tú llámalo encuentro —dijo—. Por lo que yo sé, en la mafia lo llaman negociación.

Rebecca Cruz sonrió.

—Yo, si es contra ese, estoy lista para una guerra de bandas.

Lani significa «paraíso» en la lengua autóctona. También era el nombre de un nuevo hotel de Hilo. Y, casualmente, el rival del nuevo Four Seasons de la ciudad pertenecía al grupo empresarial de J. P. Brett. Mac se preguntó si Brett, siempre obsesionado por ser la estrella del espectáculo, habría considerado la posibilidad de que su nuevo complejo hotelero de lujo pudiera convertirse en una trampa mortal si los cálculos sobre el desvío del flujo de lava realizados por todas las partes, incluidos los suyos y los de los Cutler, fallaban aunque solo fuera un poco.

Ese mismo día habían descubierto que todos sus planes, sus esquemas y sus proyecciones, todas las representaciones detalladas que habían trazado en diferentes ordenadores... habían perdido todo su valor en el momento en que la tierra empezó a escupir rocas y cenizas como un géiser cabreado.

Ahora estaban todos en una sala de baile de la primera planta del Lani, todos ellos: Mac, Jenny, Rebecca, los Cutler y Brett. El general Rivers estaba de camino; había ido a visitar a los heridos al hospital de Hilo.

—Me alegro de ver que está bien —le dijo Brett a Mac nada más llegar, unos diez minutos más tarde que los demás.

—¿Usted? —preguntó Mac.

—Sí, yo también estoy bien —dijo Bret.

—No, no era eso lo que quería decir.

—¿A qué se refiere?

—Que, con lo falso que es, cuesta creer que le pueda importar lo más mínimo —dijo sin inmutarse.

De pronto, todas las miradas apuntaron a ellos dos, como si acabara de encenderse un foco sobre ellos.

—Eh, no me venga con esas —dijo Brett—. Yo he corrido el mismo riesgo que usted.

—Solo que, en su caso, uno de sus drones no ha estado a punto de cortarle la cabeza.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? —replicó Brett, airado—. El dron ya estaba en el espacio aéreo cuando eso ha explotado.

—Lo que significa que ya va siendo hora de que aleje todos sus juguetitos de la cumbre —dijo Mac—. Si no tiene los datos suficientes, está perdiendo el tiempo aquí. Y me lo está haciendo perder a mí.

—No necesitaría más imágenes si usted compartiera parte de las suyas —replicó Brett—. Lleva metido en este infierno mucho más tiempo que los miembros de mi equipo.

—Un momento —dijo Mac—. ¿Quiere decir que las dos personas de mi equipo que acaba de quitarme no le están ayudando lo suficiente? Joder, Brett, ¿es que ha fichado a los jugadores equivocados?

—No entiendo que pueda culparlos por querer estar en el equipo ganador cuando acabe todo esto —dijo Brett con una sonrisa en el rostro.

Mac dio un paso hacia Brett.

—Se ha pasado de la raya —dijo Mac en voz baja—. Y lleva pasándose de la raya desde el momento en que puso el pie en esta isla.

—No me paso de la raya; es mi modo de conseguir resultados —espetó Brett.

—Lo que va a conseguir es matar a gente —dijo Mac—. Por última

vez, esto no es una competición. ¿Es que no lo entiende, capullo engreído? Si la jodemos, si jodemos aunque solo sea una parte de todo esto, va a morir como todos los demás. A menos que piense que también va a conseguir librarse de eso. —Mac respiraba afanosamente —. ¡La competición es contra el maldito volcán! —gritó Mac, incapaz de contenerse.

Brett meneó la cabeza, con una mueca de asco o de decepción.

—¿Es que no entiende que todo es una competición, MacGregor? —dijo Brett—. Porque lo es. Y, si alguien no quiere competir, más vale que se quite de mi camino.

—Es usted el que tiene que quitarse del camino del doctor MacGregor —dijo Rivers desde el fondo de la pista de baile, con su habitual tono autoritario—. Empezando desde este momento.

65

Sam Ito le preguntó a la enfermera de admisiones del hospital de Hilo si había un paciente en el hospital, un soldado posiblemente en cuarentena, llamado Mahoe.

«El sargento Noa Maohe», le dijo.

La enfermera le pidió que esperara un momento y se alejó del mostrador.

Apenas cinco minutos después, salieron del ascensor dos soldados. Los dos eran jóvenes y tenían el físico de jugadores de fútbol americano. O de gorilas, pensó Sam.

—Por favor, venga con nosotros —dijo el más alto, ligeramente más corpulento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sam.

—A otro sitio —dijo el segundo.

Sam Ito se los quedó mirando sin levantarse de la butaca del vestíbulo.

—Tal como les habrá dicho la enfermera, soy periodista —dijo Ito —. Del *New York Times*.

—Guau —respondió el primero sin alterar el tono de voz.

Se lo quedaron mirando sin inmutarse.

—Lo que les estoy diciendo es que tengo derechos —dijo Ito.

—No tantos como antes de que nuestro jefe decretara el estado de sitio en esta isla —dijo el primer soldado—. Y ahora, o se va discretamente o le arrestamos.

—¿Por qué motivo?

—Estoy seguro de que al general Rivers se le ocurrirá algo —dijo el segundo.

En el momento en que el primer soldado fue a agarrarlo, Sam Ito levantó las manos en señal de rendición y se puso en pie.

—Esto no quedará así —dijo Ito.

—Estoy seguro de ello —respondió el segundo soldado.

Sam Ito salió a la calle, sacó el teléfono móvil y llamó a Imani Burgess, que estaba en el hotel de J. P. Brett, el Lani, para decirle que no había podido localizar al sargento Noa Mahoe. Ninguno de los dos sabía que no habría ocasión de hacerlo.

Mientras Imani Burgess esperaba a que llegara su fuente o, al menos, alguien que esperaba que se convirtiera en su fuente, le dio un sorbo a su copa de vino blanco y pensó en el doctor John MacGregor y en la entrevista que habían tenido con él, si es que se le podía llamar entrevista.

Estaba segura de que MacGregor no se habría mostrado tan esquivo si no estuvieran cerca de algo grande. Imani no sabía qué era exactamente. Estaba convencida de que el doctor John MacGregor les ocultaba algo. Y de que el ejército también se reservaba datos, y no solo con respecto a la erupción.

Estaba a punto de echar otro vistazo al teléfono móvil para ver si Sam había llamado, cuando una mujer se sentó en el taburete de al lado y se disculpó por llegar tarde.

—Soy Rachel —dijo Rachel Sherrill, tendiéndole la mano.

Imani se la estrechó.

—En su correo decía que tenía una historia que contarme —observó Imani.

Rachel Sherrill asintió y le hizo un gesto al barman.

—Una historia de terror —dijo—, sobre el ejército de Estados Unidos.

Y, en ese momento, se fue la luz.

66

HOTEL LANI, HILO, HAWÁI

Rivers y Brett aún estaban discutiendo cuando volvió la luz al salón de baile.

—¿Cómo ha podido jugármela de esta manera? —le espetó Brett.

—Si analiza la situación en su conjunto —dijo Rivers—, es usted el que ha pensado que podía jugárnosla a mí y al doctor MacGregor, quitándole a dos de sus técnicos en un momento en que él necesita toda la ayuda posible.

—Yo hago lo que tengo que hacer.

—Y yo también, señor Brett —dijo Rivers—. Yo también.

Brett no se achicaba.

—A veces me pregunto por qué sigo aquí.

—A veces, señor Brett, yo me pregunto eso mismo exactamente.

Brett se puso en pie y, al hacerlo, estuvo a punto de derribar la silla.

—No tengo por qué escuchar todas estas memeces.

—Los dos sabemos que usted no se va a ningún sitio —dijo Rivers —. Ahora vuelva a poner el culo en la silla y escuche lo que el doctor MacGregor le acaba de explicar al presidente hace un rato sobre las medidas adicionales que tendremos que tomar para salvar el cuello y salvar la isla.

Mac se puso en pie y se fue hacia la parte frontal de la pista.

—Vale, iré al grano; ya hemos perdido bastante tiempo —dijo Mac, mirando directamente a Brett—. Esto podría suceder antes de lo pensado, a juzgar por los eventos de hoy. Por eso, lo primero que debemos hacer, y quiero decir a primera hora de la mañana, es empezar a cubrir toda la superficie que podamos en torno a la Reserva Militar con placas de metal.

Brett soltó una sonora carcajada.

—Perfecto —dijo, sarcástico—. Va a convertir esta isla en un horno, más aún que antes, si el general se lo permite. ¿Tan fuerte se ha dado en la cabeza?

—Déjele acabar —dijo Rivers—. O márchese.

—Tendrá que ser con un material que tenga un punto de fusión extraordinariamente alto —prosiguió Mac, ignorando a Brett—. Mi

equipo y yo —Mac hizo una pausa—, o al menos mi equipo original, hicimos los cálculos en una primera fase. El tungsteno se funde a tres mil trescientos grados centígrados. El titanio hacia los mil seiscientos grados.

Rebecca levantó una mano.

—Tú conoces esta zona mejor que nadie —dijo—. Así que ya sabes de cuántos kilómetros cuadrados estamos hablando.

—Créeme, lo sé —dijo él—. Pero creo que es factible con el respaldo total del ejército.

—Cuenta con todo el respaldo, sin límite de presupuesto —dijo Rivers—. No hay reservas de titanio en la Reserva Nacional de Materiales para la Defensa, así que el presidente me ha autorizado a hacer todo lo necesario para llevar a cabo esta misión. Hemos comprado titanio a Japón e incluso a China para complementar las pequeñas cantidades que ya hemos traído de minas de Nevada y Utah. Necesitaríamos más, pero es todo lo que podemos conseguir a corto plazo. El presidente es más consciente que nunca del peligro al que nos enfrentamos y de las inimaginables consecuencias que podría tener el fracaso de nuestra misión.

Mac volvió a su mesa y cogió una carpeta llena de mapas de colores.

—Miren las zonas marcadas —dijo, pasando los mapas—. Si esto funciona, podremos seguir con el plan de enterrar las bombas y librarnos de gran parte de la tierra y las rocas en el tiempo que nos queda antes de la erupción. ¿Preguntas?

—Solo una —dijo Brett—. ¿Es que se le han fundido los sesos?

Mac se encogió de hombros.

—Quizás sí.

67

PALACE THEATER, HILO, HAWÁI

La ruidosa asamblea ciudadana que los vecinos de Hilo le habían exigido a Henry Takayama llevaba ya celebrándose una hora en el Palace Theater de Hāʻili Street.

El teatro era un lugar emblemático de la ciudad, casi centenario, y por dentro efectivamente parecía un palacio, con sus paredes decoradas y sus butacas de terciopelo rojo. Lono observaba desde un asiento de atrás mientras la gente hacía cola en el pasillo central, esperando subir al estrado para acceder al micrófono que habían colocado junto al del señor Takayama. Al igual que todos los demás, Lono había asistido porque quería saber qué estaba pasando en su ciudad. Mac llevaba un par de días sin devolverle las llamadas. Habían cancelado las clases porque el gimnasio y la cafetería del instituto habían sido transformados en refugios para los evacuados. La única vez que había intentado llegar al OVH le habían cortado el paso, diciéndole que solo se permitía el acceso a los edificios al personal «esencial».

Así que ahí estaba, observando y escuchando todos aquellos gritos, como si fuera otro tipo de espectáculo teatral. Como uno de esos episodios de *Housewives* que tanto le gustaba ver a su madre.

En cuanto subía alguien nuevo al estrado, tomaba el micrófono y se ponía a hablar de que los tenían desinformados sobre lo que hacía el ejército sin su consentimiento, el clamor en la platea volvía a estallar. Aunque esta vez no había debate: todos estaban en el mismo bando.

«Nosotros contra ellos —pensó Lono—, cuando en realidad se supone que tendríamos que ser nosotros contra el volcán».

Un hombre nativo, bajito y canoso, subió lentamente las escaleras hasta el escenario.

—¡Yo nací en esta ciudad y moriré en esta ciudad! —gritó el hombre canoso al micrófono—. ¡Y ningún *haole* apestoso va a hacerme salir corriendo, lleve uniforme o no!

La multitud mostró su aprobación con sus gritos, haciendo que el teatro temblara como si se hubiera producido un nuevo movimiento sísmico.

—¡A veces me preocupan más esos hombres de rostro blanco que la propia Pele! —dijo el hombre.

Lono sabía que Pele era la diosa de los volcanes, y su leyenda formaba parte de la ciudad, tanto como los volcanes y todo el peligro que encerraban.

El anciano hizo callar a la multitud con las manos.

—¡Esta es nuestra ciudad, *faka*! —gritó a modo de conclusión, y la multitud volvió a aplaudir y a vitorearlo.

La siguiente fue una mujer con un vestido de flores, también anciana e igual de peleona.

—¡No podemos dejarles profanar nuestras tumbas! —dijo, agitando el puño—. ¡Esos hombres no tienen ningún derecho! —Se giró y apuntó con el dedo hacia Henry Takayama. Lono lo vio encogerse, aunque la anciana era la mitad que él.

—¿Va a quedarse mirando, dejándoles que hagan eso? —preguntó.

Lono observó al señor Takayama, el jefe de la madre de su mejor amigo, Dennis. En ese momento, daba la impresión de que habría preferido estar en cualquier otro sitio que no fuera aquel escenario, aquel teatro, aunque eso significara estar más cerca del peligroso cráter.

Takayama negó con la cabeza: No, no, no.

Luego se acercó a su micrófono y dijo:

—Yo siempre estaré con la gente que vive en nuestra ciudad.

—¡Pues más vale que empiece a demostrarlo, Tako Takayama! —dijo la mujer, remarcando las palabras.

Pese a su corta edad, Lono sabía lo sagradas que eran las tumbas, lugares en los que, como decía su madre, se habían conservado durante miles de años los espíritus de los *kapuna*. Él había crecido oyendo aquellas leyendas y tenía órdenes estrictas de su madre, que le había dicho que debía contarle si sabía de alguien que profanara aquellos lugares, aunque fueran sus amigos: ella se encargaría de llamar a la policía.

—Por eso nuestra gente no ha confiado en los *kea* en ningún momento —dijo la mujer.

Kea. Otra palabra para decir «blancos».

A veces los que la usaban arrastraban las letras para darles más énfasis. Los asistentes al teatro volvían a estar en pie, pateando el suelo, moviendo los puños en señal de desafío, algunos incluso agitando los brazos y balanceándose, como si siguieran el ritmo de la música.

Lono nunca había visto nada así. Y nunca había sentido más amor por Hilo, pese a lo asustado que se encontraba.

Estaba a punto de salir, para llamar a Mac otra vez y decirle lo que había visto esa noche, cuando los soldados entraron por las puertas

dobles. Otro grupo apareció frente a la primera fila de butacas.

Lono echó a correr.

Lono ya estaba lejos cuando, unos minutos más tarde, Mac y el general Rivers cruzaron el estrado dirigiéndose a los micrófonos. Los soldados habían tomado posiciones en varios puntos del teatro.

—A estas alturas, la mayoría de ustedes saben quién soy —dijo Rivers—. Básicamente, soy el *haole* que ha provocado todo esto.

—¡Usted no tiene que estar aquí! —gritó una voz airada desde la platea.

—En realidad, aquí es exactamente donde tengo que estar esta noche —dijo Rivers.

—¿Y eso por qué? —gritó una mujer del público.

A eso respondió Mac:

—Porque necesitamos su ayuda —dijo. Y eso acalló a la multitud por un momento; contaba con toda su atención—. Porque necesitamos su ayuda más aún de lo que ustedes necesitan la nuestra.

68

Había sido idea de Mac dirigirse al teatro cuando Rivers recibió la llamada diciendo lo que estaba sucediendo.

No estuvieron allí mucho tiempo; les dijeron a todos que solo tenían tiempo para unas cuantas preguntas porque tendrían que trabajar toda la noche. Al final fue Mac quien más habló. Les contó el tiempo que llevaba allí viviendo con su familia y luego les dijo que necesitaban mano de obra para salvar a Hilo, voluntarios que trabajaran en las montañas, en particular para construir tres diques entre la Reserva Militar y la ciudad.

—Esta no es nuestra isla —les dijo Mac—. Es la vuestra.

Hizo una pausa y miró al público, frunciendo los párpados para protegerse de los focos.

—En los últimos días, habéis tenido la sensación de que no era vuestra —dijo—. Pero lo es. Y es el momento de demostrarlo.

Los soldados escoltaron a Mac y a Rivers fuera del teatro y, cuando llegaron al aparcamiento e iban a subirse a sus respectivos jeeps, Rivers dijo: —Yo quería contarles más.

—¿Quiere decir la verdad? —preguntó Mac.

—¿A qué verdad se refiere exactamente?

—¿A que en dos días podríamos estar todos muertos? —sugirió Mac—. ¿Esa verdad?

Rivers le contó lo del cadáver que ya habían enterrado en el Tubo de Hielo.

A la mañana siguiente, pocos minutos después de las cinco, en la penumbra de la madrugada, los habitantes de Hilo demostraron que habían captado el mensaje, porque había una cola de kilómetro y medio frente a la base militar. Todos estaban listos para trabajar.

Para entonces, Mac, Jenny y Rick ya estaban en el Tubo de Hielo. A la luz de los focos LED que les había proporcionado el ejército, Mac supervisó la colocación de las planchas de titanio sobre las paredes de roca, asegurándose de que no bloqueaba las excavaciones en curso para hacer canales y zanjas.

Rick se había alejado un momento, y ahora Mac estaba solo con

Jenny. Mac había traído un termo de café y sirvió dos tazas.

Vio que Jenny lo miraba, sonriendo, con medio rostro oculto por la oscuridad.

—¿Qué?

—¿Puedo ser honesta? —preguntó ella.

Él sonrió.

—¿Cuándo no lo has sido?

—No quiero morir, Mac.

—Y no morirás —dijo—. No mientras yo esté de guardia.

—Empiezas a hablar como un general.

—Hazte a la idea de que me han ascendido.

—Dime que todo va a salir bien.

—Va a salir bien —dijo.

—¿Estás seguro?

—No.

Ella se acercó y le tocó la mejilla.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado —dijo.

Casi en el mismo momento, J. P. Brett y los Cutler estaban en el aeropuerto de Hilo preparándose para subir a un helicóptero militar húngaro que el multimillonario había comprado en Francia un par de semanas antes, un Airbus H225M. Solo había unas tres docenas en activo en todo el mundo, tal como contaba a todo el que le preguntaba. Y a muchos que no le preguntaban.

Les acompañarían dos científicos italianos que habían aterrizado en ese mismo aeropuerto la noche anterior por petición de Brett, aunque no se había molestado en informar de ello a Rivers ni a John MacGregor. Los Cutler ya habían trabajado con ellos hacía unos años, en el Etna.

Con los ojos puestos en los dos italianos que se acercaban al helicóptero, Leah Cutler le preguntó a Brett: —¿No tuvieron algún problema legal después de que hiciéramos nuestra salida heroica de Sicilia? Creo recordar que pasó algo así.

—Se saltaron algunos protocolos... ¿Qué te voy a decir? —dijo Brett—. Pero los cabrones consiguieron su objetivo. Y los dos saben más de desviar flujos de lava y volar cosas por los aires de lo que han sabido nunca MacGregor o Cruz, aunque ellos hayan convencido al general Cabezón de que viven en un plano intelectual superior al del resto de los mortales. ¿Sabes a quién quiero yo en nuestro *dream team*? A los que no tienen miedo de cruzar líneas rojas.

—¿No te dijo Rivers anoche que quería que el espacio aéreo próximo a la cumbre estuviera despejado? —preguntó Oliver.

Brett sonrió, socarrón.

—Mis amigos italianos me han dicho que necesitan ver *la grande immagine*: el plano general. Ya que han venido de tan lejos, ¿quién soy yo para negárselo? Y será un viaje corto.

—Tienes que haber sentido esos temblores toda la noche —dijo Oliver—. Leah y yo apenas hemos dormido, esperando la llegada del siguiente.

—No van a temblarte las rodillas ahora, ¿verdad, Oliver? —dijo Brett, levantando una ceja.

—Nunca.

—Pues que eso no cambie.

—Nuestro trato contigo siempre es el mismo —dijo Oliver, mostrando su sonrisa más televisiva—. Estamos contigo, ganemos, ganemos o ganemos.

Brett subió al helicóptero. Tras él subieron los dos científicos italianos, Morgan, el cámara, y Oliver y Leah. La puerta de la cabina estaba abierta y Oliver se quedó sorprendido cuando vio al piloto. Antes, Brett le había dado instrucciones de que no contactara con la torre de control del aeropuerto. El piloto le había señalado que con ese vuelo estarían infringiendo la ley.

—Piensa en esto como en mi propio estado de sitio —le había dicho Brett.

—Un momento, ¿no te conozco? —le preguntó ahora Cutler al piloto.

—Bueno, salí en las noticias no hace demasiado —dijo él.

—Estuviste implicado en ese accidente con el cámara de televisión —dijo Cutler.

—Y sobreviví para contarlo —intervino el piloto, alargando la mano derecha, que aún tenía vendada—. Jack Rogers.

—Oliver Cutler.

—Bueno, ahora que hemos acabado con los saludos, vamos a poner a esta preciosidad en el aire, ¡y hacia la zona de fractura! —dijo Brett.

El helicóptero se elevó sin tener que esperar al permiso de la torre de control, porque el piloto no lo había pedido. Rogers accionó los controles con la puerta de la cabina aún abierta. Les mostró un pulgar levantado a sus pasajeros y gritó: —¡Muy bien, chicos! ¡Vamos a ver qué tal se porta este pequeño!

—¿Hasta dónde te puedes acercar? —le gritó Brett.

—¡Todo lo que quiera! —dijo Rogers, elevando la voz para hacerse oír con el ruido del motor y del rotor.

J. P. Brett, uno de los hombres más ricos del planeta, parecía un niño la mañana de Navidad.

—¿Recordáis esa vieja película, la de *Joe contra el volcán*? —gritó Brett, pletórico—. Bueno, pues Joe es Joseph, y todos sabéis que ese es mi nombre de pila, ¿no?

69

POR ENCIMA DEL MAUNA LOA, HAWÁI

LUNES, 28 DE ABRIL DE 2025

Leah Cutler soltó un chillido al ver los chorros de color naranja fluorescente que salían disparados del cráter, lanzando rocas que impactaron contra el moderno helicóptero, como si fueran fuego de artillería. Aunque el helicóptero había sido construido para la guerra, ninguno de sus ocupantes podía saber qué daños habría sufrido.

—¿Qué pasa? —gritó Brett.

—¡Las tenemos encima! —gritó Jake Rogers desde la cabina—. ¡Bombas de lava!

Estaban atravesando la oscuridad creada por la ceniza y el humo del volcán; el sol había salido ya, pero la única luz que veían era la procedente de los chorros rojos y naranjas que salían disparados de la montaña.

—¡La lava debe de haber alcanzado la capa freática! —dijo Oliver—. Cuando asciende, las rocas se fragmentan y obturan las fumarolas. El agua empieza a hervir y aumenta la presión. —Oliver contempló la escena, intentando no mostrar el miedo que sentía. Estaba tan asustado como su mujer, solo que él no chillaba—. ¡El resultado es lo que estamos viendo! —añadió, sin dejar de gritar para que se le oyera sobre el ruido del motor y de la tormenta de rocas.

—¿No es la Gran Erupción? —dijo Brett.

—Es bastante grande —respondió Oliver Cutler.

—Tengo que subir de cota —anunció Jake Rogers.

—¡Aún no! —dijo Brett—. Estas imágenes son increíbles. Sigue grabando —le ordenó al cámara de los Cutler, Morgan, que estaba tendido boca abajo, con un arnés sujetándolo por la pierna, asomado a la puerta abierta mientras las rocas volaban en torno al helicóptero, algunas de ellas incluso impactando contra la cubierta. Era más un bombardeo que una erupción.

Una vez Morgan les había dicho a los Cutler que su especialidad era hacer locuras, y eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Tenía casi medio cuerpo fuera de la puerta.

—¡Con mucho gusto! —respondió, a voz en grito, mientras grababa la increíble escena que tenían debajo.

Jake Rogers también era un temerario. Por eso había estado a punto de morir con ese mequetrefe de cámara de la CBS. Ahora estaba intentando desesperadamente recuperar el control del helicóptero, esquivando los efectos especiales que les rodeaban.

«Estos se creen que esto es una película», pensó.

Estaba casi encima del Mauna Loa, a una altura que sabía insuficiente, cuando se produjo la explosión.

De pronto, el helicóptero dio una sacudida repentina y empezó a perder altitud cuando Rogers sabía que necesitaban ganarla, a pesar de lo que había dicho ese cabrón pirado de Brett.

Pero era como si el Airbus H225M tomara sus propias decisiones.

Rogers era un piloto veterano y sabía que, cuando se libraba una batalla del hombre contra la máquina, casi siempre era la máquina la que ganaba.

—¡Esto no es solo una tormenta de lava! —gritó Rogers para hacerse oír con el ruido del motor—. ¡Estamos rodeados de ceniza, joder! Tengo que salir de aquí antes de que dañe los rotores y caigamos a peso como una de esas rocas.

—¿Estás de coña? —gritó Morgan, que no dejaba de grabar—. ¡Estas imágenes son cojonudas!

El Airbus se tambaleó y volvió a bajar unos metros con una sacudida aún más violenta que antes.

—¡Oliver! —gritó Leah Cutler—. Tenemos que salir de aquí. ¡Enseguida!

Pero en los ojos de su marido veía la misma emoción salvaje que veía en los de J. P. Brett. Y comprendió con toda claridad por qué estaban allí en realidad. No era el sentido del deber lo que los había traído a Hawái. A pesar del peligro evidente que los rodeaba, Brett y Oliver estaban allí por esa montaña rusa en el cielo, aunque a Leah le diera la sensación de que el planeta estaba estallando a su alrededor. Hasta aquel momento, en cualquier punto del mundo, había visto tormentas como esa, explosiones de color, solo desde la distancia.

Pero ahora ella formaba parte de la escena y temía que pudieran morir.

Los italianos, a su lado, hablaban entre ellos en su idioma, aparentemente tan asustados como Leah Cutler, echando el cuerpo hacia atrás e intentando abrocharse los cinturones.

El Airbus cayó varias decenas de metros más. Por encima del estruendo del motor, Leah Cutler oyó las imprecaciones del piloto. El científico llamado Sparma murmuró:

—*Gesù, Maria e Giuseppe.*

Jesús, María y José.

De algún modo, Morgan consiguió asomarse un poco más.

—¿Lo notáis? —gritó Morgan, señalando hacia la escena que

tenían debajo.

Estaban descendiendo a gran velocidad hacia el fuego y no dejaban de recibir impactos de lava; una roca golpeó el lateral del helicóptero a apenas un metro de la cámara de Morgan.

El helicóptero de combate se puso a temblar, como engullido por la turbulencia.

—¡Es ahora o nunca! —gritó Rogers.

—¡Solo unos segundos más! —le respondió Brett.

Morgan, que tenía la cámara agarrada con la mano derecha, le mostró el pulgar levantado de la mano izquierda.

Rogers sabía lo peligrosamente cerca de la cumbre que estaban, pero también sabía que al hombre que les había contratado eso no le importaba.

—¡Genial! —dijo J. P. Brett cuando el helicóptero volvió a caer unos metros.

—¡Eso no es cosa mía! —gritó Rogers—. La ceniza se está pegando al rotor. ¡La cámara de combustión tiene que estar empezando a fundirse! ¡Estoy a punto de perder el control!

Parecía estar accionando todos los controles a la vez.

—¡Necesito encontrar un sitio donde bajar! —dijo—. Estuve a punto de morir ahí arriba una vez. ¡No voy a volver a correr ese riesgo!

La lava estaba cada vez más cerca, y Jake Rogers sabía mejor que ninguno de sus pasajeros que se les acababa el tiempo.

Por fin J. P. Brett dijo:

—Está bien, sal de aquí.

Rogers consiguió virar bruscamente a la izquierda, alejándose del lugar de donde salían el humo y las rocas y haciendo que sus pasajeros ladearan el cuerpo violentamente.

Cuando enderezó el helicóptero, Morgan, el cámara, había desaparecido.

70

MAUNA LOA, HAWÁI

Rebecca Cruz se quedó mirando, horrorizada, mientras aquella figura caía del helicóptero hacia el flujo de lava.

Estaba en la parte baja de la montaña, dando el último repaso a las ubicaciones de las últimas bombas, cuando oyó la explosión en la cumbre y vio los chorros de lava y rocas iluminando el cielo, junto con lo que parecían fuegos artificiales.

En poco tiempo pasaron muchas cosas: el helicóptero apareció en el cielo, de pronto teñido de naranja; el temblor los tiró al suelo a ella y a su hermano David y el helicóptero viró con fuerza, casi con violencia, hacia la izquierda.

Y entonces, aquel hombre —porque supuso que sería un hombre— cayó del helicóptero y su silueta resaltaba contra el cielo de la mañana, como la de un saltador de trampolín, o como una imagen de efectos especiales de una película.

Pero aquello era terriblemente real.

—¡David, vamos! —gritó, poniéndose en pie y corriendo hacia donde pensaba que habría caído el hombre.

David se quedó donde estaba.

—¿Ir? ¿Adónde? —gritó—. Nadie podría sobrevivir a una caída desde esa altura. Y tenemos que salir de aquí antes de que eso vuelva a estallar.

Pero Rebecca no dejaba de correr, tropezando de vez en cuando con las nuevas rocas de lava que habían caído sobre la ladera del Mauna Loa. La única vez que cayó paró el golpe con las manos, volvió a levantarse y siguió adelante.

—¡Más allá hay un lago que no se ve desde aquí! —le dijo, girándose y haciéndole gestos para que se uniera a ella—. A lo mejor ha caído dentro.

Bajó la mirada y vio que tenía sangre en las palmas de las manos, que se había rascado con las cortantes rocas.

Mac le había enseñado dónde estaba el lago la primera vez que la llevó a aquella zona. Le contó que ese tipo de lagos se formaban por la acumulación de agua de lluvia y agua freática.

—¿Qué posibilidades hay de que haya caído ahí? Ha dado la

impresión de que caía directamente en la lava —gritó David, nada convencido, pero la siguió.

Rebecca era buena senderista y corredora. Su hermano, no. La distancia entre ambos creció a medida que se abrían paso por el terreno, áspero e irregular.

—¡Tenemos que asegurarnos! —dijo ella.

El volcán se había calmado y el único sonido en el cielo, a lo lejos, era el del helicóptero. Rebecca aceleró el paso, como si se tratara de alguna carrera alocada. Ahora no tropezaba, no corría para salvar su vida; corría solo por aquella persona caída del cielo.

—¡Tenemos que volver a buscarlo! —le dijo Leah Cutler a Jake Rogers.

—No podemos —dijo él—. La ceniza se está pegando a las palas. ¡Lo noto! Tenemos que volver al aeropuerto antes de que acabemos como Morgan.

Brett se levantó de su asiento y se situó junto a Rogers.

—Da la vuelta —le ordenó.

Rogers, con la vista puesta en la cumbre, a su izquierda, dijo en voz baja, para que solo Brett le oyera:

—No tiene sentido, señor Brett. Lo siento, pero ambos sabemos que está muerto.

—Da la vuelta —dijo Brett—, y encuentra un lugar donde aterrizar.

—Señor Brett —protestó Rogers—, puede que esa erupción no haya sido más que un aperitivo.

—No era una petición —dijo Brett.

—Mira, colega, escúchame —replicó Rogers—. No es solo que las palas no estén funcionando como deberían. Escucha el maldito motor. Le pasa algo. —Meneó la cabeza—. Ha llegado el momento de intentar minimizar las pérdidas.

—Da la vuelta y retrocede ahora mismo —dijo Brett—. O sal de ese sitio y pilotaré yo mismo. Porque puedo hacerlo.

Jake Rogers vaciló, repasando sus opciones. Se dio cuenta de que la de dejar los mandos a ese ricachón sería la peor.

Así que viró con fuerza hacia el este.

De momento, la actividad y el espectáculo de luces de la cumbre habían remitido. Pero no sabía cuánto duraría eso. Ninguno de ellos lo sabía, ni siquiera Brett. Aquella calma repentina probablemente significaría que el agua que había provocado la breve pero violenta erupción se habría enfriado o habría empezado a evaporarse, o ambas cosas.

Esperaba que los terremotos cesaran el tiempo suficiente como

para posar el pájaro de J. P. Brett en el suelo cerca del lugar de la erupción, dado que estaba claro que ese era el nuevo plan; por mucho que lo intentara, no podría hacer cambiar de opinión a Brett.

Rogers tenía una idea aproximada del lugar donde estaban cuando habían perdido a Morgan, pero no la posición exacta, en parte porque casi todo el terreno tenía el mismo aspecto —como la superficie de Marte, decían algunos pilotos— y en parte porque, en ese momento preciso, estaba demasiado ocupado intentando mantener el helicóptero en el aire.

«Morgan está aún más loco que yo —pensó Jake Rogers—. O lo estaba».

Rogers voló hasta un lago del cráter en aquel lado del volcán. Por encima del lago, había una balsa de contención que el ejército debía de haber construido en el último par de días; por lo que veía, ya empezaba a llenarse de lava. Leah Cutler, mirando por su ventanilla, fue la primera en localizar a Morgan.

Y se puso a gritar otra vez.

71

Rebecca y David Cruz bajaron la vista en dirección al depósito de contención, a unos cien metros al sur del lago del cráter. Por algún motivo, parecía más profundo, ahora que empezaba a llenarse de lava.

Llegaron justo en el momento en que el cuerpo del hombre caído del helicóptero llegaba flotando sobre el flujo de lava, de color naranja rojizo, que desembocaba en el depósito, tal como había previsto el Cuerpo de Ingenieros del Ejército, aunque no sabía que habría resultado útil tan pronto.

Era como si el cadáver bajara por un tobogán gigante. O como si estuviera cabalgando sobre una ola de color fuego.

Rebecca sabía por qué aquel hombre, fuera quien fuera, no había desaparecido bajo la superficie de la lava. Mac le había explicado que la lava no se comporta como otros líquidos, que podía tener una densidad dos o tres veces superior a la del agua.

—Se ha caído de un helicóptero. ¿Por qué no se ha hundido? —preguntó David, mientras ambos contemplaban, impotentes, al hombre que flotaba boca arriba, con los ojos abiertos pero sin vida.

—Los cuerpos flotan en la lava —dijo Rebecca en voz baja.

Por mucho que quisiera hacerlo, no podía apartar los ojos de la terrible escena. Observó mientras el rostro y las manos de aquel hombre empezaban a adquirir el color de la lava que tenía debajo. Su cuerpo empezó a emitir vapor.

—Ya se le han quemado los pulmones —dijo ella—. Probablemente habrá muerto en menos de un minuto. Quizás dos—. Casi oía la voz de Mac en su cabeza, explicándole los fundamentos científicos de su mundo—. Aunque haya sobrevivido a la caída, ya habrá empezado a arder desde dentro hacia fuera.

—¿Qué demonios estaba haciendo ahí arriba? —preguntó David, señalando hacia el cielo—. Antes de acabar ahí abajo.

Unos segundos más tarde, como en respuesta a su pregunta, apareció una cámara de vídeo cabeceando sobre la lava hasta llegar al depósito. En aquel mismo momento, el helicóptero del que había caído aquel tipo aterrizó entre el lago y el depósito de contención.

—Probablemente estaría haciendo su trabajo —dijo Rebecca—, como todos nosotros.

El gran helicóptero, con la inscripción BRETT en grandes letras en el lateral, se posó cerca del lago del cráter, unos cientos de metros más arriba.

J. P. Brett fue el primero que salió; fue corriendo hacia lo que parecía un escarpado despeñadero al otro lado del depósito de contención.

David y Rebecca avanzaron lentamente en esa dirección. De pronto, un segundo helicóptero, esta vez del ejército de Estados Unidos, no tan grande como el de Brett pero de un tamaño considerable, apareció en el cielo desde el este. Aterrizó y el general Mark Rivers saltó al suelo en cuanto se abrió la puerta; sus botas levantaban polvo y piedrecitas mientras corría directo hacia Brett como un jugador de fútbol americano de los Houston Texans, que tanto le gustaban a Rebecca, dispuesto a hacer un placaje.

El siguiente que salió del helicóptero del ejército fue Mac, que corrió tras el general.

72

Para cuando Rebecca y David llegaron a la zona de la montaña entre los dos helicópteros, que ya habían detenido los rotores, los pasajeros de ambos estaban reunidos. Brett, Rivers, Mac, los Cutler y dos hombres que Rebecca no reconoció y que hablaban en italiano.

Los dos pilotos se habían quedado atrás, cerca de los helicópteros, intentando mantenerse fuera de la línea de fuego.

—¡Felicidades! —dijo Rivers, clavándole un dedo a Brett en el pecho.

—¿Por qué? —preguntó Brett.

—¡Le dijimos que iba a conseguir matar a alguien, y acaba de hacerlo, hijo de puta!

Era la primera vez que Rebecca le oía alzar la voz.

—Hijo de puta, arrogante y cabeza dura —remató Rivers.

—Todo ocurrió de pronto… la erupción, mi helicóptero tuvo que virar de golpe, y entonces… —Brett sacudió la cabeza y miró hacia el cuerpo inerte de Morgan—. ¿Una tragedia evitable? Sí. Pero sigue siendo una tragedia.

Jake Rogers estaba apoyado en el Airbus, y Rivers se dirigió a él.

—¿Fue decisión suya volar tan cerca de la cumbre en un momento así? —le preguntó Rivers—. ¿Y la de no pedir permiso para volar a la torre o al jodido ejército?

—Yo solo soy un trabajador, general. Para cuando conseguí recuperar el control del aparato, la única opción que tenía era hacer ese viraje rápido e intentar quitarme de en medio. —Se encogió de hombros—. Pensaba que ese tipo estaría atado.

—Bueno, pues en eso se equivocó, ¿no es así, fenómeno? —le espetó Rivers—. Todos ustedes se han equivocado. Este maldito volcán ya se ha cobrado su primera víctima, y aún no ha empezado siquiera a matarnos a todos.

Oliver Cutler estaba de pie junto a Brett. Rivers se giró y se dirigió a ellos.

—Qué lástima que ustedes dos no tuvieran otro cámara de repuesto —dijo Rivers—. Imagínense las imágenes de primera que tendrían ahora de su chapuzón en la lava.

—Morgan conocía los riesgos de venir aquí igual que nosotros —se

defendió Cutler.

—No son más que un puñado de cowboys —espetó Rivers. Y, antes de que Brett o Cutler pudieran responder, añadió—: Y odio a los putos cowboys.

Miró alrededor y dijo:

—¿Preguntas? ¿Comentarios?

Brett dio un pequeño paso adelante, como si tuviera miedo de pisar una mina:

—Yo solo tengo un comentario, general. Si me dice que me vaya, me iré.

—No —dijo Rivers—. Usted se queda. Lo necesito más que nunca, señor Brett.

73

AFUERAS DE HILO, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 24 HORAS

«Es como si el general Mark Rivers hubiera vuelto a la guerra —pensó Mac—. O como si pensara empezar una muy pronto».

Horas antes le había dicho a Mac que le había explicado la situación al presidente y que le había informado sobre los soldados que se habían visto expuestos a la muerte negra, sin ahorrarse ningún detalle sobre el modo en que murieron.

—Le he dicho al presidente que todos crecemos oyendo hablar de la guerra que acabará con todas las guerras —dijo Rivers—. Bueno, pues es esta.

Rivers le había pedido a Mac que le acompañara de vuelta a la base y los dos hombres recorrieron el accidentado camino en el jeep del militar, parando en los puntos donde estaban construyendo diques, entre la base y Hilo.

Los temblores, grandes y pequeños, siguieron repitiéndose hasta la mañana. Incluso cuando eran grandes y temblaba toda la montaña, continuaban trabajando, rodeados de una energía arrolladora, como si los equipos de obreros estuvieran intentando construir un barrio nuevo a las afueras de Hilo en un solo día.

Y, dado que la noche antes Mac había conseguido convencer a los asistentes al Palace Theater de que cuanto más colaboraran con el ejército más segura sería su ciudad, la mano de obra a las órdenes de Rivers esa mañana se había duplicado, quizá hasta triplicado.

J. P. Brett estaba supervisando la caravana de cisternas que traían agua del mar de la bahía al Mauna Loa.

—Hay una cosa que me intriga —le dijo Mac a Rivers mientras hacían el recorrido en jeep—. ¿Cómo ha podido hacer aparecer de pronto tantos camiones? ¿Magia?

—Es Brett —dijo Rivers, como si eso lo explicara todo—. Será un pirata, pero ahora mismo es mi pirata. No tenemos tiempo suficiente para montar conducciones de agua hasta el maldito volcán, así que solo podemos hacer esto. No miente cuando dice que consigue hacer lo que se propone.

—Igual que consigue que la gente se mate —apostilló Mac.

—Al menos pudimos sacar el cuerpo del lago —dijo Rivers.

Rivers, vestido de faena y con casco de obra, actuaba más como un capataz que como la figura más poderosa del ejército. Podía subirse a la cabina de una excavadora para mostrarle al conductor dónde quería que fuera y qué quería que hiciera, dejando claro que tenía que hacerlo en cinco minutos o rodarían cabezas.

Cuando las excavadoras de oruga y los camiones que tenían delante no conseguían acercarse lo suficiente a los diques, los voluntarios que se habían presentado antes de la madrugada formaban una cadena humana y se pasaban las rocas de mano en mano como una brigada antiincendios de las de antes pasándose cubos.

—¿Preferiría ir con la señorita Cruz a los lugares de instalación de las bombas? —le preguntó Rivers a Mac cuando pararon a beber agua —. Si es así, llévese el jeep.

—Quiero estar donde resulte más útil —dijo Mac—. Ninguno de nosotros quiere morir en esta isla por no haber hecho todo lo posible y en la medida de lo posible.

Rivers se levantó ligeramente la gorra y se quedó mirando a Mac, pensativo.

—¿Usted cree que vamos a morir aquí? —preguntó Rivers.

No hablaba como un general; de hecho, no hablaba como el jefazo que era. Hablaban de hombre a hombre, como si estuvieran en la cadena de voluntarios, pasándose rocas el uno al otro.

—Podría ser —dijo Mac—. Yo creo que todas las cosas que estamos haciendo funcionarán en cierta medida. Lo que me vuelve loco es no saber cuál de ellas funcionará mejor. Yo creo que los explosivos de Rebecca funcionarán, creo que tirar bombas funcionará, creo que el titanio y las zanjas y el agua de mar tienen sentido. Todo me suena a plan perfecto. —Miró a Rivers y sonrió—. Pero ya sabe lo que dijo aquella vez Mike Tyson, señor: «Todos tienen un plan hasta que reciben un puñetazo en la boca».

Se produjo otro temblor, el más fuerte de la mañana hasta el momento; los dos cayeron de espaldas contra el jeep de Rivers.

—La cuestión es que podríamos ganar la batalla contra eso y perder la guerra igualmente, si no conseguimos proteger los frascos. En cuyo caso estamos condenados, hagamos lo que hagamos para prepararnos —dijo Mac—. El camino al infierno está sembrado de buenos propósitos.

Aquello hizo que Rivers esbozara una sonrisa.

—No me endulce la realidad, doctor MacGregor.

—¿Le parece que volvamos abajo y echemos un último vistazo al dique más próximo a la ciudad, para ver cómo lo llevan? —preguntó Mac.

Rivers asintió.

De pronto Mac le tendió la mano.

—Quiero que sepa que es un honor para mí estar luchando a su lado, señor.

Rivers se la estrechó.

—Estoy intentando recordar quién dijo que el fracaso no era una opción, pero no lo consigo. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Es parte de un diálogo de Apolo XIII —dijo Rivers—. En la película lo dice Gene Kranz, director de vuelo de la NASA.

Rivers le dio una palmada en la espalda a Mac y luego se puso al volante. De pronto daba la impresión de que tenía todo el tiempo del mundo, como si de algún modo la perspectiva de morir le hiciera sentirse más vivo.

Mac se subió al jeep y Rivers condujo como un loco en dirección a Hilo; otro temblor estuvo a punto de hacerles volcar, pero Rivers se rio y siguió adelante. Mac tenía una canción en la cabeza y no dejaba de oírla. No recordaba quién la cantaba, solo que era un éxito antiguo que últimamente habían recuperado en la emisora de rock clásico de Hilo.

It's the end of the world as we know it.

Es el fin del mundo tal como lo conocemos.

El teléfono de Rivers, que evidentemente tenía el volumen al máximo, sonó en la consola que había entre los dos. El general respondió.

—¡Rivers! —gritó al teléfono, y se quedó escuchando mientras asentía—. Vamos para allá —dijo. Pisó el freno con fuerza, hizo un brusco cambio de sentido y aceleró; Mac se alegró de llevar el cinturón puesto.

—Tenemos que volver a la base —dijo Rivers, conduciendo aún más rápido.

—¿Qué pasa?

—Otra erupción.

74

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

Brett y los Cutler llegaron a la sala de conferencias junto al despacho de Rivers un cuarto de hora después de que lo hicieran Mac y el general; Jenny y Rick Ozaki llegaron justo después. Cuando Rivers había contactado con ellos, los Cutler estaban volando con otro helicóptero del ejército, señalando los tubos de lava que querían bombardear.

—¿Bueno, dónde está el incendio? —preguntó Rick, intentando aliviar la tensión, y fracasando estrepitosamente. Ya no era momento para eso y todos lo sabían.

—Las islas Galápagos —dijo Rivers—. Se ha producido lo que los nuestros llaman un «incidente de relieve» en el volcán Wolf. —Rivers se puso las gafas de leer y cogió la primera hoja impresa de un montón que tenía delante—. He recibido la llamada desde Baltra, nuestra base en las islas, hace unos cuarenta y cinco minutos.

Mac sabía muchas cosas sobre las Galápagos, había hecho varias visitas al archipiélago volcánico a casi mil kilómetros de la costa de Ecuador. Aquel grupo de islitas presentaba una actividad sísmica casi constante. Tres años antes, había pasado más de un mes allí, cuando el volcán Wolf entró en erupción por primera vez en siete años, emitiendo ríos de lava naranja visible incluso desde el espacio.

Unas semanas antes, había oído una predicción sobre un posible incidente en el volcán más alto y grande de las islas Galápagos. Pero desde entonces solo había podido pensar en la Isla Grande, en la ingente tarea que les planteaba el Mauna Loa.

—Nuestras queridas islas Galápagos —dijo Jenny Kimura—. Conocidas por sus enormes volcanes, por sus enormes tortugas y por el viejo Charles Darwin.

Mac sonrió. A veces se preguntaba cómo iban a poder volver nunca a la normalidad. Si es que el mundo volvía a la normalidad.

—Muy bien, vamos a centrarnos, equipo —dijo River—. La última vez que entró en erupción el volcán Wolf fue hace tres años y las cenizas se extendieron unos ochenta kilómetros por el Pacífico. Ahora ha vuelto a suceder. No era del todo inesperado, según parece las señales estaban ahí, pero nadie esperaba que pudiera tener esta

intensidad, que la lava surgiera de al menos tres fisuras en las vertientes este y sureste, fluyendo por los tubos y quemando toda la maleza y la hierba que se encontrara por el camino.

De no ser por la situación que estaban viviendo, Mac estaría en contacto constante con los vulcanólogos y la gente de Baltra, algunos de los cuales había conocido durante la erupción de 2022. Quizá incluso estaría ya de camino hacia allí.

—De momento, lo tienen controlado —dijo Rivers—, al menos en la medida en que puede controlarse algo así.

—Interesante —opinó Brett—. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que está sucediendo aquí?

—Allí han recurrido al ejército para combatirlo, desde el aire y desde el mar —dijo Rivers.

—Un momento —dijo Mac—. ¿Desde el mar?

Rivers junto los dedos índices bajo la barbilla y se volvió hacia él.

—Han llevado hasta allí destructores de la clase Zumwalt —dijo Rivers.

—Buques de guerra —dijo Mac.

—Preparados para disparar misiles balísticos de corto alcance desde su posición, apuntando directamente a los tubos de lava con la máxima precisión que les permiten las modernas tecnologías.

—Así que pretenden bombardear el volcán para que recupere la forma que tenía en la Edad de Piedra —señaló Brett.

—Así es —dijo Rivers.

—Afortunadamente la erupción se produce en el lado contrario de la montaña en la que viven las iguanas rosas, en peligro de extinción —observó Jenny.

—¿Y creen que eso va a funcionar? —preguntó Mac—. Por lo que yo sé, es la primera vez que se usan misiles para atacar a un volcán.

—No tardaremos mucho en salir de dudas —dijo Rivers—. Probablemente antes de que acabe el día. Por eso quiero tener a alguien allí cuando llegue el momento.

—¡Leah y yo podemos ir! —propuso Oliver Cutler, levantando la mano como un niño en clase deseoso de dar la respuesta correcta.

—¿No ven la hora de abandonar nuestra pequeña Isla Grande? —preguntó Rivers.

—No, señor —se apresuró a responder Cutler—. Mi esposa y yo nunca hemos huido de los problemas. Solo queremos demostrarle que, a pesar de los recelos que pueda tener y de que nos considere unos fanfarrones, estamos dispuestos a hacer cualquier cosa por la causa.

Rivers se volvió hacia Mac.

—¿Quién cree usted que debería ir, doctor MacGregor?

Mac no vaciló:

—Jenny y Rick.

—¿Por algún motivo en particular? —dijo Rivers.

—Porque son listos, son valientes y, si ven algo que falla en el plan del ejército, no le vendrán con historias, general. Ni nos harán perder un tiempo que no tenemos.

—¿Está dispuesta a aceptar una misión como esta, doctora Kimura? —le preguntó Rivers a Jenny.

—Si a Mac le parece bien, a mí también —dijo ella.

—Entonces mandaré que preparen un avión —dijo Rivers.

—Pero tenemos un pequeño problema, señor —objetó Mac—. Yo he hecho ese viaje más de una vez. Las Galápagos están a más de siete mil kilómetros de aquí. Eso son al menos ocho horas de avión, incluso con viento de cola.

—No con mi avión —dijo J. P. Brett.

75

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE HILO, HAWÁI

El avión privado más rápido del planeta era el Peregrine y Brett había llegado a Hilo en uno.

Mac estaba de pie en la pista con Jenny y Rick mientras los pilotos hacían sus últimas comprobaciones antes de partir para las Galápagos. Brett les había prometido que aterrizarían en el Aeropuerto Internacional José Joaquín de Olmedo en poco más de cinco horas. El copiloto había recogido sus dos pequeñas bolsas de lona; Jenny y Rick llevaban poco equipaje, puesto que esperaban no tener que pasar en las Galápagos más que unas horas.

Rick le dio un abrazo a Mac a toda prisa.

—¿Tu chica está contenta con esta pequeña aventura? —le preguntó Mac.

—¿Tú qué crees?

El Peregrine encendió el motor; fue como si otro pequeño temblor se extendiera por el suelo, bajo sus pies.

—No te mueras mientras yo estoy fuera —dijo Jenny—. Porque sabes lo mucho que me enfadaría.

—Bueno, pues eso no podemos permitirlo, ¿no? —respondió Mac.

Por encima del hombro de Jenny, Mac vio al copiloto subido en lo alto de la escalerilla.

—¡Doctora Kimura! —gritó, levantando la voz por encima del ruido de los motores—. Tenemos que salir pitando.

No quedó muy claro si era iniciativa de Mac o de Jenny, pero de pronto ambos estaban abrazados.

—Cuídate mucho —le susurró Mac al oído.

—Tú no te tomes tu primer whisky escocés hasta que yo vuelva —dijo ella.

Mac la besó con ternura en la coronilla y dio un paso atrás sin quitarle las manos de los hombros. Sonrió.

Jenny asintió y le devolvió la sonrisa.

—Yo siento lo mismo —dijo. Se encogió de hombros, quitándose las manos de encima, dio un paso adelante y le dio un beso tan rápido y superficial que fue casi como si sus labios no se hubieran tocado.

Entonces Jenny se giró y se dirigió hacia el Brett Jet, tal como

había empezado a llamar al avión. Subió por la escalerilla y desapareció sin volverse a mirar atrás.

Mac se quedó junto a la ventana del terminal, observando cómo despegaba el avión personal de Brett, el más rápido del mundo, con la escarpada silueta del Mauna Loa de fondo.

Volvió al jeep del ejército que Rivers le había asignado para su uso privado. Pensaba ir a ver a Rebecca y a su equipo al Mauna Loa —con permiso del volcán, por supuesto— para que pudieran seguir enterrando el resto de explosivos. Después de eso, se reunirían con Brett y los Cutler y repasarían los últimos mapas para el bombardeo aéreo.

Todo ese bombardeo quedaría supeditado a lo que observaran Jenny y Rick una vez que llegaran a las Galápagos, después de un viaje casi a la velocidad del sonido.

No era más que otro modo, pensó Mac, de intentar esquivar la cuenta atrás.

Se sentó al volante sin meter la llave en el mecanismo de arranque, pensando en la despedida de Jenny y preguntándose si habría tenido que decirle algo más. Pero no era nada nuevo: solía pasar mucho tiempo preguntándose si tendría que hablar más con ella sobre sus sentimientos.

Quizá lo hiciera cuando los entendiera mejor él mismo. Esperaba tener mucho tiempo para eso.

La vibración del teléfono móvil le devolvió a la realidad.

La pantalla del móvil decía *New York Times*.

Mac no se sorprendió lo más mínimo de que los reporteros tuvieran su número. «Lo tenéis claro», pensó.

Un minuto más tarde, oyó el ping que indicaba que tenía un nuevo mensaje de voz. Era la periodista.

«Soy Imani Burgess. Espero que me pueda devolver la llamada antes de que Sam y yo enviemos nuestro artículo para que podamos hablar con usted sobre una fuente que sugiere que hay algún tipo de vertido tóxico en la isla y que han muerto varios soldados, posiblemente contaminados».

Hubo una pausa.

«Tenemos que entregar el texto —dijo—. Así que, cuanto antes pueda llamarnos, mejor. Nos gustaría mucho darle la ocasión de responder a lo que tenemos, especialmente si sabe algo sobre los soldados».

Mac volvió a escuchar el mensaje.

A continuación pulsó el botón «borrar», metió la llave en el contacto, arrancó y salió del aparcamiento.

Luego hizo una llamada, pero no fue al *New York Times*.

76

SOBREVOLANDO LAS ISLAS GALÁPAGOS

La erupción ya había acabado cuando llegaron, menos de cinco horas después de despegar del aeropuerto de Hilo, aún más rápido de lo que les había prometido J. P. Brett, gracias en gran medida a una potente corriente en chorro sobre el Pacífico.

Mientras sobrevolaban la isla Isabela, donde se encontraban el volcán Wolf y otros cinco volcanes en escudo, Jenny vio una de las puestas de sol más impresionantes que había visto nunca, con un color naranja intenso como una cascada de lava. La luz aún era intensa cuando iniciaron el descenso.

—Así que han hecho exactamente lo que querían hacer —dijo Jenny. Ambos habían visto las imágenes emitidas en directo desde su ordenador portátil.

—Han convertido la ladera del volcán en un colador —dijo Rick.

—Más bien han practicado una cesárea geológica —dijo Jenny—. Básicamente han sacado al bebé antes de hora.

Lo que habían hecho a lo largo del último mes, asesorados por unos científicos japoneses traídos por el gobierno ecuatoriano, era despresurizar las cámaras de lava lanzando misiles a las profundidades del volcán Wolf, hasta una profundidad de diez kilómetros. La desgasificación pasiva que habían ejercido había aliviado en gran parte la presión acumulada antes de la erupción, que controlaban casi a cada hora. El resultado había sido una liberación de presión calculada y sincronizada a través de las fisuras creadas por los misiles de corto alcance.

El piloto viró, orientando el Peregrine hacia el aeropuerto, y la cumbre del volcán Wolf desapareció.

—Así que, básicamente, aquí ya hemos cumplido —señaló Rick.

—No del todo —respondió Jenny.

El teniente Abbott y su superior, el comandante Neibart, le habían dicho a Jenny que de ningún modo les dejarían volar hasta la isla Isabela, aunque el ejército hubiera construido una pista de aterrizaje para uso militar entre el volcán Wolf y otro que llevaba el nombre de

Charles Darwin.

—No hay ninguna posibilidad —le había dicho el teniente Abbott, inflexible—. Eso no va a ocurrir.

Pero Jenny, al salir del despacho de Abbott, llamó a Mac. Mac se puso en contacto con el general Mark Rivers, que tenía un rango superior casi a todo el mundo en Estados Unidos, con la única excepción del presidente. Ahora estaban en la isla, después de que los llevara un joven piloto del ejército que había parado la avioneta casi en la puerta de un barracón que servía de segunda base.

En el exterior había un par de jeeps aparcados.

—¿Aquí vive alguien? —le preguntó Rick al piloto.

—Las tortugas gigantes del volcán Wolf. Por aquí se enorgullecen bastante de sus caparazones en forma de silla de montar —dijo él, y luego añadió—: Me han dicho que les informe de que, si no vuelven al avión en una hora, más vale que tengan forma de pedir un Uber.

Jenny tenía el mapa de la isla en el regazo. Estaba decidida a localizar la posición de las cámaras magmáticas y la distancia a la que tenían las fisuras: así podrían ver por sí mismos cómo habían podido controlar el flujo de lava de un modo tan efectivo mediante el bombardeo. Rick se puso al volante del jeep y subieron por la montaña de mil setecientos metros, más escarpada cuanto más se acercaban a la cumbre.

—Cuéntame otra vez por qué estamos haciendo esto —dijo Rick.

—Somos soldados en una misión —respondió Jenny.

—Genial —dijo él—. Ahora estoy circulando en torno a un volcán activo con la teniente O'Neil.

Llegaron todo lo cerca que pudieron de la vertiente este del volcán Wolf sin jugarse la vida, tan cerca que podían ver los arroyos de lava. Desde su posición, veían que el flujo de lava iba perdiendo velocidad a medida que se acercaba al océano.

—Caray, han encontrado el modo de hacer que la lava vaya exactamente adonde querían que fuera —dijo Jenny, al bajar del jeep—. Si ellos han podido hacerlo, nosotros también.

—Eso, si descubrimos cómo hacerlo igual que ellos —dijo Rick—. En el día que nos queda, o poco más.

—¿Podemos acercarnos un poco más? —preguntó Jenny.

—No.

—Hemos llegado hasta aquí.

—Sí, y ya es demasiado lejos —protestó él, pero apagó el motor del jeep y la siguió montaña arriba.

Al final llegaron a un pequeño promontorio sólido que les proporcionó las mejores vistas hasta el momento de los agujeros que habían abierto en el volcán, que quedaba a unos cuatrocientos metros del lugar donde se encontraban en ese momento. Los arroyos de lava

más pequeños aún fluían, alejándose de ellos, al sur de la mayor corriente de lava, que seguía fluyendo desde la cumbre.

Rick se había traído de la base una cámara Canon con un teleobjetivo y estaba tomando fotografías. Al cabo de un rato, le dijo a Jenny que tenían que marcharse, porque estaban a punto de quedarse sin luz y tampoco le quedaba espacio en la tarjeta de memoria.

—Solo unas cuantas más y nos vamos —dijo ella—, te lo prometo. Ya sabes que estas imágenes van a serle de gran ayuda a Mac.

—Oh, gracias a Dios —dijo Rick.

Apoyó una rodilla en el suelo para obtener una imagen mejor. Jenny estaba de pie a su lado.

El temblor, repentino, violento e inesperado, golpeó la isla Isabela con una fuerza incomparable con ningún otro temblor que hubiera sentido nunca Jenny, ni siquiera con los previos a la erupción de Hilo; era como si todo el mundo hubiera estallado.

Buscaron algún refugio, pero no había dónde resguardarse, ningún sitio al que correr. El cielo de pronto se oscureció, como si se hubiera hecho de noche de golpe.

Se giraron para mirar y, justo en ese momento, vieron gran parte del volcán Wolf cayendo hacia ellos, como un edificio desmoronándose; en ese mismo instante, el promontorio en el que se encontraban desapareció.

Y fueron ellos los que cayeron al vacío.

77

OBSERVATORIO VULCANOLÓGICO DE HAWÁI, HAWÁI

Mac dejó a Rebecca Cruz en su despacho y, a regañadientes, salió al exterior del edificio principal del OVH a hablar con los dos periodistas del *Times*, que se negaban a marcharse hasta que no tuvieran un cara a cara con él.

Con ellos iba otra mujer que se presentó como Rachel Sherrill.

Imani Burgess fue al grano:

—Le gustará saber que el periódico no va a publicar nuestro tema —le espetó—. Aunque quizá eso ya lo sabía —añadió, sin intentar ocultar su rabia.

—El ejército de Estados Unidos ataca otra vez —remató Rachel Sherrill.

—No quiero parecer maleducado, señorita Sherrill —dijo Mac—. Pero ¿quién es usted?

—Alguien que esperaba que quizá usted se dejara de evasivas —dijo ella.

—Rachel estaba trabajando en el jardín botánico hace unos años cuando el ejército apareció de pronto para limpiar algún tipo de vertido tóxico —dijo Burgess—. Luego enterraron la historia y, supuestamente, también el vertido tóxico.

—Lo taparon deliberadamente entonces —prosiguió Sam Ito—, según la señorita Sherrill, y nuestras fuentes indican que ahora está pasando algo similar.

—Y mira por dónde —intervino Burgess—, de pronto nos mandan volver a casa. En el periódico dicen que es por la erupción. Pero todos sabemos que no es solo eso, ¿verdad, doctor MacGregor?

—Podía haberme quedado dentro —dijo Mac—. Parece que no me necesitáis. Ya tenéis todas las respuestas.

—Nos imaginamos que llamaría a Rivers en cuanto recibiera el mensaje de Imani —dijo Ito—. Después de eso, el general debió de llamar al presidente de Estados Unidos en persona. Y él después llamó al director del *New York Times* y le dijo que los dos reporteros que tenía en Hilo estaban a punto de poner vidas en peligro con alegaciones infundadas sobre el ejército.

—Solo que… son ustedes los que están poniendo vidas en peligro

—señaló Rachel Sherrill—. ¿No es así, doctor MacGregor?

—Yo estoy intentando salvarlas —respondió Mac—. Algo que, francamente, no puedo hacer aquí fuera.

—Quizá no es la primera vez que lo oye —replicó Ito—, pero la gente tiene derecho a saber.

—Todo no, no tiene derecho a saberlo todo —dijo Mac—. Baja de la nube, muchacho.

—No soy un muchacho —dijo Ito, indignado.

—Para mí lo eres.

—Usted no es nadie para decidir qué tiene derecho a saber la gente y qué no —dijo Rachel Sherrill—. Especialmente cuando nos jugamos tanto.

—Por favor, no me dé lecciones de lo que nos jugamos, señorita Sherrill.

Rachel respiraba afanosamente. Estaba acalorada y apretaba los puños. Mac pensó que se parecía un poco a Jenny cuando pensaba que tenía razón sobre algo y que él se equivocaba de lleno.

—Esto no se acaba aquí —dijo—. Aunque estos dos se vayan, yo no me voy a ir a ningún sitio hasta que no obtenga respuestas.

—Entonces supongo que no tiene sentido que le desee que tenga un buen viaje —respondió Mac.

Todos se quedaron en silencio. Eso para Mac no era un problema. Sabía que había muchas más cosas que habrían querido decirle y preguntarle. Pero al final los tres se dieron la vuelta, se fueron a su coche, que estaba en el aparcamiento de visitantes, y se alejaron.

Cuando Mac volvía al edificio, sintió que el teléfono móvil le vibraba en el bolsillo. Se hizo a un lado, junto a la puerta, se apoyó en la pared y respondió:

—MacGregor.

Los reporteros y Rachel Sherrill estaban demasiado lejos para oír el grito de dolor que emitió el doctor John MacGregor, el lamento de un animal herido; no le oyeron gritar «No» una y otra vez, hasta quedarse sin aire en los pulmones.

Con la espalda apoyada en la pared, se dejó caer al suelo, sin soltar el teléfono móvil, y tuvo la sensación de que el mundo había llegado a su fin.

Su mundo y el de todos los demás.

Rebecca salió por fin a buscarlo. Aún tenían trabajo que hacer esa noche, o lo tendrían, en cuanto Jenny y Rick enviaran su informe final desde las Galápagos y les transmitieran las imágenes tomadas por él, algo que probablemente harían en cuanto emprendieran el vuelo con el lujoso avión de Brett.

Habían tenido noticias suyas hacía una hora más o menos, justo antes de que aterrizaran en la isla Isabela. Antes de que Mac saliera a hablar con los reporteros y con Sherrill, había dicho que si Jenny y Rick no llamaban antes de que él volviera al despacho, los llamaría él.

Rebecca salió y vio a Mac sentado en el suelo, junto a la puerta. Estaba inmóvil, salvo por el pecho, que hinchaba y deshinchaba con fuerza, y tenía la mirada perdida en la distancia.

En la mano aún tenía el teléfono móvil.

Tenía los ojos rojos y, por increíble que le pudiera parecer a Rebecca, daba la impresión de que John MacGregor había estado llorando. Ella también empezó a respirar agitadamente y sintió una presión en el pecho. Se acercó y se puso de cuclillas a su lado.

—Mac, ¿qué pasa?

Era como si hubiera un retraso entre cuando hablaba y cuando las palabras le llegaban a él.

Por fin él levantó la vista y la miró.

—Jenny ha muerto —dijo—. Y Rick también.

78

Rebecca seguía con Mac, sentada en el suelo, a su lado.

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo Mac.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —repuso ella.

Mac tragó saliva. Necesitaba una copa.

—Fue algo inesperado, o al menos eso es lo que ha dicho el piloto que los llevó hasta allí —le contó—. Ese lado de la montaña... fue como una especie de avalancha. Especulan con la posibilidad de que los impactos de los misiles pudieran provocar la actividad sísmica, pero de momento no están seguros. —Respiró hondo—. En cualquier caso, saber eso no nos los devolverá.

Se volvió hacia ella.

—Fui yo quien le pidió que fuera.

—Si no lo hubieras hecho, se habría presentado voluntaria —dijo Rebecca—. Estaba en una misión.

—Para mí.

—Mac —dijo ella—, estamos todos en la misma misión. Y lo estamos dando todo, igual que Jenny, porque sabemos que se nos acaba el tiempo.

—La diferencia es que a Jenny y a Rick ya se les ha acabado del todo.

Le dijo a Rebecca que descansara un poco, aunque fuera en algún sofá. Rivers quería verlos a todos en su oficina al día siguiente, a las seis. Ella le prometió que dormiría en cuanto hubiera repasado los mapas por última vez.

—Mentirosa —dijo Mac en voz baja.

Rebecca volvió adentro. Mac no intentó siquiera ponerse en pie. Había dejado el teléfono móvil en el suelo, a su lado. Cuando se puso a vibrar, tuvo que hacer un esfuerzo para cogerlo y ver quién llamaba.

Su esposa.

—Me ha llamado la mujer de Rick para contármelo —dijo ella en cuanto respondió—. Mac, lo siento mucho.

La última semana había hablado con Linda un par de veces y le había explicado la situación intentando no dar muchos detalles. Y también había llamado a los chicos unas cuantas veces y había intercambiado correos electrónicos. Linda no les había dicho hasta qué

punto corría peligro su padre; no tenía sentido asustarlos. Pero ella sí lo sabía, pese a lo poco que él le contaba.

—Más lo siento yo —dijo Mac.

Ella estaba al corriente de casi todo lo que había pasado en la isla Isabela por lo que el ejército le había contado a la mujer de Rick, Eileen. Mac y Linda hablaron un par de minutos y luego él le preguntó si podía hablar con los chicos. Ella conectó el altavoz para que los niños pudieran oírle. Le preguntaron si estaba bien. Él les dijo que sí. Ellos le dijeron que estaban tristes por la tía Jenny y el tío Rick, y Mac les dijo que él también. Con voz temblorosa, Charlie le preguntó si él también iba a morir. Mac les dijo a los dos que estaba bien y no tenían que preocuparse, que iría a verlos muy pronto y que lo que les había pasado a la tía Jenny y al tío Rick había sucedido a miles de kilómetros de distancia.

Cerró los ojos, apretó los párpados e intentó mantener la compostura. No quería pensar que aquella podía ser la última vez que hablaba con sus hijos.

—Vosotros dos… —Tenía un nudo en la garganta. Tapó el teléfono con la mano, carraspeó y siguió adelante—. Los dos sabéis lo orgulloso que estoy de vosotros, ¿verdad? Lo orgulloso que he estado siempre.

—Papá, eso nos lo dices siempre —dijo Max.

—Nunca es suficiente —respondió Mac.

—Eso también nos lo dices —dijo Charlie.

Mac volvió a tapar el teléfono y a aclararse la garganta.

—Lo mejor que me ha pasado nunca es ser vuestro papá —dijo por fin. Sentía las lágrimas en las mejillas y dio gracias por no estar hablando por FaceTime o Zoom—. Os quiero mucho a los dos.

Las lágrimas no dejaban de caer.

—Nosotros también te queremos, papá —respondieron al unísono. Y luego Charlie añadió—: ¡Hasta pronto!

«Hasta pronto».

Linda desconectó el altavoz.

—Los chicos desearían estar contigo —dijo.

—Bueno, ambos sabemos que eso no va a pasar pronto.

«Y quizá no pase nunca más», pensó.

Los dos se quedaron en silencio. Mac ya estaba acostumbrado a esos silencios con la mujer que ya consideraba su ex. Hacia el final, antes de marcharse con los gemelos, el único modo en que se comunicaban era con aquellos largos silencios.

—Lo siento mucho —dijo ella por fin.

—Sé lo mucho que los apreciabas a los dos —dijo él.

—Quiero decir que siento mucho lo nuestro, Mac. Siento que no funcionara.

Él no tenía muy claro qué decir respecto a eso, así que no dijo

nada. Lo único que sabía era que no quería seguir con aquella llamada.

—Sé que parecerá una idiotez si te digo que te cuides —dijo ella—. Pero al menos consuélate sabiendo que los chicos están seguros.

En aquel momento, él habría querido ponerse a gritar otra vez, igual que había gritado hasta desgañitarse cuando recibió aquella llamada desde las Galápagos.

Querría gritarle que sus hijos no estaban seguros y ella tampoco, estuvieran en el continente o no, porque nadie estaba seguro en ningún rincón del mundo.

Pero eso no lo dijo.

No porque le hubiera prometido a Rivers que no se lo diría a nadie.

No lo dijo porque no era capaz.

Se produjo un último silencio, hasta que Linda dijo: —Te quiero, Mac.

Él hizo como si no lo hubiera oído, como si la llamada ya hubiera acabado.

Estaba a punto de entrar otra vez, cuando el teléfono móvil volvió a vibrar.

Una sola palabra en la pantalla: Rivers.

79

EXTERIOR DEL TUBO DE HIELO, MAUNA KEA, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 16 HORAS

Mac condujo hasta la Reserva Militar como alma que lleva el diablo; aparcó el coche y subió hasta el lugar donde le esperaba Rivers.

Durante todo el camino, no había dejado de pensar en el poco tiempo que les quedaba y en que, si sus proyecciones eran correctas, al mediodía del día siguiente, la Isla Grande podía ser un lugar completamente diferente.

«Se acerca el momento de la verdad», pensó Mac, imaginándose lo que estaba ocurriendo en el interior del Mauna Loa, la velocidad y la potencia con que iba ascendiendo el magma, moviéndose según el único calendario que le importaba al volcán: el suyo propio.

El magma moviéndose hacia lo que Jenny insistía en llamar «el *big bang*».

Jenny.

Después de la llamada de Rivers, se había puesto a llamar al número de Jenny una y otra vez, como por instinto.

Jenny, que había sido valiente.

Cuando por fin se encontró junto a Rivers, a unos cien metros de la entrada del Tubo de Hielo, vio más camiones cargados con planchas de titanio. Más luces a su alrededor. Más hombres trabajando para proteger aquella fortaleza donde se custodiaban los frascos; algunos descargando el titanio, otros colocando capa tras capa en su sitio.

Más ruidos allá arriba, pensó; más urgencia, si es que era posible.

Esa noche, Rivers no llevaba el uniforme puesto. Casco duro y mono de trabajo.

Parecía encantado de ir vestido de operario, aunque era él quien daba órdenes a diestro y siniestro.

—Quiero decirle cuánto lamento las bajas —dijo Rivers, con la voz entrecortada.

«Las bajas: el lenguaje de la guerra. Pero no podía evitar hablar así».

—Sé que lo lamenta, señor —respondió Mac.

—Tenía razón. Fueron valientes —dijo Rivers, y luego añadió—: Una capa más de titanio no le hará ningún daño.

—Estoy de acuerdo —dijo Mac—. ¿Y quién sabe? Quizá al final sea lo que marque la diferencia. Deberíamos ponérsela.

Mac señaló hacia el Mauna Loa, mientras seguían apareciendo soldados y habitantes de Hilo que se pusieron a descargar el titanio.

—Son algo más de treinta kilómetros, más o menos, de aquí hasta allí —dijo Mac—. Si conseguimos desviar la lava, no necesitaremos proteger la cueva más de lo que ya la hemos protegido. Pero si no… —Se encogió de hombros—. Tendremos que confiar en que lo que usted llama «protección lateral» nos ayude a ganar tiempo hasta que la lava se enfríe.

Oyeron lo que parecieron disparos procedentes del lugar donde estaban construyendo el primer dique, en el otro lado de la montaña.

Al cabo de un minuto, apareció un soldado corriendo ladera arriba, mostrándole el teléfono móvil al general Rivers.

—Tenemos problemas, señor —dijo el joven soldado.

—¿Eso han sido disparos? —preguntó Rivers.

—Disparos de advertencia —respondió el soldado—. Por la manifestación de protesta.

—¿Protesta? ¿Y por qué protestan, joder?

—De algún modo se han enterado de que hemos estado cavando en sus cementerios ancestrales.

—Tengo que encargarme de esto —le dijo Rivers a Mac.

Mac asintió.

—A usted se le da mucho mejor el control de las multitudes que a mí. Y yo tengo unas cuantas cosas que hacer.

Rivers fue corriendo hasta su jeep, se puso al volante y salió disparado.

Mac estaba al volante de su propio jeep cuando recibió la llamada de Lono.

—Tengo que verte enseguida, Mac Man —dijo el chico.

—¿Dónde?

—Ven a nuestra playa.

Mac condujo aún más rápido de lo habitual.

80

HONOLIʻI BEACH PARK, HILO, HAWÁI
MARTES, 29 DE ABRIL DE 2025

Mac fue el primero en llegar a la playa. Aparcó su jeep donde lo aparcaba siempre, en épocas mucho mejores, cogió su equipo y se dirigió al agua. Cuando notó la arena bajo los pies, se sintió por un momento como si estuviera en casa.

Solía venir en la Akua, la noche del mes en que la Luna se mostraba más grande, llena y brillante, más redonda aún de lo habitual, cuando las olas bailaban bajo su increíble luz, como si la madrugada hubiera llegado antes de lo normal.

Esa noche la Luna estaba en cuarto creciente. Mac se quedó en la arena, contempló el panorama y pensó en lo perfecto que se veía el mundo desde allí. El único sonido que se oía era el golpeteo de las olas contra la arena y el piar ocasional de algún pájaro nocturno. Se sintió como si fuera el último hombre de la Tierra.

«Esto es lo que estamos intentando salvar —pensó—. Lo que tenemos que salvar».

Una belleza así era una fuerza de la naturaleza tan potente como el volcán; le dejaba sin respiración.

Miró en dirección al volcán y pensó: «Esto no te lo puedes llevar».

Oyó que alguien se abría paso por entre el follaje a su espalda. Mac se giró y vio a Lono, ese chico que no dejaba de crecer —Mac a veces bromeaba diciendo que casi podía oírle crecer—, con dos tablas de surf bajo el brazo.

—Ya pensaba que te habías olvidado de mí —dijo Lono, mostrándole la mano para entrechocar el puño.

—Sería como olvidarme de uno de mis hijos —dijo Mac.

—Mira, te he traído una tabla, por si acaso.

Se sentaron sobre las tablas y se quedaron mirando el agua. Ninguno de los dos hablaba, como si estuvieran en la iglesia.

Y quizá fuera así, en cierto modo.

—Va a ser chungo, ¿verdad? —dijo Lono por fin.

—Peor que chungo.

—¿Crees que mi madre y yo tendríamos que intentar irnos de la isla? —preguntó Lono.

Mac sintió los ojos del chico clavados en él. Se giró y lo miró de frente.

—No puedo explicarte nada, porque he dado mi palabra —dijo Mac—. Pero tienes que confiar en mí cuando te digo que, aunque encontrarais plaza en un barco o un avión, es demasiado tarde.

Lono vaciló, y luego dijo:

—Confío en ti, Mac. Hasta la muerte.

Igual que Jenny y Rick.

—El volcán no es lo único que está a punto de estallar, ¿verdad, Mac Man? Hay algo más dentro de la Montaña Blanca, ¿a que sí?

Así era como llamaban al Mauna Kea los nativos.

—¿Dónde has oído eso? —le preguntó Mac.

Lono se encogió de hombros.

—Una mujer, una *haole*, fue a Protección Civil para ver al señor Takayama otra vez. Le dijo a la madre de Dennis que el ejército estaba ocultando secretos que podrían acabar con toda la ciudad y que, si el señor Takayama no se los contaba a la gente, lo haría ella misma. Dijo que no dejaría que el señor Takayama le hiciera nosequé otra vez.

Lono miró a Mac.

—Esa mujer *haole* sabe cosas, ¿verdad?

—Solo sabe lo que no sabe —dijo Mac.

Lono suspiró. Y el suspiro le salió tan triste como una nota de blues de una trompeta.

—He oído lo de Jenny —dijo Lono—. Y Rick. Eran buenos.

—No solo buenos. Los mejores.

—¿Estás bien?

—Algún día, quizá. Hoy no, chaval.

El chico volvió a suspirar.

—Tengo que decirte algo, Mac. Fui yo quien hizo correr la voz sobre lo que estaba sucediendo en los cementerios ancestrales. —Hizo una pausa y luego enseguida añadió—: Pero no quería crear problemas.

Mac sonrió.

—¿Estás seguro de eso?

—Bueno, quizá no me haya importado causar un poco de *pilikia*.

—En cualquier caso, el general Rivers les ha parado los pies.

—Eso he oído. —Ahora Lono sonreía—. Ese general es la hostia. Pero en plan bien, por mucho que le toque las narices a la gente de aquí.

—Sí, es la hostia —dijo Mac—. El mejor.

—Soy un poco bocazas —reconoció Lono.

—Siempre lo has sido —dijo Mac, dándole un puñetazo sin fuerza en el brazo—. Pero esta isla es vuestra, no nuestra.

El sol estaba saliendo. A lo lejos se veían las grandes olas de la

mañana formándose. Sin una palabra más, fueron corriendo hacia el agua, se subieron a sus tablas y se pusieron a remar con los brazos.

Estar en el agua hacía que el mundo pareciera aún más bonito, pensó Mac. Era como si la luz no viniera solo del cielo, sino también del océano.

—No tengo mucho tiempo —dijo Mac.

—Tú eres el que siempre me dice que hay que encontrar tiempo para las cosas que más quieres —respondió Lono.

—Pues entonces vamos a cabalgar, cowboy.

Por un momento, Mac se preguntó si sería la última vez que lo harían.

Unos minutos más tarde, estaban ambos sobre sus tablas, a unos cincuenta metros el uno del otro o quizá más, sintiendo el agua templada, los dos subidos a la primera gran ola en el mismo momento.

Mac oyó el grito de alegría y la risa de Lono mientras los dos se deslizaban por el agua hacia la playa.

Mac registró toda la escena, el chico y el agua y el cielo de la mañana, y volvió a pensar: «Esto es lo que estamos intentando salvar».

81

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI
TIEMPO HASTA LA ERUPCIÓN: 6 HORAS

Aún no habían encontrado a la tal Kane, la chica que estaba con el sargento Noa Mahoe en el bar la noche del vertido en el Tubo de Hielo. Su amiga o su novia.

El general Mark Rivers no quería oír más excusas de Briggs. Al fin y al cabo, no es que estuvieran buscando a una desaparecida en la ciudad de Nueva York.

—¡Encuéntrela! —le gritó, y luego lo despachó, furioso, con un movimiento de la mano.

Aquella chica era un cabo suelto. Y él odiaba los cabos sueltos.

El idiota del sargento Mahoe aún estaba en cuarentena. En cuarentena y vigilado las veinticuatro horas del día, posiblemente recuperándose de la exposición a la radiación, aunque, en las fotografías que había visto Rivers, Mahoe tenía el aspecto de una víctima del napalm. Los médicos no aseguraban que fuera a curarse; solo decían que tenía alguna posibilidad. Querían saber más sobre su exposición a la radiación.

A Rivers lo único que le preocupaba era que aquel idiota salido había expuesto a gente de fuera de la base aquella noche, y sin permiso.

Necesitaba saber si la chica estaba infectada y a quién habría podido infectar.

Joder, cuánto odiaba los cabos sueltos.

Mark Rivers se frotó la frente con tanta fuerza que pensó que se abriría la piel. Se preguntó si la chica sabría siquiera que Mahoe estaba enfermo, que podría ser portadora de algo, aunque la piel no se le estuviera cayendo a tiras negras.

«¿Y si sobrevivimos a la erupción, y al final conseguimos controlar la lava, y al mismo tiempo otro tipo de muerte negra empieza a extenderse por la isla, como una plaga, y todo a causa de un sargento a mis órdenes?», pensó Rivers.

¿En cuántos frentes tendría que combatir en esa guerra?

¿Y si algo igual de mortífero se extendía por la Isla Grande antes de que la lava empezara a caer como una ola de marea desde lo alto

de la montaña que tan obsesionados les tenía?

Dios, necesitaba dormir.

O un trago bien cargado.

O ambas cosas.

Patton había abofeteado a algún soldado a sus órdenes durante la campaña de Sicilia, y Rivers pensó que quizá habría sido una buena idea. Él también se plantearía darle de bofetadas al sargento Mahoe de no ser por el temor a pillar lo que él tenía y a que se le cayera la piel a tiras.

Sonó el teléfono fijo. El soldado del mostrador de recepción le informó de que acababan de llegar MacGregor, Rebecca Cruz, Brett y los Cutler. Todos los datos de que disponían, toda la información científica, indicaban que la erupción se produciría ese mismo día, quizá esa misma mañana. Los temblores se sucedían con mayor frecuencia, igual que las contracciones de una mujer a punto de parir.

«Nacimiento —pensó—. El inicio de la vida».

Eso podría ser justo lo contrario.

Rivers bajó la vista y leyó las palabras en hawaiano que había garabateado en el cuaderno que tenía delante:

Ka hopena

El fin.

Ahora lo que sonaba era el teléfono por satélite. Era el que usaba ahora en lugar del móvil, igual que el resto del personal militar.

Briggs.

—Creo que tenemos localizada a la chica —le dijo el coronel James Briggs, justo en el momento en que las paredes de la base militar volvían a temblar, esta vez con más fuerza que nunca.

Leilana Kane intentaba pasar desapercibida entre la multitud que avanzaba hacia los muelles del puerto de Hilo; toda la gente que tenía delante y detrás intentaba subirse a alguno de los pequeños ferris que estaban evacuando a personas de la isla desde la tarde anterior. Eran los habitantes de Hilo que habían decidido marcharse en lugar de colaborar con el ejército. Algunos no sabían cuándo regresarían, ni qué se encontrarían cuando lo hicieran.

Los que tenían dinero suficiente habían contratado avionetas para ir a alguna de las otras islas: no querían estar ahí cuando el Mauna Loa explotara con una fuerza de la que llevaban días oyendo hablar, algo que no habían vivido nunca en la isla.

Leilana estaba huyendo desde que los soldados se llevaron a Noa a rastras del Hale Inu Sports Bar como si fuera un delincuente. Ella

consiguió colarse por la puerta trasera justo antes de que el ejército bloqueara todas las salidas.

Abandonó la idea de llamar a Noa por teléfono móvil, sobre todo después de que alguno de sus amigos le dijera que había soldados preguntando por ahí si alguien la había visto o si había estado en contacto con ella. De hecho, dejó de usar el teléfono móvil, temiendo que el ejército o la policía pudiera usarlo para localizarla.

Después de salir del bar, se fue a la granja de macadamias donde la habían criado sus abuelos maternos después de que su madre muriera de cáncer. A la mañana siguiente, los soldados se presentaron en la granja, un lugar precioso junto a Saddle Road, no muy lejos de la base militar. Leilana consiguió escapar otra vez, pero no antes de decirles a sus abuelos que les contaran a los soldados que no la habían visto y que no tenían ni idea de dónde estaba.

La noche anterior, Leilana durmió en la playa. Estaba acostumbrada a estar sola —a veces tenía la impresión de que se había criado ella sola— y nunca había tenido miedo de dormir en la arena, bajo las estrellas, al menos en Hilo.

Quizá pudiera regresar tras la erupción, cuando la isla volviera a ser segura, e investigar qué había sido de Noa, pero ahora quería estar en cualquier sitio que no fuera ese, igual que el resto de gente de la cola.

Los soldados y la policía se presentaban en casa de sus amigos, diciendo que era urgente encontrarla porque estaba en peligro.

Pero en peligro ¿por qué?

Antes de que Leilana dejara de usar su teléfono móvil por miedo a que la rastrearan, una de las chicas con las que trabajaba, Natalie Palakiko, le preguntó:

—¿Has cometido algún delito, Lani?

—Por Dios, no —respondió ella.

—Porque me ha dado la impresión de que, si te encuentran, te van a arrestar —dijo Natalie.

—¿Arrestarme por qué?

—No lo sé —dijo Natalie—. Pero, antes de que saliera de casa, me han dicho que si te ponías en contacto conmigo y no les informaba inmediatamente, yo también me metería en un lío.

Leilana se dijo a sí misma que eso ya lo arreglaría más tarde. Ahora, mientras se repetían los temblores, provocando algún grito ocasional en la cola que avanzaba lentamente hacia los embarcaderos, lo importante era salir de allí. Se caló su gorra de béisbol aún más, casi tapándose los ojos.

Cuando se apartó ligeramente de la cola para ver cuánto le quedaba para llegar, oyó una voz que reconoció:

—¡Leilana Kane! ¿Tú también te largas de la isla?

Se volvió y vio a Sherry Hokula, una antigua compañera de instituto, que agitaba el brazo enérgicamente para llamar su atención.

—¿Eres tú, colega? ¡Aquí!

Cuando Leilana miró hacia el principio de la cola, vio a dos soldados que se le acercaban desde el embarcadero.

Uno de ellos hablaba por teléfono móvil.

Leilana huyó, huyó del ejército otra vez y corrió hasta su moto, que había dejado en el aparcamiento de Kuhio Street; se giró para mirar y vio que los soldados también echaban a correr. Solo podía pensar en volver a la granja de sus abuelos.

No podía ir a ningún otro sitio, no había otro lugar donde ocultarse.

No sabía por qué estaba huyendo. Pero estaba huyendo. Corriendo más rápidamente que nunca.

El sol por fin había salido: ese momento del día, solía ser precioso en Hilo; a ella le encantaba contemplarlo desde la playa.

Pero eso sería otro día.

Si no se daba prisa, podía acabar entre rejas, antes incluso de la erupción.

Leilana era muy rápida; había sido velocista en el instituto.

Pasó corriendo frente al garaje, luego lo rodeó por calles secundarias y, cuando volvió al aparcamiento, no vio ni rastro de los soldados.

Se montó en su pequeña bici con motor, salió a la calle y se dirigió fuera de la ciudad, asegurándose de no correr demasiado. Siguió hasta que se quedó sin batería, a poco menos de un kilómetro de la granja.

Dejó la bici entre la maleza a un lado del camino, apenas lo suficientemente ancho como para que pudiera pasar la vieja camioneta del abuelo.

Pero, justo antes de llegar a la granja, se detuvo.

Algo no iba bien.

Estaba claro que algo iba muy, muy mal.

Echó un vistazo al grupito de árboles de macadamia al lado del rancho, donde empezaba la modesta plantación que su familia había mantenido durante generaciones.

Los árboles se habían vuelto completamente negros: era como si los hubieran cubierto de tinta.

O como si los hubiera calcinado un incendio.

Además, veía pequeños círculos negros entre los árboles y la puerta principal, como si hubieran hecho agujeros en el césped.

Leilana Kane sintió que de pronto le faltaba el aire, como si una sombra se hubiera extendido sobre el mundo de sus abuelos, tan bonito y cándido.

Fue hasta el otro lado de la casa, donde estaba el orgullo de su

abuela, la jacaranda. En esa época del año, se cubría de unas flores preciosas. Era el árbol del que su abuela le decía que había crecido con ella, porque lo habían plantado el día de su nacimiento.

Ahora era como si alguien le hubiera prendido fuego; las pocas hojas que quedaban estaban completamente negras y el tronco mustio. Si se acercaba y lo tocaba, seguro que se convertiría en un montón de ceniza.

Pero no se atrevía a acercarse y mucho menos a tocarlo.

Siguió rodeando la casa, sin atreverse a entrar, con la esperanza de que sus abuelos estuvieran en algún otro lugar.

El pequeño huerto de su abuela, en la parte de atrás, donde cultivaba sus tomates, parecía todo de hollín; se había vuelto negro, igual que todo lo que rodeaba la casa.

Respiró hondo, preguntándose qué toxinas estaría respirando, y volvió a la parte delantera de la casa.

Las ventanas estaban abiertas, las cortinas ondeaban suavemente, como siempre hacían en mañanas así. Su abuela decía que el único aire acondicionado que necesitaba era la brisa de la bahía.

La puerta de delante estaba abierta. Sus abuelos nunca cerraban con llave. Solían decir que, desde que tenían memoria, Kū-kāʻili-moku, el dios de la protección, era lo único que necesitaban para sentirse seguros.

Abrió la puerta y los llamó:

—¿Kūkū?

Así llamaba a sus abuelos desde que era una niña.

Entró y, de algún lugar en su interior, le salió un grito ahogado.

Sus abuelos estaban muertos en el suelo del minúsculo salón, con la piel del color del carbón, como si los hubieran quemado vivos, aunque no había ni rastro de fuego.

Leilana se sobresaltó al oír el ruido de un coche que se acercaba. O quizá fuera un jeep. O una camioneta.

Habría querido mirar por la ventana, ver quién podía ser.

Pero no podía apartar la vista de sus abuelos.

Ka hopena.

82

Ahora las paredes de la sala de conferencias de la Reserva Militar temblaban cada cinco o diez minutos. Ninguno de ellos hacía ya caso de los temblores.

—Así que, según los cálculos de todos, hoy es el Día D —dijo Rivers.

«O el día del juicio final», pensó Mac.

—Bueno, la pregunta es: ¿qué hacemos en las horas que nos quedan, aparte de esperar? —Hizo una pausa—. Quiero decir en las horas que nos quedan hasta la erupción.

Mac se encogió de hombros.

—Seguir cavando todo lo que podamos —dijo—. Poner todo el titanio posible cerca de la cueva. Cuando llegue la erupción, Rebecca estará en su búnker en el Observatorio del Mauna Loa y activará su sistema de detonación para realizar una serie de explosiones coordinadas a través de señales electromagnéticas. Al mismo tiempo, señor, puede hacer despegar a sus bombarderos, y que esperen su orden.

—Podríamos empezar a bombardear ya —objetó Rivers—. ¿Por qué esperamos?

—Tenemos que ver la dirección de la lava —dijo Mac—. Si tenemos suerte y los explosivos de Rebecca funcionan como esperamos, solo necesitaremos un mínimo apoyo aéreo.

Llamaron a la puerta y entró el coronel Briggs.

—¿Podemos hablar, señor?

Los dos salieron al pasillo. Mac se los quedó mirando a través del cristal. Briggs era el que más hablaba. Rivers lo escuchaba, impasible, con los brazos cruzados. Por fin asintió.

El general volvió a entrar, se sentó y dijo: —Cambio de planes.

—¿Sobre el inicio del bombardeo?

—Vamos a retirar los frascos del Tubo de Hielo y vamos a transportarlos a un lugar seguro.

Mac no pudo contenerse:

—¿Adónde? ¿A la Luna?

Las paredes volvieron a temblar, haciendo que vibraran las ventanas y que el café de las tazas salpicara la mesa.

—Es demasiado tarde para mover los frascos, y lo sabe, señor —dijo Mac—. No hay modo de hacerlo.

—Ya lo están haciendo —dijo Rivers—. Y, la verdad, doctor MacGregor, es que será demasiado tarde cuando yo diga que lo es.

Los dos estaban sentados, pero Mac tuvo la sensación de que se encontraban de pie, frente a frente.

—Eso no me lo diga a mí. Dígaselo al volcán.

—No necesito su permiso —dijo Rivers.

—Nadie ha dicho que lo necesitara.

Rivers bajó la mirada, fijándola en sus grandes manos, y luego volvió a mirar a Mac.

—Lidera, sigue, o quítate de en medio —dijo, en voz baja—. ¿No es eso lo que dicen?

Mac notaba que Rivers tenía miedo, lo reconociera o no. Se preguntó si alguna otra cosa habría asustado a ese hombre en toda su vida, y también se preguntó hasta qué punto podía discutir con el jefe del Estado Mayor Conjunto.

—Señor —dijo Mac, intentando recobrar la compostura—, ya era demasiado tarde para trasladar esos frascos cuando usted llegó aquí. El coronel Briggs nos dijo a todos que harían falta cuatro semanas como poco, no los cuatro días que teníamos entonces. —Sacudió la cabeza con rabia, sin querer creerse lo que acababa de oír—. Le recuerdo que hay demasiados frascos —dijo Mac, que ya no podía parar—. Y ahora hemos visto con nuestros propios ojos qué es lo que ocurre cuando el contenido se derrama. No tenemos ni idea de cuántos frascos están dañados, pero lo que está claro es que todos ellos contienen un herbicida mortal que básicamente es el arma más letal de la historia de este planeta. Y ahora, en esta fase de la partida, vamos a cargárnoslos a la espalda sin más y a llevárnoslos en…, y esto seguro que se lo he mencionado antes, ¿cuatro putas horas?

—En este mismo momento, un pelotón de mis hombres provistos de trajes de protección está subiendo por la montaña —dijo Rivers, haciendo caso omiso a todo lo que acababa de decir Mac y actuando como si los trajes NBQ fueran toda la protección que necesitaban.

—Es evidente que algo le ha hecho cambiar de idea —dijo Mac—. Tenemos derecho a saber qué es, general Rivers.

Ahora no era solo miedo lo que veía en los ojos de Rivers.

Era más que eso.

Lo que veía ahora era pánico.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —insistió Mac.

—Que ha empezado a morir gente —dijo Rivers.

83

FRENTE AL TUBO DE HIELO, MAUNA KEA, HAWÁI

La erupción del Mauna Loa se produjo justo en el momento en que Mac y Rivers llegaban al Tubo de Hielo en el jeep del general.

Desde la ladera del Mauna Kea, pudieron ver el humo y las llamas, naranjas, rojas y azules, el color del fuego, contra el cielo azul. Mac sabía lo que estaba sucediendo, incluso desde la distancia: la caldera estaba ya cubierta de lava que empezaba a emerger por las zonas de fractura.

Muy pronto descubrirían si los canales y las zanjas, todos los obstáculos, toda su estrategia, funcionaban realmente. Y lo pronto que fuera dependería de la velocidad de la lava.

A lo lejos oyeron las sirenas del Sistema de Sirenas de Alarma Estatal, que básicamente comunicaba que la Isla Grande estaba sufriendo un ataque.

«Nuestro Pearl Harbor», pensó Mac. Solo que esta vez no era un ataque aéreo por sorpresa.

El terreno volvió a temblar bajo sus pies; ese terremoto duró más que los anteriores y fue más intenso.

Rivers se quitó el casco de un manotazo, fue corriendo a la entrada y se puso a gritar a los hombres vestidos con trajes de protección que regresaran a sus camiones, haciéndoles gestos para que volvieran a irse montaña abajo.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Con el estruendo de las sirenas, dos de los hombres vestidos con trajes NBQ no le oyeron y siguieron avanzando hacia la entrada.

Rivers fue corriendo tras ellos, agarró a uno por los hombros y le hizo dar la vuelta.

—¡Fuera de aquí!

A lo lejos Mac vio un brillo en la cumbre, como si estuviera saliendo el sol.

La bola de fuego, que contrastaba contra el cielo, se hizo más grande y de pronto otro temblor violento sacudió el Mauna Kea, volcando uno de los camiones; los hombres que estaban dentro consiguieron salir antes de que el camión siguiera rodando hasta quedar del revés.

Mac vio que Rivers salía despedido hacia delante. Estaba a unos cincuenta metros de la entrada a la cueva, y la caída fue tan brusca que no pudo parar el golpe con las manos y se dio de bruces entre la tierra y las rocas. El suelo no dejaba de temblar.

Rivers estaba inmóvil.

Mac fue corriendo hasta allí, le dio la vuelta y vio que sangraba por un gran corte que tenía en la frente. Pero tenía ambos ojos abiertos y respiraba.

—Tenemos que sacarle de aquí —dijo Mac.

—No hasta que salgan los demás —respondió Rivers.

Mac lo sentó en el suelo, le limpió parte de la sangre con la manga, le ayudó a ponerse en pie y se lo llevó a rastras hasta el jeep.

Rivers respiraba afanosamente. En el jeep, se tocó la frente y miró la sangre.

—¿Ya está aquí? —preguntó—. ¿Esta es la gran erupción que esperábamos? —Parecía perplejo—. Dios Santo...

—Esperemos que tenga piedad de nosotros —dijo Mac.

Se puso al volante, adelantó a la caravana de camiones —los que aún seguían en pie— y se dirigió a la base.

Echó un último vistazo al Mauna Loa, temiendo más que nunca lo que pudiera llegar a continuación.

Y preguntándose por dónde llegaría.

Mike Tyson tenía razón: todo el mundo tiene un plan hasta que recibe un puñetazo en la boca. Mac condujo a toda velocidad, haciendo caso omiso a los baches, a ratos con la sensación de que el jeep iba volando, de que el volcán ya les perseguía.

Cuando Mac y Rivers llegaron, Rebecca Cruz estaba sola en la sala de guerra.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Rivers—. Brett y los Cutler también tendrían que estar aquí.

—Brett y los Cutler se han ido, señor.

—¿Ido? ¿Adónde? —dijo Rivers—. ¡Los necesito aquí, joder!

—Supongo que están en uno de los helicópteros de Brett —dijo Rebecca—. Quiere filmar la erupción personalmente.

—¿Por qué? —preguntó Rivers.

—Porque puede —respondió Mac.

—Está loco —dijo Rivers.

—Eso también.

84

REFUGIO DE LA CUMBRE, MAUNA LOA, HAWÁI

El ejército se había adueñado del Refugio de la Cumbre, en el borde de la gran caldera superior, Moku‘āweoweo, con su espléndida panorámica de la cima del volcán. Un helicóptero del ejército acababa de dejar a Mac y a Rebecca en ese puesto de mando temporal para que pudieran decidir cuándo y dónde empezar a detonar los primeros explosivos.

—Para hacerlo bien —les había dicho Rebecca a Mac y a Rivers—, necesito ver el objetivo.

El piloto les dijo que contactaran con la Reserva Militar para acordar la recogida.

—¿Cuándo será? —le había preguntado a Mac antes de marcharse.

—Muy pronto.

El piloto se fue, y Mac y Rebecca se quedaron mirando en dirección a la cima.

—Tengo que prepararme —dijo Rebecca por fin.

—Y luego esperamos —dijo Mac.

El Mauna Loa estaba inquieto, pero aún no había estallado.

No tardaría mucho en hacerlo.

Otro temblor. Mac ya había dejado de registrar el tiempo entre temblores. Ahora todos eran intensos, como si el volcán estuviera disparando una ronda de salvas de advertencia.

Se resguardaron en el interior del refugio. Entonces fue cuando notaron que las paredes y las ventanas empezaban a temblar y oyeron aquel sonido inconfundible.

La erupción.

Salieron a la carrera y miraron hacia la cima del Mauna Loa. A través del espeso humo de una nube de ceniza, salió despedida una bola de fuego que encendió el cielo.

85

Mac y Rebecca se quedaron inmóviles observando la lengua de fuego que surcaba el cielo.

La primera lava apareció en forma de olas que parecían entrechocar y fluir en todas direcciones: hacia el norte y el este, tal como había predicho Mac, pero también hacia el sur.

Mac había presenciado numerosas erupciones volcánicas, algunas desde muy cerca, en todo el mundo. Se había imaginado aquel momento particular en ese volcán, le había dado mil vueltas, se había dicho a sí mismo que estaba preparado.

Pero no lo estaba.

—El flujo de lava es mayor de lo que pensábamos.

Mac notó que Rebecca le apretaba la mano con fuerza, casi como si buscara un apoyo.

—Tengo que ponerme a trabajar —dijo por fin.

Al cabo de un momento, Mac oyó y sintió una explosión a su espalda, con un estruendo y una potencia suficientes como para provocar un traumatismo cerebral; era como si Rebecca hubiera detonado uno de sus explosivos junto al refugio.

Cuando consiguió ponerse en pie de nuevo, vio el enorme orificio en la caldera conocida como Moku‘āweoweo.

Vio la fisura y la lava que salía disparada como un géiser que fluía cruzando el helipuerto que había construido el ejército y dirigiéndose directamente al Refugio de la Cumbre.

El fuego iba a por ellos.

En la cima del volcán, seguían las explosiones, lanzando chorros de color naranja, rojo e incluso negro, no solo al cielo, sino hacia las laderas.

Pese a la enorme cantidad de erupciones que había visto, nunca había visto toda aquella lava a la vez.

Mientras corría hacia el refugio, oyó el ruido de las hélices del helicóptero. Pero, aunque el ejército hubiera enviado al piloto a recogerlos, no servía de nada, porque ahora no había ningún sitio donde aterrizar.

86

POR ENCIMA DEL MAUNA LOA, HAWÁI

Brett y los Cutler estaban en un nuevo Airbus 225 recién adquirido por el multimillonario y se preparaban para ofrecerle al mundo unas imágenes de primera fila de la mayor erupción volcánica de la historia.

—¡Mierda! —gritó el piloto, Jake Rogers, en el momento en que el helicóptero dio una sacudida y cayó decenas de metros en unos segundos.

Rogers acababa de ladear el Airbus para trazar una amplia curva en torno a la cumbre y ahora estaba acercándose de nuevo al Mauna Loa desde el suroeste.

—¿Un golpe de viento? —preguntó Brett.

—Qué más quisiera —dijo Rogers.

Leah Cutler miró por la ventana, preguntándose qué estaría viendo el piloto. Su marido, que en esta ocasión hacía de cámara, enfocaba en dirección a la cumbre, esperando el momento perfecto para empezar a grabar.

—¿Hay algún problema, Jake? —preguntó Leah Cutler.

—La lava ya sale por unas fisuras justo aquí abajo —dijo—. Con fuerza.

El gran helicóptero cabeceó como un bote en un mar agitado.

—¡Me dijo que la lava estaría en el otro lado! —añadió, dirigiéndose a Brett.

Antes de que Brett pudiera responder, el helicóptero dio otra sacudida aún más intensa, como si uno de los temblores del suelo les hubiera alcanzado.

Rogers se peleaba con los mandos.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó.

—¿Cuál es el problema? —respondió Brett, también a voz en grito.

—¡Que está sucediendo, ese es el problema! —dijo Rogers—. ¡Está a punto de estallar!

—¡Prepárate, Oliver! —dijo Brett, dándole una palmada en la espalda a Oliver Cutler—. Las imágenes serán increíbles.

Luego se dirigió a Rogers:

—Acércate más.

—¡No lo entiende! —dijo Rogers—. ¡Ya estamos demasiado cerca!

—¡Sigue grabando, Oliver! —dijo Brett.

—¿Está loco? —le gritó Rogers—. Ahora mismo no teníamos que estar aquí.

—¿Estás tú loco? —dijo Brett—. ¡Hemos venido precisamente por esto!

Rogers miró hacia abajo, consciente de que se había acercado demasiado a aquella vertiente de la montaña, la vertiente que se suponía que debía darles la suficiente seguridad como para volar.

A su derecha se abrió otra fisura con una explosión aún más potente que la primera; las rocas fundidas y el gas impactaron contra el helicóptero como un pequeño misil que intentara acabar con ellos. Rogers sintió el chorro contra la base del Airbus 225, que se tambaleó otra vez.

—¡Nos vamos de aquí! —gritó Rogers.

Ya había volado demasiado por aquella zona. Había corrido demasiados riesgos, aunque hubiera vivido para contarlo. Con ese helicóptero y con la otra bestia de la otra vez.

Pero ni siquiera él estaba preparado para algo así.

—¡Mi única opción es subir! —dijo Rogers.

—¡Sácame de aquí! —le dijo J. P. Brett a Jake Rogers.

No «sácanos». «Sácame».

Leah Cutler estaba chillando histéricamente, igual que cuando su cámara había caído del helicóptero.

Rogers echó mano de la palanca del cíclico, el mando que controlaba el empuje horizontal y que alteraba la inclinación del disco del rotor, pero, justo en ese momento, notó que las rocas golpeaban contra las palas.

Leah Cutler no dejaba de chillar.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le espetó Brett.

—¡Vete al infierno! —le respondió ella.

—Pues mire —respondió Rogers—, ahí es donde vamos a acabar todos si no consigo que salgamos de aquí.

Al menos estaban ganando altitud, pese a toda la metralla que estaba recibiendo el nuevo helicóptero de J. P. Brett, que se tambaleaba peligrosamente.

Rogers luchaba contra sus propios controles. De pronto tuvo la certeza de que no podrían volver al aeropuerto, ni siquiera a la Reserva Militar del Mauna Kea. Lo mejor que podía esperarse era pasar al otro lado de la montaña y aterrizar en el nuevo helipuerto que había construido el ejército cerca del Refugio de la Cumbre.

Era como si tuviera que empujar el Airbus ladera arriba con sus propias manos.

«Venga, pequeño».

«Ya casi estamos».

En ese preciso instante, el Mauna Loa entró en erupción, por debajo y alrededor de ellos. El Airbus salió despedido hacia arriba y luego empezó a caer como una piedra.

Jake Rogers estaba cegado por todas aquellas luces que lo rodeaban y pensó en la belleza de la escena, justo en el momento en que el helicóptero era engullido por el cráter.

Entonces cesaron los chillidos.

87

LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D. C.

El presidente de Estados Unidos, que solía jactarse de saber mantener la calma ante cualquier crisis, no podía evitar que el corazón le latiera como un martillo neumático.

Miró a su alrededor, temiendo que los demás asistentes a la Sala de Estrategia pudieran llegar a oírlo. Casi esperaba que se giraran y se lo quedaran mirando.

El presidente recordaba las famosas fotos de Barack Obama en aquella misma sala la noche en que habían acabado con Bin Laden. Recordaba lo tranquilo que se había mostrado Obama.

En aquella ocasión, Obama estaba rodeado de su equipo de seguridad nacional. El vicepresidente Joe Biden. Hillary Clinton, la secretaria de Estado. Todos ellos observando y esperando el tiro de gracia a Bin Laden.

Pero esto era diferente.

Esta vez el enemigo no era un terrorista que había hecho estallar unos edificios.

Esta vez el terrorista era un volcán en el otro extremo del mundo, y, si no conseguían detenerlo a tiempo, destruiría el planeta.

—Rivers dice que es aún más potente de lo que pensaban —dijo el presidente, con un tono mesurado.

Tenía la boca seca. Bebió algo de agua. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para controlar la respiración.

El corazón seguía golpeándole el pecho, aunque intentara demostrar que controlaba la situación.

—Parece que la condenada montaña está escupiendo fuego —dijo el vicepresidente, con su típico acento de Luisiana.

—Tienen que pararlo antes de que llegue allí —dijo el presidente. Todos sabían lo que significaba «allí».

Siguieron observando las imágenes que les llegaban de los aviones militares que sobrevolaban el Mauna Loa, a suficiente distancia como para estar seguros pero lo bastante cerca como para captar los brillantes colores que salían del volcán, como si este disparara misiles tierra-aire, y la colada de lava que seguía extendiéndose en todas direcciones.

Pero la única dirección que le preocupaba al presidente de Estados Unidos era la que llevaba al noreste, donde se encontraban aquellos malditos frascos, en aquella maldita cueva. Se los imaginó como patos en una galería de tiro.

El general Mark Rivers le acababa de decir que el bombardeo empezaría pronto, en cuanto la lava se acercara a la base militar y a Hilo. La gente de Cruz Demolition ya estaba haciendo detonar sus explosivos para desviar la lava, igual que harían los bombarderos.

El presidente se masajeó la frente y pensó en todas las crisis que había afrontado, algunas veces durante días seguidos. El terrorismo, Oriente Medio, Rusia, China y todos los nuevos virus que habían ido apareciendo. Su misión era defender a su país contra todo ello, usando las armas cuando fuera necesario. Había prometido dejar a su sucesor un país mejor y más seguro que el que le había dejado su predecesor.

Y creía que podía hacerlo.

Hasta aquel momento.

Allí sentado, sintiendo que empezaba a sudar, no pudo evitar pensar en la presión que debió de sentir Truman justo antes de lanzar la bomba sobre Hiroshima.

Esta era una presión diferente, una presión que no había sentido nunca nadie que se hubiera sentado en aquella sala, porque no había nada que pudieran hacer, más que observar.

Y esperar.

En otra de las pantallas que tenía delante observó la evacuación de Hilo, los barcos de pasajeros que entraban y salían del puerto constantemente.

El presidente se volvió hacia su secretario de Estado.

—Rivers me ha dicho que la colada de lava más rápida que ha habido en Hawái fue la del Mauna Loa y que avanzaba a noventa y cinco kilómetros por hora —dijo el presidente—. A esa velocidad, la lava podría llegar desde la cima a la costa en hora y media o dos horas.

—¿A qué distancia de la cumbre está el Tubo de Hielo?

—Treinta y cinco kilómetros —dijo el presidente, con la vista fija de nuevo en el volcán. No podía apartarla.

No dejaba de pensar en Truman.

Imaginaba una nueva nube en forma de seta, aún más letal, que podría estar a punto de cubrirlo todo y a todos.

88

REFUGIO DE LA CUMBRE, MAUNA LOA, HAWÁI

Rebecca estaba en la puerta principal del refugio, con los ojos clavados en lo que parecía una gran herida abierta en la pared exterior de la caldera.

Cuando la vio, Mac le gritó:

—¿Eso lo has hecho tú?

—¿Estás loco, MacGregor? ¡Eso lo ha hecho el volcán!

Fue corriendo a donde estaba Mac y observó la colada de lava, cada vez más cerca. En sus modelos no había nada que indicara que las fisuras de ese lado de la caldera pudieran abrirse con la erupción. Los datos habían fallado. Ya sentían el calor del terreno en el interior de sus botas. Antes de subir, Mac se había planteado que se pusieran trajes aislantes. Pero desechó la idea.

El suelo volvió a temblar.

Sobre el volcán apareció aún más fuego. El punto más alto estaba a apenas tres kilómetros de donde se encontraban ellos, pero el gran peligro era la caldera, que estaba transformándose ante sus propios ojos.

Rebecca vio el helipuerto, a unos cien metros del refugio, completamente engullido por un río de lava humeante.

Un río que avanzaba directamente hacia ellos, como una marea.

—¿Qué hacemos? —dijo Rebecca Cruz—. El helicóptero no puede volver aquí y el observatorio está a kilómetros de distancia.

—Nos movemos todo lo rápido que podemos para ganar terreno a la lava —dijo Mac.

Vieron cómo la lava cambiaba levemente de rumbo hacia el sendero que tenían detrás, desviándose sin necesidad ni ayuda de los explosivos.

Se produjo una nueva explosión en la caldera y se abrió otra fisura.

Más lava que se les venía encima.

Mac y Rebecca echaron a correr.

Cualquiera que hubiera hecho excursiones por la zona, como Mac, sabía que no se debía correr por aquel camino, ni siquiera de regreso, montaña abajo; cualquier descuido podía suponer una fractura de tobillo.

Aun así, no dejaron de correr.

89

COMISARÍA DE NĀʻĀLAEHU, NĀʻĀLEHU, HAWÁI

El capitán Sam Aukai, jefe de policía de Nāʻālehu —que en hawaiano significa «ceniza volcánica»—, estaba en la comisaría poco antes de las once de la mañana, cuando oyó las sirenas: ciento veintiún decibelios que sacudieron la población más meridional de Estados Unidos, un lugar plácido lleno de vegetación. Sam sabía perfectamente que el sonido procedía del Sistema de Sirenas de Alarma Estatal, que sonaba desde noventa y dos torres instaladas en comunidades repartidas por toda la Isla Grande. Las sirenas le indicaban que había algún peligro, pero no dónde ni hasta qué punto era grave. Sobre todo, lo que Sam quería saber era si su pueblo corría algún peligro. Y había una persona que sin duda lo sabría. Su amiga Pia Wilson era la persona que regulaba los niveles de alerta vulcanológica en el OVH.

—Gracias por llamar, jefe Aukai —dijo la mujer que respondió al teléfono del OVH y se identificó como la señorita Kilima, la bibliotecaria, que ese día se encargaba de la centralita.

Hacía unos días, la última vez que habían hablado, Pia le había dicho que la colada de lava se dirigiría sobre todo al norte y al este, igual que en 2022.

—¿Puede verificar el OVH lo que me dijo la señorita Wilson, que Nāʻālehu, al este de South Point, está a salvo de la colada de lava? —le preguntó Sam a la señorita Kilima.

—La señorita Wilson ya no trabaja aquí —dijo la bibliotecaria, con tono cortante—. Dejó el puesto hace un par de días.

Sam no preguntó por qué. Tampoco le importaba.

—¿Quién se encarga ahora de los niveles de alerta del volcán?

Hubo una pausa.

—Una joven llamada Jenny Kimura.

—¿Y está ahí?

—Está muerta —dijo la señorita Kilima.

El televisor del despacho de Sam mostró una imagen aérea de la cima del Mauna Loa. La lava salía a chorro, una enorme cantidad, mucha más de la que recordaba Sam durante la erupción de 2022.

Y no solo hacia el norte y hacia el este.

También hacia el sur.

En dirección a ellos.

La línea de datos de la parte baja de la pantalla indicaba la velocidad de la lava, que ya estaba alcanzando los veintidós kilómetros por hora.

O más.

El capitán Sam Aukai sintió como si de pronto una mano helada se aferrara a su corazón.

Probó de nuevo con la bibliotecaria:

—¿Puede decirnos si estamos aún en nivel amarillo?

Había cuatro niveles de alerta vulcanológica. Verde era normal. Amarillo significaba riesgo bajo. Nāʻālehu estaba en amarillo desde la semana anterior.

Naranja significaba observación activa.

Rojo significaba que tu zona estaba en grave peligro.

La señorita Kilima le dijo que le dejaría un momento en espera. Cuando volvió al teléfono, dijo: —Nāʻālehu está en rojo, capitán. ¿No le ha avisado nadie de esta oficina?

Sam puso fin a la llamada sin responder, salió corriendo al exterior y alzó la vista hacia las colinas que se levantaban entre la larga montaña y su pueblo.

La presión que sentía en el pecho fue en aumento. Vio la mancha anaranjada avanzando tan rápidamente como decían en la televisión, ya próxima a Nāʻālehu. Sam sabía qué pasaría si seguía avanzando a esa velocidad.

Aunque de algún modo la lava esquivara el pueblo, si llegaba a la carretera 11, la que rodeaba la punta sur de la isla y llevaba a Hilo, quedarían atrapados, ya que aquella carretera era su única vía de entrada y salida.

Entró corriendo en la comisaría, avisando a gritos a los doce policías a sus órdenes del peligro inminente, diciéndoles que subieran a sus coches, activaran las sirenas y fueran por todo el pueblo.

—¿Y qué le decimos a la gente? —preguntó el sargento Nick Hale.

—Que tienen que salir de aquí mientras puedan —dijo Sam Aukai.

—¿Y si no quieren?

—Pues diles que pueden quedarse si quieren morir.

Fue corriendo a la parte de atrás, donde había aparcado su coche, en la carretera de circunvalación, y volvió a levantar la vista en dirección a la lava. El fuego se había acercado mucho en el poco tiempo que había pasado dentro, como si estuviera cogiendo velocidad. Ahora la colada tenía un color rojo. Como el nivel de alerta.

Su exmujer hacía tiempo que se había ido de Nāʻālehu. Su hija estaba en su primer año en la Universidad de Hawái en Mānoa, a las afueras de Honolulu. Se detuvo lo justo para llamarla. Le salió el

contestador. Probablemente estaría en clase.

Le dejó un mensaje diciéndole que la quería.

Luego Sam Aukai entró en el coche y fue al pueblo, diciéndose que, si era necesario, sería el último en abandonar el barco. Había protegido a los vecinos del pueblo en el que había crecido. Y allí él siempre se había sentido protegido.

Hasta ese día.

Alguien había metido la pata en el OVH y ahora la gente que dependía de él estaba en peligro de muerte.

90

HONOLI‘I BEACH PARK, HILO, HAWÁI

Todos los vecinos de Hilo habían sido advertidos para que buscaran refugio inmediatamente. Pero los jóvenes del Canoe Club habían decidido ir a South Point llevándose sus dos canoas hawaianas en la camioneta del padre de Kimo Nakamura.

—Si es el fin del mundo —dijo Luke Takayama mientras descargaban sus canoas y sus remos de la parte trasera—, quiero estar en el agua cuando pase.

Los diez, cuatro remeros y un timonel por cada canoa —Luke en una, Manny Kapua en la otra—, se mostraron de acuerdo, siguiendo a Luke, como siempre.

Luke sabía que se buscaría un lío con su padre, el jefe de Protección Civil de Hilo, si se enteraba de lo que estaban haciendo. Pero últimamente Luke apenas había visto a Henry Takayama, que, ante la inminente erupción del Mauna Loa, se pasaba todo el día y gran parte de la noche en su despacho.

Los chicos del Canoe Club estaban en el agua, unas millas al este de South Point, cuando oyeron las sirenas. Luke era el hijo de Henry Takayama. Sabía qué significaban las sirenas, igual que cualquier otro.

Erupción.

Los remeros pararon.

Todos se giraron para mirar y vieron la lava cayendo por la ladera de las colinas, avanzando hacia la playa como una ola que iba a estrellarse en la costa.

La lava no debía ir en aquella dirección.

En su dirección.

—¡Tenemos que llegar a la camioneta y salir de aquí! —dijo Luke. Sus amigos se pusieron a remar furiosamente hacia la playa, pero ahora se trataba de otro tipo de carrera.

—¡Todos decían que no debía caer por este lado! —le gritó Manny a Luke Takayama—. ¡Que nunca cae por este lado!

Luke sabía que tenía razón. Pero también veía lo que veían todos, la creciente marea naranja y roja que iba acercándose cada vez más a South Point Park. Lo que hubiera pasado antes ahora no tenía ninguna importancia.

No debía caer en aquella dirección, al menos eso decía su padre.

Y, desde luego, no a esa velocidad.

—¡Más fuerte! —gritó Luke Takayama a los remeros de ambas canoas—. ¡Remad con todo!

Sabía que, si la lava estaba lo suficientemente caliente, podía provocar la ebullición del agua del mar y toda la vida que contenía; sabía que tenían que salir del océano antes de que eso pasara.

—¡Venga, venga, venga! —gritó Luke, con los ojos fijos en la corriente de lava que estaba cruzando la estrecha playa y llegando al océano.

La canoa de Luke era la que más cerca estaba de la orilla; la de Manny se encontraba a su izquierda.

Mientras los chicos hundían los remos en el agua a una velocidad de vértigo, veían el vapor que se elevaba como una capa de niebla a su alrededor.

La lava ya había cruzado la playa.

Las salpicaduras de agua hirviendo entraban en ambas embarcaciones. Las olas empezaron a crecer a su alrededor y Luke tuvo miedo de que las canoas pudieran volcar, *huli*, tirándolos a todos a un agua que de pronto parecía hervir.

—¡Luke! —gritó Manny—. ¿Qué hacemos?

Pero antes de que Luke pudiera responder, empezó a toser, ahogándose con el ácido del aire, que parecía querer tragárselos, como las olas; la garganta le ardía y sentía que le rascaba con el contacto del vapor y de las partículas de cristal que flotaban en el aire.

Todos estaban tosiendo y jadeando, con los ojos llenos de lágrimas, sin soltar los remos aunque estaban deseando limpiarse los ojos para poder ver el agua, ahora surcada de franjas naranjas y rojas.

Eso era el tsunami volcánico sobre el que había leído Luke, y sabía que se formaba por el contacto de la lava con el mar, que era lo que les estaba pasando ahora mismo a ellos.

Ya casi estaban llegando a la orilla.

Unos cientos de metros más.

Tan cerca.

Tan lejos.

Se sintieron como si estuvieran atrapados en un edificio en llamas; un grupo de chicos que habían acudido a aquella playa convencidos de que la erupción se produciría en algún otro punto de la Isla Grande, en las alturas.

Pero la erupción les había seguido hasta allí.

Entonces las canoas empezaron a cabecear, a volcar, *huli*, y los chicos salieron despedidos; se encontraron en el agua hirviendo y vieron cómo la piel se les ponía del color de la lava, mientras tosían desesperadamente, ahogados por efecto de los gases y el humo.

Unos chicos que pensaban que vivirían eternamente y no creían que algo así pudiera suceder.

Al menos no a ellos.

No en aquel lugar.

Luke sintió que se ahogaba, aunque consiguió mantener la cabeza fuera del agua, de un agua que los empujaba, alejándolos de la orilla.

A su alrededor, sus amigos gritaban, algunos lloraban; los que aún estaban sobre los botes le preguntaban qué hacer, mientras el agua en la que habían crecido, el agua que tanto les gustaba, iba cociéndolos vivos.

91

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

La guerra del general Mark Rivers ya había empezado oficialmente.

Ya había muerto gente, incluso algunos de los suyos. Eso era lo que ocurría en la guerra.

Y sabía que aquello no era más que el principio. El Mauna Loa había entrado en erupción por fin, hacía un par de horas, con una fuerza y un volumen de lava que les había sorprendido, no solo a él, sino también a los científicos, incluidos los italianos de Brett. Estos anunciaron que iban a seguir la erupción desde el Observatorio del Mauna Loa. Rivers se opuso, pero los italianos no le escucharon más de lo que le había escuchado J. P. Brett.

Todo había ocurrido de golpe.

Brett, que hasta el final desobedeció sus órdenes, se había estrellado en la cumbre con los Cutler y su piloto, momentos antes de la erupción.

Había recibido una llamada histérica y casi incoherente de Henry Takayama, el jefe de Protección Civil de Hilo, diciendo que en la playa de South Point Park habían aparecido los cuerpos quemados de su hijo y otros nueve jóvenes remeros.

Diez chavales en una playa en la punta sur de la isla.

Un pueblo de aquella zona, Nāʻālehu, estaba a punto de quedar arrasado por la lava, que el jefe de policía del lugar había descrito como una ola de marea que se les echaba encima.

—¿Hay algo que pueda hacer por nosotros? —había dicho el jefe.

—Rezar —dijo Rivers.

Rivers seguía oyendo las sirenas incluso después de que se hubieran apagado.

Llamaron a la puerta y entró el coronel Briggs.

—Por favor, que sean buenas noticias —dijo Rivers.

—Lo siento, señor —respondió Briggs—. ¿El sargento que se escabulló y se fue al bar?

—Mahoe.

—Acaba de morir durante la cuarentena, señor. —Briggs hizo una pausa—. Tenía el mismo aspecto que los otros de la cabaña. Pero él duró más.

—¿Ha habido algún contagio en el hospital?

—No, que sepamos.

—¿Ya han encontrado a su novia? —preguntó Rivers.

—Sí, señor. Recibí la llamada sobre ella justo antes de que me informaran sobre el sargento Mahoe. Hallaron su cuerpo junto a los de sus abuelos en la pequeña granja que tenían cerca de Saddle Road.

—¿En el mismo estado que los otros?

Briggs asintió.

«Así que hay que sumar la cuenta de bajas por muerte negra a las de la erupción», pensó.

Por mucho que hubieran hecho para defender la isla de la lava, era evidente que tenían que hacer más.

Necesitaban un nuevo plan de batalla.

Eso es lo que se hace en la guerra cuando el plan original no funciona.

Era hora de echar a volar los aviones y de empezar a detonar los explosivos de Rebecca Cruz sin ella.

—No puedo esperar más a recibir noticias de MacGregor y de la señorita Cruz —le dijo a Briggs—. Cuando veamos que esa maldita nube nos da un respiro... ¿cómo la llaman?

—*Vog*, señor. Gas, vapor e incluso partículas de cristal. Se forma en torno a las fisuras volcánicas.

—Cuando las condiciones lo permitan, enviaré un EO-5C para buscarlos —dijo Rivers.

Pero ese reconocimiento aéreo sería más tarde. Ahora mismo, el general Mark Rivers ya estaba listo para atacar. Quería atacar.

Cogió su teléfono, llamó a su comisario en el aeropuerto de Hilo, el teniente Carson, y le dijo que diera salida a los tres cazas F-22 Raptor. Cuando las bombas empezaran a caer, David Cruz —que estaba en un despacho al otro lado del pasillo— empezaría a detonar sus explosivos de forma coordinada.

—Es la hora, hijo —le dijo Rivers al comisario.

En otra pantalla vio el primer caza acercándose a la pista. Pero, mientras veía aquello, no podía dejar de pensar en John MacGregor y Rebecca Cruz, preguntándose si el volcán ya los habría sumado a la creciente cuenta de bajas de la mañana.

Pero, si de algún modo seguían vivos, ¿dónde estarían?

92

NĀʻĀLEHU, HAWÁI

En menos de una hora desde el momento en que habían sonado las sirenas, lo que parecía un alud incandescente se les estaba echando encima y no había nada que Sam Aukai, ni nadie más en Nāʻālehu, pudiera hacer para detenerlo.

Sam había estudiado el comportamiento de los volcanes nada más acceder al cargo. Así que entendía lo que estaba sucediendo: un fenómeno que se había hecho famoso en el monte Santa Helena y que se creía imposible en Hawái. Se llamaba *nuée ardente*.

Esa nube ardiente llena de rocas podía avanzar incluso por las laderas menos escarpadas a más de ochenta kilómetros por hora, a veces hasta a ciento cincuenta.

Lo que estaba presenciando era el desafío de la geología del Mauna Loa. Un alud de rocas incandescentes arrasó Nāʻālehu; el pueblo quedó oculto bajo una oscura nube de ceniza.

En su desesperación, Sam Aukai había intentado ir de puerta en puerta por todo el barrio de Kau, por todos los lugares que formaban parte de la geografía permanente de su vida: el Kamaʻāina Kuts, el Kalae Coffee, el restaurante Hana Hou, el Patty's Motel, el Teatro de Nāʻālehu y el que quizá era el lugar más visitado por los turistas, la Punaluʻu Bake Shop, que se anunciaba como la panadería más meridional de Estados Unidos.

Pero sabía que era demasiado tarde, que se había enterado de la avalancha de fuego que iba a arrasar el sur demasiado tarde. La gente atrapada en el interior de aquellos establecimientos moriría allí dentro.

Sam aún llevaba ventaja respecto a la lava cuando llegó a su coche, en un extremo del pueblo. Antes de entrar, dio la vuelta e inmediatamente deseó no haberlo hecho, porque vio cuerpos flotando sobre la lava, acercándose a él, tras la primera capa de rocas. Sabía que cuando la gente era golpeada por las oleadas de ceniza, roca y lava, ya estaba muerta, que había ardido por dentro y por fuera, con los pulmones destrozados casi al instante por el calor inhalado.

Sam arrancó el motor, pensando que, si mantenía la distancia con la colada lo suficiente como para llegar a Nāʻālehu Spur Road y luego

seguía al oeste hasta la carretera 11, podría salvarse; o eso esperaba.

«Servir y proteger» había sido siempre su lema. Ahora intentaba protegerse a sí mismo.

Pero, cuando llegó a la carretera 11, lo único que vio delante fue la cola de coches; lo único que oyó fue el estruendo de las bocinas. La gente estaba usando ambos carriles para ir hacia Hilo; no había coches en dirección a Nāʻālehu procedentes de South Point.

Pero eso no importaba.

El tráfico se había detenido y la lava seguía acercándose.

El coche de Sam era el último de la cola.

El último hombre.

Sonó el teléfono y lo cogió. Uno de sus agentes, Mike Palakilu, llamaba desde algún lugar por delante de él; le dijo que un río de lava se había separado de la colada principal y había bloqueado por completo la carretera 11 a las afueras del pueblo.

—¡Voy corriendo al agua! —gritó Mike—. ¡Es la única posibilidad que me queda, Sam!

Sam Aukai aparcó en el arcén. No quería volver a girarse, pero lo hizo y vio el naranja y el rojo de la lava calcinando Nāʻālehu y engulléndolo al mismo tiempo.

El aire estaba caliente, lleno de gas y de olor a quemado, lo que le dificultaba la respiración.

Otros dos cadáveres pasaron flotando, con los rostros rojos, casi irreconocibles. Quizá fueran conocidos. Era imposible saberlo.

Por delante de su posición, la gente estaba abandonando los coches y corriendo hacia el agua, sin saber que tampoco era un lugar seguro, que también formaba parte de la zona caliente.

Sam también echó a correr hacia el agua. Sam Aukai, en su día corredor estrella del equipo de fútbol americano del Kaʻū High, imaginó que estaba corriendo para marcar una vez más.

Demasiado tarde.

La lava lo engulló y se lo llevó por delante.

Iba montado en la ola de lava. Le ardían los pulmones y tenía la piel en llamas.

Pensó en su hija.

93

MAUNA LOA, HAWÁI

En hawaiano, Mauna Loa significa «montaña larga», algo que Mac no podía quitarse de la cabeza mientras corrían por el camino, perseguidos por la lava.

No perdía velocidad; seguía adelante.

Sabían que se arriesgaban a caer si corrían demasiado rápido, pero no tenían elección; debían mantener la distancia con respecto a aquella lava viscosa de tipo pahoehoe o morirían. Parte de la colada había empezado a desviarse del camino y caía por los antiguos campos de lava de erupciones anteriores.

Corrieron aún más rápido, intentando no hacer caso del poco oxígeno que contenía el aire y de la fatiga de las piernas, espoleados por la adrenalina y el miedo.

Mac pensó que sería demasiado arriesgado ir por los campos de lava. No tenía claro lo resistente que podía ser el terreno, puesto que, en esas circunstancias, podía abrirse como una cáscara de huevo y engullirlos, quizá hundiéndolos en el magma que había bajo la superficie.

No tenían cobertura, no había modo de pedir ayuda. Bajó la velocidad lo justo para echar un vistazo al teléfono móvil, que además estaba quedándose sin batería. Los repetidores de toda la isla debían de haber dejado de funcionar.

Mac se preguntó qué más habría dejado de funcionar en la isla y en qué direcciones y a qué velocidad estaría avanzando el resto de la lava.

Por fin vieron el observatorio, pero estaba lejísimos. Mac corrió el riesgo de girarse para mirar atrás un momento.

Mierda.

A medida que aumentaba la pendiente, la lava avanzaba más rápido.

—¡Tenemos que salir del camino! —le gritó Mac a Rebecca—. Tendremos que arriesgarnos a cruzar el campo de lava.

—¿Es seguro? —preguntó ella.

—Siempre y cuando los temblores no hayan debilitado demasiado la lava antigua —dijo—. Pero, llegados a este punto, no tenemos

elección. La lava no va a cansarse. Nosotros sí.

Se dieron la vuelta de golpe y salieron del camino. La colada de lava que tenían más cerca siguió adelante y pasó de largo, al menos de momento. Rebecca se resbaló y se cayó. Mac tiró de ella y la levantó. Luego cogió un instrumento que llevaba en el cinturón de herramientas, un termómetro de infrarrojos, y lo apoyó en la masa rocosa que tenían justo delante, por el momento limpia de lava. Encontró un palo que había caído de un árbol de koa y dio unos golpecitos en la superficie, buscando tubos huecos que pudieran contener lava.

—Parece sólido —dijo Mac—. Pero la temperatura interior de la montaña va en aumento. Ahora es de unos seiscientos grados. Nuestras botas no se fundirán hasta que no alcance los ochocientos, así que podemos seguir bajando.

Rebecca, que al principio parecía más decidida que Mac, tomó la iniciativa y empezó a abrirse paso por entre las masas de roca.

«El terreno está demasiado quebradizo —pensó Mac—. Incluso a esta altura».

—¡Rebecca! ¡Para!

Unos metros por delante de Rebecca, se abrió un orificio en el suelo.

Lo que acababa de aparecer de pronto era como una claraboya.

Cuando los temblores provocaban grietas y fisuras en el campo de lava, el terreno podía abrirse como una trampilla sobre la bolsa de aire por la que fluía el magma.

Pero Rebecca no lo había visto porque, en ese momento, había girado ligeramente la cabeza para decirle algo. Mac gritó, aún más fuerte:

—¡Para!

Rebecca no lo oyó: había vuelto a girar la cabeza hacia delante, hacia la claraboya que se había abierto ante ella, y tropezó con una roca.

En el momento en que Mac alargó el brazo para agarrarla, ella empezó a caer.

94

Mac estaba convencido de que se había lanzado a por Rebecca un par de segundos demasiado tarde.

La vio agitar los brazos desesperadamente, en busca de algo a lo que agarrarse, y luego caer hacia delante, hacia el pozo de lava, que estaba a apenas veinte metros por debajo.

Pero, de algún modo, consiguió agarrarla del brazo izquierdo y sacarla del agujero.

Aun así, no fue eso lo que la salvó.

Fue la lava.

La bota se le quedó atrapada en una grieta.

Mac tiró con fuerza hacia la izquierda, pero ella tenía el pie encajado.

Rebecca soltó un grito de dolor.

—Estoy bastante segura de que me acabo de romper el tobillo —dijo.

Estaba en el suelo, pero no había caído por la claraboya.

Veía perfectamente el resplandor de la lava, unos metros por debajo, sentía su calor.

—Joder —exclamó, jadeando.

Mac se puso a cuatro patas y le dijo que le pasara una mano por la espalda. Con cuidado, le desató la bota, tiró lentamente del pie y lo sacó. Oyó que ella cogía aire con fuerza.

Pese al calor que sentían los dos, Rebecca tenía el rostro del color del hielo.

—Lo siento mucho —le dijo.

—Yo no —respondió ella, señalando con un gesto de la cabeza hacia la lava que se acercaba peligrosamente.

La llevó a cuestas montaña abajo, hacia el Observatorio del Mauna Loa, bajo un cielo completamente oscurecido por la ceniza volcánica y el polvo, que se extendían formando una nube cada vez mayor.

No había otra solución.

A ratos la llevaba en brazos, a ratos sobre el hombro, como un soldado cargando con un colega herido por un campo de batalla.

Cada cien metros más o menos, la dejaba en el suelo para descansar un momento. Luego se la cargaba otra vez y se ponían de nuevo en marcha. Había pasado más de una hora desde que vieron los F-22 Raptor volando al este, desde que oyeron las primeras explosiones a lo lejos.

La nube de ceniza y gas se volvía cada vez más oscura y amenazante, convirtiendo el día en noche.

En un momento dado, mientras descansaban, ella le dijo que la dejara allí, que fuera a la base y luego enviara a alguien a buscarla.

—No —dijo él.

—Sabes que es lo más sensato.

Él la miró un buen rato.

—A mí no me lo parece. No lo es.

Volvió a cargársela al hombro.

Oyeron un ruido y de pronto vieron un avión con turbohélice saliendo de la oscura nube y dirigiéndose al sur. Mac lo reconoció: era un EO-5C, un avión de reconocimiento del ejército.

Un instante más tarde, fue como si alguien hubiera apagado el sonido. Ya no oían el motor.

Las hélices ya no giraban.

Mac y Rebecca observaron, horrorizados, cómo descendía el EO-5C, demasiado rápido, en dirección al observatorio.

95

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

El avión de reconocimiento que había enviado Rivers para buscar a Mac y Rebecca parecía dirigirse directamente hacia él.

Observó las imágenes de la cámara de seguridad situada en la puerta noroeste del observatorio. La última comunicación de los dos pilotos había sido para informar de que la nube que intentaban evitar les había parado los motores y la ceniza y las partículas de cristal habían inutilizado las hélices.

A Rivers no le importaba cómo había sucedido. Le importaba que hubiera sucedido.

El avión desapareció brevemente entre el humo volcánico y luego volvió a aparecer.

Rivers escuchó lo que decían los pilotos desde su despacho, como si él también estuviera en la cabina.

—¡Quiero intentar el aterrizaje en ese helipuerto en el exterior del complejo! —anunció el piloto—. ¡Pero apenas lo veo!

Rivers se volvió hacia la pantalla que transmitía las imágenes de la cámara norte y vio los distintos flujos de lava uniéndose en una gran colada con los bordes de un rojo brillante. Iba ganando velocidad a medida que se acercaba al observatorio.

—¡Joder, cuánta lava! —gritó el copiloto—. Pero aún no ha llegado…

El piloto lo interrumpió:

—Espera, creo que ya veo…

—Puedo intentar dirigiros —dijo la voz de la torre—. ¿Podéis…?

—No hay tiempo…

—¡A la izquierda, Ron! —gritó el copiloto.

Rivers siguió mirando la pantalla, impotente.

El avión no viraba.

Estaba a cien metros.

Cincuenta.

El morro apuntaba directamente a la cámara, hasta que se hizo la oscuridad.

96

OBSERVATORIO DE LA NOAA EN EL MAUNA LOA, HAWÁI

Cuando Mac y Rebecca consiguieron llegar al observatorio, ya se había hecho de noche.

Habían visto cómo se estrellaba el avión de reconocimiento a una distancia de kilómetro y medio. A medida que seguían bajando, vieron una serie de pequeñas explosiones, que dejaron de producirse cuando se acercaron a la puerta principal.

La única luz que veían era la procedente de los restos del avión, que aún ardían, esparcidos por el complejo.

Mac corrió a la cabina, que se había separado del resto del avión. Las llamas aún lamían el fuselaje, roto por la mitad. Con la pequeña linterna de su cinturón de herramientas, Mac vio los cuerpos inertes de los dos pilotos. Aún llevaban el cinturón de seguridad puesto.

El intenso olor a gasolina dejaba claro que tenía que apartarse antes de que se produjera otra explosión.

Fue corriendo hasta lo que quedaba del edificio de comunicaciones. El avión había abierto una brecha en la estructura, destruyendo por completo la fachada frontal.

Pero, si el observatorio no había sido evacuado tras la erupción, quizá aún hubiera alguien dentro.

Mac entró y, mientras lo hacía, rezó.

Era paradójico, pensó Mac mientras miraba a su alrededor, porque lo que veía era la típica imagen catastrófica que dejaría una bomba de lava procedente de las fisuras más cercanas. Pero aquello lo había producido el impacto directo del avión.

Entre los escombros, había cadáveres despedazados: tres científicos del Observatorio del Mauna Kea. Dos hombres en mono de trabajo.

Mac fue al fondo de lo que quedaba del salón principal y vio muerte por todas partes. Encontró a Katie Maurus y Rob Castillo —dos chavales del OVH que habían querido monitorizar los datos de los sensores próximos a la cumbre desde allí— junto a sus mesas; estaba claro que el techo se les había caído encima y los había aplastado. El cuerpo de Rob estaba sobre el de Katie, como si hubiera querido protegerla en los últimos segundos de sus vidas.

Mac casi no podía respirar, asfixiado por la tragedia que le

rodeaba.

Para asegurarse, se arrodilló y les buscó el pulso. Estaban muertos, como los otros.

De pronto, oyó gritar a Rebecca en el exterior.

97

SADDLE ROAD, HAWÁI

El sargento Matthew Iona estaba a los mandos de la última excavadora Caterpillar 375, cerca de Cinder Cone Road, más próxima al Mauna Loa que al Mauna Kea, al sur de Saddle Road.

Estaban haciendo nuevas excavaciones en la zona, ahora que habían visto la dirección que estaba tomando la lava. Según el coronel Briggs, había sorprendido incluso a los científicos al fluir de pronto por fisuras radiales próximas a la base del Mauna Loa, en la vertiente este.

Había que trazar un nuevo perímetro. Briggs había dicho que tenían el mismo plazo límite marcado por el general Rivers: «Quiere esos agujeros en el terreno para hace cinco minutos», era la orden.

Iona se había convertido para Briggs en la referencia sobre el terreno. Le había encargado que estuviera lo más cerca posible del doctor MacGregor y Rebecca Cruz, no solo para trabajar con ellos, sino también para controlarlos. Iona no tenía ningún problema con eso, aunque en ocasiones se sentía como si los espiara. Siempre estaba buscando formas de ser indispensable para el coronel. Una ventaja añadida para Briggs era que Iona tenía experiencia en equipos de obras de carreteras. Hacía tiempo que no manipulaba una excavadora, pero le aseguró al coronel que aún sabía cómo hacerlo.

Esa noche estaba haciendo de capataz de aquel pequeño equipo del ejército que sabía que la lava de las fisuras se dirigía hacia ellos.

En cuanto acabaran, detonarían una línea de explosivos colocados por los técnicos de Cruz Demolition y —si todo iba bien— eso desviaría la lava hacia las nuevas zanjas y el lago al este de Cinder Cone Road, que habían acabado de cavar, casi milagrosamente, esa misma noche.

Los buldóceres de las empresas de construcción de Hilo ya se habían ido. Ahora solo quedaba Iona con su excavadora y dos buldóceres del ejército, que básicamente intentaban crear un nuevo desvío en la carretera.

Habían visto la lava acercándose por el sur, pero afortunadamente parecía haber cambiado de rumbo, desapareciendo entre la nube de cenizas y humo que dificultaba cada vez más la respiración.

Estaban a punto de dejarlo, cuando el coronel Briggs le llamó por teléfono, gritando.

—¡Salid de ahí, Iona! ¡La lava ha ganado velocidad en los últimos quince minutos! —Y luego—: ¡No tenía que haberte enviado ahí!

—Pensaba que la colada se había dividido…

—¡No me importa lo que pienses! ¡Moved el culo, dad la vuelta y salid pitando!

Iona miró por el retrovisor de la excavadora.

Ahí estaba.

De pronto, en la oscuridad, había aparecido una mancha de color rojo anaranjado, el único color que se distinguía en la oscuridad, a unos cientos de metros.

Y se acercaba a toda velocidad, como una mecha encendida.

O una bala.

El sargento Matthew Iona no vaciló. Saltó de la cabina al suelo, con el megáfono que había usado para dirigir a los otros, y señaló en dirección a la lava que ya iluminaba el cielo. Los dos buldóceres ya estaban en marcha, con la otra excavadora detrás.

Iona volvió a subir a la cabina de su excavadora.

Sabía que no tenía mucho tiempo para poner tierra de por medio. Arrancó el motor. Estaba en una curva y, en el momento en que giraba los mandos, el suelo tembló con fuerza; era el primer temblor importante desde la erupción de la mañana. Luego otro temblor, más fuerte incluso que el anterior.

La excavadora se ladeó y resbaló hacia un lado.

Los frenos no conseguían evitar que fuera deslizándose de lado hacia la zanja de dos metros y medio de profundidad que acababan de excavar. Iona chocó contra los mandos; sintió que se le quebraban las costillas.

El dolor se le extendió por todo el cuerpo, como astillas de un palmo de largo.

Entonces salió despedido y chocó contra la puerta.

La puerta del acompañante estaba demasiado lejos. Cada vez que movía el brazo derecho, sentía el insoportable dolor de las costillas fracturadas.

No podía saber si sus compañeros habían visto lo sucedido desde sus vehículos.

De algún modo, consiguió abrir la ventanilla. Cogió aire y sintió que tenía una oportunidad. Volvió a pisar el freno otra vez.

Y una vez más.

Lo último que vio fue el río de lava que se le echaba encima.

Demasiado rápido.

Un mar de fuego, chispas y cenizas, rugiendo como un trueno.

98

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

—¡Salga de la excavadora, sargento! ¡Salga ya!

Rivers y Briggs observaron, impotentes, la pantalla del teléfono de Briggs, mientras la excavadora de Matthew Iona iba desapareciendo lentamente bajo un manto de lava naranja rojizo.

Vieron morir al chico a través de un teléfono por satélite, del mismo modo que habían visto morir a aquellos pilotos en el monitor.

Un chico: así era como el general Mark Rivers veía al sargento Iona. No como un soldado, sino como un chico. Un chaval que tenía edad de ir a la universidad. Y había muerto no solo por su país, sino por el mundo entero. Pero él no lo sabía.

El soldado que estaba en la excavadora unos doscientos metros por delante había empezado a retroceder. Sabía que era demasiado tarde, pero grabó la escena en su teléfono móvil antes de volver a su excavadora y salvar su propia vida.

Briggs guardó el teléfono en un bolsillo lateral. Aquello era difícil de asimilar. Era como la guerra, pero peor, porque también estaban muriendo muchos civiles.

—Yo fui el que lo envió ahí —dijo Briggs—. Iona trabajaba para mí.

—Y usted para mí —dijo Rivers—. Ambos estaban haciendo su trabajo. Como los hombres que entraron en esa cueva. Ellos también estaban haciendo su trabajo.

Rivers y Briggs esperaron a ver si la lava avanzaba en la dirección que ellos querían, hacia Waimea. Si lo hacía, sería un mínimo consuelo.

—¿Cree que ya ha pasado lo peor? —preguntó Briggs.

Pero ambos sabían que el número de bajas en el otro lado de la isla, Nāʻālehu, no dejaría de aumentar. Quizá tardarían días o semanas en determinar el total de víctimas. Probablemente hubiera desaparecido toda la población. Igual que innumerables criaturas marinas que vivían en las aguas cerca de South Point.

Ya sabían aproximadamente cuántos habían muerto en el Observatorio del Mauna Loa. El *vog* se había disipado lo suficiente como para enviar un helicóptero, que había aterrizado hacía diez

minutos.

El piloto no había encontrado a nadie con vida.

Un día y una noche llenos de muerte y de muertos, y de un sufrimiento inimaginable.

—No, Briggs —dijo Rivers—. Lo peor aún está por llegar. Vaya a hacer su trabajo.

Rivers estaba solo en la cafetería, con una taza de café humeante. Necesitaba alejarse de las pantallas, no quería ver morir a nadie más. Levantó la vista y vio al doctor John MacGregor de pie, ante él. El científico tenía muy mala cara.

—Se está produciendo otra erupción —dijo Mac—. Va a ser peor que la primera.

99

MAUNA LOA, HAWÁI

De la noche a la mañana, hora por hora, minuto a minuto, las imágenes de la erupción que había iluminado el cielo de Hawái ya estaban circulando por todo el mundo. El duro relato que acompañaba a las imágenes hablaba de la erupción más colosal de la historia de Hawái.

El volcán había escupido toneladas de piedras. Los fragmentos de roca habían alcanzado cientos de metros de altura. Las nubes habían ascendido varios kilómetros en pocos segundos. Los rayos iluminaban una capa de inmensos pirocúmulos.

El mundo también se había enterado de lo que en las redes sociales se contaba como la trágica y heroica muerte de J. P. Brett y Oliver y Leah Cutler, que habían acudido a la Isla Grande por su cuenta para colaborar en su protección.

El último vuelo que habían hecho, en el helicóptero de J. P. Brett, aparecía en todas partes descrito como una «misión de reconocimiento» que habían organizado los tres para colaborar con el ejército y evitar que la colada de lava avanzara hacia Hilo.

Una de las socias de Brett le contó al *New York Times* que, antes de subir al helicóptero, le había dicho: «Voy a ayudar a salvar esta isla, o moriré en el intento».

Briggs le había entregado al general Mark Rivers una copia impresa de aquel artículo. Rivers lo leyó y dijo:

—¿Quién sabe? Quizá hasta sea cierto.

Durante la mayor parte de aquellas horas nocturnas, Rivers se dedicó a impulsar una misión para proteger Saddle Road —a la que ya llamaba Apocalypse Road—, intentando encontrar el modo de detener el río de lava antes de que llegara al punto sin retorno.

El Tubo de Hielo. Si lo hacía, empezaría el fin del mundo.

Con la llegada de las primeras luces del alba, vio cómo iban tomando forma los nuevos canales y los pequeños lagos artificiales. Era como si hubiera aparecido un nuevo barrio en medio de la isla. Los equipos de trabajo se esforzaban en dar más profundidad a los

canales y las zanjas que ya habían cavado cerca de la cueva donde se almacenaba aquel veneno mortal.

—¿Cuánto tiempo nos queda para seguir cavando? —le preguntó Rivers a Mac.

—Ninguno —dijo Mac.

Habían empleado la mano de obra, el personal y el equipo del ejército en combinación con el de la veintena de empresas de construcción de Hilo. Mac se había erigido en jefe de obra de los equipos de construcción civiles.

Rebecca quería estar en primera fila. En el observatorio, le había hecho un puente al jeep con el que regresaron a la Reserva Militar.

—Se me dan bien los cables —le había dicho a Mac, encogiéndose de hombros. Necesitaba ponerse a corregir sus mapas de explosivos, pero estaba claro que Rivers no iba a permitírselo.

Rivers le había echado un vistazo al tobillo roto de Rebecca, que ahora llevaba en una bota ortopédica. Le dijo que, si intentaba hacerle el puente a otro de sus jeeps, la pondría en arresto domiciliario. Hasta que acabara todo aquello.

Ahora, en el jeep de Rivers, Mac le explicó al general que el flujo de lava estaba tomando la misma dirección que en la erupción de 1843. Se extendió sobre los enormes campos de lava que discurrían en paralelo a Mauna Loa Road, al norte de la carretera en construcción a Kona, para luego caer a gran velocidad hacia Saddle Road y el Mauna Kea.

Su última esperanza, la gran solución, sería hilar fino y conseguir redirigir el flujo hacia el noroeste, por los campos de hierba al sur de Waimea, hasta Waikōloa Beach y el océano. Si lo conseguían, moriría mucha menos gente. Si lo conseguían.

Las excavaciones más próximas al Mauna Loa habían funcionado todo lo bien que cabía esperar. La lava se estaba acumulando en los lagos artificiales y la estaban rociando constantemente con agua marina desde una flota de Chinooks. Cada helicóptero podía lanzar mil quinientos litros de agua, y aquella masa viscosa de color rojo parecía ir oscureciéndose por fin al enfriarse y endurecerse.

Bajaron del jeep de un salto y echaron a correr hacia la enorme cantidad de soldados y civiles que trabajaban subidos a buldóceres y excavadoras, e incluso con martillos neumáticos, para cavar enormes zanjas. Rivers gritó, para hacerse oír con todo aquel ruido:

—¡Vamos a hacer un simulacro de emergencia! Hasta que tengamos suficiente visibilidad para que los helicópteros de extinción de incendios puedan volver a volar. Luego ya me dirá qué es lo que tenemos que volar y cuándo.

Mac miró en dirección a la cumbre. La nube naranja que flotaba encima iba creciendo y la mancha oscura del *vog* volvía a avanzar

hacia ellos. La lava iba avanzando cada vez más rápidamente.

—Sí, pero hay una cosa, general... —respondió, mientras le entregaba uno de los megáfonos que habían traído.

—¿Qué pasa?

—Que no es un simulacro —dijo Mac.

Cada vez que los obreros sentían un nuevo temblor, se giraban hacia la cumbre; luego volvían al trabajo.

No tenían ni idea de lo poco que tardaría en llegar la lava, de lo pronto que morirían todos.

Pero el mensaje que les había dado Mac era el mismo que le había dado a Rivers: no quedaba tiempo.

—Estos hombres, mujeres y hasta chavales son unos valientes. Creen que están salvando su ciudad —dijo Rivers.

—Pues puede que estén salvando el mundo, nada menos —respondió Mac. En ese momento, sonó su teléfono por satélite—. Tengo que responder.

Rebecca le llamaba desde la base militar.

—Tengo malas noticias —dijo.

—No es lo que necesito.

—No tienes opción.

—¿Cómo de malas?

—No puedo decírtelo —respondió ella—. Mejor te lo enseño. Te mando un pantallazo.

Lo hizo, y Mac se lo quedó mirando. Los sensores de la base y del OVH estaban registrando la velocidad de la lava y mostraban un desastroso cambio de dirección.

Mac esquivó una excavadora y corrió todo lo rápido que pudo hacia Rivers. Llegó a su lado justo en el momento en que el general iba a levantar de nuevo su megáfono. Mac le agarró del brazo.

Rivers empezó a hablar, pero de pronto se detuvo cuando vio el gesto de Mac.

—Cuénteme.

—Quizá tengamos que sacrificar Hilo.

100

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

Los animales sabían perfectamente que debían huir y protegerse. Los gansos nēnē, ave oficial del Estado de Hawái, fueron los primeros en huir. Luego se fueron muchos perros, gatos y pájaros. Hasta las abejas abandonaban sus colmenas.

Pero pocas personas de Hawái sabían lo mal que se habían puesto las cosas.

El coronel Briggs regresó para supervisar las últimas excavaciones, probablemente inútiles, mientras Mac y Rivers volvían corriendo a la base.

—Con lo que nos indican los sensores, tengo que empezar a plantearme evacuar este complejo —dijo Rivers.

—Tiene que hacerlo en menos de una hora —precisó Mac—. O quizá incluso antes.

—Puedo enviar a mi gente a Hāwī, en la punta norte —dijo Rivers —, si no cree que podamos salvar la base.

—General —dijo Mac—, ahora mismo salvar la base es el menor de nuestros problemas.

Encontraron a Rebecca con su hermano, ambos en la sala de conferencias, rodeados de monitores.

—¿Cómo va el tobillo? —preguntó Mac.

—Da mucho la lata —dijo ella, con una sonrisa que le costaba mantener—. Pero gracias por preguntar.

Mac miró el monitor que tenía más cerca y repasó los datos de los sensores una vez más; no habían cambiado desde que Rebecca le había llamado pidiéndole que los interpretara. La cantidad de lava que se estaba acumulando bajo la cumbre haría que el Mauna Loa lanzara una colada enorme en dirección al Mauna Kea, y quizá fuera imposible desviarla, aunque las zanjas resistieran.

—Mac, esa mierda no deja de salir —dijo Rebecca.

—No podemos perderla de vista —dijo Rivers, e hizo una llamada. El *vog* se había disipado lo suficiente como para mandar un avión de reconocimiento a sobrevolar la zona.

Mac se dirigió a un caballete colocado junto a la pared delantera. Hizo un dibujo muy esquemático: el Tubo de Hielo, Hilo, Waimea y

Saddle Road.

—La lava de la primera erupción ha llegado hasta aquí más o menos —dijo, señalando—. Es la zona de Saddle Road. Si los dioses del volcán nos lo permiten, lo que queremos es enviarla hacia aquí.

Señaló primero a Waimea, y luego más al oeste, hacia Waikōloa Beach.

—¿Y si no va hacia allí? —preguntó Rivers.

—Si no lo hace, y si los nuevos agujeros que hemos hecho en el terreno rebosan, pasará lo que le he dicho antes —dijo Mac—. La lava llegará a Hilo. No veo alternativa. Y probablemente ese sea el mejor escenario.

Mac lanzó un improperio al oír que sonaba de nuevo su teléfono por satélite, esta vez con una llamada del OVH. Por un momento, imaginó que oiría la voz de Jenny.

Pero era Kenny Wong, que le había dejado para ir a trabajar con Brett.

Una mala decisión profesional.

—¿Te has perdido? —preguntó Mac.

—Mac, podemos hablar de que soy un Judas y todo eso en otro momento, o quizá nunca —respondió Kenny—. Pero he vuelto porque me sentía una mierda por lo que te he hecho. Y también porque no podía pasar esto por alto.

—¿Qué es lo que tienes?

—Seguro que ya sabes que la lava ha superado ampliamente la carretera en construcción que va a Kona —dijo Kenny.

—Y que la colada por ese punto va a ser enorme, ¿no? —preguntó Mac.

—El general Rivers tiene que desalojar esa base, Mac —dijo Kenny —. Y, hagáis lo que hagáis, tenéis que hacerlo enseguida. La lava va directa a esa maldita cueva.

—Las nuevas excavaciones podrían funcionar —dijo Mac—. Si no, tenemos pensado lanzar una segunda oleada de bombas desde el aire.

—¡Mac, escúchame! —respondió Kenny, gritando de pronto—. ¡Las imágenes que tengo delante no cambian! ¡Esa gente tiene que salir pitando de esa base y de la montaña antes de que sea demasiado tarde!

Mac colgó. Les contó al general y a Rebecca lo que acababa de decirle Kenny.

—¿Qué vamos a hacer, Mac? —preguntó Rebecca.

—Vamos a hacer todo lo que podamos para enterrar esa mierda con bombas aire-tierra —dijo Mac—. Tus explosivos ya han hecho todo lo que podían. Pero, en cuanto la lava supere Saddle Road, todo va a depender de las bombas.

Echó una última mirada al mapa que acababa de dibujar y luego

miró el monitor que mostraba las últimas imágenes de la lava enviadas por el avión de reconocimiento.

La lava seguía dirigiéndose al norte. Si seguía así, sería el fin. El fin del mundo. Sin más.

Rivers volvió a entrar en la sala.

—Ya están evacuando la base —informó.

—Tengo una pregunta —dijo Mac—. Si decidimos usar los bombarderos, ¿tiene alguno más, aparte de los Raptor?

—¿Qué quiere decir con ese «si»? Tengo un escuadrón cargado con munición de ataque GBU-32 listo para despegar.

—¿Y qué más tiene?

—Un par de F-15EX Eagle II. Eso es todo —dijo Rivers—. De dos plazas. Están en el aeropuerto de Hilo.

Mac conocía aquellos aviones. Eran un modelo mejorado del caza F-15 de cuarta generación, con armas inteligentes AMBER Storm-Breaker que podían ver a través de la niebla y, con un poco de suerte, también a través del *vog*. Sabía mucho sobre los cazas, los había estudiado desde que era niño y había visto *Top Gun* innumerables veces. Cuando iba al instituto, incluso se había planteado solicitar el ingreso en la Academia de las Fuerzas Aéreas, hasta que se dio cuenta de que los volcanes le fascinaban aún más.

Menos mal.

—Perfecto —le dijo a Rivers.

—¿Por qué perfecto?

—Tiene que haber sitio para mí, si queremos hacer esto como se debe.

—Defíname «como se debe» —dijo Rivers.

—No necesitamos un escuadrón de bombarderos —dijo—. Solo necesitamos el que me lleve a mí.

—¿Y qué más necesita?

—A su mejor piloto de caza —dijo Mac.

101

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE HILO, HILO, HAWÁI

El piloto que escogió Rivers para la misión era el mejor que tenía en Hawái, o quizá en todo el ejército: el coronel Chad Raley.

La primera vez que sirvió a las órdenes de Rivers fue durante la Segunda Guerra del Golfo. Cuando Rivers ascendió a jefe de la Junta de Estado Mayor, hacía cinco años, volvieron a trabajar juntos. Esa misión, lanzada desde el portaaviones *Nimitz*, en el mar de Arabia, fue para «disuadir» a Irán, tal como dijo Raley, de cualquier agresión.

—Y eso hicimos, los disuadimos —dijo Raley, quitándose las gafas de sol.

Tenía toda la pinta de *Top Gun*: alto, de hombros anchos. Cabello plateado con un corte militar. Unos ojos azules tan claros que el color casi se acercaba al plateado de su cabello.

Raley se presentó voluntario para acudir a Hawái antes incluso de que Rivers le explicara por qué le necesitaba.

«Un hombre de pocas palabras —pensó Mac—. No: un hombre casi sin palabras».

—Así que usted será mi copiloto hoy —dijo Raley.

—Más bien el bombardero novato —respondió Mac.

—¿Alguna vez ha volado en uno de esos?

—Solo en sueños.

—Al general no le hace demasiada gracia que suba ahí conmigo —dijo Raley—. Pero dice que conoce mejor que nadie esta isla y el lugar al que deben ir esas bombas.

—Si hay que lanzarlas —dijo Mac—. Hoy no necesitamos mucha cantidad. Es demasiado arriesgado. Necesitamos una precisión quirúrgica. —Mac le sonrió—. Me ha dicho que usted es el hombre ideal para eso.

—Lo soy —dijo Raley.

Diez minutos más tarde, ya estaban en el aire. Raley orientó el Eagle hacia el sur. El plan de vuelo les llevó al centro de la isla, para que pudieran valorar la situación rápidamente.

En el momento en que vieron la lava, Mac pensó: «Esto es una misión de locos. Así que debo de estar loco».

—Sé que usted es el entendido en volcanes —dijo Raley a través

del respirador—, pero, por lo que yo veo, no nos queda mucho tiempo antes de que la lava llegue a la cueva.

Y, antes de que Mac pudiera responder, añadió:

—Y lo sé todo sobre esos frascos, doctor MacGregor. El general Rivers me lo ha contado.

Mac miró hacia abajo y hacia el este y vio las casas de una urbanización, Kaumana Estates, entre Saddle Road y Hilo. Allí abajo debía de haber gente que no había tenido tiempo de evacuar. Tenía que haberla. Era imposible que todos hubieran huido en esos ferris.

Mac notó la garganta seca. Intentó no pensar que solo un respirador le protegía del dióxido de azufre que contaminaba el sistema de ventilación del caza.

Llevaba las últimas proyecciones sobre el flujo de lava que habían obtenido Rebecca en la base militar y Kenny Wong en el OVH. La colada que se dirigía hacia el Tubo de Hielo era demasiado grande. Tendrían que dividirla en dos ramas, al oeste y al este. Si lo conseguían. Pero la del este iría hacia la ciudad; eso supondría la destrucción de los hogares que tenían debajo y la muerte de más gente inocente.

Mac miró las casas de Kaumana Estates y pensó de nuevo en sus hijos. A medida que iba avanzando el día, pensaba en ellos cada vez más y tenía que hacer un esfuerzo para concentrarse en la tarea que le ocupaba.

—Conozco a alguien que vive ahí abajo —le dijo a Raley.

El coronel no respondió. Estaba plenamente concentrado. Raley bajó lo suficiente como para que Mac pudiera ver la famosa formación de lava conocida como el perfil de Charles de Gaulle. El nuevo flujo de lava ya había rebasado la carretera en construcción a Kona y seguía avanzando implacable hacia Saddle Road y el Tubo de Hielo.

Mac reprimió las ganas que tenía de cerrar los ojos para no tener que enfrentarse a la escena que tenía debajo, a la realidad de todo aquello, a la tragedia que acechaba. Pero no podía apartar la mirada, porque sabía exactamente qué era lo que estaba a punto de ocurrir, o lo que él y el coronel Chad Raley estaban a punto de provocar; no había margen de error ni garantía de que funcionara.

—Si se acerca mucho más a la cueva…

Raley acabó la frase por él:

—Se acaba la partida —dijo—. Lo sé.

Mac echó un vistazo rápido a su mapa, aunque ya sabía dónde tenían que caer las bombas.

Tenían que dividir la colada de lava en dos, aunque eso supusiera dirigir una parte hacia Hilo.

Vio que la lava giraba ligeramente hacia el norte.

No había suficiente espacio.

Sobrevolaron por segunda vez el objetivo. Mac volvió a bajar la vista en dirección a Kaumana Estates.

Rezó para que el chico y su madre se hubieran marchado.

—¿Puede bajar aún más? —gritó Mac.

Sabía que estaba intentando ganar algo de tiempo antes de tomar la decisión final.

Raley levantó un pulgar.

—¡Tengo que estar seguro! —dijo Mac—. ¡Necesito ver!

Pero, un momento más tarde, ya no vieron nada, porque la nube de cenizas procedente del oeste los ocultó.

Y desaparecieron de la vista de todos.

102

KAUMANA ESTATES, HAWÁI

Lono estaba de pie en el patio de su casa, mirando al cielo. No se atrevía a pestañear. Había oído el ruido del caza y había salido corriendo. Enseguida vio lo cerca del suelo que volaba.

Era un avión del ejército.

Un cazabombardero.

Mac le había inculcado el interés por los aviones, igual que le había hecho interesarse en tantas otras cosas. Mac había conseguido que leyera, que se convirtiera en un buen estudiante y en un mejor surfista.

En ese momento, Lono se sentía como si volara a ciegas. No tenía internet. No había modo de entrar en el sistema del OVH y ver por dónde iba la lava tras la segunda erupción que había oído y luego visto, en ese día infernal.

Su madre, Aramea, se había negado a abandonar su casa; a ponerse en la cola con sus amigas en el puerto de Hilo, a subir a uno de los barcos que la habría llevado a Maui, aunque allí tenía una hermana.

—La diosa siempre nos ha protegido —le dijo a Lono—. Ahora todo depende de Pele, no de ti ni de mí. Ni de tu amigo, el doctor MacGregor.

—¿Estás diciendo que ella ha decidido que nos quedemos a morir en esta casa? —preguntó Lono.

—Debes tener fe —dijo ella—. Te enseñé a respetar el mundo natural, pero también el mundo espiritual.

«Y ahora estoy descubriendo el mundo de la ciencia —habría querido decirle—. El mundo real».

Pero no se lo dijo. No servía de nada. Ella no iba a abandonar aquella casa, la única que había conocido Lono. Y Lono no iba a dejarla. Aunque eso supusiera que fueran a morir juntos.

Se giró para mirar y vio su dulce rostro pegado a la ventana de la cocina. Sabía que estaba mirando la cumbre, las gruesas nubes, las llamas que se elevaban hacia el cielo. Miraba al Mauna Loa como si fuera una especie de deidad.

Lono volvió a fijar la vista en el caza. Trazó una gran curva hacia el este, regresó y se dirigió directamente hacia él.

Lono se quedó mirando, con la cabeza echada hacia atrás, y no pudo evitar preguntarse si la diosa de los volcanes podía protegerles, a él y a su madre, de las bombas del ejército.

«No quiero morir así. No quiero que mi madre muera», pensó.

Pero ese caza estaba tan cerca…

103

RESERVA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, HAWÁI

La Reserva Militar estaba vacía salvo por algunos rezagados, entre los que estaban el general Mark Rivers y Rebecca Cruz.

Se habían quedado para seguir la trayectoria del F-15. La torre de control del aeropuerto de Hilo seguía informando por un altavoz. Rivers y Rebecca sabían que el plan de Mac era esperar hasta el último momento para lanzar los misiles y hacerlo solo en caso necesario.

Rivers tenía la sensación de que ese momento se acercaba a la velocidad del sonido.

El hombre del general en la torre de control era el teniente Isaiah Jefferson.

—Hay un problema, señor —dijo Jefferson.

—¿Qué problema?

—Los acabamos de perder.

—¿Quiere decir por radio? —preguntó Rivers.

—No solo por radio. Es como si esa nube negra procedente del volcán los hubiera engullido. —Jefferson hizo una pausa—. Señor, ayer vimos lo que pueden hacer esas nubes. Si te quedas dentro, es como recibir fuego enemigo. —Otra pausa—. Podría hacerles caer, como pasó con ese avión de reconocimiento.

Al otro lado de la sala, Kenny Wong observaba la imagen que recibía en su portátil.

—Nunca he visto un *vog* tan denso —dijo—. Durante la erupción de 2022, adquirió una anchura de cuatrocientos kilómetros, pero afectaba mucho menos a la visibilidad.

Se acercó al general Rivers.

—Nunca había habido tanta lava, ni tanto *vog* —dijo Kenny, meneando la cabeza—. Es nuestra tormenta perfecta.

Estaban volando a ciegas; la tormenta caliente de ceniza, minúsculas partículas de cristal y roca pulverizada estaba rayando los vidrios de la cabina.

Chad Raley sabía que tenían que salir de allí. Solo que no sabía en qué dirección, a qué altitud ni a qué velocidad, ya que los sensores

daban unas lecturas distorsionadas. Estaban en un buen lío; la ceniza que erosionaba las palas del compresor del motor podía acabar con el Eagle igual que un misil enemigo.

El avión sufrió una nueva sacudida: otro impacto directo. Chad Raley había sido alcanzado por un proyectil una vez, en el mar de Arabia. Había sobrevivido, pero en parte por puro azar.

Ahora tenía la impresión de que no iba a tener la misma suerte.

Se podía sobrevivir una vez a algo así.

No dos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Mac, tras atravesar una nube de ceniza, cristales y piedras.

—Eso —dijo Raley— ha sido el sonido del avión al perder el motor derecho.

Habían despegado rodeados de un bonito cielo azul. Ahora la nube de tormenta volcánica lo había teñido de negro.

El caza empezó a cabecear como golpeado por un viento huracanado.

Otro potente chasquido, esta vez en el lado izquierdo del avión.

Luego se oyó lo que parecía el impacto de un proyectil.

—Ahora la ceniza volcánica va a por el motor izquierdo —dijo Chad Raley, mirando por la ventanilla lateral—. El motor está ardiendo.

El avión cayó unos cientos de metros en un par de segundos.

—¿Cuánto tiempo podemos permanecer en el aire? —gritó Mac.

—¡No deberíamos estar en el aire! —respondió Raley, también gritando.

Incluso con la repentina pérdida de altitud, seguía sin ver nada, salvo la nube que los rodeaba.

—Tengo una pregunta, doctor MacGregor —dijo Raley—. ¿Está dispuesto a morir para salvar el mundo?

Raley no esperó a que respondiera.

—Porque yo sí.

El avión volvió a caer y giró sobre su propio eje, dándoles la sensación de que volaba de lado.

El Chinook que llevaba a Rivers y a Rebecca tocó tierra en el helipuerto del OVH. Mientras volaban, Rivers había mantenido la comunicación con el teniente Jefferson, que aún no había podido restablecer el contacto con Mac y el coronel Raley.

Rebecca había estado hablando por el teléfono vía satélite con su hermano y Kenny Wong, que monitorizaban el avance de la colada de

lava casi metro a metro.

Le dijeron que ya había rebasado Saddle Road.

Seguía avanzando en dirección al Tubo de Hielo, sin apenas desviarse.

Rivers le gritó a Jefferson que necesitaba hablar con Mac y el coronel Raley inmediatamente.

—No me importa cómo vuelvan. ¡Haga que vuelvan!

—Créame, señor. Aquí todos lo están intentando. Estamos en ello.

—¡Tienen que lanzar los misiles ya! —dijo Rivers.

—No pueden si no ven el terreno, general —replicó Jefferson, que hizo una pausa—. Y eso si aún siguen ahí arriba.

—¿Ha recibido al menos un código de emergencia Squawk? —preguntó Rivers. El código Squawk 7600 indicaba que una aeronave había perdido la comunicación y necesitaba orientaciones mediante señales luminosas.

—No, señor. Nada.

—Me voy dentro —le dijo Rivers a Jefferson—. Infórmenme en cuanto los vean. ¡Inmediatamente!

104

EN ALGÚN PUNTO SOBRE LA ISLA GRANDE

No podían librarse de aquella espesa niebla volcánica. Se les echaba encima como una marea polvorienta que los cegaba. El viento zarandeaba al caza, sacudiéndolos, amenazando con destrozar el avión o lanzarlo al suelo. La ceniza bloqueaba la entrada de aire al motor y lo estaba ahogando.

De pronto Mac sintió que el Eagle perdía impulso. El corazón le dio un brinco en el pecho.

—El motor izquierdo está comprometido —dijo Raley, antes de que Mac pudiera preguntar—. La ceniza y las partículas de cristal. Deben de estar fundiendo los componentes.

El F-15 cayó otros treinta metros.

—Necesitamos un poco de cielo —dijo Raley—, para que pueda ver dónde demonios estamos.

El avión recibió otro impacto de cristales y piedras, aún más fuerte que el anterior.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Mac, con una voz aguda que no era suya.

—Eso ha sido nuestra ala izquierda —dijo Raley—. Los fragmentos de roca han destruido la superficie exterior del fuselaje que sostiene el ala.

Mac se miró las manos, con las que se agarraba las rodillas; tenía los nudillos del color de la tiza.

—¿Vamos a caer? —preguntó.

—No hasta que hagamos lo que hemos venido a hacer.

De pronto, apareció una mancha de azul, que enseguida desapareció. Pero duró lo suficiente como para que pudieran ver otra erupción en la cumbre y notar sus efectos. Era como si el terremoto se hubiera transmitido por el aire.

De algún modo, Chad Raley recuperó el control del vapuleado avión. Lo niveló y dijo: —Esta mierda está cargándose el caza, pieza a pieza.

Un momento más tarde, volvieron a ver el suelo. Estaba jodidamente cerca.

La lava despedía humo y vapor, pero estaba claro lo rápido que

había avanzado mientras ellos iban dando tumbos por el interior de la nube.

—¿Eso de lo que hablaba antes de despegar...?

—¿Lo de crear nuestra propia avalancha de fuego?

Raley asintió.

—Tenemos que enviarla hacia Hilo mientras podamos. —Miró a Mac con dureza y añadió—: Tanto si quiere como si no.

—¿Con solo un motor operativo y un ala?

—¿Quién ha dicho que el otro motor esté operativo?

Oyeron un chasquido por los auriculares y supusieron que habían recuperado el contacto con la torre del aeropuerto de Hilo.

No era la torre.

La voz que oyeron a continuación era la del general Rivers.

—¡Se quedan sin tiempo! —dijo—. ¡Disparen!

Con la voz contenida, tranquilo, el coronel Raley respondió: —Aún no.

Por última vez, mientras veía cómo iban perdiendo altura, el mejor piloto de Rivers viró hacia el sur.

No permaneció en el aire mucho tiempo.

Raley trazó una curva y orientó el caza en dirección a la nube, aún mayor, que acababa de aparecer entre ellos y el Tubo de Hielo.

Se lanzó a su interior y el cielo se volvió negro: de un negro salpicado del ámbar de las cenizas ardientes.

En la sala de comunicaciones del OVH, Rebecca Cruz se quedó mirando fijamente la pantalla del radar que tenía delante. Veía lo mismo que veían desde la torre de control.

—¿Qué está haciendo el piloto? —le preguntó a Rivers.

—Completar la misión.

Rebecca no podía apartar la vista de la pantalla.

—Van a morir, ¿verdad?

105

Una vez más, volaban a ciegas. «Quizá por última vez», pensó Raley.

Se giró y miró la maltrecha ala izquierda del Eagle y la ceniza volcánica que revoloteaba alrededor.

«Todos esos años en Oriente Medio», pensó. Y ahora un enemigo así, con más potencia de fuego que ninguno, estaba a punto de acabar con él, acabaría el trabajo que los cabrones del mar de Arabia no habían podido completar.

Un minuto más.

Era todo lo que necesitaba. Lo que necesitaban.

Quizá menos de un minuto.

Salieron de la nube, bajaron la vista y vieron que la lava había rebasado una de las últimas zanjas al norte de Saddle Road.

—¿Ahora? —preguntó Raley, con sus pálidos ojos fijos en el horizonte.

Mac no respondió.

El avión empezó a temblar violentamente. Ahí acababa todo, ¿no?

—Le he hecho una pregunta —dijo Raley.

Mac seguía sin decir nada.

—¿Ahora? —preguntó de nuevo el coronel Chad Raley.

El avión inició un descenso aún más pronunciado.

Mac recordó el avión de reconocimiento que se había estrellado contra el observatorio ante sus narices.

La lava se estaba acercando demasiado al Tubo de Hielo y a los frascos de su interior. Si los alcanzaba, sería como detonar una bomba nuclear.

Tenían que dirigir la lava hacia Hilo. No había otra opción.

—Ahora.

Pasó un momento, y luego Chad Raley dijo: —La rampa de lanzamiento está bloqueada.

No podían lanzar las bombas.

De algún modo, Raley consiguió interrumpir el descenso, niveló el avión, viró a la derecha y luego a la izquierda, apuntando de nuevo al objetivo.

—¡Nos quedamos sin tiempo! —gritó Raley.

—¿Qué hacemos? —gritó Mac.

—Solo hay un modo de crear esa avalancha de fuego —dijo Chad Raley.

—¿Cómo demonios vamos a hacerlo sin bombas?

Raley miró a Mac y dijo, ya sin gritar, con un tono mesurado y escalofriantemente tranquilo: —Estrellando el avión.

—Hágalo —dijo Mac.

106

EL TUBO DE HIELO, MAUNA KEA, HAWÁI

Una cámara instalada en la entrada del Tubo de Hielo mostró la maniobra de aproximación del F-15.

—Van a estrellarse —dijo Rivers—. Es demasiado tarde para que pueda apartarse.

Conectaron con la cabina de nuevo y oyeron la voz del coronel Chad Raley: —Preparando el disparo.

Fue todo lo que dijo. De pronto, el Eagle desapareció en la nube. En la sala se hizo un silencio sepulcral.

El coronel Chad Raley enderezó el avión, interrumpiendo el descenso, a apenas unos segundos de que la misión se convirtiera en una misión suicida. Estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta para alejar el fuego del Tubo de Hielo y de lo que contenía, aunque eso provocara una oleada de muerte y la destrucción de Hilo, así como sus propias muertes.

Era un sacrificio que ambos estaban dispuestos a hacer.

—Oh… Dios… mío —exclamó Mac, cuando consiguió hablar.

—Al final parece que existe —dijo Raley.

Ahora veían el suelo claramente y observaron lo que evidentemente era un milagro.

Hecho por el Mauna Kea.

El otro volcán.

El Mauna Kea no había entrado en erupción en más de cuatrocientos años. Pero la gruesa superficie de lava endurecida tiempo atrás cerca de su base estaba haciendo de dique natural, desviando la colada de lava.

Un muro natural e impenetrable, perfectamente posicionado y mucho más fuerte que cualquiera que pudieran levantar los equipos de construcción de Hilo.

Mac y Raley observaron, maravillados, la brillante lava fundida que bajaba por el Mauna Loa y que se encontraba con la sólida topografía del Mauna Kea… y que daba un giro cerrado hacia el oeste, atravesando las praderas al sur de Waimea de camino a la playa de

Waikōloa y el océano Pacífico.

Era algo tan inesperado como impredecible, como si al final los volcanes hubieran tomado la única decisión importante, de vida o muerte.

Y habían tomado esa decisión por Raley y Mac.

Raley meneó la cabeza, con los ojos como platos.

—Dígame qué acaba de ocurrir ahí abajo.

Mac esperó hasta que consiguió respirar de nuevo con normalidad. Luego, el doctor John MacGregor, hombre de ciencia, sonrió al piloto.

—Lo que ha ocurrido es que la naturaleza ha seguido su curso —dijo—. ¿Qué le parece? No puedo creerme lo que acabo de ver.

Entonces Mac soltó un grito de alegría. Y lo mismo hizo Raley.

El Eagle estaba volando con solo un motor, pero a Raley le bastó para aterrizar sin problemas.

Al final, había sido la lava la que había salvado al mundo.

EPÍLOGO

CUATRO SEMANAS MÁS TARDE

107

El coronel James Briggs había calculado bien al decir que, trabajando sin descanso, tardarían cuatro semanas en empaquetar y retirar los seiscientos cuarenta y dos frascos de la cueva.

Una menos que cuando habían iniciado su misión.

A lo largo de todo el proceso, nadie mencionó las palabras «Agente Negro». Nadie se atrevía.

Ni siquiera después de que aquella amenaza letal hubiera sido retirada de la isla y protegida.

Los soldados que habían trabajado en la primera limpieza del Tubo de Hielo ya habían sido trasladados al continente, con lo que solo quedó un pequeño retén de emergencia, provisto de trajes protectores, que operaba la grúa de uno de los camiones del ejército para transportes pesados convenientemente acolchado.

El último lote de frascos se transportaría igual que los otros, en el portaaviones de clase Nimitz George Washington, actualmente anclado frente al puerto de Hilo. El buque, de la Séptima Flota de Estados Unidos, había salido de Japón y se dirigía al puerto de Bremerton, en el estado de Washington, lo que le proporcionaba una tapadera perfecta: el George Washington había hecho una escala para hacer reparaciones antes de seguir su viaje hacia el continente.

Ni siquiera los marinos de la división de materiales peligrosos del portaaviones tenían idea de la sustancia que iban a transportar por el Pacífico.

El general Mark Rivers y Mac vieron salir de la cueva a los últimos hombres del militar. Acababan de completar una última limpieza con lanzallamas. El túnel de lava había sido lavado a fondo y se habían hecho controles de radiación hasta en el último rincón.

—¿De verdad no va a decirme dónde van a almacenar esos frascos? —le preguntó Mac a Rivers.

Rivers frunció los párpados para protegerse del sol de la mañana y luego sonrió.

—¿Qué frascos?

Mac se giró y le estrechó la mano a Rivers.

—Ha sido un honor servir a sus órdenes —dijo Mac, sorprendido él mismo de lo emocionado que estaba.

Al final, era como si hubieran combatido juntos en una guerra.

Rivers no dejaba de sonreír.

—El honor ha sido mío, doctor MacGregor.

Rivers se subió a su jeep y se alejó siguiendo al vehículo de transporte. Antes de subirse al suyo, Mac echó un último vistazo a la montaña. Luego abrió la cartera y sacó de dentro dos trozos de papel doblado.

Los garabatos que había hecho aquella noche el general Arthur Bennett en su habitación del hospital de Honolulu estaban ahora en su posesión, gracias al coronel Briggs.

Mac examinó el papel que contenía el dibujo de Bennett: un círculo un poco inclinado rodeado de una serie de líneas curvadas algo irregulares.

Luego miró el otro. Aún le costaba distinguir algunas de las letras: T-U-B-O-H-H.

108

Mac y Lono estaban en la espléndida playa de Honoliʻi, de espaldas al agua y a los rompientes de metro o metro y medio. Durante la segunda erupción, la playa se había dividido en dos por el norte. En un momento dado, el océano se había quedado como una balsa de aceite durante un buen rato, algo que nadie de la isla olvidaría nunca.

Ahora las labores de reconstrucción se extendían por toda la isla; el gobierno local había anunciado que algunas de las obras durarían años. Las labores de búsqueda de cadáveres aún proseguían, con la ayuda del ejército, en Nāʻālehu y en la zona de la playa de Waikōloa, hacia donde se había desviado la lava, evitando un desastre —de una envergadura que los habitantes de la isla no podían ni imaginarse— que habría incrementado aún más la lista de víctimas.

—Estabas dispuesto a lanzar esas bombas tuyas cerca de mi casa, ¿verdad? —preguntó Lono.

—¿Qué bombas? —dijo Mac.

El chico sonrió

—Es curioso —dijo—. Toda mi vida he oído a mi madre decir que Pele se encargaría de protegernos. Y al final eso es exactamente lo que ha sucedido.

Mac le había contado a Lono que la lava endurecida de la base del Mauna Kea había creado un muro de contención que había salvado la isla. Lo que no le dijo era que, a la vez, había salvado al mundo.

—Las madres siempre tienen razón —dijo Mac. Mejor dejarlo ahí.

Se quedaron mirando la cumbre del Mauna Loa, tan imponente como siempre, pero de nuevo tranquilo.

Hasta la próxima vez.

—¿De verdad te vas a ir del OVH? —le preguntó Lono—. ¿Nos vas a dejar?

—Ya sabías que iba a hacerlo antes de que pasara todo esto.

—¿Y qué vas a hacer? Ya sabes que, la próxima vez que tengamos una erupción, te vas a poner como *lōlō* de las ganas de venir.

—Estoy pensando que quizá quiera dar clase de algo que no sea surf —dijo Mac.

Se hizo un breve silencio.

—Echo de menos a Jenny —dijo Lono.

—Yo también, chaval —dijo Mac—. Yo también.

Rebecca y él iban a tomar el mismo vuelo por la tarde a Los Ángeles, y de ahí a Houston. Pero eso no se lo dijo a Lono.

En lugar de eso, se fue adonde habían dejado las tablas y cogió la suya.

Mientras se dirigía al agua, pensó: «Un día más en el paraíso».

109

Tras la segunda erupción del Mauna Loa, solo se permitió el acceso al personal del ejército a la base del volcán para ver las obras de construcción que estaban llevándose a cabo la última semana.

Tres días antes, el George Washington había zarpado discretamente del puerto de Hilo. No se habló de la construcción de aquel último muro, que tapaba del todo la cueva antes conocida como Tubo de Hielo.

Cuando se retiró el último camión, la base del Mauna Kea tenía el mismo aspecto que había tenido durante siglos.

Las repercusiones fueron casi las mismas que años atrás, cuando un incidente registrado en el Jardín Botánico de Hilo, ya olvidado, había provocado el cierre temporal del parque.

Como si nunca hubiera pasado.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y ante todo, querría expresar mi amor y mi más profunda gratitud a mi difunto marido, Michael Crichton, que creó este fascinante y asombroso terreno de juego en el que nos movemos, y a nuestro maravilloso hijo, John Michael, que me anima día a día a procurar que conozca mejor a su padre para que sepa lo extraordinario que era.

Quiero dar las gracias a James Patterson, un hombre de increíble talento, por colaborar en este proyecto. Desde el momento en que entramos en contacto, supe que podía confiar en ti para que dieras vida a esta excepcional historia y a las brillantes ideas de Michael. Ha sido un placer, un privilegio y un honor colaborar contigo en este viaje fantástico. Me has asombrado con tu maestría para contar historias y con tu capacidad para hilar impecablemente todos los elementos. Tanto tú como tu esposa, Sue, habéis sido de lo más generosos y amables; os estoy realmente agradecida. Gracias por rendir homenaje a mi marido completando este libro.

Estoy en deuda con mi gran representante, agente y amiga Shane Salerno, de la Story Factory: este proyecto no habría visto la luz sin tu infinita pasión por el legado de Michael. Gracias por tu visión de futuro, tu fuerza y tu perseverancia en el trabajo de compartir las palabras de Michael Crichton con nuevos lectores y nuevas generaciones. Tienes un modo único de crear esa magia, y me maravilla todo lo que haces.

También quiero dar las gracias a Richard Heller, Ryan C. Coleman y Steve Hamilton.

Organizar los múltiples volúmenes de investigaciones que hizo Michael para este libro no habría sido posible sin el exhaustivo trabajo y apoyo de Laurent Bouzereau y de mi asistente, Megan Bailey. Gracias.

Mi más profunda gratitud a los talentosos miembros de la familia editorial Crichton/Patterson en Little, Brown and Company. Gracias por creer en esta increíble colaboración desde el primer día.

Y quiero mencionar y dar las gracias personalmente a Michael Pietsch, Bruce Nichols, Craig Young, Ned Rust y Mary Jordan, por su apoyo y su labor creativa.

SHERRI CRICHTON

Quiero dar las gracias especialmente a Denise Roy, mi paciente e incansable editora, una mujer de extraordinario talento. Denise también es mi mentora y en ocasiones mi terapeuta. *Erupción* no sería la novela que es sin su colaboración y su supervisión.

Y gracias a la doctora Elisabeth Nadin, profesora asociada del Departamento de Geociencia de la Universidad de Alaska en Fairbanks, una gran guía que me ha ayudado a moverme por la geología única de la Isla Grande de Hawái.

JAMES PATTERSON

UN POCO DE HISTORIA

POR
SHERRI CRICHTON

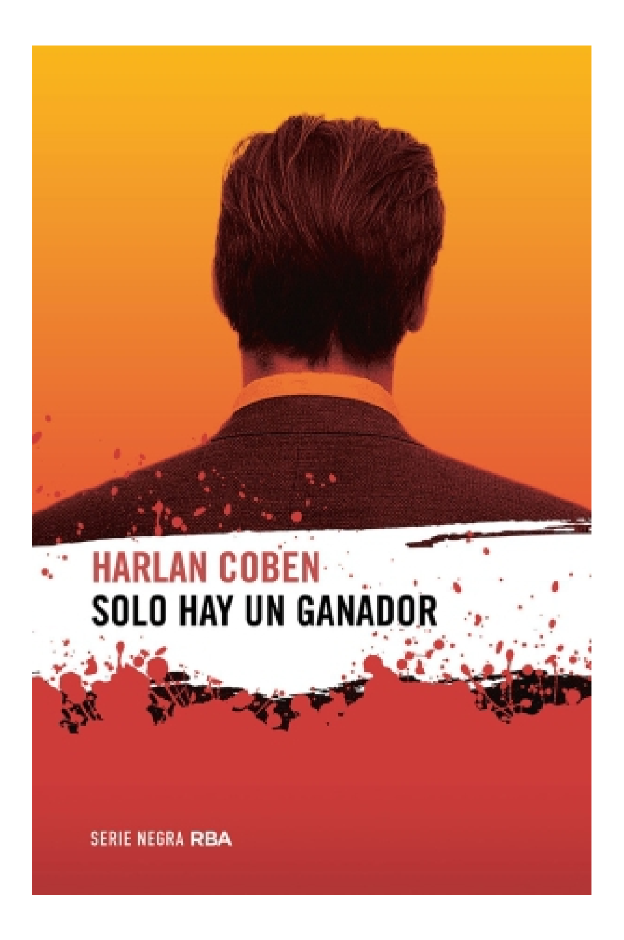
La Zona Negra, que era el título con que estaba trabajando Michael, se basaba en un asunto que le tenía fascinado desde hacía muchos años. Michael raramente hablaba de sus ideas y proyectos, ni siquiera a su familia ni a sus amigos más próximos; no obstante, hablaba mucho de su proyecto sobre los volcanes y, una vez que estábamos de viaje por Italia, quiso ir expresamente a Pompeya para investigar y documentar mejor la historia que había situado en Hawái. Tras la muerte de Michael, me encontré con el manuscrito inacabado en el archivo y no podía creerme que hubiera trazado la historia de aquella forma inimitable, tan suya. Descubrir aquel tesoro me llevó a un proyecto de investigación que suponía buscar por sus múltiples discos duros y documentos para encontrar todo el material relevante.

Aunque Michael era meticuloso en sus investigaciones y su organización, establecer referencias cruzadas y actualizar sus archivos sobre numerosos lugares no fue tarea fácil. Pero el resultado fue algo notable: su historia estaba planteada de un modo brillante. Tenía volúmenes enteros de investigaciones científicas, notas y apuntes, hasta grabaciones en vídeo de entrevistas que había hecho a un vulcanólogo. ¡Qué emocionante! Lo que había creado Michael requería a alguien tan brillante como él para completarlo. Durante años me planteé posibles colaboradores, a la espera de encontrar a la persona perfecta. Tendría que esperar pacientemente a que apareciera alguien que pudiera hacer honor al trabajo de mi marido y continuar su historia.

Hasta que me presentaron a James Patterson.

Jim, has sido el socio perfecto.

Y siempre te estaré agradecida



Solo hay un ganador

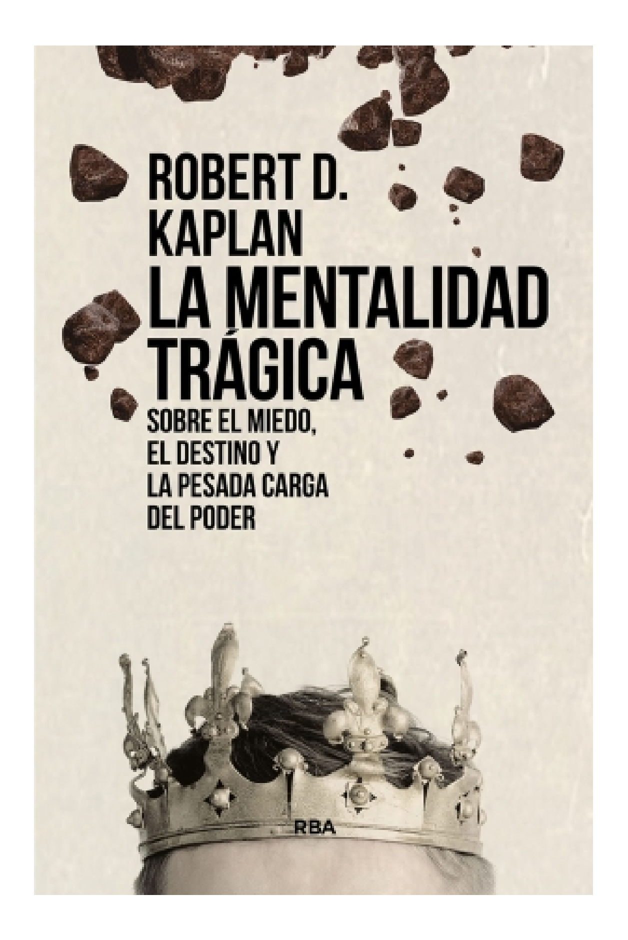
Coben, Harlan 9788411323529
432 Páginas

"Yo llegaré a donde no llegue la ley".

Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora.

En lo más alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfreta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.

crimen organizado y la CIA piensan que es la persona ideal para cometer un magnicidio, el de Fidel Castro. Tanto el gobierno como la mafia quieren recuperar la influencia en la isla caribeña que la Revolución cubana les ha arrebatado. Sin embargo, un fatal descubrimiento de Jefferson lo cambia todo. Castro deja de ser el objetivo para pasar a ser alguien aún más importante.



La mentalidad trágica

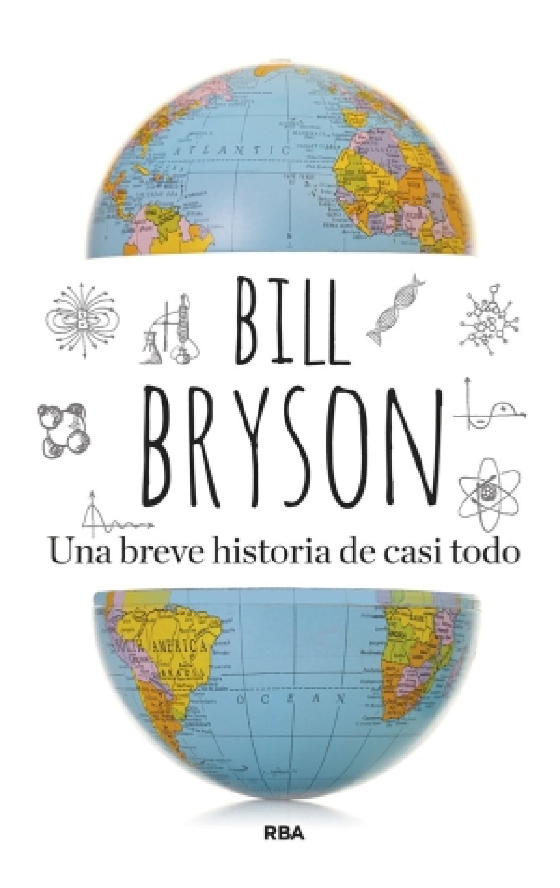
Kaplan, Robert D.
9788411323574
208 Páginas

La tragedia define los límites de la naturaleza humana y de los acontecimientos mundiales.

Tras una larga experiencia como periodista internacional, corresponsal de guerra e influyente asesor de altos organismos estadounidenses, Robert D. Kaplan está convencido de que se precisa algo más que conocimientos geopolíticos para comprender cómo actúan los individuos y cómo deciden los gobernantes. Para él, las claves para

entender el espíritu humano y los entresijos de la política internacional nos las da la tragedia. En su máxima expresión, Shakespeare y los trágicos griegos nos muestran, entre otras muchas cosas, las consecuencias imprevisibles que acarrean las decisiones difíciles, el enfrentamiento entre orden y caos, la convivencia con el miedo y la lucha constante que determina el destino de las personas.

Obra breve pero extraordinariamente rica en ideas y propuestas, *La mentalidad trágica* es una profunda reflexión sobre la tragedia política hecha desde la experiencia vivida en primera persona a la que se añade el conocimiento de los clásicos.



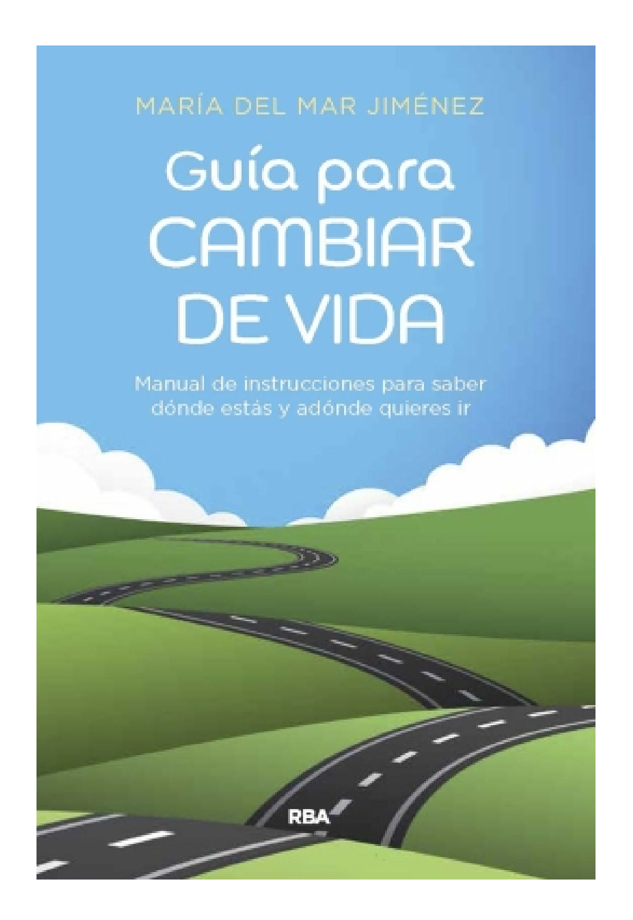
Una breve historia de casi todo

Bryson, Bill
9788411323680
640 Páginas

¿Puede un solo libro convertirse en la perfecta introducción para adentrarse en disciplinas tan dispares como la astronomía, la geología, la física, la química y la biología? ¿Puede un trabajo de divulgación científica ofrecer razonamientos y datos precisos, y al mismo tiempo ser tremendamente entretenido? ¿Puede una única obra narrar la historia de los grandes descubrimientos de la ciencia y contarnos también divertidas anécdotas relacionadas con estos extraordinarios logros y con los hombres que los alcanzaron? *Una*

breve historia de casi todo es, sin lugar a dudas, ese libro y mucho más.

Viajero empedernido y divulgador brillante y entusiasta, Bill Bryson nos propone un fascinante recorrido por la historia del universo que nos rodea y los conocimientos que nos han llevado a comprenderlo un poco mejor. Con una curiosidad innata, una prosa fluida y una admirable capacidad de síntesis, Bryson logra explicar en *Una breve historia de casi todo* los grandes acontecimientos y las razones fundamentales que han llevado al cosmos, a nuestro planeta y a todos los seres vivos a ser como son.



Guía para cambiar de vida

Jiménez, María del Mar 9788411323536
336 Páginas

Tu buena vida te está esperando ¿Quieres emprender un cambio de vida, pero no tienes claro si tu sueño es viable, te paralizan los miedos y no sabes por dónde empezar? Tanto si quieres dejar la oficina e irte a vivir al campo, como si deseas dar la vuelta al mundo en un velero o, simplemente, hacer ajustes en tu estilo de vida, ¡no necesitas ganar la lotería para ponerte a ello! Este libro te acompaña en el proceso de tomar decisiones. A partir de una auditoría de tu vida y de tus deseos, te ayuda a contemplar los escenarios posibles, fijar prioridades, trazar metas realistas y

diseñar un plan de acción. Y con los ejercicios del Cuaderno de ruta, descubrirás, paso a paso, el mejor modo de cambiar de vida, el camino hacia tu Buena Vida.